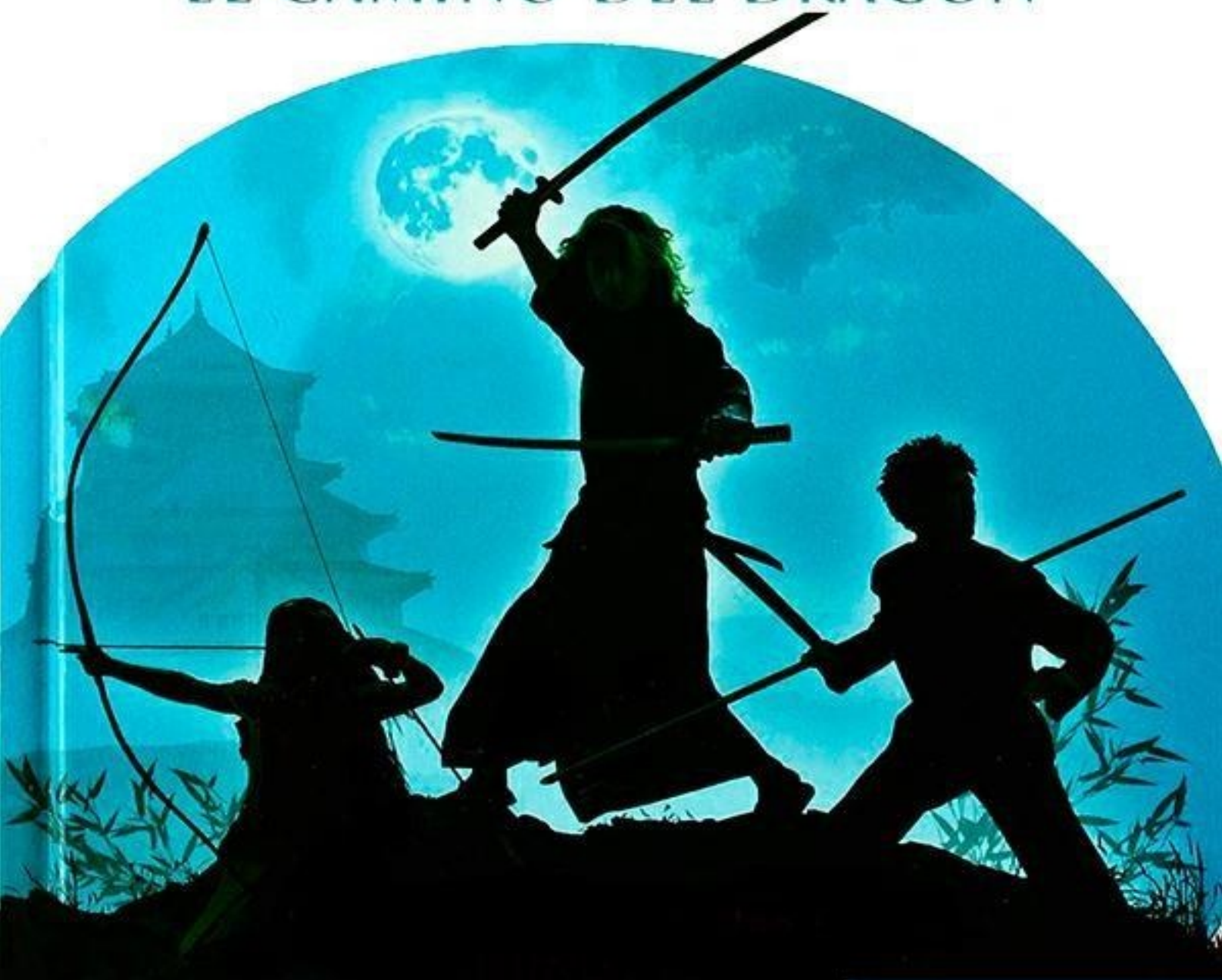




EL JOVEN SAMURAI

EL CAMINO DEL DRAGÓN



CHRIS BRADFORD

Lectulandia

JAPÓN, 1613

Tras un año de adiestramiento, Jack tiene un gran problema... Está ocupado preparándose para el Círculo de Tres, un antiguo ritual que pondrá a prueba su coraje, su destreza y su espíritu. Al mismo tiempo, debe batallar con otro estudiante, Kazuki, y su banda. Además, espera que su mortal enemigo —el ninja Ojo de Dragón— le ataque en cualquier momento.

¿Conseguirá Jack sobrevivir a una lucha a muerte?

Lectulandia

Chris Bradford

El camino del dragón

El joven samurái - 3

ePub r1.0

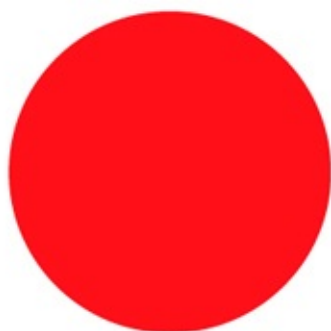
gtau70 12.02.16

Título original: *Young Samurai. The Way of the Dragon*
Chris Bradford, 2010
Traducción: Rafael Marín Trechera
Diseño de cubierta: Paul Young

Editor digital: guau70
Coeditora: quimera
Corrección de erratas: jlv
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Sara, mi esposa



The Great Britain
SASAKAWA
FOUNDATION

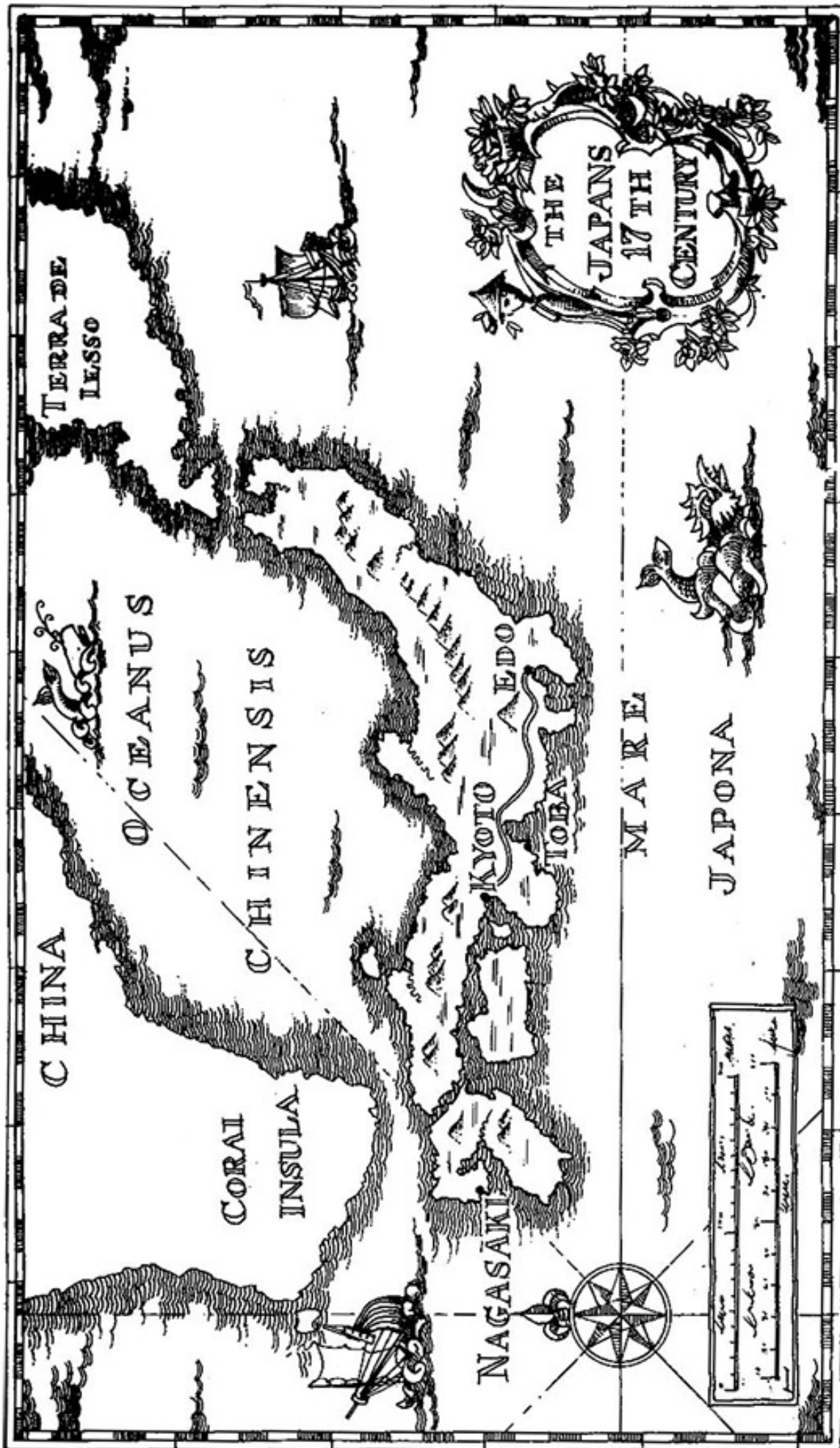
グレートブリテン・ササカワ財団

Nota:

El joven samurái es una obra de ficción que, a pesar de estar inspirada en figuras, acontecimientos y hechos históricos, no pretende reflejarlos con total exactitud. Es más un eco de los tiempos que una recreación de la historia.

Advertencia:

No intenten reproducir ninguna de las técnicas descritas en este libro sin la supervisión de un instructor de artes marciales cualificado. Se trata de llaves muy peligrosas que pueden causar heridas fatales. El autor no se hace responsable de los daños que pueda acarrear la puesta en práctica de estas técnicas.



Prólogo

El asesino

Japón, junio de 1613

Silencioso como una sombra, el asesino saltaba de tejado en tejado.

El ninja, oculto por la oscuridad de la noche, cruzó el foso, escaló la muralla interior y se infiltró en los terrenos del castillo. Su objetivo, la torre principal, era una formidable fortaleza de ocho plantas que se alzaba en el centro de aquel castillo supuestamente inexpugnable.

Esquivar a los guardias samuráis en las murallas exteriores fue sencillo. Adormilados por la calurosa noche sin brisa, les preocupaba más su propia incomodidad que la seguridad de su *daimyo* en el interior de la torre. Además, su propia creencia de que el castillo era inexpugnable implicaba que los guardias se relajaran en el cumplimiento de su deber: ¿Quién iba a intentar irrumpir en semejante fortaleza?

Para el asesino, lo más difícil sería entrar en la torre. La guardia personal del *daimyo* no sería tan negligente y el ninja se había acercado todo lo posible atravesando los tejados de los edificios exteriores. Ahora tenía que cruzar un terreno al descubierto hasta la sólida base de la torre.

El ninja saltó del tejado y rodeó el borde de un patio, usando los ciruelos y los *sakura* como cobertura. Tras atravesar en silencio un jardín de té con un estanque ovalado, se dirigió a la casa del pozo central. El asesino se coló en el interior al oír acercarse a una patrulla de samuráis.

Cuando el camino quedó despejado, el ninja corrió hasta la fortaleza, y como una salamanquesa de piel negra escaló sin esfuerzo la empinada pendiente de su inmensa base. Tras escalar hasta la cuarta planta, se deslizó por una ventana abierta.

Una vez dentro, el asesino se fundió en las sombras, pues sus negros ropajes *shinobi shozoku* lo hacían virtualmente invisible. En silencio, desenvainó un cuchillo *tantō* dispuesto a rebanar la garganta del hombre.

Ajeno a la cercanía de la muerte, el guardia bajó las escaleras y pasó de largo. Como no tenía ningún deseo de atraer la atención sobre su presencia en esta fortaleza, el asesino le permitió vivir. En cuanto el guardia rodeó la esquina, el ninja volvió a envainar su espada y subió las escaleras hasta el pasillo de arriba.

A través de la fina *shoji* de papel que tenía delante pudo ver los halos de dos velas que brillaban en la penumbra. Deslizó la puerta para abrirla una rendija y asomó un ojo único a la abertura. Había un hombre arrodillado ante un altar, sumido en profunda oración. No había ningún samurái presente.

El asesino entró.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para golpear, el ninja rebuscó en

una bolsa que llevaba al cinto y sacó un objeto rectangular envuelto en hule negro. Lo colocó en el suelo junto al hombre que rezaba e inclinó brevemente la cabeza.

—Ya era hora —gruñó el hombre.

Sin darse la vuelta, recogió el paquete y lo desenvolvió. Dentro había un ajado libro encuadernado en cuero.

—¡El cuaderno de ruta! —exclamó, acariciando la cubierta, y luego abrió las páginas para examinar las cartas marítimas, los informes oceanográficos y las meticulosas anotaciones de mareas, las marcas de la brújula y las constelaciones—. Ahora poseemos lo que es nuestro por derecho. Piensa, la fortuna del mundo está en mis manos. Los secretos del océano revelados para que nuestra nación domine las rutas comerciales y controle los mares.

El hombre colocó el libro sobre el altar.

—¿Y qué hay del muchacho? —preguntó, todavía de espaldas al ninja—. ¿Está muerto?

—No.

—¿Por qué no? Mis instrucciones fueron explícitas.

—Como sabes, el samurái Masamoto ha estado entrenando al muchacho en el Camino del Guerrero —explicó el ninja—. El muchacho es ahora enormemente habilidoso y ha demostrado ser un poco... resistente.

—¿Resistente? ¿Me estás diciendo que un simple chiquillo ha derrotado al gran Dokugan Ryu?

El único ojo de color esmeralda de Ojo de Dragón destelló molesto. Pensó en romperle el cuello al hombre en ese mismo instante, pero aún tenía que recibir su paga por haber conseguido el cuaderno de ruta. Esos placeres tendrían que esperar.

—Te empleé porque eras el mejor. El más implacable —continuó el hombre—. ¿Estoy confundido en mi juicio, Ojo de Dragón? ¿Por qué no lo has matado?

—Porque puede que aún lo necesites.

El hombre se volvió, el rostro envuelto en sombras.

—¿Qué podría yo querer de Jack Fletcher?

—El cuaderno de ruta está encriptado. Solo el muchacho conoce el código.

—¿Cómo sabes eso? —exigió el hombre, con una nota de alarma en la voz—. ¿Has intentado descifrarlo tú mismo?

—Naturalmente —reveló el ninja—. Después del error de conseguir el diccionario portugués, me pareció aconsejable comprobar el contenido antes de la entrega.

—¿Tuviste éxito? —preguntó el hombre.

—No del todo. La extraña combinación de inglés y portugués hizo que la tarea fuera algo más compleja de lo esperado.

Da igual. No importa —dijo el hombre, evidentemente satisfecho de que el conocimiento siguiera siendo un secreto para el ninja—. Hay un monje franciscano en las mazmorras, un matemático que habla ambos idiomas con fluidez. La mera

promesa de libertad debería asegurar sus servicios como traductor.

—¿Y qué hay del muchacho *gaijin*? —preguntó Ojo de Dragón.

—Cuando el código haya sido quebrantado, completa tu misión —ordenó el hombre, volviéndose para arrodillarse ante el altar una vez más—. Mátalo.

1

La muleta

La sangre le martilleaba en los oídos. El corazón le latía desbocado. Los pulmones le ardían, faltos de oxígeno. Pero no podía detenerse ahora.

Jack siguió avanzando por el bosque de bambú, agachándose y serpenteando entre el laberinto de gruesos troncos extendidos como dedos huesudos hacia un dosel de hojas verde oliva.

—¿Dónde se ha metido? —gritaron tras él.

Jack no dejó de correr. A pesar de la protesta de sus músculos, no renunciaría a la persecución.

Desde su aciaga llegada a Japón, cuando su barco, el *Aleandría*, naufragó y luego fue atacado por los ninjas, el asesino Ojo de Dragón había sido la cruz de su existencia. El ninja había asesinado a su padre, y luego había seguido a Jack por todo Japón, acechándolo hasta que por fin logró robar el cuaderno de ruta de su padre.

Era responsabilidad de Jack no permitir que el precioso diario cayera en manos equivocadas. La información que contenía era de gran valor no solo para Inglaterra, sino también para sus enemigos. Para Jack, el cuaderno de ruta era un medio para regresar a casa y ganarse la vida como piloto naval igual que su padre. Jack pretendía ahora encontrar al ninja y recuperar el diario.

—¡Lo hemos perdido! —declaró una segunda voz, incrédula.

Jack redujo el paso y miró frenéticamente a su alrededor. Sus amigos tenían razón. El hombre que estaban persiguiendo había desaparecido en la espesura. Yamato y Akiko alcanzaron a Jack. Akiko se vio obligada a sentarse y descansar, pues todavía no se hallaba plenamente recuperada de su reciente envenenamiento y la caza se había cobrado su peaje en ella. El habitual resplandor blanco de su tez había empalidecido y sombras oscuras rodeaban sus ojos de media luna.

Jack sintió una punzada de culpabilidad. A pesar de que Akiko no lo culpaba, él era la razón de su estado. En un intento por proteger el diario, Jack lo había escondido en el castillo del *daimyo* Takatomi, el Señor de la provincia de Kyoto. Le había parecido el lugar más seguro. Ahora sabía que no era así. Ojo de dragón lo había asaltado, Akiko casi había muerto tratando de defender a Jack, y la vida del *daimyo* Takatomi había sido puesta en peligro.

—¿Cómo ha podido escaparse? —exigió Yamato, apoyándose en su bastón de *bō* y recuperando la respiración—. ¡Estaba lisiado!

—Debe habernos engañado, —dijo Jack, girando sobre el terreno, explorando el bosque con los ojos en busca de cualquier signo de perturbación—. O bien volvió hacia atrás.

Jack sabía que su amigo estaba tan determinado en su búsqueda como él mismo. Ojo de dragón había asesinado al hermano mayor de Yamato, Tenno, hacía cuatro

años.

—¡No puedo creer que robase la perla de Akiko! —exclamó Yamato, pateando furioso un bambú cercano, y aullando de dolor cuando su pie chocó con el duro tronco.

Akiko suspiró y movió los ojos ante la característica impetuosidad de su primo.

—No te preocupes —dijo ella, recogiendo el cabello, del que varios largos mechones negros se habían soltado durante la búsqueda—, hay muchas más en su lugar de procedencia.

—Esa no es la cuestión. Él tomó la perla, pero no nos dio ninguna información a cambio.

Jack estuvo de acuerdo con Yamato. Ese había sido el propósito de su misión en las laderas de las montañas de Iga. Después de ser despedidos de la escuela de samuráis por poner en peligro la seguridad del *daimyo* Takatomi, habían sido enviados a Toba para que permanecieran con la madre de Akiko hasta que se tomara una decisión final sobre su destino. Sin embargo, por el camino su guía, el samurái Kuma-san se dislocó el hombro al caerse del caballo. Se habían visto obligados a detenerse en Kameyama mientras se recuperaba. Fue durante esa estancia cuando se enteraron de que un lisiado llamado Orochi alardeaba de conocer al temible Ojo de Dragón. La aldea de Kabuto, donde supuestamente vivía Orochi, no estaba lejos, así que los tres habían partido para conocerlo.

La esperanza de Jack era no solo recuperar el cuaderno de ruta, sino localizar también el cubil de Ojo de Dragón e informar al padre de Yamato, Masamoto Takeshi. Así tal vez se redimirían a ojos del legendario espadachín y se les permitiría regresar a la *Niten Ichi Ryū* para continuar su formación como samuráis.

Kabuto resultó ser poco más que un puñado de granjas levantadas en una encrucijada, con una decrepita posada que atendía a los pocos viajeros que recorrían el camino desde la carretera de Tokaido hasta la ciudad amurallada de Ueno.

En la cantina encontraron a Orochi.

Los clientes de la posada guardaron silencio cuando entraron Jack y los demás. El aspecto de Jack a menudo causaba cierta conmoción, sobre todo fuera de Kioto, donde rara vez se veían extranjeros. Su tupido cabello rubio y sus ojos azules fascinaban a los morenos japoneses de ojos oscuros. El problema era que, a pesar de tener solo catorce años, la altura y la fuerza de Jack superaban ya a la de muchos japoneses, que tendían a reaccionar con recelo o temor, sobre todo puesto que Jack vestía y actuaba como un guerrero samurái.

Jack miró a su alrededor. El lugar parecía ser más un garito de juego que una posada de descanso. Mesas bajas, pegajosas por el sake derramado, eran el foco de varios juegos de cartas y dados. Una mezcla de mercaderes, samuráis y granjeros miró con cautela a los recién llegados. Hubo un grave murmullo de masculina aprobación cuando llegó Akiko. Aparte de una sirvienta pequeña y nerviosa en un rincón, no habían mujeres.

Los tres se abrieron paso hasta el mostrador, con los ojos de cada cliente siguiéndoles.

—Disculpe —inquirió Yamato al propietario, un hombre compacto como un barril con manos como losas—. ¿Sabe dónde podemos encontrar a Orochi-san?

El hombre gruñó y señaló con la cabeza hacia la esquina más alejada de la barra. En un hueco oscuro iluminado solo por una vela se sentaba un hombre jorobado, con una muleta de madera apoyada detrás de él.

—¿Podemos hablar con usted un momento? —preguntó Yamato mientras se acercaban.

—Depende de quien pague —resopló el hombre, mirándolos de arriba abajo y preguntándose claramente qué hacía un muchacho de pelo erizado y estatus samurái, con una chica guapa y un extranjero en un bar de tan mala reputación.

—Supongo que nosotros —contestó Yamato, haciendo una reverencia a modo de saludo.

—Entonces, ser bienvenidos. Incluso el *gaijin*.

Jack ignoró el insultante término referido a un extranjero. Este hombre era su única pista y le necesitaban de su parte. Además, podría ser una ventaja que Orochi no supiese que Jack hablaba un japonés fluido.

El hombre levantó una visiblemente deformada mano izquierda hacia el propietario y pidió sake. Con la bebida pedida y Orochi habiendo aceptado aparentemente a sus tres huéspedes, las conversaciones y el juego se reanudaron a lo largo de la barra.

Jack, Akiko y Yamato se sentaron con las piernas cruzadas en el lado opuesto de la mesa baja, mientras la camarera entregaba un frasco grande de sake y una sola taza pequeña. Tomó el pago de Yamato y se fue.

—Debo disculparme por mis terribles modales en la mesa —resopló Orochi amistosamente a Akiko, indicando su sucia pierna derecha que descansaba sobre un cojín, con la planta del pie a la vista—. No pretendía insultarte, pero soy lisiado de nacimiento, ya ves.

—No es ningún problema —respondió Akiko, sirviendo a Orochi su bebida, como era la costumbre si había una mujer presente.

Tras coger la taza con la mano buena, Orochi la apuró de un solo trago. Akiko volvió a llenarla.

—Nos gustaría obtener cierta información —empezó a decir Akiko, bajando la voz, mientras Orochi echaba de nuevo mano a su sake— sobre el paradero de Dokugan Ryu.

La mano de Orochi vaciló al oír mencionar el nombre de Ojo de Dragón, pero cogió la taza y apuró el contenido.

—¡Este sake está horrible! —se quejó, tosiendo con fuerza y dándose golpes en el pecho—. Conseguir lo que buscáis vale mucho más que el sake.

Dirigió a Yamato una mirada significativa, mientras Akiko le servía otra taza.

Yamato le asintió a la chica, quien sacó una gran perla de color blanco lechoso de la manga de su kimono y la colocó en la mesa delante de Orochi.

—Eso debería ser más que suficiente para cubrir tus costes —declaró Yamato.

Los oscuros ojos del hombre brillaron al ver la perla, y luego observaron velozmente la sala para asegurarse de que nadie les prestaba atención. Satisfecho, la boca de Orochi mostró una sonrisa tan torcida como su mano.

Intentó coger la perla.

Yamato agarró la muñeca del hombre.

—Pagamos a la entrega de la información —observó.

—Naturalmente —reconoció Orochi, retirando la mano. Entonces, en voz baja, susurró—: Si yo fuera vosotros, visitaría la aldea de...

Una campanita tintineó cuando la *shoji* de entrada se abrió y entraron dos nuevos clientes. Orochi dejó de hablar y esperó a que se sentaran ante el mostrador. Cuando uno de los hombres llamó al propietario para pedir su bebida, Jack advirtió que le faltaba el dedo meñique.

—¿Decías...? —instó Yamato.

Durante un momento Orochi pareció distraído, pero su atención regresó rápidamente a la perla.

—Sí... ¿me disculpáis? La llamada de la naturaleza —dijo, cogiendo su muleta—. Tardo un poco en llegar, así que tengo que ponerme en marcha en cuanto siento la necesidad. Estoy seguro de que lo comprendéis.

Al ponerse en pie, Orochi cayó contra la mesa, derribó la botella de sake y derramó su contenido.

—Esta debilidad de mi pierna es insoportable —murmuró a modo de disculpa—. Volveré en un instante. ¡Muchacha, limpia aquí!

Encorvado, Orochi se dirigió cojeando a la puerta trasera. La criada corrió a la mesa y empezó a limpiar el estropicio. Mientras lo hacía, Jack advirtió que faltaba algo.

—¿Dónde está la perla?

Buscaron en el suelo y entonces, con terrible comprensión, se miraron unos a otros y salieron corriendo hacia la puerta.

Orochi no estaba por ninguna parte. Entonces Akiko vio una figura que se internaba en el bosque de bambú, tras la posada. Orochi desapareció en sus profundidades antes de que ninguno de ellos llegara a alcanzar la linde del bosque. Se lanzaron tras él y lo persiguieron... hasta que el ladrón se desvaneció en los matorrales.

—¿Oís eso? —dijo Akiko, interrumpiendo la búsqueda de Orochi.

—¿Oír qué? —preguntó Jack.

—¡Shhh, escuchad!

Todos guardaron silencio.

Era un sonido líquido y suave, como una ola golpeando la orilla, producido por

las hojas que se agitaban en las alturas del dosel del bosque. Este pacífico sonido quedaba recalcado por el ocasional crujido de los troncos de bambú al frotarse unos con otros.

—¿No podéis oírlo? —insistió ella, antes de susurrar—: Contened la respiración.

Con las bocas cerradas, todos se miraron unos a otros. Pudieron oír a alguien respirar.

El sensible entrenamiento que el *sensei* Kano, su maestro ciego de *bōjutsu*, les había enseñado tuvo sus frutos una vez más. Jack detectó inmediatamente la fuente del sonido y se arrastró hacia él.

De repente Orochi surgió de los matorrales, apenas a cinco pasos por delante de Jack. Había estado escondido junto a ellos todo el tiempo.

—¡Vuelve! —gritó Jack, y su grito espantó a un pájaro en las alturas.

—¡Seguid vosotros! —instó Akiko, demasiado cansada para continuar con la persecución—. Yo cuidaré de las mochilas.

Yamato soltó su mochila y corrió detrás de Jack, quien perseguía ya a Orochi. Entonces el hombre se agachó de nuevo entre los matorrales.

Jack siguió adelante. No se dejaría engañar esta vez. Al llegar al lugar donde había desaparecido Orochi, sus pies resbalaron y cayó dando volteretas por una empinada pendiente.

Cuando se puso en pie en el fondo, se encontró en medio de un sendero. Unos instantes más tarde, Yamato se reunió con él. Advertido del peligro por el grito de Jack, había conseguido no resbalar por la pendiente.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó Yamato.

—No lo sé. Estaba demasiado ocupado tratando de averiguar dónde era arriba y dónde era abajo —replicó Jack, irritado, quitándose hojas muertas del pelo.

—Bien, tú ve por ahí y yo iré en la dirección contraria —ordenó Yamato—. Grita si lo encuentras.

Yamato echó a correr.

Jack estaba a punto de hacer lo mismo cuando oyó el sonido del bambú al quebrarse. Giró sobre sus talones.

—Sé que estás ahí —dijo Jack.

Orochi se puso en pie con la ayuda de su muleta, tambaleándose, y salió de entre la maleza.

—¡Ah! Entiendes japonés. Eso es bueno.

Le dirigió a Jack una penosa inclinación de cabeza y cojeó hacia él.

—No le harías daño a un lisiado, ¿verdad? —suplicó, su mano derecha deforme extendida en gesto de rendición.

—¡Tú no eres cojo! —exclamó Jack, estudiando al hombre con atención—. ¿No era tu mano izquierda la que tenías deforme antes?

Orochi sonrió con su sonrisa torcida.

—Cierto. Pero logré engañaros a todos, ¿no? —replicó mientras estiraba la

pierna, se erguía y abría la mano torcida.

Con velocidad cegadora, desmontó el palo de su muleta de madera, revelando una hoja serrada de acero.

Orochi empujó la letal arma contra el pecho de Jack.

2

Dardo

Solo su formación como samurái impidió a Jack ser empalado.

Torció el cuerpo hacia un lado, y la hoja pasó a un centímetro de su corazón. Sin vacilar, Jack golpeó con el canto de la mano derecha el cuello de su atacante.

Ahogado por el golpe en su laringe, Orochi retrocedió tambaleándose. Jack se dispuso a acabar con él mientras buscaba aire, pero Orochi arremetió de nuevo con la hoja y obligó a Jack a retroceder hacia un denso macizo de troncos de bambú. Confiado en su victoria, Orochi lanzó la afilada punta de la lanza directamente entre los ojos de Jack.

Acorralado a ambos lados por el bambú, Jack no tuvo más remedio que agacharse. Cayó de rodillas. Se oyó un terrible crujido cuando la hoja de metal golpeó el tronco de bambú donde acababa de estar su cabeza.

Orochi maldijo lleno de frustración, el arma atascada. Jack lo golpeó con fuerza en el estómago. Orochi gruñó pero se negó a darse por vencido. Jack agarró por detrás el tobillo de Orochi y le estampó el hombro en la barriga, derribándolo.

Con Orochi en el suelo, Jack aprovechó la oportunidad para inmovilizarlo con una presa, pero no había contado con que Orochi recuperara el arma. El hombre la soltó del tronco, y la dirigió contra las costillas de Jack. El muchacho bloqueó el golpe pero cayó a un lado. En un instante tuvo a Orochi encima.

—¡No hay escapatoria esta vez, *gaijin!* —escupió Orochi, alzando el arma para el golpe fatal.

Mientras la hoja corría hacia su cabeza, Jack arañó la tierra en un intento de huida. Sus dedos encontraron un trozo suelto de bambú, que agarró para protegerse el rostro.

La punta de la lanza penetró en el tallo, deteniéndose justo delante de su ojo derecho.

Orochi gritó con furia y empujó con la lanza. Los brazos de Jack se estremecieron mientras mantenía a raya la letal punta. Orochi puso todas sus fuerzas en la tarea pero Jack fue más fuerte, y al retorcerse hacia un lado arrancó la lanza de la mano de Orochi y lo hizo caer de bruces contra el suelo.

Tras lanzar la lanza a los matorrales, Jack golpeó a Orochi antes de que pudiera recuperarse. Apoyó la rodilla contra el hombro del hombre, retorciéndole el brazo izquierdo en una llave.

Orochi quedó inmovilizado.

Luchó por liberarse, pero Jack presionó el codo del hombre. Orochi chilló de dolor e inmediatamente dejó de moverse.

—¡Alto! ¡Por favor! ¡Me vas a romper el brazo! —suplicó, escupiendo tierra.

—No te resistas, entonces —replicó Jack, antes de llamar a Yamato; su grito

asustó a otro pájaro invisible entre la fronda.

—¿Vas a matarme? —gimió Orochi.

—No, no voy a matarte —contestó Jack—. Solo quiero saber dónde está Ojo de Dragón. Entonces te dejaré ir.

—Decirte eso vale más que mi vida —escupió el hombre. Sus ojos miraron alrededor como si esperase que el ninja apareciera con la simple mención de su nombre.

—Por lo que puedo decir, tu vida no vale gran cosa —replicó Jack—. Además, la perla que has robado debería compensar cualquier riesgo que corras. De hecho, creo que deberías devolvérmela hasta que me digas lo que quiero saber.

Jack apretó su presa. Orochi chilló y, para sorpresa de Jack, la perlita blanca cayó de su boca.

—Podrás quedártela cuando me digas dónde está Ojo de Dragón —dijo Jack, guardando la perla en su *obi*.

—¿Y si no te lo digo?

—Te mataremos.

—Pero has dicho...

—Lo que he dicho es que yo no iba a matarte. Pero no puedo prometer que mis amigos japoneses no vayan a hacerlo. Como auténticos samuráis natos, consideran su deber librar al mundo de gente de tu ralea.

Orochi tragó saliva, comprendiendo la verdad tras las palabras de Jack. Los dos sabían que los samuráis impartían justicia y, siendo un ladrón y mentiroso confeso, Orochi recibiría poca piedad.

—Déjame ir y te lo diré. Te doy mi palabra —prometió Orochi, reacio—. Pero vas a cavarte tu propia fosa.

Jack lo soltó, alegre de que su treta hubiera funcionado. Sabía bien que ni Yamato ni Akiko tenían autoridad ninguna para castigar a un hombre por delitos semejantes.

Orochi se sentó en el suelo y se frotó el brazo.

—¿Dónde has aprendido a luchar así?

—En la *Niten Ichi Ryū* de Kioto.

—¡Eres uno de los estudiantes de Masamoto Takeshi! —exclamó el hombre, los ojos muy abiertos de asombro—. Había oído rumores de que ha adoptado a un muchacho *gaijin*, pero nunca imaginé que el gran Masamoto fuera a entrenarlo para convertirlo en samurái...

—Deja de hacerme perder el tiempo. ¿Dónde está Ojo de Dragón?

—¡Debes sentir deseos de morir, joven samurái, para ir en busca de ese diablo! —jadeó Orochi, sacudiendo incrédulo la cabeza—. Lo último que supe de él es que su clan ninja se había asentado en la zona oeste de la cordillera Iga, cerca del poblado de Shindo. Visita allí el Templo del Dragón y pregunta por...

Orochi dejó de hablar. Su boca se abrió y se cerró como si fuera un pez fuera del agua, pero no emergió ningún sonido. Sus ojos se volvieron vidriosos, la mirada

desenfocada. Entonces se derrumbó hacia un lado, y se estremeció dos veces antes de quedarse inmóvil.

—¡Te lo advertí, Orochi! —dijo Jack, dando un paso cauteloso hacia la figura caída—. Basta de trucos.

Jack cogió un pedazo de bambú y empujó a Orochi con la punta. No obtuvo ninguna reacción. Entonces advirtió un dardo diminuto asomando en el cuello del hombre.

Un dardo de cerbatana, envenenado.

Un arma semejante solo podía significar... Jack se dio media vuelta, alzando el tronco de bambú para defenderse.

Pero no pudo ver a ningún ninja.

Eso no significaba necesariamente que no hubiera ninguno. Los ninjas eran diestros en el arte del sigilo. Podía haber un asesino, o cientos de ellos, ocultos entre los matorrales.

Jack agarró con fuerza el bambú. Deseó que Masamoto no hubiera confiscado sus espadas samuráis como parte de su suspensión de la escuela. Si había necesitado una espada alguna vez, era esta.

Prestó atención a la más leve indicación de que se acercaba un asesino, pero solo pudo oír el susurro de las hojas y el crujido del bambú. Se retiró al denso bosquecillo de troncos para cubrirse. Al hacerlo, sonó un leve *fut* y un fino dardo alcanzó el bambú directamente delante de su cara.

Jack se agachó y buscó la fuente de los dardos envenenados. Pero el atacante estaba demasiado bien oculto.

Al oír el sonido de otro pájaro alzando el vuelo, levantó la cabeza y esta vez vio dos figuras de color verde oscuro. Vestidos con *shinobi shozoku* de color verde, los ninjas se confundían perfectamente con su entorno mientras saltaban como gatos entre los troncos superiores del bosque para atacar mejor a Jack.

Agarrándose al bambú con las piernas, los dos ninjas alzaron sus cerbatanas y dispararon.

3

El tercer ninja

Jack saltó de su escondite.

Manteniendo la cabeza gacha, se internó entre los troncos y oyó varios dardos más penetrar en el bambú mientras huía. Pero no miró hacia atrás.

Llegó al sendero del bosque y corrió por su vida.

Al cabo de un rato redujo el paso, comprobó la maleza por encima y por detrás. Era difícil de decir, pero parecía que les había dado el esquinazo a los dos ninjas. Jack corrió de vuelta hacia la aldea, preocupado de que Akiko corriera también peligro.

De la nada, un ninja saltó como una pantera ante él.

Jack alzó su improvisada espada de bambú y se preparó para defenderse.

El ninja levantó tranquilamente las manos.

Pero no para rendirse. Ambas palmas estaban armadas con garras de metal. Los ninjas utilizaban las *shuko* para ayudarse a escalar, pero también resultaban ser armas mortíferas, pues sus cuatro puntas curvadas eran capaces de atravesar la carne y lacerar a cualquier enemigo.

Jack no esperó. Golpeó primero.

El ninja ni siquiera parpadeó cuando el tronco de bambú se dirigió a su cabeza.

Entonces, inexplicablemente, los brazos de Jack se detuvieron con brusquedad.

Al alzar la cabeza, Jack vio que su espada improvisada había chocado con una rama de bambú colgante. Un arma larga era inútil en un espacio tan reducido.

El ninja siseó, y en un abrir y cerrar de ojos atacó los brazos de Jack con sus garras. Jack gimió cuando ocho líneas ensangrentadas se marcaron en su piel, obligándolo a soltar su arma.

Ignorando el dolor, Jack dio una patada frontal al asesino en el pecho.

El ninja, que no esperaba que un simple muchacho diera una patada tan poderosa, fue impulsado contra un puñado de bambús. Jack contraatacó con una patada lateral al salto, pero el ninja la esquivó de un brinco y escaló como un mono por el bambú.

Jack, recordando sus propios días como mono gaviero a bordo de la *Alejandría*, se agarró al bambú como si fuera un mástil y escaló detrás del ninja. Persiguió al asesino hasta lo alto, sorprendiendo al ninja con su inesperada agilidad. El ninja huyó.

Jack saltó de tronco en tronco detrás de él.

A esta altura, el bambú era verde y flexible y Jack osciló hacia su enemigo. Lo golpeó con fuerza en el estómago con una patada frontal. El ninja perdió su asidero bajo la fuerza del golpe, y gritó mientras caía entre las hojas al lejano suelo.

El ninja quedó tendido inmóvil, despatarrado en la maleza, una pierna torcida en un ángulo imposible, y Jack suspiró aliviado.

Empezaba a bajar cuando un segundo ninja salió de pronto de entre el follaje,

blandiendo una espada. Jack oyó un agudo chasquido cuando el ninja cortó el tronco por el que descendía.

Jack cayó a tierra, notó cómo el viento silbaba a su paso. Sus manos tantearon a ciegas en busca de cualquier cosa que frenara su caída. De algún modo, se asió a otro tronco, pero este bambú era joven y se dobló bajo su peso. Siguió cayendo. El bambú finalmente cedió y se quebró. La gravedad se hizo cargo y Jack cayó como una piedra los últimos cinco metros.

El impacto lo dejó sin aliento.

Mientras yacía allí aturdido, oyó que algo aterrizaba cerca.

Al mirar hacia atrás, vio al ninja verde acercarse, sus garras *shuko* dispuestas a rasgarle la piel de la espalda. Jack consiguió ponerse a cuatro patas, desesperado por escapar.

Tras ponerse en pie, se internó tambaleándose en la maleza, pero sabía que tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Su destino quedó sellado cuando un tercer ninja se dejó caer delante de él y le bloqueó el paso.

El ninja llevaba un *shinobi shozoku* negro.

Durante un instante, nadie se movió.

Entonces el ninja negro le dio una patada a Jack en el pecho, empujándolo hacia atrás. Al mismo tiempo un *shuriken* se clavó en el tronco de bambú justo donde se encontraba Jack hacía un momento.

Antes de que Jack pudiera comprender lo que había pasado, el ninja negro volvió a atacarlo, derribándolo esta vez. Golpeó con fuerza el suelo para ver al ninja verde que saltaba sobre él, las garras *shuko* arañando el aire en vez de clavarse en su espalda.

El ninja verde siseó lleno de frustración, y luego miró con furiosa diversión al ninja negro. Atacó con las garras, pero el ninja negro bloqueó y contraatacó con un veloz golpe de mano lanzado contra su garganta. El ninja verde jadeó y retrocedió tambaleándose. Se dispuso a atacar de nuevo, blandiendo sus *shuko*, pero el ninja negro aguantó a pie firme, sacó tranquilamente un *tantō* y marcó una cruel línea en el pecho verde del ninja. Contemplando asombrado cómo la sangre roja le empapaba el pecho, el ninja verde retrocedió, y luego huyó hacia el bosquecillo.

El ninja negro se volvió hacia Jack, la espada en la mano. Jack lo miró, aterrado.

—¡Jack! —sonó un grito.

El ninja negro no vaciló.

Tras limpiar la sangre de la hoja, el ninja saltó a un tronco de bambú y desapareció en las alturas.

Unos instantes más tarde, Yamato se abrió paso entre la maleza y encontró a Jack tendido en el suelo, los brazos manchados de sangre y con una curiosa combinación de miedo e incredulidad en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Yamato, su palo de *bō* dispuesto para el combate—. Encontré muerto a Orochi. ¿Qué ha pasado?

—Nos atacaron los ninjas, y lo mataron —respondió Jack, haciendo una mueca mientras inspeccionaba sus heridas. Aunque las marcas no eran muy profundas, sí resultaban dolorosas—. Luego me persiguieron, pero... otro ninja me salvó.

—¿Te salvó? ¿Estás seguro de que no te has caído de cabeza? —dijo Yamato, ayudándole a ponerse en pie.

—Estoy seguro. Dos veces ese ninja impidió que el otro me matara.

—¡Vaya, nunca había oído hablar de un ninja guardián! —rio Yamato—. Sea cual sea el motivo, deberías estar agradecido.

—Sí. Pero ¿cuál es el motivo?

—¿Quién sabe? Pero será mejor que volvamos con Akiko, no vaya a haber más ninjas cerca.

—Primero, averigüemos quién es este —replicó Jack, acercándose al cuerpo tendido del asesino caído.

—Pero ¿y Akiko?

—No tardaremos mucho. Además, ella puede apañárselas bien.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Yamato.

—No lo sé —respondió Jack, revisando los ropajes del hombre—. Una pista.

Yamato miró inquieto alrededor, preocupado de que el otro ninja volviera. Jack lo llamó para que se acercara.

—Mira esto. —Jack alzó la mano del hombre—. Le falta un dedo.

Tiró de la capucha para revelar el rostro del ninja. Un fino hilillo de sangre manó por la comisura de la boca del hombre.

—¿Y qué? —dijo Yamato.

—¿No lo reconoces? Era uno de los clientes que entraron en la taberna después de nosotros. No me extraña que Orochi echara a correr. Debió saber que iban a por él.

Jack continuó registrando al ninja. Encontró una cuerda de escalar con un garfio, cinco estrellas *shuriken*, algunos clavos *tetsu bishi* en una bolsa y una cajita *inro* que contenía algunas píldoras y un polvillo inidentificable. Había un *tantō* en la cadera del hombre.

Jack desenvainó el cuchillo, y dejó escapar una maldición cuando la hoja le cortó el pulgar.

—¡Cuidado, Jack! ¡Podría estar envenenada!

—Gracias por la advertencia —respondió Jack, sombrío, chupándose la sangre de la herida.

La hoja brillaba maliciosa a la luz del bosque. En el acero había grabados una serie de caracteres *kanji*.

—¿Qué dice? —preguntó Jack, cuyo conocimiento de la escritura *kanji* seguía siendo muy limitado a pesar de las clases diarias de Akiko.

—¡Kunitome! —rugió el ninja, que acababa de recuperar el sentido. Agarró a Jack por la garganta—. Es el nombre del fabricante de la hoja.

Jack jadeó en busca de aire, la feroz tenaza del ninja le aplastaba la laringe.

Aturdido por la inesperada resurrección del hombre, Jack olvidó todo su entrenamiento y tiró inútilmente de la mano del hombre.

Yamato se abalanzó y dio una patada al ninja en las costillas, pero el asesino se negó a soltar su presa. El rostro de Jack se volvió rojo brillante, los ojos pugnaban por escapar de sus órbitas. Yamato alzó su palo de *bō* y golpeó la pierna rota del ninja. Retorciéndose de agonía, el ninja soltó a Jack y Yamato arrastró rápidamente a su amigo para ponerlo fuera del alcance del asesino.

—Samuráis robando —escupió el ninja, entre espasmos doloridos—. ¡Qué falta de honor!

—No estábamos robando. Buscábamos pistas —croó Jack, poniéndose en pie como pudo—. Necesitaba saber quién eras y dónde está Ojo de Dragón.

El ninja soltó una risa ronca y más sangre borboteó en sus labios.

—Deberíamos entregarlo, Jack. Llevarlo al castillo Ueno —sugirió Yamato. Interrogar a un ninja era tan peligroso como picar a un león herido—. Ellos le sacarán la verdad.

—Cierto —coincidió Jack—. Pero tal vez estará dispuesto a hablarnos de Ojo de Dragón a cambio de su vida.

—Ningún samurái puede darme órdenes —replicó el ninja, sacando una oscura píldora negra del *inro* de su cinturón.

Se la metió en la boca, y la mordió con fuerza. En cuestión de segundos, sus labios se cubrieron de espuma.

—Nunca encontrarás a Dokugan Ryu, joven samurái —croó con su último aliento—. Pero él te encontrará a ti...

4

La hoja demonio

—¡Ha sido una idea estúpida! —exclamó Yamato ignorando el *sencha* que le ofrecía Akiko—. ¡Otra vez estuviste a punto de que te mataran!

—Pero ahora sabemos dónde está el campamento de Ojo de Dragón —protestó Jack—. Shindo está a menos de medio día de viaje.

Jack miró a Akiko para que lo apoyase. Ella terminó de sorber su té y estaba a punto de hablar cuando Yamato intervino de nuevo.

—Todo lo que tienes es el nombre de una aldea y un templo. ¿Crees que simplemente apareceremos por allí y encontraremos a Dokugan Ryu y su clan ninja disfrutando del té de la tarde? Además, Orochi era un ladrón y probablemente nos ha mentido.

—Pero esta podría ser nuestra única oportunidad —insistió Jack—. El hecho de que los ninjas nos atacaran a Orochi y a nosotros es la prueba de que estamos en buen camino.

—¡No! Ya hemos tenido suficientes problemas. Mi padre nunca me perdonará si nos metemos en más líos. ¡Y entonces nunca podremos regresar a la *Niten Ichi Ryū*!

Yamato puso fin a la conversación dándole la espalda a Jack y contemplando las montañas rocosas al otro lado del barranco. Situada en un risco junto a la carretera de Tokaido, la casa de té de Kameyama ofrecía un panorama espectacular y atraía a numerosos visitantes de Kioto. Tras un glorioso día de verano, la casa de té estaba repleta de viajeros que contemplaban la puesta de sol sobre la salvaje belleza de las montañas.

Jack jugueteó abstraído con el *tantō* del ninja muerto, su brillante hoja de acero marcada solo por una gota de sangre seca donde Jack se había cortado el pulgar el día anterior. Después de que el ninja se suicidara con la píldora envenenada, Jack había decidido quedarse con la hoja. Además, era la única arma que poseía ahora desde su expulsión de la *Niten Ichi Ryū*.

No le reprochaba a Masamoto por suspenderlo. Ahora se daba cuenta de que había sido una tontería ocultar la existencia del cuaderno de ruta de su padre al único hombre que podía protegerlo, aunque pensaba que era él quien protegía a Masamoto al hacerlo. El padre de Jack le había hecho jurar que no le hablaría a nadie de la existencia del diario, confiándole a él, y solo a él, el código que mantenía la información en secreto para ojos hostiles.

El cuaderno de ruta no era solo el único eslabón con su padre, era también su única oportunidad de asegurarse un futuro. Había tenido que hacer cuanto estuvo en su mano para protegerlo. Si un día alcanzaba por fin el puerto de Nagasaki, su experiencia como mono gaviero y su habilidad como piloto tal vez le consiguieran pasaje a bordo de un barco con destino a Inglaterra, donde su hermana pequeña, Jess,

esperaba su regreso.

O al menos eso suponía él. Sin familia en Inglaterra, el futuro de Jess era tan incierto como el suyo. Pero con el cuaderno de ruta, Jack podría cuidar de ambos siendo el respetado piloto de un barco, igual que lo había sido su padre antes de que Ojo de Dragón lo asesinara a sangre fría.

El letal acero del *tantō* parecía latir en la mano de Jack cada vez que pensaba en Ojo de Dragón asesinando a su padre. La venganza destelló en su mente. Todo lo que Jack había querido se lo había arrebatado aquel ninja: su padre, el cuaderno de ruta y también casi la vida de Akiko.

Cuando Jack y su padre zarparon de Inglaterra hacía cuatro años con la tripulación holandesa del *Aleandría*, soñaban con descubrir nuevas tierras, ganar una fortuna y regresar a casa convertidos en héroes. Ni por un momento imaginó Jack que terminaría solo, en una tierra extraña y peligrosa, entrenándose para convertirse en guerrero samurái.

Pero ahora ni siquiera haría eso.

—¿Dónde has conseguido ese cuchillo? —preguntó el dueño de la casa de té cuando recogía la mesa.

—Lo encontramos... en un bosque —respondió Jack, sorprendido por la pregunta.

Los ojillos brillantes del dueño lo estudiaron con inquietante intensidad. Estaba claro que no creía a Jack.

—¿Sabes lo que es? —preguntó el anciano, los ojos fijos en la cara de Jack; como si no quisiera volver a mirar el cuchillo.

—Es un *tantō*...

—Sí, pero no es un *tantō* cualquiera. —El propietario se acercó más y habló en susurros—: Ese cuchillo fue forjado por el herrero Kunitome-san.

—Lo sabemos —intervino Yamato, molesto por la curiosidad entrometida del hombre—. Lo dice la hoja.

—¡Lo sabéis! ¿Y aun así os la habéis quedado?

—¿Por qué no? —preguntó Jack, sorprendido por la extraña conducta del propietario del salón de té.

—Sin duda habréis oído decir que las espadas de Kunitome-san son malignas. No son las armas de un samurái virtuoso —explicó, mirando a Yamato—. La obra de Kunitome-san es tristemente célebre por estos andurriales. Reside a apenas diez *ri* al oeste de aquí, en la aldea de Shindo.

Al oír mencionar el nombre de la aldea Jack miró a Akiko y Yamato. Sus rostros registraron el mismo asombro que él sentía. Era demasiada coincidencia.

—Kunitome-san es un hombre violento y posee una mente desequilibrada que a decir de algunos bordea la locura —confió el propietario—. Se dice que esta forma de ser se traslada a sus espadas. ¡Un arma como la vuestra ansía sangre, impulsa a su dueño a cometer asesinatos!

Jack contempló el *tantō*. Parecía igual que cualquier otro cuchillo, pero entonces recordó el latido de venganza que experimentó cuando pensó en la muerte de su padre.

—Agradecemos tu preocupación —dijo Akiko, con una sonrisa triste en los labios—, pero somos demasiado mayores para creer en supersticiones. No nos asustas.

—No estoy intentando asustaros. Intento advertiros. El propietario soltó la bandeja.

—Si me permitís que os cuente una historia, entonces tal vez comprendáis.

Akiko amablemente aceptó su petición asintiendo con la cabeza, y el anciano se arrodilló junto a ellos.

—Kunitome-san era estudiante del mayor forjador de espadas que ha existido jamás, Shizu-san de la Escuela Soshu de Forja de Espadas. Hace varios años, Kunitome-san desafió a su maestro para ver quién podía hacer la espada mejor. Los dos trabajaron en sus fraguas día y noche. Al final, Kunitome-san produjo un arma magnífica a la que llamó *Juuchi Yosamu*, Diez Mil Frías Noches. Shizu-san también completó la suya, a la que puso por nombre *Yawaraka-Te*, Manos Tiernas. Terminadas ambas espadas, accedieron a poner a prueba los resultados.

»La competición era que cada uno de ellos suspendiera sus hojas en un pequeño arroyo con el filo hacia la corriente. Un monje de la localidad presidía la prueba. Kunitome-san fue primero. Su espada cortó todo lo que fluía en su camino: hojas muertas, una flor de loto, varios peces, el mismo aire que soplabla sobre la hoja. Impresionado con la obra de su protegido, Shizu-san introdujo entonces su espada en el arroyo y esperó pacientemente.

»No cortó nada. Ni una sola hoja se quebró; las flores besaban el acero y seguían su camino flotando; los peces pasaban de largo; el aire cantaba mientras soplabla amablemente junto a la hoja.

—Así que la espada de Kunitome-san fue la mejor —interrumpió Yamato.

—¡No! El monje declaró vencedor a Shizu-san. Kunitome-san protestó la decisión, pues la espada de su maestro no había cortado nada. El monje se explicó entonces. La primera hoja era un arma magnífica en todos los aspectos. Sin embargo, estaba sedienta de sangre y era malvada, pues no discriminaba qué o quién cortar. «Lo mismo puede cortar mariposas que cercenar cabezas», dijo el monje. La espada de Shizu-san, por otro lado, era con diferencia la mejor de las dos, pues no cortaba sin necesidad lo que era inocente y no merecía la muerte. El espíritu de su espada demostraba un poder benévolo digno de un verdadero samurái.

»A causa de esto, se cree que una hoja de Kunitome, una vez desenvainada, debe hacer sangre antes de que pueda ser devuelta a su *saya*, incluso hasta el punto de obligar a quien la empuña a herirse a sí mismo o suicidarse.

Jack se miró el pulgar herido, y luego a la *tantō* con su sangre manchando aún el acero. Tal vez hubiera algo de verdad en la advertencia del anciano.

—Recordad mis palabras, ese *tantō* es una hoja demonio. Está maldita y llenará de ansia de sangre a quien la posea.

—Viejo, ¿nos sirves o te dedicas a chismorrear? —exigió un samurái que estaba sentado impaciente a una mesa situada al fondo de la casa de té.

—Mis disculpas —respondió el propietario, inclinando la cabeza—. Ahora mismo estoy contigo.

Se levantó y recogió su bandeja.

—Mi consejo es que pierdas ese *tantō* en el bosque donde lo encontraste.

El propietario hizo entonces una reverencia y los dejó a los tres reflexionando sobre sus palabras. Todos miraron la hoja, su espíritu despierto parecía atraerlos como si hubieran sido capturados en un remolino.

—¿Qué os dije? —exclamó Jack, entusiasmado, rompiendo el hechizo—. Es el destino. Tenemos que ir a Shindo. El procede de la misma aldea que mencionó Orochi. Esto debe de significar que también el ninja procede de allí.

—¿No has oído nada de lo que ha dicho ese hombre? —preguntó Yamato, sus oscuros ojos marrones llenos de incredulidad ante la jubilosa reacción de Jack hacia la noticia—. Ese cuchillo está maldito.

—No me irás a decir que crees en eso —despreció Jack, aunque no estaba tan seguro como hacía parecer su bravata.

—Sin embargo, crees en el destino, y que deberíamos ir a Shindo.

—Sí, pero esto es diferente —argumentó Jack, envainando con cuidado el *tantō* y guardándolo en el *obi* alrededor de su cintura—. El cuchillo es superstición. Esto es un signo claro de que debemos seguir nuestro destino. Debemos seguir el Camino del Dragón y descubrir dónde se oculta el ninja. ¿No es así, Akiko?

Akiko estaba alisando los pliegues de su kimono de seda de color marfil y pareció pensárselo con mucho cuidado antes de responder. Jack había utilizado las mismas palabras que ella le había susurrado después de despertar de su envenenamiento. El muchacho esperaba que Akiko aún estuviera de su parte, a pesar del obvio peligro de semejante aventura.

—Creo que deberíamos ir —coincidió Akiko—. Masamoto-sama dejó claro que tenemos que darle toda la información que podamos sobre Dokugan Ryu. Eso incluye también todo lo que descubramos sobre él. Imaginad que pudiéramos darle a Masamoto-sama el emplazamiento del cuartel general ninja. Podríamos incluso recuperar el cuaderno de ruta de Jack.

¿Por qué tienes de pronto tantas ganas de perseguir a ese ninja, Akiko? —preguntó Yamato, volviéndose hacia su prima—. Estuviste a punto de morir la última vez que accedimos a ayudar a Jack.

—Tanto más motivo para que quiera encontrar a ese ninja. Además, ¿no fuiste tú quien sugirió que deberíamos intentar atraparlo en primer lugar? Era tu oportunidad para restaurar el honor de la familia.

—Sí... —murmuró Yamato—, pero... eso fue antes de que mi padre lo

descubriera y nos expulsara. Nunca me perdonaría si intentáramos capturar a Ojo de Dragón nosotros solos. No vamos a intentar capturarlo —lo tranquilizó Akiko—. Simplemente queremos localizar su campamento.

—Sigo pensando que es una mala idea. ¿Qué hay del misterioso ninja negro que salvó a Jack? Eso no tiene sentido. —Yamato los miró a ambos con gravedad—. ¿No ha pensado ninguno de vosotros que tal vez estamos descubriendo estas pistas porque Ojo de Dragón quiere que lo encontremos? ¿Que nos está llevando a una trampa?

Hubo un momento de incómodo silencio. Entonces Akiko descartó la idea.

—Los ninjas no solo combaten contra los samuráis. También combaten entre sí. El ninja negro era probablemente de un clan rival y los ninjas verdes estaban fuera de su territorio. Yamato, apareciste justo a tiempo para salvarle a Jack la vida.

Yamato no parecía muy convencido.

—¿Qué otra cosa podemos hacer con nuestro tiempo? —preguntó Jack—. Kuma-san dijo que no podría viajar a Toba hasta por lo menos dentro de un par de días.

—Tiene razón —reconoció Akiko—. Si cogemos los caballos, podemos ir a Shindo y volver en un día. Jack puede cabalgar conmigo. Kuma-san no nos pondrá pegas porque queramos visitar un templo cercano.

Yamato guardó silencio, los labios apretados, volviendo en cambio su atención hacia la hermosa puesta de sol. La casa de té se llenó de tranquilidad mientras el sol rozaba la cima de una montaña. Rayos dorados de luz acariciaron el cielo azul índigo que flotaba como un kimono de seda sobre la cordillera brumosa y los valles en sombras.

Mientras la luz empezaba a desvanecerse, Jack hizo una última súplica.

—Es nuestra única oportunidad de encontrar a Ojo de Dragón antes de que él nos encuentre a nosotros.

—Pero no tiene ningún motivo para regresar. Ya tiene tu cuaderno de ruta —replicó Yamato.

—Está codificado, y yo soy la única persona que puede descifrarlo —dijo Jack—. Cuando Ojo de Dragón se dé cuenta, volverá.

Jack sabía que el ninja recurriría a la ayuda de un criptólogo chino, pero dudaba de que nadie pudiera desentrañar fácilmente un código escrito en una lengua tan desconocida. Requeriría tiempo. La cuestión era: ¿cuánto?

Ojo de Dragón podría perder la paciencia y decidir obligar a Jack a descifrar el libro.

Amor de madre

—Este lugar me da muy mala espina —murmuró Yamato, la mano derecha agarrada ansiosamente al mango de su palo de *bō*.

La única carretera que conducía a Shindo estaba desierta. El polvo giraba en remolinos solitarios y desaparecía entre una fila de casuchas desvencijadas. Aunque el día era cálido y soleado, el calor y la luz parecían acosar la aldea, y el interior de cada vivienda estaba oscuro y resultaba poco acogedor.

—Es un pueblo fantasma —dijo Jack, y un escalofrío le recorrió la espalda mientras ataban sus dos caballos y entraban en la aldea sin vida.

—No del todo —susurró Akiko—. Nos están observando. Jack y Yamato intercambiaron miradas de nerviosismo.

—¿Quién? —preguntó Yamato.

—Esa niña pequeña, para empezar —respondió Akiko, señalando con la cabeza una choza con techo de paja a su derecha.

Oculto en la oscuridad, una carita sucia con grandes ojos asustados los miraba. Luego desapareció. Akiko se dirigió a la choza, y se volvió a mirar por encima del hombro cuando notó que Jack y Yamato no la seguían.

—Vamos, vosotros dos. Podéis enfrentaros a una niña pequeña, ¿no?

Avergonzados por su falta de valor, los dos corrieron tras ella.

Akiko se asomó a la oscuridad tras la puerta, y entonces llamó:

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Dentro pudieron oír una respiración entrecortada, como la de un perro moribundo. De repente el rostro flaco de un hombre apareció en la puerta.

—Dejadnos en paz —exclamó—. No tenemos nada que daros.

La niñita que habían visto antes estaba ahora escondida tras las piernas del hombre, los ojos clavados en el pelo rubio de Jack. El muchacho le sonrió.

—Lamentamos molestarles, pero solo queremos hacerles unas preguntas —explicó Akiko.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Yamato.

—Se marcharon. Vosotros deberíais hacerlo también.

El hombre empezó a cerrar la débil puerta de su choza.

—Pero hemos venido en busca de Kunitome-san —insistió Jack.

El hombre miró a Jack como si reparara en su presencia por primera vez, entonces bufó.

—¡Ese diablo! ¡Está muerto!

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Jack—. ¿Quién lo mató? El hombre suspiró. El peso de la conversación parecía dejarlo sin fuerzas.

—Se suicidó. Con su propia espada —escupió—. Es el motivo de que esta aldea

esté muerta. Ese fabricante de espadas fue una bendición y una maldición para Shindo. Su habilidad atraía a gente de muy lejos y los aldeanos agradecíamos el dinero que traían. Pero su arte al forjar espadas malignas atrajo a la peor ralea. Ahora ya no existe, y no viene nadie. Pero su espíritu permanece. Proyecta una sombra oscura sobre Shindo. Deberíais marcharos. Este lugar tiene mal karma.

—¿Entonces por qué no se ha marchado usted? —preguntó Yamato, apoyando la mano en la puerta mientras el hombre intentaba cerrarla.

Lo haríamos, pero ¿oyes eso? —dijo el hombre, refiriéndose a la respiración entrecortada—. Es mi madre enferma. Se niega a morir. Y hasta que lo haga, estamos atrapados aquí. Ahora, adiós.

Con eso, les cerró la puerta en la cara.

Se miraron unos a otros, asombrados por la historia del hombre.

—Parece que hemos llegado al final del camino —dijo Yamato, y el alivio en su voz era muy claro—. Será mejor que regresemos antes de que Kuma-san se dé cuenta de que nos hemos marchado.

—No —dijo Jack, echando a andar—. Todavía tenemos que encontrar ese Templo del Dragón del que nos habló Orochi. ¡Mirad! Debe de ser ese.

La carretera terminaba en un gran templo que se alzaba en un montículo de tierra, su pintura roja y verde ajada y descascarillada. Faltaban losas en el tejado y los dos dragones tallados habían caído de sus esquinas y se pudrían en el suelo. La puerta principal del templo estaba abierta y parecía tan tentadora como una tumba.

—No iréis a entrar, ¿no? —dijo Yamato—. ¡Parece a punto de desplomarse en cualquier momento!

Akiko sonrió a modo de disculpa y luego siguió a Jack por los gastados escalones de piedra.

Por dentro el templo era una ominosa cueva de oscuridad y sombras. Donde tendría que haber oído a incienso solo flotaba en el aire el hedor del deterioro.

Jack cruzó el umbral y escrutó la penumbra.

Casi soltó un grito al ver dos gigantescos guerreros a cada lado, los músculos ondeando, los rostros contraídos. Uno, que mostraba los dientes, empuñaba un gran bastón en forma de rayo. El otro, con la boca fuertemente cerrada, blandía una espada inmensa.

Jack tropezó con Akiko.

—Solo son Nió —rio ella—. Guardianes del templo.

—¡Son aterradores! —exclamó Jack, superando su sorpresa al ver las gigantescas estatuas de madera.

Siguió a Akiko al interior y se encaminaron al altar central, donde varias efigies más pequeñas rodeaban a un Buda cubierto de polvo.

—¿Qué protegen las estatuas de los guerreros?

—Al Buda, naturalmente. La estatua de la derecha es Agyó. Simboliza la violencia. La estatua de la izquierda, la de la espada, es Ungyó. Representa la fuerza

—explicó Akiko, y señaló sus caras—. ¿Ves que el primero tiene la boca abierta y el otro la tiene cerrada? Forman los sonidos «ah» y «un», el primer y el último carácter del lenguaje budista. Juntos comprenden todo el conocimiento.

—Se acabó la lección de historia —interrumpió Yamato—. Aquí no hay nadie. Esto es una completa pérdida de tiempo. Kunitome-san se suicidó, y hemos llegado a un callejón sin salida. Nunca encontraremos a Ojo de Dragón, así que vámonos.

Cuando Yamato se volvía para darse la vuelta, hubo un sonido de roce detrás del Buda.

—¡El fabricante de espadas no se suicidó! —exclamó una figura en la oscuridad.

Todos se dieron la vuelta para defenderse. Una anciana encorvada, vestida con una capucha y una túnica ajadas, se acercó a ellos cojeando a través de las sombras.

—Usted disculpe —dijo Akiko, sobresaltada—. No pretendíamos perturbar sus oraciones.

—¡Oraciones! —croó—. Hace mucho tiempo que abandoné mi fe en Buda. Estaba durmiendo hasta que habéis entrado como ratas.

—Nos marchábamos ya —explicó Yamato, retrocediendo un paso de la mujer de terrible aspecto, el rostro velado por la capucha cubierta de piojos.

Pero Jack se quedó donde estaba.

—¿Qué acaba de decir de Kunitome-san?

—No eres de aquí, ¿verdad, muchacho? —escupió la bruja. Olisqueó el aire, y luego se atragantó—. ¡Eres *gaijin*!

Jack ignoró el insulto.

—¿Dices que el fabricante de espadas no se suicidó?

—No. No lo hizo.

—¿Entonces qué ocurrió?

La anciana extendió una mano huesuda, su piel muerta como la de un cadáver. Permaneció en silencio, pero el mensaje quedó claro. Akiko rebuscó entre los pliegues de su kimono, sacó un puñado de monedas, escogió una y la dejó caer en la palma extendida de la mujer. La bruja retiró su recompensa.

—No se suicidó, pero murió por su propia espada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jack.

—Kunitome-san había recibido el encargo de hacer una espada especial para un cliente muy especial —explicó la anciana, dejando correr los dedos por el borde astillado de la espada de madera de la estatua tallada—. La espada se llamaba *Kuro Kumo*, *Nube Negra*, porque fue terminada la noche de una gran tormenta. Era la mejor espada que había forjado jamás, más afilada y más mortífera que ninguna otra espada que exista. Resultó ser la última espada que forjó.

La bruja se acercó a Jack.

—Esa noche vino el cliente y exigió una prueba de corte para demostrar la cualidad de la hoja. Kunitome-san dispuso que encadenaran a cuatro criminales en un montículo de arena. *Nube Negra* atravesó los cuatro cuerpos como si fueran una pasa

madura. Tendríais que haber oído sus gritos. —Extendió un dedo como un espolón y lo pasó por el cuello de Jack. El muchacho se estremeció ante el contacto.

»El cliente quedó tan impresionado que decapitó a Kunito-me-san allí mismo con su propia creación.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Jack, conteniendo su repulsión.

—Quería asegurarse de que Kunitome-san no forjara nunca otra espada que pudiera derrotar a *Nube Negra*. Pero cuando Kunitome-san fue asesinado, un fragmento de su alma enloquecida entró en la espada. Como poseída, la tormenta duró toda la noche, arrancó el corazón de la aldea, destrozó todas las cosechas, destruyó el templo. Por la mañana quedaban pocas cosas de pie.

—¿Quién era el cliente? —preguntó Akiko.

La anciana levantó la cabeza y aunque Jack no podía ver su cara con la capucha, habría jurado que estaba sonriendo.

—Dokugan Ryu, naturalmente. El que buscas.

La bruja se inclinó hacia delante y le susurró a Jack al oído:

—¿Quieres saber dónde está?

—Sí —jadeó Jack.

La anciana extendió de nuevo su mano esquelética. Akiko depositó otra moneda en la sucia palma.

—¿Dónde está? —exigió Jack, impaciente por la respuesta. Hizo acercarse más a Jack, y luego croó:

—¡Detrás de ti!

Los tres se volvieron para enfrentarse a un enorme ojo verde.

La anciana se echó a reír ante su sorpresa. Pero el ojo solo pertenecía a una gran talla de dragón que colgaba sobre la puerta, la cabeza vuelta hacia un lado, su lengua bífida asomando en su boca pintada de rojo.

—Muy graciosa —gruñó Yamato, bajando la guardia—. Aquí no hay nadie.

Oh... pero si es verdad —corrigió la mujer—. Dokugan Ryu siempre estará detrás de vosotros, siguiéndoos como una sombra envenenada.

—Vámonos —insistió Yamato—. Esta bruja está loca. Jack no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo y se dio la vuelta para marcharse.

—Pero os ayudaría saber quién es realmente Dokugan Ryu, ¿no? —susurró la vieja bruja.

Jack se detuvo.

—¿Quieres saberlo? —se burló la vieja, la palma extendida de nuevo, los dedos agitándose como un cangrejo patas arriba.

Jack miró a Akiko. Yamato sacudió la cabeza lleno de desesperación mientras Akiko, a regañadientes, entregaba otra moneda.

—Estáis ansiosos de conocimiento, jóvenes. Y no os decepcionaré —cloqueó la bruja, guardando la moneda en su sucia túnica—. Dokugan Ryu es el señor samurái exiliado Hattori Tatsuo.

—¡Eso es ridículo! —rezongó Yamato—. Ese señor de la guerra murió en la gran batalla de Nakasendo.

¡Escucha, pequeña rata! —susurró ella, interrumpiéndolo—. Has pagado por una historia y la voy a contar. Hattori Tatsuo nació en el castillo Yamagata en el verano del Año de la Serpiente. De niño, el ojo se le infectó de viruela. ¡Él mismo se arrancó el órgano enfermo del cráneo!

Akiko retrocedió ante la idea.

—A causa de su ojo perdido, su madre le consideró no apto para ser la futura cabeza de la familia Hattori, y empezó a preparar a su hermano menor para que fuera su heredero. Incluso envenenó una vez a Tatsuo durante una cena, pero él sobrevivió milagrosamente, aunque enloqueció en cierto modo sin su ojo verde como el jade.

Yamato sacudía incrédulo la cabeza.

—Tatsuo mató a su hermano para asegurarse el ascenso al poder. Fue a su primera batalla con su padre cuando tenía dieciséis años. Su padre murió durante la escaramuza, algunos dicen que a manos del propio Tatsuo, que se convirtió ahora en cabeza de la familia... pero eso no fue suficiente para él. Se había empeñado en convertirse en *daimyo* del norte de Japón. Pero primero quiso vengarse de la traición de su madre.

—¿Cómo? —susurró Akiko.

—¿Cómo si no? ¡Sacándole ambos ojos! —chilló la bruja.

—¡Ya es suficiente! —ordenó Yamato, al ver que Akiko se estremecía ante la horrible imagen que la mujer había conjurado—. Nada de esta tontería explica cómo acabó Tatsuo siendo ninja.

La vieja, chasqueando la lengua, agitó un dedo huesudo ante Yamato.

—¡Qué impaciencia! Hay más. Mucho más. En el campo de batalla, Tatsuo se ganó fama de guerrero implacable. Pronto se convirtió en *daimyo* de todo el norte de Honshu. Durante sus campañas, engendró un hijo, y quiso que su heredero gobernara todo Japón. El ejército de Tatsuo aplastó a todos los que se le enfrentaron...

—Hasta que fueron derrotados en Nakasendo —intervino Yamato.

—Sí, tienes razón. La batalla duró muchos días y muchas noches. Pero solo las fuerzas combinadas de los señores del centro y del sur, los *daimyo* Hasegawa, Takatomi y Kamakura, derrotaron al gran Tatsuo. —Escupió en el suelo—. Kamakura, ese samurái traidor, se cambió de bando y selló el destino de Tatsuo.

»Su ejército fue masacrado, su propio hijo abatido ante él por uno de los guardaespaldas del *daimyo* Takatomi. Sin embargo, a pesar de todo esto, Tatsuo luchó hasta el amargo final.

—Pero ya te he dicho que Hattori Tatsuo murió en la batalla —declaró Yamato—. No puede ser Ojo de Dragón.

—No, Tatsuo escapó a los montes Iga y se escondió. Pero la fortuna se puso de su lado cuando un clan ninja lo aceptó. Estudió sus artes secretas y se convirtió en Dokugan Ryu, el ninja más temible que ha existido jamás.

La anciana parecía casi orgullosa.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Jack—. Nadie más sabe quién es.

—Nadie me ha preguntado a mí antes —respondió la anciana, echándose hacia atrás la capucha para revelar una horrible cara llena de cicatrices... con dos cuencas vacías.

6

El jardín de Uekiya

Jack acarició la flecha clavada en el *sakura*.

Sus dedos rozaron las plumas y la sensación le provocó un escalofrío que le corrió por el cuerpo a pesar del pegajoso calor del verano. No podía creer que todavía estuviera aquí, perforando la corteza del cerezo como una aguja en un ojo. Su objetivo fue Ojo de Dragón, pero había escapado, como siempre.

—Masamoto-sama me ordenó que no la quitara.

Jack se dio media vuelta y se sorprendió al descubrir a Ueki-ya, el viejo jardinero, atendiendo un rosal inmaculado. El arrugado anciano parecía un árbol viejo. Era tan parte del jardín como de los buenos recuerdos que Jack tenía de Toba, el pequeño puerto al que llegó por primera vez en Japón.

Aunque el motivo para el regreso no era honorable, la bienvenida de la madre de Akiko, Hiroko, había sido cálida y reflejó el cariño que le había ofrecido a Jack durante sus primeros seis meses en Japón. Después de su preocupante encuentro con la bruja ciega, Jack, Akiko y Yamato se habían marchado a toda prisa de Shindo para realizar el último tramo de su viaje hasta Toba. El camino fue lento debido a la herida de Kuma-san y el sofocante calor lo hizo aún más arduo. A su llegada, Hiroko les proporcionó los refrescos necesarios y ordenó que llenaran el baño para que pudieran lavarse la suciedad del viaje. Mientras Yamato ocupaba el primer *ofuro* y Akiko se ponía al día con las noticias de su madre, Jack buscó la sombra fresca del jardín.

El anciano le mostró una sonrisa dentada, obviamente complacido por ver a Jack en su jardín una vez más.

—¿Dio Masamoto-sama algún motivo para dejar aquí la flecha? —preguntó Jack, soltando el astil.

—Para recordarnos que nunca hay que bajar la guardia. La sonrisa de Uekiya se desvaneció mientras cortaba amablemente una flor roja sangre del arbusto y se la ofrecía a Jack.

—Planté este rosal para que me recordara a Chiro.

Jack no pudo seguir mirando al jardinero a la cara. Recordó la noche en que Ojo de Dragón intentó robarle por primera vez el cuaderno de ruta. El ataque hizo que la doncella de Hiroko, Chiro, acabara muerta y que el guardia samurái, Taka-san, resultara seriamente herido. Para Jack supuso un gran alivio al regresar a Toba ver que Taka-san estaba en la puerta, plenamente recuperado, la única indicación de su herida una fea cicatriz que le cruzaba el vientre y que mostraba con cierto orgullo. Pero la culpa por la muerte de Chiro aún permanecía.

—Bienvenido a casa, Jack-kun —añadió Uekiya, y la sonrisa regresó a su rostro mientras continuaba podando el rosal.

—Gracias —respondió Jack, sentándose a la fresca sombra del árbol *sakura*—.

Después de tanto tiempo en Kioto, es casi como volver a casa. Había olvidado lo hermoso que es tu jardín.

—¿Cómo es posible? —dijo el anciano—. Llevas contigo una pieza del jardín desde que te marchaste.

—¿Quieres decir mi bonsái? —preguntó Jack, refiriéndose al diminuto cerezo que el jardinero le había regalado el día en que se marchó a la escuela de samuráis.

—Naturalmente, es un injerto del mismo árbol bajo el que estás sentado. No está muerto, ¿verdad?

—No —dijo Jack rápidamente—, pero sí necesita un poco de atención después del largo viaje.

Como no tenía ni idea de cuánto tiempo permanecería en Toba, había traído el arbolito consigo en su caja original, junto con todas sus otras posesiones.

—Déjame a mí —dijo Uekiya, soltando su cuchillo de podar—. Los bonsáis son muy difíciles de cultivar. La verdad sea dicha, no esperaba volver a verlo vivo. Tal vez tengas un pequeño japonés en tu interior, después de todo.

Con una sonrisa triste en su rostro arrugado, el anciano jardinero inclinó la cabeza y cruzó el puentecito de madera que cruzaba un estanque salpicado de lirios acuáticos de color rosa. Se dirigió a la casa por el sendero de piedras, dejando a Jack solo con sus pensamientos.

Jack había pasado muchas horas felices bajo el *sakura*. Al principio, recuperándose del brazo que se había roto al escapar del ataque ninja al *Aleandría*; luego, para estudiar el cuaderno de ruta de su padre; y, lo mejor de todo, para que Akiko le enseñara el idioma y las costumbres. Sentarse aquí ahora era como encontrar de nuevo un santuario.

Pero no era como regresar a casa.

Inglaterra era su hogar. Aunque después de casi cuatro años, dos de ellos en el mar, se había convertido en un recuerdo lejano. Las únicas cosas que lo unían a su tierra natal eran su corazón, su hermana pequeña Jess, el cuaderno de ruta de su padre, ahora robado, y un trozo de papel que había encontrado dentro.

Jack abrió la cajita *inro* que llevaba sujeto a su *obi* y con cuidado sacó el frágil papel. Era un dibujo que Jess le había dado a su padre antes de que zarparan hacia Japón. Como se había convertido en costumbre, sus dedos acariciaron el contorno de su padre, su hermana con su vestido de verano que le daba la mano a él, delgado como un palillo, y por fin su madre con sus alas de ángel. Tras secarse una lágrima de los ojos, Jack dijo una pequeña oración por Jess, que solo tenía una vieja vecina enferma en quien confiar. Jack tenía que regresar a Inglaterra, por ella.

Sin embargo, estaba atrapado por las circunstancias. Su tutor Masamoto se consideraba responsable del cuidado de Jack hasta que tuviera dieciséis años y fuera considerado mayor de edad. Además, cualquier viaje al puerto meridional de Nagasaki, donde atracaban los barcos mercantes extranjeros, estaba cuajado de peligros ahora que el *daimyo* Kamakura, señor de la provincia de Edo, había

empezado a levantar a la población contra los cristianos y extranjeros.

Para remate, Jack tenía que enfrentarse con la constante amenaza que suponía recuperar el cuaderno de ruta de su padre de las garras de Ojo de Dragón. No podía marcharse de Japón sin el cuaderno. Era suyo por derecho, y la clave de su futuro. Tenía que recuperar el diario antes de que desentrañaran el código. Ahora el cazador se había convertido en presa. Era él quien tenía que encontrar a Ojo de Dragón.

Pero la madre ciega de Dokugan Ryu se rio ante la idea de que Jack encontrara a su hijo ninja. Ojo de Dragón era como el viento, dijo, y se movía con las estaciones, sin asentarse dos veces en el mismo sitio. A pesar de que le ofrecieron más monedas, la bruja se negó a revelar su paradero. Yamato, de todas formas, dudaba de que lo conociera. Creía que se estaba inventando toda la historia y que malgastarían el dinero en mentiras sin valor.

Bonito dibujo —comentó Yamato, rodeando el tronco del *sakura*, recién salido de su baño—. ¿Es el que Akiko rescató del árbol?

—Sí, lo es —murmuró Jack, sobresaltado por la súbita aparición de su amigo.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que no había advertido que Yamato se acercaba. Jack dobló con cuidado el papel y volvió a guardarlo en su *inro*. Tenía mucho más cuidado con él desde que Kazuki, su archirrival en la escuela, le había arrebatado el dibujo de las manos y lo lanzó a las ramas superiores de un arce. Por fortuna, Akiko lo recuperó para él, con una sorprendente muestra de agilidad.

—He estado pensando que deberíamos continuar con nuestro entrenamiento, por si mi padre decide permitirnos regresar a la escuela —sugirió Yamato.

Jack alzó la cabeza, sorprendido. Estaba claro que el baño no solo había limpiado el cuerpo de su amigo, sino también su mente. Era la idea más positiva que Yamato murmuraba desde hacía tiempo. Jack sabía que su amigo temía a su padre. Desde la muerte de su hijo mayor, Tenno, Masamoto era un hombre difícil de complacer, y Yamato estaba desesperado por conseguir su aprobación.

Tal vez había alguna esperanza para que Yamato y Akiko regresaran a la *Niten Ichi Ryū*, pero Jack dudaba de que a él le permitieran volver.

—Será como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de cómo solíamos entrenarnos con nuestros *bokken* allí mismo? —dijo Yamato alegremente, indicando un pelado terreno de entrenamiento situado detrás de la casa.

Jack asintió.

—¡Y él solía darte una paliza! —exclamó una vocecita. Jack se volvió y vio a un niño pequeño que cruzaba a la carrera el puente de madera.

—¡Jiro! —exclamó Jack cuando el niño se echó en sus brazos.

Aparte de Akiko, Jiro, su hermano, fue el único compañero de Jack en aquellos primeros meses tras su llegada. Entonces Yamato y él no eran amigos. Jiro tenía razón. Sus sesiones de entrenamiento habían sido más bien una excusa para que Yamato le diera una paliza. Sin embargo, la dura instrucción de Yamato había ayudado a Jack a aprender los rudimentos de la lucha con espada y esto había llevado

a Masamoto a invitarlo a entrenarse en la *Niten Ichi Ryū*, la Escuela de los Dos Cielos.

—Has crecido —observó Jack, midiendo al sonriente chiquillo de ojos marrones.

—¡Ya soy lo bastante grande para empuñar una espada! —respondió Jiro orgullosamente.

—¿Ah, sí? —dijo Jack, alzando las cejas y mirando a Yamato—. Crees que eres lo bastante mayor para desafiarme, ¿no?

—Ningún problema —dijo Jiro, los brazos en jarras.

—¡Un duelo! —exclamó Yamato, fingiendo horror—. No tienes escapatoria, Jack. Yo seré el juez. Jiro, trae tu *bokken*.

Entusiasmado ante la perspectiva, Jiro corrió a recoger su espada de madera. Jack recordó su propio nerviosismo cuando se entrenó por primera vez en el Camino del Guerrero. Pero la oportunidad de convertirse en samurái había sido más que puro nerviosismo. Le había dado esperanza. Pues con esas capacidades guerreras a su alcance, Jack tenía una posibilidad de sobrevivir. Tal vez incluso de derrotar a Ojo de Dragón.

—Yamato —preguntó, mientras esperaban a que regresara Jiro—, ¿por qué estabas tan convencido de que la anciana del Templo del Dragón nos mentía? ¿No es posible que Hattori Tatsuo pudiera haber sobrevivido para convertirse en Dokugan Ryu?

Yamato puso los ojos en blanco, claramente exasperado porque Jack aún continuara insistiendo en el tema después de tres días.

—Esa bruja estaba loca. Te estaba gastando una broma de mal gusto. Tatsuo murió en la guerra de Nakasendo hace diez años.

—¿Cómo lo sabes con certeza?

Lo sé porque mi padre era entonces el guardaespaldas personal del *daimyo* Takatomi. Vio decapitar a Tatsuo con sus propios ojos.

Jack guardó silencio, momentáneamente aturdido. Pero antes de que pudiera preguntar nada más Jiro salió corriendo de la casa, empuñando su *bokken* y luchando contra un enemigo invisible mientras cruzaba el jardín. Jack no podía creer que la anciana se lo hubiera inventado todo, pero tal vez estaba tan convencida en su relato como Jiro en las batallas a sus ninjas imaginarios.

7

La perla

¡Date prisa, Jack! —urgió Akiko—. Está a punto de salir el sol.

Akiko trotaba por delante en su caballo blanco, el mismo en el que Jack la había visto la mañana después de que el *Alejandría* naufragara en la costa de Japón. Amanecía y ella rezaba en el templo que daba a la cala donde se encontraba el barco. Jack divisó el caballo antes de quedarse embobado ante la visión de una muchacha de pelo oscuro, la piel tan blanca como la nieve. Akiko fue su primera impresión de Japón.

—Este maldito animal no quiere obedecerme —se quejó Jack, esforzándose por permanecer montado en su yegua marrón—. ¡A mí dame mejor un barco!

Traqueteó por el sendero costero tras ella, agarrándose con fuerza a la crin y tratando desesperadamente de no perder el paso del caballo. Como era marinero, Jack no había aprendido nunca a cabalgar. La experiencia más parecida fue montar en el penol del *Alejandría* en una tormenta.

—Conseguiste recorrer a caballo todo el camino desde Kioto hasta Toba —advirtió Akiko.

—Sí, pero cabalgaba con Kuma-san. ¡Y mira lo que pasó! ¡Nos caímos, él se dislocó el hombro y yo me lastimé el trasero!

Akiko se echó a reír ante la dolorida expresión de Jack mientras él continuaba sacudiéndose.

—No te preocupes, ya casi hemos llegado.

Rodearon una pequeña punta de tierra y Akiko desmontó. Corrió a ayudar a Jack.

Llevaban ya más de un mes en Toba y, gracias a una buena dosis de cuidados y atenciones maternas, Akiko se había recuperado plenamente de su envenenamiento. Aunque su regreso no había sido decisión propia, ella agradecía claramente volver a casa y estar con su madre y su hermano. A la luz del alba, Jack pudo ver que su rostro estaba encendido, sus ojos negros chispeando con una energía recuperada.

Jack no podía decir lo mismo por su parte. Todavía era demasiado temprano. De algún modo Akiko había conseguido persuadirlo para que se levantara antes del amanecer y se uniera a ella para meditar mientras veían salir el sol en las Meoto Iwa, las rocas de la costa de Toba. Yamato quiso dormir, y dijo que se reuniría con ellos más tarde para practicar con la espada.

Jack siguió a Akiko por la orilla rocosa. Ella se sentó en una roca plana, cruzando las piernas en la posición del loto, preparándose para contemplar el amanecer.

Jack inspiró el aire salado, y el olor le hizo evocar al instante recuerdos de sus días marinos. Ansiaba volver al mar, sentir mecerse la cubierta bajo sus pies, oír el chasquido de las velas cuando el viento se apoderaba de ellas y él fijaba el rumbo. Contempló el cielo cada vez más claro y divisó la estrella polar todavía ardiendo en el

firmamento.

—¿Qué haces? —preguntó Akiko, mientras Jack empezaba a girar sobre sus talones y escrutaba el horizonte.

Jack señaló a la distancia.

—Inglaterra está por allí.

Al advertir el ansia en sus ojos azules, ella le sonrió con tristeza.

—Irás algún día —dijo, indicándole que se sentara a su lado—, pero, hasta entonces, deberías disfrutar de los momentos que pases aquí.

Jack miró a Akiko. Ella tenía razón. Estaba tan decidido a volver a casa que a menudo pasaba por alto las cosas buenas de Japón: desde el tranquilo orden de la vida samurái a la excitación de empuñar una espada, desde el exquisito sabor del *sushi* a la belleza de los cerezos en flor. Y empezó a darse cuenta de que cuando regresara a casa echaría mucho de menos a todos sus amigos: Yamato, Yori, Saburo y, por supuesto, Akiko.

Devolviéndole la sonrisa, se sentó junto a ella y esperó a que saliera el sol.

—Ahí viene —susurró Akiko, inspirando profundamente mientras los rayos dorados de luz se desplegaban sobre el horizonte.

Al salir del mar, el sol de la mañana se alzó entre dos macizos rocosos. Negros contra el cielo carmesí, sus picos estaban unidos por una gran cuerda anudada, y en la roca más grande de los dos había encaramada una puerta *tori* en miniatura.

—¿Qué son? —preguntó Jack, asombrado ante la visión.

—Son las Meoto Iwa —contestó Akiko—. Las sagradas Rocas Casadas. Son hermosas, ¿verdad? Y allí está el monte Fuji.

Jack miró a su izquierda y vio un pico cónico cubierto de nieve en la bruma del horizonte. Solo pudo imaginar lo grande que sería la montaña para que resultara visible desde tanta distancia. Sin embargo, desde aquí, podría cubrirla con la mano entera.

Después de que el sol saliera y ellos completaran su meditación, Akiko presentó sus respetos en el altar shinto cercano. Cuando Jack asistió por primera vez a la *Niten Ichi Ryū*, no comprendía las prácticas religiosas duales de los japoneses. Seguían el budismo y, al mismo tiempo, el shinto, la adoración de los *kami*, los espíritus que creían que existían en el interior de todo lo vivo y lo no vivo.

En Inglaterra, Jack había recibido una formación cristiana, siguiendo la fe protestante en lugar de la católica. Su padre le había explicado que esta diferencia era el motivo por el que Europa se veía envuelta en tantos conflictos. La división de creencias había lanzado a las católicas España y Portugal contra la protestante Inglaterra. Como la batalla por el dominio también se libraba en el mar y en el Nuevo Mundo, esto implicaba que el cuaderno de ruta tenía un significado inmenso. La posesión de un libro de navegación tan preciso como el de su padre podía inclinar el equilibrio del poder a favor de un país y su religión o hacia el otro.

Sin embargo, en Japón, las dos religiones coexistían en perfecta armonía.

Era la respetuosa aceptación del budismo hacia las otras religiones lo que había permitido que Jack pudiera celebrar los rituales budistas en la escuela de samuráis, mientras seguía siendo un cristiano devoto.

Su decisión fue también una cuestión de supervivencia. Con la creciente animosidad hacia los extranjeros en Japón, Jack tenía que mezclarse cuanto fuera posible y mostrar su disposición a aceptar las creencias japonesas. Tenía que demostrar que era un samurái, no solo de mente y cuerpo, sino también de espíritu.

Jack inclinó la cabeza ante el altar shinto y dijo una oración por su padre y su madre en los cielos y por su hermana pequeña Jess al otro lado del mundo, y sus palabras se fundieron con el suave lamido de las olas.

Mientras caminaban por el sendero de la costa, Jack y Akiko dirigieron sus caballos hacia Toba.

—Gracias —dijo Jack, feliz por haber compartido la pacífica mañana a solas con Akiko.

—Pensé que te gustaría volver a ver el océano —respondió ella, sonriendo cálidamente.

Jack asintió. El nuevo amanecer le había dado una perspectiva fresca y tiempo para pensar. Siempre sería marinero. Lo llevaba en la sangre. Pero ahora también era samurái.

Cuando subían un pequeño promontorio que asomaba a una cala clara como el cristal, Akiko se detuvo y se llevó la mano a la frente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jack.

—Estoy bien, solo un poco mareada —respondió ella—. Debe de ser por el aire del mar.

—Tal vez no te hayas recuperado del todo. Deberías sentarte —sugirió Jack, atando los caballos a un árbol cercano, y luego sentándose junto a ella al borde del acantilado.

»Es sorprendente que sobrevivieras al envenenamiento —dijo Jack, recordando cómo la ninja que Ojo de Dragón había enviado para asesinarlo había estado a punto de matar a Akiko, mientras él robaba el cuaderno de ruta. La ninja había empleado un alfiler envenenado como arma. Se lo clavó a Akiko en el cuello y la muchacha se desplomó inconsciente. Tendría que haber muerto según todos los pronósticos.

Esta era una de las inexplicables habilidades y misterios que rodeaban a Akiko. Como cuando escaló el arce con tanta gracia y agilidad para recuperar el dibujo de Jack, o cuando sobrevivió durante tanto tiempo bajo la cascada durante el Círculo de Tres. Tal vez ahora era el momento de hacer esas preguntas.

—Cuando estabas enferma, oí al *sensei* Yamada y al *sensei* Kano mencionar el *dokujutsu*, el arte ninja del envenenamiento. Pensaban que alguien podría haberte entrenado para resistir venenos.

Akiko recogió un guijarro del suelo y lo lanzó por el borde del precipicio. Lo miró dar vueltas por el aire hasta que cayó al agua.

—No fue nada tan misterioso —descartó—. Siempre he tenido suerte en ese aspecto. Cuando buceaba con los *ama* en busca de perlas, me picaban tanto las medusas que perdí la cuenta. Una vez incluso me picó un pez globo, y son letales. Estuve enferma durante unos cuantos días, pero sobreviví. He desarrollado una tolerancia alta a ese tipo de cosas.

A Jack le pareció lógica la respuesta, pero no explicaba los demás misterios.

—¿Y lo de...?

Pero Akiko se puso en pie y empezó a soltarse el *obi*. Jack se quedó boquiabierto de asombro. Una dama japonesa jamás se quitaba el *obi* en público. Pero claro, Akiko no era la típica chica japonesa. Al pertenecer a la clase samurái, no tendría que haberse relacionado con los buceadores *ama* en primer lugar. Era algo que se consideraba inferior a su estatus. Pero, como le había explicado una vez a Jack, Akiko amaba la libertad del océano. Era el único lugar donde podía escapar a la rigidez de la vida japonesa.

—Hablando de los *ama*, necesito nadar un poco —anunció Akiko.

Se dio cuenta de que Jack se la quedaba mirando.

—Nada de mirar —rio, indicándole que se diera la vuelta antes de entregarle la capa exterior de su kimono. Tras asegurar con fuerza su ropa interior, se lanzó del acantilado a la cala.

Jack corrió al borde, pero solo pudo ver las ondas blancas de agua en el lugar donde ella había entrado en el océano. Divisó una sombra nadando en las profundidades de la bahía y, si no lo hubiera sabido con seguridad, Jack habría jurado que se trataba de una sirena.

Sin embargo, después de un rato, Akiko siguió sin salir a la superficie y Jack empezó a preocuparse. Entonces, igual que un cachorro de foca, su cabeza asomó al otro lado de la cala. Nadó hasta la playita y llamó a Jack para que se reuniera con ella. Jack desató los caballos y los condujo sendero abajo.

Para cuando llegó a la playa, ella estaba casi seca y Jack le pasó el kimono. Se dio la vuelta y esperó pacientemente a que se cambiara.

—Ya puedes mirar.

Jack se dio la vuelta y vio que Akiko extendía la mano. En su palma había una gran concha cerrada, de forma ovalada.

—Es una ostra. La divisé bajo una roca en el fondo de la cala —explicó ella, depositándola sobre su mano—. ¡Vamos, mira a ver si hay una perla dentro!

Jack cogió la concha retorcida y, usando el *tantō* ninja que llevaba, la abrió. El cuchillo resbaló al romper el sello y Jack se volvió a cortar el dedo con la hoja. Envainó rápidamente el *tantō* maldito antes de que causara más daño.

Akiko emitió un ruidito de sorpresa cuando Jack abrió la ostra. Dentro había una brillante perla negra, del color de los ojos de la muchacha.

—Es un hallazgo raro —susurró—. Debe de ser una de las perlas más perfectas que he visto.

Jack se la devolvió.

—No —dijo ella, cerrándole la palma alrededor de la preciosa perla—. Es mi regalo.

Jack quiso darle las gracias, pero durante un momento las palabras le fallaron.

—¡Ahí estáis! —exclamó el guardia samurái, Taka-san, mientras cabalgaba hacia la playa—. Tenéis que volver a casa de inmediato. Masamoto-sama viene de camino.

8

Bushido

—¡Un samurái caído en desgracia tiene que cometer *seppuku*! —tronó Masamoto, juzgando a Jack.

Estaba sentado en un dosel elevado en la sala de recepción de la casa de Hiroko, el rostro enrojecido como un volcán. Aunque habían pasado dos meses, su furia hacia su hijo adoptivo era todavía patente: la cicatriz que le corría por el lado izquierdo de la cara estaba inflamada y sus ojos de color ámbar ardían con ferocidad.

Jack miró temeroso a su tutor. Akiko le había contado una vez lo que era el *seppuku*, pero su temor ante la furia de Masamoto lo había borrado de su mente. Todo lo que sabía era que no era bueno. Jack miró a Akiko en busca de una explicación, pero ella continuó inclinada, la cabeza contra el suelo, igual que Yamato.

—El *seppuku* es el suicidio ritual —declaró Masamoto, advirtiendo la confusión de Jack—. En el Camino del Guerrero, se considera un acto de valentía que el samurái que sabe que está derrotado, o caído en desgracia, se quite la vida. Esa acción limpia todas sus transgresiones y la reputación del samurái permanece intacta.

Jack comprendió. Al no hablarle a Masamoto del cuaderno de ruta de su padre, había roto el código del *bushido*, las siete virtudes a las que los samuráis buscaban adherirse: Rectitud, Valor, Benevolencia, Respeto, Honradez, Honor y Lealtad. Su deshonestidad le había costado la confianza de su tutor y muchas más cosas.

También había fallado en su deber fundamental como samurái de servir a su señor. Había puesto en peligro al mismísimo *daimyo*, el mismo hombre que Masamoto tenía que proteger, cuando ocultó el cuaderno de ruta en el castillo del *daimyo* Takatomi.

Sin advertencia, Masamoto desenvainó su espada *wakizashi*. La hoja chispeó a la luz, dando a entender su intención.

—El *seppuku* es una forma extremadamente dolorosa y desagradable de morir. Primero, te abres el propio vientre...

Jack tembló ante la idea. Recordó la advertencia del padre Lucius, el sacerdote jesuita, ahora fallecido, que le había enseñado japonés: «Sal de la línea y te cortará en ocho pedazos».

Jack se había salido de la línea y estaba a punto de pagar el precio.

Todo el entrenamiento que tan duramente había conseguido y todo por lo que había luchado iban a convertirse en nada. Nunca volvería a ver a su hermana. Moriría en Japón.

—¡Entonces, en el momento de agonía, se os corta la cabeza!

—¡No fue culpa suya! —farfulló Jack cuando de pronto pensó en el destino de sus amigos. ¿Serían también obligados a cometer *seppuku*?—. Escondí el cuaderno de ruta yo solo. Por favor, no los castigues por mi error.

—Admiro tu lealtad hacia tus amigos, Jack-kun, pero ya he tomado mi decisión.

—Me marcharé —suplicó Jack, inclinándose hasta quedar postrado en el suelo—. No seguiré siendo una carga para ti.

—No puedes marcharte —declaró Masamoto fríamente—. Eres bien consciente de que no es seguro para ti viajar solo. Los dos sabemos que Dokugan Ryu puede querer aún capturarte o matarte. Pero, lo más importante, yo soy tu tutor y eres mi responsabilidad hasta que seas mayor de edad. No puedes marcharte, puesto que debes regresar a la escuela.

—¿Q-qué? —tartamudeó Jack, alzando la cabeza para mirar a Masamoto.

El samurái le miraba sonriente, y la sonrisa arrugaba la parte de su cara que mostraba la cicatriz.

—Mi idea de una pequeña broma, Jack-kun —dijo Masamoto, dejando escapar una breve carcajada mientras volvía a envainar la espada—. No tienes que cometer *seppuku* y no te cortaré la cabeza. No has caído en tanta desgracia como para eso.

—Pero creí que había roto el código del *bushido* —exclamó Jack, sin apreciar en lo más mínimo el macabro sentido del humor de su tutor.

—No, hiciste muchas cosas, pero siempre cumpliste el *bushido*.

Jack se permitió volver a respirar de nuevo mientras Masamoto volvía a sentarse en el dosel. Tras coger una taza de *sencha* de una mesa cercana y dar un sorbo, su tutor saboreó la infusión.

—El *sensei* Yamada intercedió a tu favor y estoy de acuerdo con él en que tus decisiones, aunque equivocadas, fueron tomadas con el mayor de los respetos y la mayor consideración hacia mí. Los tres demostrasteis una inmensa lealtad mutua en vuestras acciones y mantuvisteis vuestro honor al combatir a un enemigo formidable.

—¿Entonces quieres decir que todos vamos a regresar a la escuela? —preguntó Yamato tímidamente, inclinando la cabeza hacia la esterilla del *tatami*.

—¡Pues claro que vais a volver! —replicó Masamoto, mirando a su hijo con malestar—. Pero era importante que demostrara al resto de la escuela que se os aplicaba adecuadamente un correctivo. Lo que hicisteis no puede ser perdonado. Pusisteis en peligro la seguridad del *daimyo* Takatomi, y os merecíais ser expulsados. De hecho, os merecíais un castigo mucho mayor.

Los miró gravemente a cada uno, por turnos, para asegurar que comprendían completamente la gravedad de la cuestión.

—Sin embargo, también merecéis ser reconocidos por lo que intentasteis y la valentía que demostrasteis. Fuisteis osados, atrevidos y valientes... cualidades que deseo inculcar en todos los samuráis de la *Niten Ichi Ryū*. Y a la luz de vuestro anterior servicio al *daimyo* Takatomi, su alteza ha tenido la gracia de perdonaros a todos.

Dio una fuerte palmada y las puertas *shoji* de la sala de recepción se abrieron. Tres de sus guardias samuráis entraron portando armas. Colocaron un alto arco de bambú y un carcaj con flechas de pluma de halcón delante de Akiko. Luego

ofrecieron a Jack y Akiko sus *daishō* confiscadas, las parejas de espadas samuráis que representaban el poder social y el honor personal de un samurái.

—Os devuelvo vuestro derecho como samuráis a portar armas —anunció Masamoto, indicando que las recogieran. Agradecidos por el perdón, todos se inclinaron.

Jack cogió sus espadas. Sintió el frío contacto de las *sayas* lacadas, las vainas negras decoradas solo con un pequeño fénix dorado cerca de la empuñadura. El ave de fuego era el *kamon* familiar de Masamoto, y las dos espadas, la *katana* y la más corta *wakizashi*, habían sido las primeras *daishō* de Masamoto. Se las había regalado a Jack por ganar la competición *Taryu-Jiai* entre escuelas y se alegró de volver a recuperarlas.

Desenvainó la *katana*, lo suficiente para comprobar la hoja. Grabado en el resplandeciente acero había un solo nombre. Shizu.

Jack sonrió. Las *daishō* de Masamoto habían sido forjadas por el grandísimo maestro armero Shizu-san. Jack supo ahora que las espadas eran certeras y que albergaban el benévolo espíritu de su fabricante, contrariamente al *tantō* ninja maldito que también poseía.

—Gracias por tu perdón, Masamoto-sama —dijo Jack, inclinando la cabeza una vez más.

Masamoto asintió e indicó con un gesto que tenían que marcharse. Jack se incorporó y guardó las dos espadas en su *obi*, donde reposaron cómodamente contra su cadera. No podía creer del todo que fuera a regresar a la *Niten Ichi Ryū*. Le permitirían completar su entrenamiento. Y necesitaría hasta la última gota de habilidad cuando volviera a enfrentarse a Ojo de Dragón.

En la puerta, Jack vaciló antes de volverse de nuevo hacia Masamoto.

—¿Qué ocurre, Jack-kun? —preguntó su tutor.

Jack miró a Yamato con aprensión. Aunque su amigo había insistido en que Hattori Tatsuo estaba muerto, seguía existiendo la remota posibilidad de que hubiera sobrevivido, tal como había dicho la vieja bruja. Y Masamoto les había ordenado que le contaran todo lo que supieran o descubrieran sobre Dokugan Ryu. Si su tutor sabía quién era el ninja en realidad, tal vez tendría alguna idea de dónde se encontraba.

—En nuestro viaje a Toba, conocimos a una anciana que dijo saber quién era Ojo de Dragón.

Masamoto soltó su taza de té y miró a Jack con súbito interés. Yamato empezó a sacudir la cabeza, deseando que Jack dejara de hablar.

—¿Y? ¿Quién es? —preguntó Masamoto.

—Hattori Tatsuo. La mujer juró que no murió en la guerra de Nakasendo.

Masamoto miró a Jack durante un largo instante, y luego se echó a reír.

—Eso es un cuento para asustar a los niños, Jack-kun. El Viejo Caudillo del Norte que vuelve de la muerte. Me temo que se estaba burlando de ti. No negaré que hubo rumores que decían haber visto a Hattori Tatsuo después de la guerra, pero me

resultaron muy difíciles de creer.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—Porque yo mismo lo decapité.

Jack asintió lentamente, aceptando por fin la verdad. La única pista que tenía resultó ser un callejón sin salida. Literalmente. Ahora se dio cuenta de que todo lo que podían hacer era esperar a que Ojo de Dragón volviera a por él.

—Dokugan Ryu no es ningún fantasma —dijo Masamoto, y murmurar el nombre del ninja le hizo torcer el gesto—. Malvado, despreciable e implacable, sí, pero es un asesino de alquiler. Nada más, nada menos. Hablando del tema, he hecho algunas indagaciones sobre ese cuaderno de ruta tuyo.

Jack alzó la cabeza, esperanzado.

—Me temo que nadie lo ha visto, ni ha oído hablar de él. El ninja ha desaparecido. Probablemente se estará preparando para su próxima misión. Pero considerando el valor del cuaderno de ruta, estoy seguro de que aparecerá más pronto que tarde. Te lo haré saber si me entero de algo más.

—Gracias —dijo Jack, inclinando la cabeza para ocultar su decepción.

—Mientras tanto, debes permanecer alerta. Si Dokugan Ryu no logra descifrarlo, sin duda regresará. Y tienes que estar preparado. Por eso, cuando regresemos a Kioto el mes que viene para la inauguración de la Sala del Halcón, tendrás un nuevo sensei. Y tengo entendido que es un tirano.

—¿Quién es? —preguntó Jack, preocupado de que el maestro pudiera ser tan vengativo y sañudo como su maestro de *taijutsu*, el *sensei* Kyuzo.

—¡Yo! —rio Masamoto—. Es hora de que te enseñe los Dos Cielos.

9

La sala del Halcón

—¡Jóvenes samuráis! —rugió Masamoto, y su voz resonó por todo el patio cubierto de guijarros de la *Niten Ichi Ryū*.

Toda la escuela guardó silencio, tras haberse reunido emocionada para la ceremonia de inauguración de la *Taka-no-ma*.

Masamoto se encontraba en el porche de un magnífico edificio de madera, acompañado por sus *senseis*, el *daimyo* Takatomi y un sacerdote shinto.

Aunque de la mitad del tamaño del *Butokuden*, la Sala del Halcón complementaba a su hermana mayor como las dos espadas del samurái. Construida enteramente de oscura madera de ciprés, la sala tenía ocho columnas de anchura y seis de profundidad y contaba con un gran techo curvo de losas de color rojo pálido. Los bordes del tejado estaban decorados con filas de emblemas de cerámica, cada uno de ellos con el *kamon* de una grulla.

—Nos sentimos enormemente honrados por la presencia del *daimyo* Takatomi —empezó a decir Masamoto, inclinándose profundamente en señal de respeto ante su señor—, pues es él quien ha concedido graciosamente esta nueva sala de entrenamiento a la *Niten Ichi Ryū*.

Los estudiantes aplaudieron con fuerza y su *daimyo* dio un paso al frente.

Takatomi iba vestido con su mejor kimono ceremonial, el blasón familiar de la grulla bordado en blanco y plata. Su mano derecha acarició su fino bigote, como pintado a lápiz, mientras la izquierda se apoyaba casualmente en su espada y su redondo vientre. Jack había visto al *daimyo* antes de la ceremonia de inauguración para ofrecerle una disculpa formal por ocultar el cuaderno de ruta en su castillo. La disculpa había sido aceptada, pero el calor de la amistad que el *daimyo* le había ofrecido antaño había desaparecido. Jack sabía que había quemado ese puente y que no volvería a ser invitado al castillo Nijo.

—En reconocimiento al gran servicio que Masamoto-sama y su escuela me han prestado a lo largo de los años, me enorgullezco de inaugurar la *Taka-no-ma*. Espero que esta sala sea un faro de luz en tiempos oscuros.

La expresión del *daimyo* fue inusitadamente solemne cuando le asintió al sacerdote shinto para que diera comienzo a la ceremonia.

El sacerdote, con su tradicional túnica blanca y su sombrero cónico negro, se dirigió a la entrada principal de la sala, donde se había erigido un altar, un pequeño cuadrado marcado por una sogá fina y cuatro tallos verdes de bambú. En el centro un relicario de madera contenía una rama de hojas verdes de un *sakaki*, adornada con gallardetes de papel blanco.

Jack observó con interés que el sacerdote shinto entonaba una letanía y encendía una ofrenda de incienso.

—¿Ha empezado ya el ritual? —susurró una vocecita a la derecha de Jack.

Jack miró a su amigo Yori, un muchacho de gran corazón pero bajo de estatura. No podía ver la ceremonia detrás de los estudiantes más altos.

—Eso creo —respondió Jack—. Ahora el sacerdote está esparciendo sal y agita un palo plano de madera ante el altar.

—Ese palo es su *shaku* —explicó Yori ansiosamente—. Está purificando el nuevo edificio. Luego le hará una ofrenda a los dioses e invitará a entrar a los espíritus *kami*.

—¿Para qué? —preguntó Jack.

—Esperamos que los *kami* bendigan con su energía el altar de la sala y traigan prosperidad y buena suerte al nuevo edificio.

Jack vio que el sacerdote llamaba al *daimyo* Takatomi para que se acercase y le ofrecía dos ramitas de olivo. El *daimyo* se volvió hacia el altar y colocó la ramita sagrada en el estante inferior del relicario de madera. Luego, como era la costumbre, se inclinó profundamente tres veces, dio dos palmadas y se inclinó una vez más.

Hecha la ofrenda formal, el sacerdote shinto invitó a los *kami* a dejar el sitio ritual, esparciendo agua en la entrada. Hubo un breve momento de silencio, y entonces las puertas de la Sala del Halcón se abrieron.

El *daimyo* Takatomi y Masamoto abrieron el cortejo, seguidos por los *sensei* y los estudiantes.

—¿Qué quiso decir nuestro *daimyo* con eso de un faro que ilumine tiempos oscuros? —preguntó Kiku, la buena amiga de Akiko, una chica pequeña de pelo marrón oscuro y ojos de almendra.

—No estoy segura, pero ha sido un comentario muy extraño —coincidió Akiko, mientras se quitaban las sandalias y entraban en la *Taka-no-ma* para ver su grandioso interior.

Una vez dentro, se reunieron en el borde de la zona de entrenamiento, un hermoso suelo de madera pulida vacío a excepción de unas mesitas en un rincón. En la pared del fondo había un altar ante el que los estudiantes se inclinarían antes de comenzar su entrenamiento. Aparte de eso, parecía haber poca decoración.

Hasta que alzaron la mirada. Habían pintado el techo con un mural de un enorme halcón en mitad del vuelo, las alas desplegadas, los espolones dispuestos. La fuerza y la velocidad del ave eran aparentes en cada pincelada. De pie bajo él, Jack advirtió que los estudiantes tenían que convertirse en halcones. De lo contrario, serían su presa.

—Tal vez el *daimyo* piensa que va a haber una guerra —sugirió Jack.

El año anterior, Jack había oído a su rival de la escuela, Kazuki, decir que Kamakura, el *daimyo* de la provincia de Edo, planeaba una guerra abierta contra los cristianos de Japón. Desde entonces, habían aumentado los casos de persecución y el creciente prejuicio contra los extranjeros, pero la campaña en sí no se había convertido aún en una cruzada en toda regla.

—Jack podría tener razón —dijo Yamato—. Todos sabemos cómo son los

daimyo. Siempre están luchando unos con otros por sus territorios.

—Pero el Consejo de Regentes ha mantenido la paz durante casi diez años seguidos —respondió Kiku—. No ha habido guerra desde la batalla de Nakasendo. ¿Por qué tendría que haber una ahora?

—Tal vez el *daimyo* Takatomi se refería a las artes marciales que se enseñarán aquí —sugirió Yori, los ojos muy abiertos y temeroso de hablar de la guerra.

—Pero ¿qué vamos a aprender exactamente? —dijo Saburo, un muchacho jovial de cara redonda y tupidas cejas—. No veo ningún arma en este *dojo*. ¿Y quién va a enseñarnos?

—Creo que esa es nuestra nueva *sensei* —dijo Akiko, señalando a una dama alta y delgada que hablaba con Masamoto.

Vestida con un kimono negro con un *obi* blanco puro, la mujer tenía la piel cenicienta y los labios pálidos. Sus ojos eran de un marrón profundo y, a pesar de su calidez, hablaban de una gran tristeza. Sin embargo, la característica más sorprendente de su aspecto era la melena de pelo blanco como la nieve que llegaba hasta la cintura.

—¿Quién es? —preguntó Saburo.

—Nakamura Oiko —susurró asombrada Kiku—. Es una gran guerrera que se hizo famosa cuando su esposo murió durante la guerra de Nakasendo. Su pelo se volvió blanco de pena de la noche a la mañana, pero se encargó del batallón de su esposo y los condujo a la victoria. Es legendaria por su habilidad con la *naginata*.

—¿La *naginata*? —preguntó Jack.

—Es una larga asta de madera con una hoja curva en un extremo —explicó Yamato.

—Es un arma de mujer —despreció Saburo.

—No si estás en el extremo equivocado —replicó Akiko, irritada por el comentario—. Las mujeres usan la *naginata* solo porque tiene mayor alcance que una espada, lo que nos permite vencer a un oponente mucho más grande.

Miró de forma significativa al abultado vientre de Saburo. El muchacho se colocó instintivamente una mano protectora sobre la panza, y la boca se le quedó abierta mientras trataba de pensar en una respuesta adecuada.

—¿Quién es el chico que está sentado junto a la *sensei* Nakamura? —preguntó Yori rápidamente, consciente de que la conversación corría el riesgo de convertirse en una disputa.

Se volvieron a mirar a un muchacho de aspecto atractivo con el pelo recogido en un moño. Parecía tener un par de años más que ellos, pero su físico era menudo y poseía los suaves rasgos cultivados de los nobles. Permanecía en silencio junto a la *sensei* Nakamura, al parecer cómodo en su nuevo entorno.

—Es Takuan, su hijo —dijo una voz desde atrás.

Jack se volvió y se encontró con Emi, la elegante hija del *daimyo* Takatomi, una chica esbelta de largo pelo liso y boca de pétalo de rosa. La acompañaban sus dos

amigas, Cho y Kai, que parecían entusiasmadas con el nuevo muchacho.

—Emi, ¿cómo estás? —preguntó Jack, inclinando la cabeza.

La última vez que Jack vio a Emi ella estaba inconsciente, pues la ninja Sasori la había golpeado en el cuello y la había dejado sin sentido.

—Bien —respondió ella con frialdad—, aunque la magulladura tardó más de una semana en desaparecer.

—Lo siento mucho —murmuró Jack.

—No tanto como lo sintió mi padre por haberte invitado a su castillo.

Jack no supo qué decir. No esperaba una reacción tan picajosa por parte de Emi. Creía que eran amigos. Emi le dirigió a Jack una mirada helada antes de girar sobre sus talones y marcharse en dirección a Takuan.

—Creo que ya no eres su samurái favorito, Jack —le comentó Saburo al oído.

—Gracias por señalármelo —replicó el muchacho, golpeando irritado a Saburo en el estómago con el codo.

—¡No soy yo quien casi consiguió que mataran a la hija del *daimyo*! —se quejó Saburo, frotándose la barriga lastimada.

—¡Ya basta! Jack ha hecho ya su disculpa formal ante el *daimyo* —interrumpió Yamato, advirtiendo la vergüenza en los ojos de Jack—. El chico nuevo parece estar causando toda una impresión, ¿no?

Jack echó un vistazo en derredor y vio que muchas de las chicas de la sala susurraban y reían ocultándose las bocas con la mano. Takuan, que conversaba con Emi, miró en su dirección y localizó a Akiko junto a Jack. Le dirigió una amplia sonrisa e inclinó la cabeza, invitando a Akiko a unirse a ellos. Akiko devolvió el saludo, ruborizada por la atención.

Todavía molesto por la fría recepción de Emi, Jack se sorprendió al advertir que le irritaba esta situación.

—Más parece un poeta que un guerrero —comentó—. ¿Qué está haciendo en una escuela de samuráis?

Akiko miró a Jack, frunciendo el ceño.

—Espero que vaya a entrenarse con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí. Considerando la reputación de su madre, probablemente sepa mucho más que poesía. Deberíamos darle la bienvenida.

Jack caminó rezagado detrás de Akiko, Kiku y Yori para ir a saludar a Takuan.

—¡Eh, el *gaijin* ha vuelto! —se burló una voz familiar. Jack gruñó. Con toda la gente que no quería ver el primer día de vuelta en la *Niten Ichi Ryū*, tenía que ser Kazuki.

Su enemigo jurado se acercó, arrogante como siempre. La cabeza recién afeitada, y con su kimono negro con el *kamon* del sol rojo bordado en la espalda, parecía de los pies a la cabeza el hijo de un hombre supuestamente relacionado con el Linaje Imperial. Sus oscuros ojos entrecerrados miraron a Jack como si le ofendiera su sola

presencia.

Kazuki iba acompañado por el núcleo de su Banda del Escorpión: Nobu, quien con su enorme masa parecía albergar esperanzas de convertirse en luchador de sumo; Goro, un chico de aspecto duro y mirada calculadora; e Hiroto, delgado y nudoso como un insecto palo, con una voz cruel y aguda. La única que faltaba era Moriko, la muchacha samurái de dientes negros que estudiaba en su escuela rival, la *Yagyū Ryū*. La banda, formada en preparación de la cruzada propuesta por el *daimyo* Kamakura, se oponía firmemente a la idea de que los *gaijin* se establecieran en el Japón. Como Jack era el único extranjero en la *Niten Ichi Ryū*, era el objetivo principal de su acoso.

—¡Estábamos intentando decidir si te habían asado, hervido o quemado vivo! —dijo Kazuki.

Jack le devolvió la mirada, impasible. Estaba decidido a no darle a Kazuki ni a su banda la reacción que querían.

—Márchate, Kazuki —dijo Jack—. Eso es agua pasada.

—¿De verdad? —se burló Kazuki—. Lo último que he oído es que el *daimyo* Kamakura ofrecía recompensas a quienes lleven a los cristianos a la justicia. Serás consciente, Yamato, de que estos *gaijin* están esparciendo una religión maligna. Intentan convertir a los samuráis a sus creencias extrañas para derrocar a todos los *daimyo* y gobernar el Japón.

—Si ese es el caso, ¿por qué iba a convertirse al cristianismo el *daimyo* Takatomi? —desafió Yamato, interponiéndose entre Jack y la banda que se acercaba—. Sirve al Emperador y no es ningún idiota.

—No se da cuenta del verdadero alcance de sus planes —respondió Kazuki, bajando la voz—. Al contrario que el *daimyo* Kamakura, que aprobará una ley que destierre a todos los cristianos del Japón. ¡Y buen viaje a todos ellos!

—Puede que esa sea la voluntad del *daimyo* Kamakura en la provincia de Edo, pero no aquí en Kioto —repuso Yamato—. ¡Ahora largaos!

Kazuki avanzó un paso más.

—No tengo nada contra ti, Yamato. Mis asuntos son solo con el *gaijin*. No hay ninguna necesidad de que te interpongas. —Yamato aguantó a pie firme, mirando a Kazuki a los ojos.

—Si decides pelear con Jack, decides pelear también conmigo.

10

El reto

Kazuki y su banda cerraron filas contra Jack, Yamato y Saburo.

La Sala del Halcón estaba repleta de estudiantes y la confrontación pasó inadvertida entre la multitud.

—¿Por qué insistes siempre en proteger al *gaijin*? —preguntó Kazuki.

—Porque pertenece a mi familia —replicó Yamato.

Kazuki se lo quedó mirando, aturdido. Incluso Jack se sorprendió ante la declaración de su amigo. Yamato no había expresado nunca antes su relación de un modo tan cercano y familiar.

—Recuerdo que hubo una época en que lo odiabas —escupió Kazuki—. Despreciabas la decisión de tu padre de adoptar a un *gaijin*. ¡Está ocupando el lugar de tu hermano! ¿No puedes ver que incluso te ha sustituido en el afecto de tu padre?

—¿Qué quieres decir?

—A menos que esté confundido, es a Jack, y no a ti, a quien van a enseñar los Dos Cielos. ¡Ni siquiera es samurái! ¿Cómo puedes quedarte cruzado de brazos y permitir que un *gaijin* aprenda la técnica secreta con la espada de tu padre?

El rostro de Yamato se tensó mientras luchaba con sus emociones. Jack sabía que Kazuki había pinchado un nervio sensible. Yamato se esforzaba siempre por conseguir el respeto de su padre. Su fracaso al no conseguir entrar en el Círculo de Tres y garantizarse así el aprendizaje de los Dos Cielos seguía escociéndole.

—¿No te molesta que no seas considerado lo suficientemente bueno para los Dos Cielos? ¡Y él sí lo es!

Jack saltó inmediatamente en defensa de su amigo.

—Yamato no necesita los Dos Cielos cuando puede derrotar a cualquiera de vosotros con su *bō*.

—Lo dudo —dijo Kazuki, alzando escéptico las cejas. Saburo intervino ahora en la discusión.

—Piénsatelo bien. Yamato es tan habilidoso con el palo —declaró, palmeando a su amigo con fuerza en el hombro—, que podría con toda tu estúpida Banda del Escorpión a la vez.

Kazuki soltó una risa de incredulidad.

—¿Ah, sí?

—¡Podrías venderle los ojos y seguiría ganando! —añadió enfáticamente Jack.

Yamato se quedó de piedra mientras Jack y Saburo alardeaban a su costa.

Una sonrisa taimada se extendió por el rostro de Kazuki.

—Tal vez deberíamos poner a prueba tus pretensiones. ¿Estás preparado para entrenarte un poco, Yamato?

—¿Qué sugieres? —preguntó Yamato, cauteloso.

—Un combate total. Exactamente como ha dicho el *gaijin*: tú, con los ojos vendados y tu palo, contra mi banda y contra mí, con armas de nuestra elección.

—No parece justo —declaró Yamato.

—Solo puedes echarle la culpa al *gaijin*. Fue idea suya.

—No, quiero decir que vosotros no tendréis ninguna posibilidad.

Kazuki asintió, apreciando sus palabras.

—Eso es hablar. Propongo un combate mañana por la tarde en el Templo Enryakuji en el monte Hiei.

—Allí estaré —aceptó Yamato, el rostro impasible. Saburo, en el calor del momento, se plantó ante Nobu.

—Trae un sacerdote. Lo necesitarás.

Nobu gruñó, pero Kazuki, riendo, les indicó que se marcharan, y el enfrentamiento entre los dos grupos de muchachos llegó a su fin. Yamato se volvió hacia Jack y Saburo. Los agarró a ambos por las solapas de sus kimonos.

—¿Dónde me habéis metido? —exclamó, sacudiéndolos airado.

—¡Estuviste de acuerdo en el combate! —farfulló Saburo.

—Sí. Habría sido una deshonra echarme atrás después de vuestros alardeos.

—Kazuki no tenía ningún derecho a decir esas cosas sobre ti —replicó Jack, a la defensiva.

Puede que sí, pero sé defenderme yo solo.

—Será una gran pelea —animó Saburo—. Cinco contra uno. Serás leyenda en la escuela.

—Lo más probable es que muera —replicó Yamato—. ¡Con los ojos vendados! ¿En qué estabas pensando, Jack?

—Lo siento. Me dejé llevar. Pero no perderás —contestó Jack, con tanta seguridad como fue capaz de transmitir—. Con todo nuestro entrenamiento *chi sao* y tus lecciones extra de *bō*, eres con diferencia el mejor en la clase del *sensei* Kano.

Yamato sacudió la cabeza, lleno de desesperación.

—Yo no soy el *sensei* Kano. ¡Contra cinco oponentes, me aniquilarán en este combate!

—¿Qué combate? —preguntó una voz refunfuñona.

El *sensei* Hosokawa, el maestro de *kenjutsu* de la escuela, un hombre feroz de afilada perilla, estaba de pie tras ellos, los brazos cruzados y las dos espadas metidas por dentro de su *obi*.

Yamato soltó a Jack y Saburo e inclinó la cabeza a modo de disculpa.

—Solo un combate de entrenamiento, *sensei*.

—Para probar la habilidad de Yamato con el *bō* —añadió Saburo, mostrando su sonrisa más inocente.

—Parece interesante —dijo el maestro, mirándolos a los tres con recelo—. Pero deberíais estar preparándoos para la primera lección con la *sensei* Nakamura esta tarde. ¡No os retraséis!

El *sensei* Hosokawa se marchó y empezó a echar a los estudiantes de la *Taka-no-ma*.

—Lamento haberte metido en esto —dijo Jack mientras se ponían las sandalias en el exterior de la sala—. Iré a decirle a Kazuki que el combate se cancela.

—NO —replicó Yamato, agarrando a Jack por el brazo—. Kazuki buscaba pelea. Si nos retiramos ahora, quedaré en ridículo.

—¿Entonces vas a hacerlo? —preguntó Saburo ansiosamente.

Yamato asintió.

—Ya es hora de que alguien le enseñe a Kazuki una lección.

11

Haiku

Tras regresar a su diminuta habitación de paredes de papel en la Sala de los Leones, Jack se cambió el kimono ceremonial y se puso su *gi* de entrenamiento. Dobló con cuidado el kimono y lo depositó en el *tatami* del suelo junto a sus espadas, el *bokken* y la cajita *inro* que contenía la perla negra de Akiko. El *tantō* ninja estaba envuelto en una tela y lo guardó bajo el kimono. Parecía más seguro allí, fuera de la vista y de su mente.

Como pensándose mejor, colocó encima el muñeco Daruma. El único ojo que Jack había pintado en su cara traviesa dos años antes lo miró con indiferencia. En teoría, Jack debía pintar el otro ojo cuando el deseo que había pedido al muñeco se cumpliera. Pero el muñeco Daruma aún tenía que cumplir su promesa. Hasta entonces, pensó Jack, sería un buen talismán contra el espíritu maligno de la hoja de Kunitome. No es que creyera una palabra de lo que había dicho el dueño de la casa de té.

Al oír que los otros estudiantes salían de sus habitaciones, Jack se levantó y regó rápidamente su bonsái, que estaba colocado en el alféizar de la ventanita de la habitación. El arbolillo parecía mucho más sano desde que Uekiya lo había atendido. Luego salió rápidamente de su cuarto y encontró a sus amigos esperándolo en el patio. Juntos se encaminaron hacia la *Taka-no-ma* para su primera lección con la *sensei* Nakamura. Nadie sabía todavía qué arte marcial impartiría, pero, como muchos de sus compañeros de clase, Jack había decidido traer su *bokken* por si acaso.

Dentro de la Sala del Halcón encontraron cinco filas ordenadas de diminutas tablas de madera esparcidas por el suelo del *dojo*. Sobre cada mesa había un pincel de bambú, un tintero y varias hojas de papel sencillo.

—Dejad vuestras armas en la puerta —instruyó la *sensei* Nakamura. Dio la orden con suavidad, pero su voz resonó por toda la sala.

Estaba sentada inmóvil bajo el altar, con su kimono negro y el pelo como una ondeante nevada a su espalda.

Los treinta estudiantes hicieron lo que les decía y la *sensei* Nakamura esperó pacientemente hasta que todos ocuparon sus mesas. Jack encontró sitio entre Yamato y Saburo en la tercera fila y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Akiko, Kiku y Yori ocuparon su lugar en la fila de delante. En la primera fila, Jack divisó a Emi, Cho y Kai. Se habían colocado junto al chico nuevo, Takuan, mientras que Kazuki y su Banda del Escorpión se aseguraron de tener la última fila para ellos.

La lección seguía siendo un misterio para todos, así que en la sala imperaba un aire de expectación. Jack miró alrededor y no pudo ver nada en el *dojo* que se pareciera a una *naginata*. Sin armas, se preguntó si podrían entrenarse en *taijutsu*, pero el *sensei* Kyuzo ya les había enseñado el combate cuerpo a cuerpo. Los papeles

de las mesas apuntaban a que podrían hacer *origami*, pero el budismo Zen, la meditación y las artes espirituales eran responsabilidad del *sensei* Yamada. Con la tinta y el pincel presentes, Jack temía que fueran a hacer una prueba escrita. A pesar de las lecciones privadas de *kanji* que le había dado Akiko, Jack sabía que no podría escribir nada que fuera muy largo.

Antes de que la *sensei* pudiera hablar siquiera, la clase guardó silencio, como si se hubiera dado una orden muda.

—Soy la *sensei* Nakamura —dijo tranquilamente—, y os voy a enseñar *haiku*.

El anuncio provocó una reacción mezclada en la clase. Muchos de los estudiantes se sintieron decepcionados, mientras que unos pocos parecieron absolutamente encantados con la noticia.

—¿Qué es *haiku*? —susurró Jack, viendo que Yori ya había cogido su pincel con ansiosa expectación.

—Poesía —gruñó Saburo por respuesta.

Los ojos de la *sensei* Nakamura se volvieron hacia Saburo y el chico guardó silencio ante aquella severa mirada.

—Para los que desconozcan la forma —continuó la *sensei* Nakamura, dirigiéndose a la clase—, dejadme explicar sus principios básicos. El *haiku* es un poema breve, que suele constar de diecisiete sílabas, donde debería ser posible deducir la estación. Sin embargo, esas reglas básicas pueden descartarse, pues es el espíritu del *haiku* lo que cuenta por encima de todo.

La *sensei* Nakamura cogió un papel que tenía al lado y leyó lentamente.

*Vuelo de grullas
altas como nubes
primer amanecer.*

Varios de los estudiantes iniciaron una respetuosa salva de aplausos por el poema y pronto todos los demás los imitaron. La *sensei* Nakamura inclinó levemente la cabeza para indicar su agradecimiento.

—El *haiku* es una aguda observación del mundo que nos rodea —dijo—. Un gran poema *haiku* debe clavar el momento, expresar su atemporalidad.

Sacó otra hoja de la pila y con una voz que pareció susurrar individualmente a cada oído, leyó:

*Mira la mariposa
posada en el hombro
del gran Buda.*

Esta vez todos los estudiantes aplaudieron.

Entusiasmado, Yori se inclinó hacia Kiku y dijo:

—¿Has oído cómo la *sensei* compara la fugaz naturaleza de una mariposa con el eterno Buda? Sugiere que no hay ninguna diferencia entre un ser vivo y la encarnación de la vida en una estatua de piedra.

—¡Sí! —reconoció Kiku, sin aliento—. ¡Mágico! Saburo miró a Jack, poniendo los ojos en blanco.

—¿Así que ahora es «Yori el poeta»? —se burló con buena intención.

Jack se echó a reír. Todos sabían que Yori era el erudito ansioso, pues fue el único entre todos ellos que pudo resolver los desafíos *koan* del *sensei* Yamada. Las adivinanzas que el maestro de Zen proponía cada semana parecían imposibles y, sin embargo, de algún modo, Yori siempre encontraba una respuesta.

Una brusca palmada de la *sensei* Nakamura puso fin a la charla.

—Como he demostrado, el *haiku* mira con atención el mundo a nuestro alrededor y nuestro lugar dentro de ese mundo. Ahora quiero que todos intentéis vuestro propio *haiku*. Pensad en un momento en vuestra vida y capturadla en un poema. No os preocupéis por la forma. Concentraos en el espíritu. Intentad quedaros fuera. Ningún pensamiento. Ninguna opinión. Solo dejadlo estar.

Todos inclinaron la cabeza hacia las mesas y empezaron a preparar sus tinteros para escribir.

Jack hizo lo mismo, pero no tenía ni idea de qué escribir. Miró por la ventana el sol de la tarde que calentaba las tejas verdes de la Sala del Buda al otro lado.

Su concentración empezó a vagar.

Las anteriores amenazas de Kazuki asaltaron su mente. La noticia de que el *daimyo* Kamakura ofrecía recompensar por cazar cristianos era preocupante. Aunque estaba relativamente a salvo bajo la protección de Masamoto dentro de la *Niten Ichi Ryū*, ahora temía que cualquiera pudiese intentar atacarlo, no solo los samuráis leales al *daimyo* Kamakura.

La situación en Japón parecía estar empeorando, pero ¿qué podía hacer él además de dejar que las cosas siguieran su curso? Cuando lo suspendieron por primera vez en la escuela, Jack pensó en dirigirse a Nagasaki para intentar buscar un barco que zarpara hacia Inglaterra. No tenía mucho sentido quedarse si no podía continuar su entrenamiento samurái y aprender la técnica de los Dos Cielos. Sin embargo, sabía que era una tontería por su parte pensar que podía llegar hasta Nagasaki él solo, a medio entrenar. Sin comida, sin dinero ni armas, no era probable que sobreviviera mucho más allá de las afueras de Kioto. Además, cada vez que pensaba en marcharse algo lo retenía. Después de dos años en Japón, advertía que se había aficionado al lugar. Más importante aún, le debía la vida a Masamoto y sentía que su deber era quedarse.

Por fortuna, después de recibir aquella reprimenda, su tutor le enseñaría ahora su legendaria técnica de la doble espada. Al mirar por la ventana, Jack se preguntó si sería muy difícil combatir con dos espadas. Imaginaba que cuando dominara la

técnica sería invencible, como el propio Masamoto. Ya no tendría que temer por su vida. Jack empezó a imaginar que combatía a Ojo de Dragón y lo derrotaba de una vez por todas.

Advirtió que Yamato miraba también a la nada. Sin duda le preocupaba el próximo enfrentamiento contra Kazuki y su banda. Jack había intentado disuadir a su amigo, pero la pulla de que no se merecía el entrenamiento en la técnica de los Dos Cielos le había molestado. Yamato se negó obstinadamente a dar marcha atrás. Parecía decidido a demostrar su valía contra todo y contra todos.

Jack no estaba seguro de cuánto tiempo permaneció allí ensimismado, pero de repente fue consciente de que la *sensei* Nakamura lo estaba mirando.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—Lo siento, *sensei* —murmuró Jack—, pero no estoy seguro sobre qué debería escribir.

Ella asintió una vez, pensativa.

—Cuando un amigo te pregunta: «¿Qué te ocurre?», «¿Qué te pasa?», o incluso «¿Qué te ha hecho sonreír?», el *haiku* es la respuesta a ese «¿Qué?» —explicó—. No puedes compartir tus sentimientos con los demás a menos que muestres la causa de esos sentimientos. El *haiku* implica compartir el momento. Ahora inténtalo de nuevo.

Jack cogió el pincel y fingió escribir. Aunque comprendía un poco mejor el principio del *haiku*, su mente continuó en blanco. Todos los demás parecían progresar bien en la tarea, incluso Saburo. Miró a su ocupado amigo, solo para descubrir que estaba haciendo dibujitos de samuráis y ninjas.

—Esta lección es para chicas —se quejó Saburo. Akiko se volvió y lo miró con mala cara.

—No lo es —dijo, indignada por los prejuicios de Saburo—. La mayoría de los poetas famosos suelen ser hombres. No es que su obra sea mejor que la de las mujeres, como demuestran los *haikus* de la *sensei* Nakamura.

—¿Qué sentido tiene que un samurái aprenda a escribir *haikus*? —insistió Saburo—. Se supone que nos entrenamos para ser guerreros, no poetas. No se puede combatir a un enemigo con palabras.

—Los que más hablan oyen menos —observó la *sensei* Nakamura desde su posición bajo el altar. De nuevo su orden no fue fuerte, pero sonó como si la hubiera dado a gritos.

—Sigue pareciéndome absurdo —murmuró Saburo entre dientes mientras inclinaba la cabeza y mojaba el pincel en el tintero.

—El que trabaja solo con las manos es un simple obrero —proclamó la *sensei* Nakamura.

Jack estuvo a punto de dar un salto. La maestra había recorrido la sala tan silenciosa como un fantasma y de repente apareció a su lado.

—El que trabaja con las manos y la cabeza es un artesano —continuó, inspeccionando los bocetos de Saburo con amarga decepción—. Pero el que trabaja

con las manos, la cabeza y el corazón es un artista. Lo mismo puede decirse del espadachín. Puedes utilizar tus manos, Saburo-kun, pero aún tienes que demostrar que sabes utilizar la cabeza o el corazón.

Avergonzado y silencioso, Saburo inclinó la cabeza y empezó a escribir.

Jack volvió a mirar por la ventana. Todavía estaba falto de inspiración y cualquier idea que se le ocurría le parecía débil o estúpida. Vio el sol recorrer lentamente el tejado del templo, y el tiempo pareció estirarse de manera infinita.

La *sensei* Nakamura acabó por poner punto final al ejercicio.

—Ahora quiero que compartáis vuestros *haikus* con la persona que tenéis al lado —instruyó—. Ved si pueden experimentar el momento que intentabais expresar.

Jack se volvió hacia Saburo, con las manos vacías.

—No te preocupes —dijo Saburo—. Creo que te gustará el mío.

Saburo le leyó tranquilamente su poema y Jack no pudo evitar echarse a reír.

—¿Te parece divertida la tarea? —preguntó la *sensei* Nakamura.

—No, *sensei* —respondió Jack, tratando de contener la sonrisa.

—Tal vez te gustaría leer en voz alta tu *haiku*.

Jack miró su mesa, avergonzado.

—No se me ocurrió ninguno.

—¿Has tenido toda la tarde, y sin embargo no has conseguido una sola palabra? —dijo ella, desazonada—. Bueno, pues entonces oigamos el de tu amigo.

Saburo pareció sorprendido. No se le había ocurrido que tendrían que leer sus *haiku* en voz alta a la clase.

—¿Tengo que hacerlo? No es muy bueno —se excusó.

—Deja que yo juzgue eso —insistió la *sensei* Nakamura. Reacio, Saburo se puso en pie, el papel temblándole en las manos. Se aclaró la garganta y empezó a leer:

*Tirarse un pedo
no te hace reír
cuando vives solo.*

Hubo una carcajada general en la fila del fondo. Sin embargo, la mayoría de los estudiantes trataron de ocultar su diversión cuando vieron la gélida mirada que la *sensei* Nakamura le dirigía a Saburo.

—Muy divertido —declaró—. De hecho, es tan bueno que creo que deberías escribirlo mil veces.

Lamentando de inmediato su acto de rebelión, Saburo inclinó la cabeza y volvió a sentarse.

—Confío que otros intentos sean más adecuados para la clase.

—¿*Sensei*? —se ofreció Emi, levantando la mano—. Creo que este es bueno.

—Muy bien, vamos a escucharlo —accedió la *sensei* Nakamura, asintiendo.

Emi le pasó el *haiku* a su autor.

Takuan lo aceptó con elegancia y se puso en pie. Incluyó humildemente la cabeza y entonces, con tono melifluido leyó:

*Campana del templo
detenida en el cielo
por la flor del cerezo.*

Hubo un silencio asombrado mientras los estudiantes asentían. Luego, todos empezaron a aplaudir.

—Muy perceptivo —comentó la *sensei* Nakamura—, pero me habría sentido muy decepcionada de haber sido menos.

Takuan pareció un poco abatido ante la leve alabanza de su madre. Incluyó la cabeza y se sentó.

—Continuaremos la semana que viene. Mientras tanto, espero que todos hayáis compuesto al menos un *haiku* más.

Todos los estudiantes inclinaron la cabeza y salieron de la *Taka-no-ma*, dejando al solitario Saburo para que escribiera su poema mil veces.

—Tendrá suerte si termina antes de la hora de acostarnos —observó Yamato mientras volvía a ponerse las sandalias.

—Le está bien empleado por ser tan irrespetuoso —declaró Akiko.

—Pero tienes que admitir que tuvo gracia —respondió Jack—. Y no puedes negar que capturó un momento.

—¡Pero no sugirió una estación! —argumentó Akiko.

—¿Qué importa en qué época del año te tiras un pedo? —preguntó inocentemente Yori.

Jack y Yamato soltaron una carcajada.

—Disculpádnos —dijo Akiko, sin verle la gracia, y llamó a Kiku para que se reuniera con ella mientras Takuan salía de la Sala del Halcón—. Debemos felicitar a Takuan por su hermoso *haiku*.

Takuan, a pesar de que había sido rodeado por varias admiradoras más, incluyó la cabeza al verlas acercarse. Jack advirtió que Akiko había abierto su abanico y se echaba aire suavemente mientras charlaba con Takuan.

—¿Cómo puede un poema hacer que alguien sea tan popular? —exclamó Jack.

—No te preocupes —le consoló Yamato, mientras se dirigían a la Sala de las Mariposas para cenar—. Te apuesto a que no puede empuñar una espada como tú.

12

Dos Cielos

—¡Masamoto-sama y el *sensei* Hosokawa están combatiendo! —exclamó una estudiante, mientras seguía corriendo en dirección a la Sala del Fénix.

Jack y Akiko, que ya se dirigían hacia allí para su lección matutina, corrieron tras ella. Cuando se acercaron al *Hó-oh-no-ma*, el *dojo* personal de Masamoto, Jack pudo oír el entrecocar de las *katanas*. Al abrirse paso entre los estudiantes que se arremolinaban en la entrada, pudo ver a los samuráis enzarzados en un combate brutal. Para su sorpresa, ambos empuñaban dos espadas, sus *katanas* y *wakizashis* destellando en el aire como aceradas aves de presa.

Hosokawa parecía llevar la ventaja e hizo retroceder a Masamoto hacia el estrado de madera. Masamoto contraatacó con un golpe doble que casi partió por la mitad un tapiz del fénix ardiente. Hosokawa bloqueó la *wakizashi* de Masamoto pero fue alcanzado por la hoja más larga de la *katana*, que rompió su guardia y amenazó con atravesarle el corazón. Solo una desviación tardía y un rápido juego de pies salvaron al maestro de esgrima. Masamoto aumentó la presión y se dispuso a matar.

—¿Sabías que una vez se batieron en duelo de verdad? —susurró un estudiante al lado de Jack.

El muchacho le resultaba familiar. Alto y guapo, con brazos fuertes y ojos oscuros, Taro era conocido como uno de los mejores estudiantes de *kenjutsu* de la escuela. Sus tupidas cejas revelaban el hecho de que era el hermano mayor de Saburo. Un completo samurái que causaba gran respeto entre sus iguales, era todo lo que su hermano menor desearía ser.

—A mí me parece que van bastante en serio —dijo Jack, mirando asombrado que Hosokawa atacaba con saña el cuello expuesto de su tutor.

—Fue en serio una vez —respondió Taro—. Cuando Masamoto-sama hacía su *musha shugyo*, desafió al *sensei* Hosokawa.

—Pero no puedo imaginar que el *sensei* Hosokawa haya perdido jamás un combate. —Jack dio un respingo de compasión cuando Masamoto bloqueó la *katana* de su maestro de esgrima y le golpeó con el hombro en el pecho.

—No lo hizo —contestó Taro.

Jack frunció el ceño, asombrado.

—Pero me han dicho que Masamoto nunca perdió un combate en todo su peregrinaje de guerrero.

—Tienes razón. Su duelo duró un día y una noche, sin descanso. Al final, un funcionario de la ciudad tuvo que intervenir y detenerlos. ¡Habían destruido dos casas de té y varios puestos del mercado!

Jack sonrió ante la idea. El *sensei* Yamada, su maestro de Zen, le había contado una vez que Masamoto fue un samurái feroz e independiente en su juventud. Podía

imaginar el destrozo que habrían causado estos dos guerreros.

—Su duelo épico se consideró un empate —explicó Taro, mientras Masamoto y el *sensei* Hosokawa detenían su pelea en el *Hó-oh-no-ma*—. El *sensei* Hosokawa al final convenció a Masamoto-sama para que le enseñara los Dos Cielos y se hicieron aliados y fundaron juntos la *Niten Ichi Ryū*.

Tras envainar sus espadas, los dos samuráis se inclinaron el uno ante el otro. Un criado entró por una puerta lateral trayendo una tetera y dos tazas de porcelana. Los dos samuráis se rieron con un chiste privado y brindaron.

—¡*Kampai!*

—El *sensei* Hosokawa es probablemente el único samurái que puede igualar la habilidad con la espada de Masamoto-sama —susurró Taro, como si fuera una blasfemia sugerir algo semejante—. Pero, por el bien del honor, aún tienen que terminar aquel duelo.

—Todo lo que habéis aprendido hasta ahora en la *Niten Ichi Ryū* ha sido una mera preparación para los Dos Cielos —declaró Masamoto a los ocho estudiantes reunidos ante él.

Jack estaba completamente de acuerdo. Se sentía de nuevo como un novicio. Asumiendo la pose de lucha superior de los Dos Cielos, una *katana* de madera en alto en la mano derecha y una *wakizashi* más corta también de madera en la izquierda, a la altura de la cintura, se esforzaba por mantener el control de sus espadas mientras trataba de descargar los golpes que Masamoto les había enseñado.

Golpeó el *bokken* sujetado en alto por su compañera de entrenamiento, Sachiko, una muchacha con fama de ser rápida como el rayo con la espada. Llevaba el pelo oscuro recogido y asegurado con un palillo *hashi* rojo de adorno.

Jack cambió la pose y golpeó, usando la *wakizashi*. Repitió los golpes, tratando de ser más rápido y más preciso. Estaba acostumbrado a sujetar la espada con ambas manos, pero el peso de dos hacía que los brazos le dolieran y su sujeción fuera débil.

—Podéis preguntaros por qué dos espadas son mejor que una, cuando todas las otras escuelas de samuráis enseñan técnicas con una sola espada —declaró Masamoto mientras estudiaba los progresos de sus estudiantes—. En efecto, hay situaciones en las que una sola espada tiene sus ventajas, pero si vuestra vida está en juego, necesitaréis que todas vuestras armas estén a vuestro servicio. Para un guerrero samurái, ser derrotado con una espada envainada todavía es una desgracia.

Después de varios intentos más, Jack se cambió con Sachiko para sostener el *bokken* en alto mientras ella practicaba sus tajos dobles. Con un año de entrenamiento ya en los Dos Cielos, los movimientos de Sachiko eran más fluidos y golpeó el *bokken* con mayor fuerza, por lo que cada golpe sacudía dolorosamente el brazo de Jack.

Solo había otros seis estudiantes que gozaban del privilegio de poder aprender la técnica. Inmediatamente a su derecha se encontraban Akiko y Kazuki, quienes, como Jack, habían conquistado los desafíos del Círculo de Tres y por tanto se ganaron el

derecho de aprender los Dos Cielos antes de tiempo. Jack se tranquilizó respecto a su propio avance cuando vio que a Kazuki el ejercicio también le resultaba difícil. Los otros dos estudiantes, Ichiro y Osamu, eran más avanzados. Como Sachiko, habían sido seleccionados de los cursos superiores por sus excepcionales habilidades de lucha. Como ya habían tenido algún entrenamiento con dos espadas, se golpeaban el uno al otro con más rapidez. Al fondo había una chica llamada Mizuki, cuyo compañero de entrenamiento era Taro. Se atacaban los respectivos *bokken* con la tranquilidad que da la práctica, sin sudar siquiera.

Masamoto interrumpió la práctica.

—Asumid vuestras poses de lucha.

Entonces fue corrigiendo la postura de cada uno.

—Pon fuerza en tu nuca, Sachiko-chan.

Hizo bajar los hombros a Jack.

—Mantén la espalda recta. No saques el trasero.

Masamoto miró a Kazuki de arriba abajo.

—Bien. Una pose muy sólida. Todos tenéis que pensar que vuestro cuerpo es una sola cosa, como veis aquí.

Ajustó la presa de Akiko sobre su espada principal.

—Tu presa es demasiado floja: siempre debes sujetar la espada con intención de abatir a tu oponente.

—Ichiro-kun y Osamu-kun, estáis demasiado cerca. Cuidado con la *ma-ai*. Mizuki-chan, pon más fuerza en tus pies. Perfecto, Taro-kun, pero asegúrate de que empleas *metsuke*.

Masamoto advirtió la expresión de confusión en el rostro de Jack.

—*Ma-ai* es la distancia entre tu oponente y tú. *Metsuke* significa «mirar a una montaña lejana». Ya deberías estar familiarizado con este segundo concepto, Jack-kun. Creo que el *sensei* Kano te enseñó los principios del *Mugan Ryū*, su escuela sin ojos. Esto es similar. Es la habilidad de verlo todo a la vez sin enfocar un objeto concreto. Deberías ser consciente de la espada de tu oponente, y al mismo tiempo no estar mirándola.

Jack asintió, comprendiendo. El *sensei* Kano, su maestro ciego de *bōjutsu*, había pasado casi todo el año anterior enseñándole a no basar el combate en su vista. Esta insólita habilidad le había salvado la vida en dos ocasiones distintas, una vez contra Kazuki, y la otra en un combate contra Ojo de Dragón y su asesina Sasori.

Finalmente satisfecho con las poses de sus estudiantes, Masamoto continuó la lección.

—Dejadme que os demuestre la ventaja de empuñar una espada con una sola mano.

Masamoto desenvainó su espada tan rápido que el aire silbó. Se detuvo en seco ante la garganta de Jack. El muchacho no pudo evitar un jadeo involuntario. Kazuki hizo una mueca y Jack se maldijo en silencio por mostrar debilidad delante de la

clase.

—Cuando empuñáis la *katana* con las dos manos, es más difícil moverse libremente a izquierda y derecha y tenéis menos alcance con la hoja.

Masamoto agarró ahora la espada con ambas manos para demostrar la diferencia en el alcance. Jack dejó escapar un silencioso suspiro de alivio cuando la afilada hoja se retiró de su nuez de Adán.

—Al combatir con dos espadas, superaréis las limitaciones de luchar con una sola espada —explicó Masamoto, enfundando de nuevo su *katana*—. Demostraré una técnica básica de los Dos Cielos con el *sensei* Hosokawa.

Se volvió hacia el maestro de esgrima, que había estado observando la lección desde el estrado. Hosokawa inclinó la cabeza y avanzó. Desenvainó su *katana* y Masamoto hizo lo mismo con sus dos espadas. Una décima de segundo más tarde, Hosokawa atacó, lanzando su espada en arco contra la cabeza de Masamoto, quien inmediatamente bloqueó el golpe con su *wakizashi* mientras se hacía a un lado al mismo tiempo y lanzaba su *katana*, más larga, contra la garganta de Hosokawa.

La lucha se terminó en un instante. Si hubiera sido un combate real, el maestro de esgrima estaría ahora ahogándose en su propia sangre, el cuello atravesado por la dura punta de acero de la hoja.

Hosokawa se retiró a una distancia segura.

—Como acabáis de ver, el estilo de los Dos Cielos no es complicado —explicó Masamoto, envainando sus espadas e inclinando la cabeza ante el *sensei* Hosokawa—. No hay movimientos exagerados ni de lucimiento. Es preciso alcanzar el blanco, y la distancia y el cálculo del tiempo son ajustados. Comparo el estilo de lucha de los Dos Cielos con el agua, fluida y pura.

Se dio entonces a los estudiantes la oportunidad de probar la técnica de «parada y ataque». Jack se enfrentó a Kazuki esta vez, quien le golpeaba con su *katana*. Consiguió bloquearla con la *wakizashi*, pero no pudo alcanzar la garganta de Kazuki con su otra espada.

A pesar de la aparente sencillez de la técnica, Jack descubrió que los Dos Cielos era como intentar acariciarse la cabeza y frotarse el estómago al mismo tiempo. Requería intensa concentración y coordinación.

Lo intentó de nuevo, concentrándose esta vez en el ataque. La punta de su *katana* encontró su objetivo, pero se olvidó por completo de bloquear. Casi sintió cómo le arrancaban la cabeza de los hombros cuando la *katana* de madera de Kazuki le golpeó la oreja.

—¡Cuidado! —exclamó Jack, agarrándose la oreja lastimada. Kazuki se encogió de hombros, sin pedir disculpas.

—Tendrías que haberlo bloqueado.

—Y tú tendrías que haber controlado tu golpe, Kazuki-kun —observó Masamoto desde el otro extremo del *dojo*.

—Sí, *sensei*. Lo siento. No estoy acostumbrado a empuñar dos espadas —

respondió Kazuki—. Te pido disculpas, Jack.

Inclinó la cabeza respetuosamente hacia Jack. Pero la sonrisa taimada de su rostro le dijo a Jack que Kazuki era mucho más hábil de lo que dejaba entrever... y que distaba mucho de lamentarlo.

Jack se moría de ganas de que llegara esta tarde, cuando Yamato le borraría aquella sonrisa de la cara.

Enfrentamiento

—¡No me esperaba público! —murmuró Yamato mientras se dirigía al combate—. ¿Cómo se ha enterado todo el mundo?

—Puede que se lo comentara a un par de amigos —admitió Saburo mansamente.

—¡A un par! La escuela entera está aquí.

Un zumbido de entusiasmada charla llenaba el aire mientras los estudiantes se congregaban en el borde del patio central del Templo Enryakuji. Los edificios colindantes estaban en ruinas, destruidos por el general samurái Nobunaga cuarenta años antes. Sin embargo, el *sensei* Kano ocasionalmente impartía aquí a los estudiantes el arte del *bō*. Incluso ahora, un monje solitario rezaba dentro de la estructura rota del Kompon Chu-do, manteniendo encendida la Llama Eterna como se había hecho desde hacía más de ochocientos años. La llama podía verse aleteando en las sombras, su luz se reflejaba en las vigas rotas y los quebrados ídolos de piedra del altar desierto.

En el exterior, los rayos de sol de la tarde se colaban entre los árboles y transformaban el desvencijado patio de piedra en un coso dorado. Kazuki y los miembros fundadores de su Banda del Escorpión se congregaban en el otro extremo, esperando ansiosamente la lucha inminente. Moriko, la quinta miembro del grupo, llegó con unos seguidores de la escuela samurái rival, la *Yagyū Ryū*. Su cara pintada de blanco y su pelo negro y liso le daban un aspecto demoníaco que aumentaban los labios rojo sangre y los oscuros ojos de cuervo. Sin embargo, lo más perturbador de la muchacha eran sus dientes, pintados de negro como el alquitrán.

Cada uno de los miembros de la banda había elegido un arma. Kazuki tenía su *bokken* de madera. Goro llevaba un palo. Hiroto blandía un *surujin*, los pesos de los extremos de la cuerda envueltos en tela para reducir su fuerza letal. Nobu empuñaba un par de *tonfas*, porras de madera con asas al lado. Moriko, sin embargo, no parecía haber traído ningún arma. Pero Jack sabía que probablemente la ocultaba para que Yamato no supiera qué esperar durante el combate.

Yamato, no tienes por qué hacer esto —dijo Jack mientras Kazuki se acercaba—. Podrías resultar malherido.

—Las heridas sanan, los huesos rotos se sueldan, pero mi reputación dañada es mucho más difícil de arreglar. Necesito restaurar mi honor.

—Pero...

—Jack, un samurái vive y muere por su nombre y su reputación. Se me juzga de modo distinto por causa de mi padre. El hecho de que no me esté entrenando en los Dos Cielos es visto por todo el mundo, incluido mi padre, como un fracaso. Pero no necesito los Dos Cielos para ser un gran samurái. Pretendo demostrarme a mí mismo que soy digno de ser un Masamoto.

Jack sabía cuánto deseaba Yamato la aprobación de su padre. Desde que Ojo de Dragón asesinó a su hermano, Yamato había vivido a la sombra de Tenno. Nada de lo que hacía parecía igualarse a los anteriores logros de su hermano, al menos a ojos de Masamoto. Este enfrentamiento sería la prueba definitiva.

—Por eso lucho —declaró Yamato, arrancando el palo de las manos de Jack.

Kazuki se detuvo e inclinó la cabeza ante Yamato.

—Parece que tenemos público —dijo, mirando alrededor—. Espero que no salgan decepcionados.

—No lo harán —replicó Yamato—. Pero tú sí cuando acabe contigo.

Kazuki se echó a reír.

—Si tan confiado te sientes, quizá deberíamos aumentar un poco la emoción. Danos algo más que honor por lo que luchar.

—¿Qué tienes en mente? —dijo Yamato, en guardia.

—Si ganas, te prometo que dejaré tranquilo a la mascota de tu familia —dijo Kazuki, mirando a Jack.

—¿Y si pierdo?

—Nos dejas al *gaijin* a nosotros.

—De acuerdo —dijo Yamato, para total sorpresa de Jack.

—¡Eso es muy valiente por tu parte! —se burló Kazuki—. Pero te darás cuenta de que, ganes o pierdas, es una causa perdida. Cuando el *daimyo* Kamakura se salga con la suya, todos los *gaijin* de Japón serán ejecutados o crucificados.

—Eso no sucederá nunca.

—Sí que lo hará. No puedes negar que hay un cambio en el aire. Japón está entrando en una nueva era y necesitamos un señor fuerte como Kamakura para que nos dirija.

—Gobierna la provincia de Edo, no Japón. El Consejo no lo permitiría nunca.

—No, pero un día gobernará Japón entero.

Tras girar sobre sus talones, Kazuki volvió con su grupo.

Jack se sentía incómodo con el cambio en las reglas del enfrentamiento, pero comprendió que tenía que confiar en su amigo. Después de todo, Yamato era el mejor en la clase del *sensei* Kano.

—Lamento que lleguemos tarde —dijo Akiko, levemente sonrojada mientras cruzaba corriendo el patio con Kiku, Yori y el muchacho nuevo—. Queríamos enseñarle a Takuan la vista de Kioto.

—Es verdaderamente magnífica —dijo Takuan, inclinándose formalmente para saludarlos. Miró a Jack.

—Sí que lo es —respondió Jack, asintiendo breve pero cortésmente con la cabeza. Sabía el lugar exacto al que habían ido: el sitio donde Akiko y él habían compartido juntos el *hatsus-hinode*, el primer amanecer del año. Tontamente, siempre había considerado aquel mirador como su pequeño secreto.

—Incluso pude ver el Palacio Imperial —dijo Takuan, entusiasmado—. Akiko ha

accedido amablemente...

—Lo siento, pero la competición está a punto de comenzar —interrumpió Jack—. Y Yamato tiene que prepararse.

—Por supuesto, qué falta de respeto por mi parte —dijo Takuan, algo cohibido—. *Gambatte*, Yamato.

Yamato inclinó la cabeza en gesto de agradecimiento. Takuan ocupó su puesto en la multitud junto a Akiko. Emi y sus amigas también habían llegado y se acercaron a saludar a Takuan. Pronto un pequeño grupo de admiradoras se congregó en torno al muchacho nuevo.

—Parece que es él quien va a luchar —observó Saburo, sacudiendo incrédulo la cabeza.

Jack concentró su atención en ayudar a Yamato, y preparó la venda.

Cuando los tres se dirigieron al centro del patio para encontrarse con Kazuki y su banda, los estudiantes situados a la derecha abrieron paso de repente y apareció Masamoto, acompañado de los *senseis* Hosokawa y Kano.

—¿Qué está haciendo aquí mi padre? —exclamó Yamato, poniéndose pálido.

Saburo tragó saliva, nervioso.

—Ahora sí que estamos metidos en un lío.

Pero Masamoto y los *senseis* simplemente se acomodaron en los escalones principales.

—¡Parece que viene a mirar! —dijo Jack.

—Ahora sí que debes estar sintiendo la presión —se burló Kazuki, al ver que la confianza de Yamato se tambaleaba—. No te preocupes, no dejaremos que tu derrota parezca demasiado fácil. De hecho, te atacaremos uno a uno para darte una oportunidad.

—Ignóralo —susurró Jack, atando la venda alrededor de los ojos de Yamato—. Está mintiendo. Estate preparado para cualquier cosa.

Yamato asintió e inspiró profundamente. Sus manos agarraban el palo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Puedes derrotar a cualquiera con un *bō*. Confía en tus sentidos —aconsejó Jack, repitiendo el consejo del *sensei* Kano en el entrenamiento *chi sao* del año anterior.

Jack y Saburo se apartaron, dejando a Yamato solo en el centro del patio. Los cinco miembros de la Banda del Escorpión lo rodearon.

La multitud guardó silencio.

Cinco contra uno, y Yamato con los ojos vendados.

Sería una victoria sorprendente. O una derrota rápida y vergonzante.

Goro atacó primero.

Al oírlo acercarse, Yamato giró para encararse a su oponente. El sonido del bastón de Goro al golpear le alertó de su ataque. Tras bloquearlo con su *bō*, Yamato hundió el otro extremo de su palo en la barriga de Goro. La fuerza del golpe hizo que

su adversario se doblara. Yamato continuó rápidamente golpeando con fuerza la espalda del otro muchacho. Goro cayó al suelo.

La multitud se quedó aturdida un instante. Nadie esperaba que Yamato ganara, ni siquiera un solo asalto. Jack dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos su amigo había demostrado que no era un blanco fácil. Dio un gran grito de ánimo para Yamato. El resto de los estudiantes pronto lo imitaron.

Nobu se acercó ahora y los estudiantes guardaron silencio.

Yamato captó fácilmente los pesados pasos del muchacho. Sin vacilación, lanzó el palo contra la cabeza de Nobu. Pero Nobu estaba preparado. Desvió el *bō* con el palo de su *tonfa* derecha. Luego hizo girar la otra porra y entró en contacto con la cara de Yamato, que retrocedió por el golpe en la mandíbula. La multitud gimió.

Aprovechando la ventaja, Nobu volteó la *tonfa* en su mano derecha y lanzó la punta del mango contra la cabeza de Yamato. A pesar del dolor y la desorientación, Yamato sintió el ataque y se apartó. Al mismo tiempo, barrió con su palo el suelo, alcanzando a Nobu tras los tobillos.

La multitud prorrumpió en un sorprendido aplauso mientras Nobu caía al suelo. Al mirar a Yamato, Jack vio que su tutor permanecía impassible ante la valerosa exhibición de su hijo. Pero, claro, la lucha aún no había terminado.

Hiroto hizo su movimiento, blandiendo el *surujin* sobre su cabeza. Yamato advirtió el cambio en el sonido cuando Hiroto soltó un extremo del arma contra sus piernas. Saltó para evitar quedar atrapado por la cuerda, pero esta se enredó en el asta de su palo. Sonriendo, Hiroto tiró del *surujin*, esperando desarmar a Yamato. Yamato dejó que Hiroto tirara de su *bō* pero guió la punta justo contra el pecho de su oponente. Sin aire por el golpe, Hiroto cayó de rodillas.

La multitud se volvió loca. Yamato había derrotado a tres atacantes. Lo que había parecido un desafío imposible podía ser ahora un glorioso triunfo. Pero Jack pudo ver que su amigo empezaba a cansarse. Este era el momento de la lucha en el que se cometen los errores.

—¡Yamato! ¡Yamato! —empezaron a corear los estudiantes, pero se callaron cuando Moriko pasó al ataque. Sin embargo, los estudiantes de la *Yagyū Ryū* empezaron a aplaudir ruidosamente. A pesar de los esfuerzos por silenciarlos, continuaron haciendo tanto ruido como les fue posible.

Jack advirtió ahora que el arma de Moriko era su grupo de seguidores. Sus aplausos enmascaraban su aproximación y Yamato fue pillado por sorpresa cuando ella le dio una patada lateral en la espalda. Yamato casi cayó al suelo. Pero de algún modo consiguió recuperar el equilibrio y giró para enfrentarse a ella. Haciendo una mueca de dolor, Yamato trató de sentir el ataque por encima del ruido de los estudiantes de la *Yagyū Ryū*.

Moriko se dispuso a acabar con él con una patada circular a la cabeza, pero Yamato empezó a hacer girar su palo hasta que se convirtió en un borrrón. El *bō*, al girar, se convirtió en una muralla defensiva que Moriko no pudo penetrar. La hizo

retroceder hasta que casi llegó a la multitud. Al advertir que Moriko estaba atrapada, detuvo el *bō* y la golpeó con la punta en la cintura. Con gracia felina, Moriko saltó a un lado y agarró el palo para intentar desarmarlo. Pero Yamato contraatacó, retorciendo el extremo y haciéndole presa en la muñeca. Empujó a Moriko hasta el suelo. El dolor la sometió.

La multitud aplaudió. Luego guardó silencio para el clímax del enfrentamiento.

Solo quedaba Kazuki.

Pero Yamato estaba agotado, la respiración entrecortada.

La tensión fue en aumento mientras Kazuki se acercaba tranquilamente a Yamato. No hizo ningún intento por ocultar su avance.

—Si quieres golpearme, estoy aquí mismo —anunció.

Yamato no esperó a que se lo dijera dos veces. Se lanzó contra la cabeza de Kazuki. Pero Kazuki fue simplemente demasiado rápido. Esquivó el palo, y luego golpeó el cuello de Yamato con su *bokken*.

Detuvo la espada de madera. Yamato sintió la hoja cercana.

—Acabas de perder la cabeza —dijo Kazuki.

Hubo un momento de asombrado silencio antes de que los estudiantes aplaudieran la consumada habilidad de Kazuki. Un solo ataque y Yamato había sido derrotado.

Jack se acercó corriendo mientras Yamato se quitaba la venda de los ojos. La decepción se marcaba en su rostro y un oscuro cardenal se estaba formando en el lugar donde Nobu le había golpeado con la *tonfa*.

—Pero ha sido muy impresionante —dijo Kazuki con sinceridad—. Esperaba que te derribaran a la primera de cambio. Puede que hayas perdido el combate, pero te has ganado mi respeto.

Kazuki inclinó la cabeza.

Entonces, con una sonrisa, se volvió hacia Jack.

—Me muero de ganas de reclamar mi premio. Kazuki se marchó.

—Lo siento —dijo Yamato, incapaz de mirar a Jack a los ojos.

—No te preocupes —respondió Jack. Aunque la amenaza de Kazuki flotaba ahora sobre él como una guillotina, sabía que su amigo había hecho todo lo posible. De hecho, lo había hecho mejor de lo que nadie habría podido imaginar—. Has derrotado a cuatro de ellos. Todos hablan del tema.

—Pero he perdido —suspiró Yamato—. Eso es lo que recordarán. No hay ninguna gloria en quedar segundo.

—No es lo que yo recordaré —respondió Jack—. Recordaré que un amigo luchó por mí y por el honor.

Yamato trató de sonreír, pero era imposible consolarlo. Su oportunidad de demostrar su valor se le había escabullido entre los dedos. Y ahora, mientras Masamoto se acercaba, Jack vio que el peso del fracaso doblaba los hombros de Yamato, quien inclinó la cabeza y esperó el veredicto de su padre.

Masamoto estudió a su hijo, con una expresión austera en el rostro.

—Yamato-kun, luchaste durante mucho más de lo que esperaba. Pero permitiste que Kazuki fuera más listo que tú. Al decirte dónde estaba, supo también dónde atacarías. Ese fue tu error.

—Sí, padre —murmuró Yamato.

Jack sabía que su amigo necesitaba más que una lección sobre el combate. Necesitaba saber que su padre lo aceptaba fuera cual fuese el resultado.

Masamoto se volvió para marcharse.

—Cuando tu talento para el *bō* se transmita a la *katana*, serás tan buen espadachín como lo fue Tenno.

14

Yabusame

—¡*IN-YO, IN-YO!* —exclamó la *sensei* Yosa.

Jack vio un destello de color cuando su caballo pasó velozmente, bufando por el esfuerzo. Una flecha surcó el aire, zumbando junto a Jack hasta que rompió el blanco de madera que tenía al lado de la cabeza con un fuerte crujido.

Los estudiantes agitaron sus carcajs para indicar su deleite por la extraordinaria muestra del dominio que tenía con el caballo y el arco la *sensei* Yosa. Tras soltar las riendas para cargar, tensar y disparar las flechas, continuó por la pista, de pie en la silla y guiando al caballo con los pies.

Cuando se acercó al siguiente blanco a velocidad mareante, alzó el arco y soltó su segunda flecha. También esta alcanzó el blanco y la madera de cedro explotó en varios pedazos.

Solo tuvo unos instantes para prepararse para disparar una tercera y última vez, y su caballo pasó al galope junto al blanco justo cuando lanzaba la flecha definitiva. Con un fuerte *bang*, golpeó el mismo centro de la diana, rompiéndola en dos.

Los estudiantes agitaron los carcajs y aplaudieron todavía con más fuerza.

La *sensei* Yosa hizo volverse al caballo y regresó por la pista. Situada en los pintorescos bosques del antiguo altar Kamigamo Shinto, la pista estaba indicada con cuerdas a cada lado y tres altos blancos de madera en fila.

Hacía un mes que Jack y los demás habían vuelto a la escuela cuando la *sensei* Yosa anunció que su clase de *kyujutsu* era ya lo bastante competente para empezar a entrenarse en el *kisha*, el arte de disparar flechas a caballo. Esa mañana se habían congregado en los establos de la escuela, con los arcos y flechas en la mano, para seleccionar cinco caballos para la lección. Desde allí, se dirigieron al distrito norte de Kioto, donde se hallaba situado el altar Kamigamo.

La *sensei* Yosa dirigió su caballo hacia un grupo de guerreros alineados en el borde de la pista. Tras dedicar un momento a recogerse en un moño el largo pelo oscuro, reveló un rostro de sorprendente belleza, agraciado con ojos de color avellana. Podría haber sido confundida con una *geisha* real en vez de una guerrera, si no hubiera sido por la cruel cicatriz de batalla roja que le cruzaba la mejilla derecha.

—La forma de *kisha* que estudiaréis se llama *Yabusame* —declaró la *sensei*, desmontando—. No solo agudizará vuestras habilidades como arqueros, sino que es un ritual que complace a los dioses y potenciará sus bendiciones sobre nuestra escuela.

Señaló la pista.

—Advertid la altura de los blancos. Están al mismo nivel que el espacio entre el pico de un casco enemigo y su celada. Un golpe directo aquí representa una herida fatal en el campo de batalla.

Sacó una flecha del carcaj que llevaba en la cadera derecha, y mostró a la clase su punta roma de madera.

—Al entrenaros, utilizaréis *jindou* en vez de las habituales flechas de punta de acero. Como el *Yabusame* es una ceremonia dedicada a los dioses, no puede usarse ningún arma que pueda producir sangre.

Mientras la *sensei* guardaba la *jindou*, Jack se inclinó hacia Yori para susurrarle al oído.

—¿Tienes alguna pregunta, Jack-kun? —preguntó la *sensei* Yosa, sus ojos más agudos que los de un halcón.

Jack alzó la cabeza, sobresaltado. No quería preguntar delante de toda la clase.

—Me estaba preguntando —dijo, notando que los ojos de todos los otros estudiantes lo miraban—, ¿por qué gritabas *In-yo*?

—Buena pregunta —respondió la *sensei*—. Es una antigua oración samurái que significa oscuridad y luz. Concentra tu espíritu samurái en el blanco. ¿Quieres ser el primero en probar el *Yabusame*?

Jack negó con la cabeza. Aunque había recibido dos años de entrenamiento intensivo y sus habilidades con el arco habían mejorado mucho, no se sentía seguro respecto a su capacidad a lomos de un caballo.

—*Sensei*, con todo mi respeto, creo que primero tengo que aprender a cabalgar.

—Comprendo —respondió ella—. ¿Quién estaría dispuesto a enseñarle a Jack cómo cabalgar como un auténtico samurái?

Jack miró a Akiko en la fila, dirigiéndole una sonrisa de esperanza, pero el nuevo muchacho, Takuan, había dado ya un paso adelante.

—Yo me sentiría honrado —dijo, inclinándose—. Era el primer jinete en la *Takeda Ryū* en Wakasa.

—Gracias, Takuan-kun —respondió la *sensei* Yosa—. Coge la yegua marrón. Debería portarse bien.

Takuan guió al caballo hasta los árboles, seguido por Jack a unos pocos pasos de distancia.

A Jack le había sorprendido que el muchacho se hubiera ofrecido a ayudarlo. Apenas habían hablado desde su llegada. No es que hubiera evitado a propósito a Takuan. Era simplemente que el muchacho estaba rodeado constantemente por sus admiradoras.

—Es un privilegio ayudarte —dijo Takuan, inclinándose formalmente ante Jack—. He oído hablar mucho sobre ti.

—¿De veras? —dijo Jack, un poco sorprendido.

—Sí. Akiko me ha contado cómo ganaste la *Taryu-Jiai* contra la *Yagyū Ryū*. Fue un verdadero sacrificio renunciar a la Espada de Jade por Yamato.

Takuan empezó a hacer algunos ajustes en la silla, y acarició a la yegua para tranquilizarla.

—Y Yori te puso por las nubes. Me contó cómo le salvaste la vida durante el

Círculo de Tres. Eres todo un samurái para ser un *gaijin*...

Jack se puso tenso. Por un momento había pensado que Takuan estaba siendo amistoso y había empezado a bajar la guardia. Pero con una palabra, el muchacho había dejado mostrar sus auténticos sentimientos.

—Mis disculpas... quería decir extranjero —dijo Takuan rápidamente—. Es que de donde vengo los tuyos no son especialmente populares.

—¿Los míos?

—Sí. Los cristianos. Los sacerdotes jesuitas intentaron convertir a todo el mundo en nuestra ciudad. Querían que los obedeciéramos y sirviéramos a Jesucristo por encima de nuestro emperador. Pero estoy seguro de que esa no es tu intención.

—¿Y por qué habría de serlo? —dijo Jack, cruzándose de brazos, a la defensiva—. No soy jesuita y no soy portugués.

—Creía que eras cristiano. ¿No es lo mismo?

—No, yo soy protestante inglés. Los jesuitas son católicos e Inglaterra está en guerra con Portugal. Somos enemigos jurados. No tengo ninguna intención de convertir a nadie.

—Lo siento mucho. Esta conversación no ha salido como pretendía. —Takuan inclinó la cabeza y no la levantó—. Por favor, acepta mis disculpas por mi ignorancia.

—No podías saberlo —dijo Jack.

Jack había llegado a comprender las muchas e intrincadas formalidades de la etiqueta japonesa. Pedir disculpas era considerado una virtud en Japón. Cuando alguien decía que lo sentía y expresaba auténtico pesar, los japoneses estaban dispuestos a olvidar y perdonar.

—Gracias, Jack —respondió Takuan, sonriendo. Acarició el cuello de la yegua—. ¿Te gustaría ahora montar tu caballo para tu primera lección?

Jack se situó junto al animal, puso el pie izquierdo en el estribo y se agarró con fuerza a la silla. Hasta ahora siempre había tenido el beneficio de un guía como Kuma-san para auparlo, así que tuvo que esforzarse para montar. La yegua se movía cada vez que intentaba montarla.

Takuan sujetó la cabeza de la montura.

—No uses los brazos para auparte —aconsejó—. Usa el impulso de tu pierna derecha. Y levanta la izquierda para no darle una patada al animal ni golpearte con la parte posterior de la silla.

Jack lo intentó de nuevo y para su sorpresa esta vez lo consiguió.

—Excelente —alabó Takuan—. Ahora asegúrate de que estás bien sentado. Como en las artes marciales, es importante encontrar tu equilibrio.

Jack se movió en la silla, tratando de ponerse cómodo. Se sentía muy alto y vulnerable. Le ponía nervioso cabalgar desde que se cayó del caballo de Kuma-san.

—Relájate. Estás muy envarado —dijo Takuan—. El caballo detectará nuestra tensión o nuestro miedo. Tienes que demostrar que estás al control.

Le tendió a Jack las riendas y sujetó una cuerda a la brida.

—Mejor. Ahora usa las piernas para apretar ligeramente. Al mismo tiempo impúlsate un poco hacia delante en la silla. Es la señal que el animal recibe para echar a andar.

Jack hizo lo que Takuan le instruía y la yegua empezó a avanzar.

—¿Ves? Es muy sencillo.

—Gracias por tu ayuda —dijo Jack. Estaba empezando a desear no haber sido tan desconfiado. Takuan parecía sincero en su ofrecimiento de amistad.

—Es un placer. Seguiremos así hasta que te acostumbres al movimiento. Luego te enseñaré a parar.

Takuan usó la cuerda para guiar al caballo en círculo.

—¿Cómo va el entrenamiento de los Dos Cielos?

—Es como hacer malabarismos con cuchillos —respondió Jack—. En cuanto consigues que la mano derecha lo haga bien, te olvidas de la mano izquierda.

Takuan asintió, comprensivo.

—Ojalá tuviera la habilidad necesaria con la espada para ser elegido y aprender los Dos Cielos. Lo que no comprendo es por qué Yamato no está en tu clase.

—No entró en el Círculo de Tres —explicó Jack—. Pero debería poder entrenarse dentro de un par de años.

—Si fuera yo, me sentiría muy frustrado. Y un poco avergonzado. Quiero decir que es el hijo de Masamoto.

—Yamato es brillante con el *bō*. Eso lo compensa.

—¿Y qué hay de Akiko? —preguntó Takuan casualmente, señalando con la cabeza en su dirección.

Akiko montaba su corcel e intentaba por primera vez el *Yabusame*.

—¿Qué hay de ella? —dijo Jack, sorprendido por lo directo de la pregunta.

—Dime cómo es. Es tan distinta a todas las otras chicas que he conocido...

Akiko los saludó mientras se dirigía al principio de la pista. Takuan inmediatamente le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza. Parecía haber olvidado por completo a Jack y aplaudió a Akiko cuando empezó a cabalgar por la pista.

—¿No tiene un don a caballo? —dijo Takuan, sin apartar los ojos de ella—. Es impresionante.

«Así que este era el auténtico motivo para ofrecerse a ayudarme», pensó Jack, viendo lo embobado que estaba Takuan. No le interesaba enseñarle a montar a caballo. Lo que le interesaba era saber cosas sobre Akiko.

De pie en la silla de montar, Akiko intentó colocar una flecha, pero ya había pasado el primer blanco antes de poder apuntar. Mientras galopaba ante ellos hacia el segundo blanco, la yegua de Jack echó a andar de pronto y empezó a seguir al caballo de Akiko.

—¿Takuan? —llamó Jack, nervioso, pero el muchacho estaba tan distraído

mirando a Akiko que no lo oyó.

Akiko logró disparar con éxito su segunda flecha, pero falló el blanco. Perdido el equilibrio, trató de agarrarse a la silla con los muslos. Buscó otra flecha. Takuan soltó la cuerda que sujetaba la yegua de Jack y empezó a aplaudir y a gritar para darle ánimos. En ese punto, la yegua de Jack salió al trote.

El animal pareció pensar que era una carrera y corrió por la pista detrás de Akiko. Jack se agarró por su vida.

—¿Cómo detengo a este caballo? —gritó, casi cayendo de la silla.

Takuan, súbitamente consciente del problema, gritó:

—¡Tira de las riendas!

Lleno de pánico, Jack retorció las riendas.

La yegua se detuvo de pronto, lanzando a Jack por encima de su cabeza. El muchacho dio una voltereta en el aire antes de aterrizar pesadamente en el suelo, levantando una nube de polvo a su alrededor.

Jack se quedó tendido muy quieto, sin aliento. Se sentía mareado por el golpe y le dolía todo el cuerpo, pero no le parecía que tuviera nada roto. Cuando el polvo se posó, Takuan y la *sensei* Yosa aparecieron a su lado.

—Jack-kun, ¿estás herido? —preguntó la *sensei*.

—Estoy... bien —gimió Jack.

Takuan y la *sensei* Yosa lo ayudaron amablemente a ponerse en pie mientras el resto de la clase se reunía alrededor. Vio a Kazuki y su banda riendo.

—La próxima vez no tires tan fuerte de las riendas —aconsejó Takuan, cepillando el polvo de la *hakama* de Jack.

—¡Podrías habérmelo dicho antes!

—Lo siento. No tenía ni idea de que la yegua saldría disparada de esa forma.

—Olvídalo —susurró Jack, aunque le sorprendía que Takuan hubiera soltado la cuerda en primer lugar.

La *sensei* Yosa los congregó a todos en el borde de la pista.

—Jack-kun, creo que deberías usar mi caballo de entrenamiento para practicar el *Yabusame* hasta que seas mejor jinete —sugirió la *sensei* amablemente—. Te resultará más dócil.

—Gracias, *sensei* —respondió Jack, frotándose las costillas—. Pero ¿no es tu caballo un poco grande para mí?

Unos cuantos estudiantes miraron con envidia a Jack y luego al maravilloso corcel de la *sensei* Yosa.

—No, no este caballo —sonrió ella—. Ese.

La *sensei* Yosa señaló una esquina del campo donde habían plantado un blanco. Al lado había un caballo de madera, con silla y todo. La clase estalló en una carcajada, mientras Jack miraba el caballo de madera completamente consternado.

15

Carrera de bō

—¡Es humillante! —dijo Jack mientras todos se dirigían a través de los pintorescos jardines del Templo del Eikan-Do a su clase de *bōjutsu*.

En lo alto de la colina, la torre de la pagoda Tahoro asomaba entre las copas de los árboles como una tiara. Las hojas que la rodeaban eran todavía verdes, pero con el otoño no muy lejano ya pronto se volverían de gloriosos tonos rojos, dorados, amarillos y anaranjados. Entonces los jardines se llenarían de gente para experimentar las maravillas de la *momiji gari*, la ceremonia de contemplación de las hojas de arce.

—¡Tengo que sentarme en un juguete de madera, mientras todos los demás montan caballos de verdad! —protestó.

—No será para siempre —consoló Yamato. Conteniendo una sonrisa, Saburo añadió:

—No, estoy seguro de que la *sensei* Yosa le pondrá ruedas pronto.

Yamato y Saburo se partieron de risa.

Jack los miró con mala cara.

—Kazuki no ha dejado de burlarse de mí en toda la semana. ¡No necesito que vosotros dos le echéis sal a la herida!

—Pero Takuan sigue ayudándote a aprender a montar, ¿no? —preguntó Akiko, tratando de mantener la cara seria ella también.

—Sí —admitió Jack, mirando hacia delante, donde Takuan charlaba con Emi y sus amigas, Cho y Kai. Las chicas reían ocultándose la boca con las manos por algo que acababa de decir—. Pero no me fío del todo de él.

—¿Por qué no?

—Soltó la cuerda de guía cuando mi caballo saltó.

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo Yamato, súbitamente serio.

Jack se encogió de hombros.

—Para ponerme en evidencia delante de la clase. Para demostrar que un *gaijin* no puede ser samurái.

—Creo que eres demasiado receloso, Jack. No ha dejado de mostrarse cortés y amistoso con nosotros —insistió Akiko—. Me mencionó lo responsable que se siente.

—Estoy seguro de que te diría cualquier cosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Akiko.

Jack lamentó inmediatamente su agrio comentario. Sabía que Akiko solo intentaba ayudar.

—Oh... en realidad nada —dijo, avivando el paso para adelantarse a sus amigos.

Yori lo alcanzó.

—¿Te encuentras bien? —susurró.

Jack negó con la cabeza.

—En realidad no —confesó—. El entrenamiento *Yabusame* me hace parecer idiota delante de todos.

—Todo el mundo tiene que empezar por alguna parte —dijo Yori—. Y tú no puedes ser el héroe siempre.

—No lo decía en ese sentido —suspiró Jack—. Pero Takuan es tan bueno en el *Yabusame*. Todos hablan de ello... incluso ha impresionado a la *sensei* Yosa. Y parece que pasa mucho tiempo hablando con Akiko.

—Pasa mucho tiempo hablando con todo el mundo —dijo Yori. Tras estudiar a Jack con ojo crítico, anunció—: Cuidado con el tigre que desgarrar no solo a su presa sino también a su propio corazón.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Jack, completamente perplejo.

Pero Yori tan solo alzó las cejas de manera sabia, al estilo del *sensei* Yamada, y continuó caminando.

El *sensei* Kano golpeó con su largo palo blanco el suelo, poniendo fin al ejercicio de *kata* con el *bō* de los estudiantes.

—Ahora que habéis calentado con los palos, pasaremos a afinar vuestro equilibrio —anunció con su voz resonante.

Grande como un oso de las montañas, con el pelo negro y corto y la barba hirsuta, el *sensei* Kano era un samurái formidable. Se acercó a un espigón de madera situado en el borde del estanque central del Eikan-Do. La confiada forma en que andaba no daba ninguna indicación de su ceguera. Solo sus ojos indicaban la verdad. Gris brumosos y desenfocados, no registraban nada. Sin embargo, con sus otros sentidos lo veía todo.

Golpeó el borde del embarcadero con su bastón. Varias barquitas de remo se mecían suavemente en el agua.

—Quiero que os dividáis por parejas y reméis con estos botes hasta la otra orilla y volváis.

—¿Cómo va a ayudar eso a nuestro equilibrio? —preguntó Saburo.

—Uno de vosotros remaré. El otro debe permanecer de pie en la popa —explicó el *sensei* Kano—. Cambiad de posición cuando lleguéis a la otra orilla. Es una carrera, pero no la ganarán necesariamente los que remen más rápido. Si el compañero se cae, tendréis que remar en un círculo completo antes de continuar. Yori-kun, ¿puedes asegurarte de que todo el mundo cumpla esta regla?

La clase empezó a emparejarse y a subir a los botes.

—¿Quieres venir en mi bote? —le preguntó Takuan a Akiko, colocándose delante de Jack en la fila.

—Pensaba remar con Kiku —respondió ella, inclinando la cabeza como forma de agradecer el ofrecimiento.

—Por supuesto —replicó Takuan—. Pero ¿no tendría más sentido que Saburo se

emparejara con Kiku?

Saburo se quedó boquiabierto por la sugerencia, mientras que Kiku parpadeó sorprendida.

—Un samurái grande y fuerte como tú sin duda aprovechará la oportunidad de correr con una chica liviana y rápida como Kiku.

Saburo se irguió, tensando el *obi* alrededor de su amplia cintura, tratando de estar a la altura de la alabanza.

—Bueno, si lo expresas de esa forma...

Excelente —dijo Takuan, como si la decisión estuviera ya tomada—. No pongas esa cara, Jack. Remaría contigo, pero sería una ventaja injusta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jack, desprevenido.

—Como has sido marinero, tienes más posibilidades de ganar —explicó Takuan, ayudando a Akiko a subir al bote—. No sería justo que las chicas no contaran con fuerza masculina para igualar la competición.

»No es que Akiko necesite ninguna ayuda —añadió Takuan rápidamente, advirtiéndole que ella fruncía levemente el ceño ante el comentario.

—En eso tienes razón —dijo Jack, subiendo al bote con Yamato—. Es bueno que añadas lastre a su bote. Pero sigo sin creer en tus posibilidades.

—Eso suena a desafío —sonrió Takuan—. Te veo en la línea de llegada.

Takuan alejó su bote del espigón, con Akiko en la popa.

—Desde luego sabe manejar las palabras —dijo Yamato, cogiendo los remos.

Jack asintió, viendo alejarse a Akiko, su suave risa transmitida por la brisa. Deseó con todas sus fuerzas que no cayera en los encantos de Takuan.

Cuando todos estuvieron en línea, los que no remaban se situaron en la borda trasera de los botes. Muchos de los estudiantes se tambaleaban de manera precaria, a pesar de que intentaban guardar el equilibrio con sus palos de *bō*.

—Listos... preparados... ¡Ya! —gritó el *sensei* Kano.

Los botecitos se lanzaron hacia delante. Hubo una enorme salpicadura cuando Saburo fue el primero en caer al agua. Salió a la superficie jadeando y casi hizo volcar el bote mientras Kiku le ayudaba a subir, antes de recoger los remos e iniciar su vuelta de penalización.

Jack recuperó rápidamente su equilibrio marinero e instó a Yamato a remar más rápido. Se adelantaron fácilmente a los demás. Tras ellos, Jack oyó otra salpicadura y se volvió para ver a Cho flotando en el estanque. Emi la reprendía irritada, diciendo que tendría que haber elegido a Kai. Kai parecía agradecer el cambio, considerando que su compañero era el pesado Nobu.

Akiko y Takuan hacían firmes progresos. Takuan tenía cuidado de no mover demasiado el bote mientras remaba, aunque Jack sabía que Akiko era muy capaz de apoyarse en una sola pierna durante una tormenta y ni aun así caerse. Últimamente sus habilidades parecían no tener fin. Entonces Jack divisó a Kazuki e Hiroto que venían tras ellos, Hiroto remando con largos y poderosos golpes mientras que Kazuki

se mantenía agazapado en la popa, manteniendo bajo el centro de gravedad y con el *bō* en la mano.

—¡Rema más rápido! —gritó Jack—. Nos están alcanzando.

Yamato puso todo su empeño. Pasaron el indicador de la mitad del trayecto, una piedra ornamental, pero Hiroto demostró ser mejor remero y pronto los dos botes quedaron a la par. De repente, las costillas de Jack ardieron de dolor y casi cayó por la borda.

—¡Eso es trampa! —exclamó Yamato, que había visto cómo Jack recibía en la espalda el golpe con el palo que le había propinado Kazuki.

—No, no lo es. Es táctica —respondió Kazuki mientras Hiroto mantenía su bote a la misma altura—. Esto es una clase de *bōjutsu* después de todo. ¡Y no te olvides de nuestro acuerdo!

Kazuki lanzó su palo contra Jack por segunda vez. Todavía desequilibrado, Jack no pudo evitar el golpe y lo recibió en el estómago. Se dobló de dolor. Kazuki se dispuso a descargar el golpe final, esperando arrojar a Jack al agua. Pero Jack consiguió alzar su *bō* en el último segundo y bloquear el golpe. Entonces hizo girar su propio palo en arco, apuntando a la cabeza de Kazuki. Pero Kazuki lo esquivó y barrió con su *bō* hacia el bote de Jack, quien se vio obligado a saltar y apenas logró evitar que lo golpeará en las espinillas.

Al aterrizar de manera irregular en la borda, Jack sintió que el pequeño bote de remos se mecía peligrosamente. El remo derecho de Yamato se hundió profundamente en el agua y lo soltó. El bote se inclinó hacia un lado. Jack hizo equilibrios en el filo de la borda, agitando los brazos frenéticamente. Solo años de práctica marinera le permitieron recuperar el equilibrio.

Pero no sirvió de nada. Mientras el bote se escoraba y empezaba a entrar agua, Jack saltó al otro lado, tratando de nivelarlo antes de que volcara. Pero fue una acción demasiado pequeña, demasiado tarde.

Kazuki e Hiroto siguieron adelante, riendo.

—¡Espero que sepáis nadar! —gritó Hiroto mientras Jack y Yamato flotaban en las heladas aguas del estanque.

Para cuando enderezaron el bote, subieron a bordo y completaron el círculo de penalización, otros tres botes les habían adelantado, incluyendo el de Takuan y Akiko.

Yamato agarró los remos y empezó a remar furiosamente, mientras que Jack se agachaba en la popa instándolo a continuar. Adelantaron a dos de los botes antes de llegar a la otra orilla. Takuan y Akiko apenas iniciaban el segundo tramo. Kazuki e Hiroto, sin embargo, habían cambiado de posiciones y se dirigían ya hacia el espigón. Jack cogió los remos, comprobó que su amigo estaba equilibrado, y hundió las palas en el agua.

Con cada golpe, ganaron terreno a los dos botes que iban delante. Takuan parecía mantener bien el equilibrio, pero Akiko no era tan buena con los remos como Jack.

Pronto adelantaron su bote. Entonces Jack se concentró en alcanzar a Kazuki. Manteniendo la fuerza de la boga equilibrada y asegurándose de que las palas no se frenaran en la superficie del estanque, hizo que el bote cortara suavemente las aguas hasta que estuvieron a la par con Kazuki e Hiroto.

Pero Kazuki no estaba dispuesto a dejarlos pasar. Los remos chocaron y amenazó con embestir el bote de Jack. Hiroto trató de hacer caer a Yamato con su palo, pero Yamato era demasiado rápido y hábil con el *bō*. Esquivó limpiamente la acometida, golpeó con su palo los nudillos de Hiroto y lo obligó a soltar su arma. Entonces le dio un fuerte golpe en el pecho y el muchacho salió volando por la popa. Kazuki maldijo y se apartó de la carrera. Jack y Yamato soltaron un grito de triunfo.

¡Habían ganado!

De repente su bote se detuvo con una sacudida. Yamato aterrizó de golpe encima de Jack. Demasiado concentrados en derrotar a sus rivales, habían chocado contra la roca ornamental. Solo pudieron ver cómo Akiko pasaba remando tranquilamente.

Takuan alzó su palo como saludo.

—Vuestras hazañas me han inspirado para componer un *haiku* en vuestro honor.

*Corre veloz la liebre
para cruzar primero la meta...
oye reír a la tortuga.*

16

Secuestro

Jack, todavía mojado tras haber volcado en el estanque, recorrió las callejas secundarias de Kioto en dirección a la *Niten Ichi Ryū*. Yamato se había quedado atrás con el *sensei* Kano para su práctica avanzada de *bōjutsu*, mientras el resto de la clase, muy animados tras la carrera, había seguido una ruta más directa para volver a la escuela.

Pero Jack no estaba solo. Yori había insistido en acompañarlo.

—¡Está tan pagado de sí mismo! —murmuró Jack, dándole una patada a una piedrecilla del suelo.

—¿Quién?

—Takuan.

—¡Ah! El tigre regresa —dijo Yori, arqueando las cejas al estilo sabio.

—¿De qué estás hablando?

—Del tigre de los celos, naturalmente.

—No estoy celoso —declaró Jack—. ¿Por qué demonios debería tener celos de él?

—No hay ningún motivo. Guapetón, excelente en las artes marciales, impresiona a los *senseis*, un poco distinto, lo admira Akiko...

—Vale, puede que esté un poco envidioso —admitió Jack. Yori dejó de andar. Jack se volvió y vio que su amigo sacudía la cabeza, con una expresión de desesperación en el rostro.

—Te estaba describiendo a ti.

—¿A mí?

—Sí —suspiró Yori, exasperado—. Sentir celos es ver las cualidades de otra persona en vez de las tuyas. Elegiste oírlo como una alabanza a Takuan. Pero te estaba señalando que no tienes ningún motivo para sentirte amenazado por él.

—Yo no... Tan solo me preocupa el bienestar de Akiko —empezó a decir Jack, pero guardó silencio ante la mirada interrogadora de su amigo.

—Takuan es una persona agradable. Tan solo se muestra amigable. Quiere ser también tu amigo. ¿Por qué no le dejas? Entonces ya no supondrá ninguna amenaza: será tu aliado.

—Tienes razón, como siempre —dijo Jack, escurriendo el agua de las mangas de su kimono—. No sé por qué he estado actuando de forma tan irritada últimamente. Tal vez sea la presión de los Dos Cielos. Es tan difícil de aprender. Incluso Masamoto-sama admitió que solo unos pocos estudiantes logran dominar la técnica. ¿Y si no soy uno de ellos?

—Lo serás —aseguró Yori—. Conquistaste el Círculo de Tres. Recuerda lo que dijo el Sumo Sacerdote: «Si tu espíritu es fuerte, puedes conseguirlo todo». Esto solo

necesitará tiempo. Además, una fruta que cae sin varear el árbol está demasiado verde para poder comerla.

—¿Te has tragado el libro de oraciones del *sensei* Yamada o algo por el estilo? — exclamó Jack, riendo.

—Significa que las cosas buenas solo se consiguen a través del trabajo duro.

—Pero Kazuki y Akiko parecen estar progresando mucho más rápidos que yo.

—Ya estás otra vez comparándote con los demás. No te preocupes por lo que hagan los otros. Concéntrate en tu propio progreso.

Yori se detuvo un instante, pellizcando con los dedos su barbilla mientras reflexionaba sobre qué decir a continuación.

—Es como hoy en el estanque. Estabas tan concentrado en derrotar a Kazuki que te olvidaste del propósito de la carrera. Lo mismo con los Dos Cielos. Si desperdicias tu energía pensando en los demás, acabarás de nuevo contra las rocas. Concéntrate en remar tu bote y llegarás a la orilla.

Yori asintió de manera sabia, claramente satisfecho con su consejo, y echó a andar de nuevo. Jack se quedó mirando a su pequeño amigo. Yori tal vez no poseyera la constitución de un guerrero, pero desde luego tenía el cerebro de un sacerdote. Jack se alegraba de ser amigo suyo. Levantó los pliegues empapados de su kimono y corrió tras él.

Cuando pasaron por delante de un edificio con un techo arqueado de tejas verdes y remates de dragones, Jack reconoció que estaban en el patio exterior del *Tyōanji*, el Templo del Dragón Pacífico. Había estado aquí varias veces antes.

El año anterior Jack había visto a Akiko salir misteriosamente de la *Niten Ichi Ryū* por la noche. Sintiendo a la vez curiosidad y preocupación por su inusitada conducta, Jack la siguió y llegó hasta este mismo templo. Descubrió que ella visitaba a un extraño monje que tenía manos de cuchillo más adecuadas para la lucha que para la oración. Para empezar, Akiko no había dado ninguna explicación creíble a sus paseos nocturnos ni a por qué los mantenía tan en secreto. En un momento dado, Jack incluso llegó a pensar que se estaba entrenando para convertirse en ninja. Pero Akiko acabó por confesarle que el monje simplemente le ofrecía consuelo espiritual por la pérdida de su hermano pequeño, Kiyoshi, fallecido años atrás. Jack sabía que Akiko todavía visitaba al monje, ya que la había visto salir de la escuela varias noches desde que habían vuelto.

—¡AGARRADLO! —gritó una voz ronca.

Dos hombres saltaron de un callejón y sujetaron a Jack por los brazos, arrebatándole su palo. Un tercer hombre le puso un saco en la cabeza. Antes de que Jack supiera qué estaba sucediendo, lo alzaron en vilo y se lo llevaron a rastras. Mientras se debatía salvajemente para escapar, Jack pudo oír gritar a Yori.

—¡Alto! O yo...

—¿O qué, pequeño? —despreció la voz ronca—. ¿Nos morderás los tobillos?

Los dos hombres que sujetaban a Jack se echaron a reír.

—Os lo advierto —dijo Yori, con voz temblorosa—. Me entreno en la *Niten Ichi Ryū*.

—No me hagas reír. No enseñan a samuráis de pacotilla.

Jack oyó un ruido. Uno de los hombres maldijo en voz alta. Hubo un chasquido de madera cuando un palo se rompió, seguido del sonido apagado de un puño golpeando carne. Yori gimió y Jack oyó un cuerpo pequeño caer al suelo. Olvidando su miedo e impulsado por la furia, Jack redobló sus esfuerzos. Consiguió liberar una pierna y descargó una patada. Alcanzó la cara de alguien. Hubo un satisfactorio crujido cuando una nariz se rompió. Jack volvió a dar otra patada y liberó la otra pierna.

—¡*Gaijin!* —gruñó el hombre, escupiendo sangre.

Jack trató de escapar, pero el otro hombre seguía sujetándole con fuerza los brazos por detrás. Echó atrás la cabeza para intentar alcanzar a su captor en los dientes, pero algo duro le golpeó primero en la nuca.

Unas luces estallaron delante de sus ojos. Se sintió mareado. Entonces todo se apagó.

17

Castigo

Un olor mustio a paja podrida llenó las fosas nasales de Jack. La cabeza le dolía, tenía el cuello lastimado y un gran hematoma latía bajo su oreja derecha. Al lamerse los labios, una oleada de náuseas se alzó en su garganta. Abrió los ojos, solo para descubrir que estaba oscuro. ¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente?

Entonces se dio cuenta de que sus captores no le habían quitado el saco de la cabeza. Sin embargo, su kimono estaba húmedo todavía, así que no podía haber estado mucho tiempo sin sentido. Trató de quitarse el saco, pero tenía las manos atadas. De hecho, no podía moverse. Estaba tendido de lado sobre un duro suelo de madera, los pies y manos atados con fuerza tras su espalda.

—Yo digo que matemos al *gaijin* —dijo un hombre a la derecha de Jack—. Es menos complicado que entregarlo con vida.

—Cierto... —dijo el hombre de la voz ronca, que estaba de pie detrás de Jack—. Pero vale más vivo.

Jack trató de despejar su cabeza. Tenía que pensar en un modo de salir de este atolladero. ¿Quiénes eran sus captores? Tenían que ser ninjas. Ojo de Dragón tenía que haberlos enviado a capturarlo. Esto era una buena noticia. Debía significar que aún no habían descifrado el cuaderno de ruta. Pero había planeado enfrentarse a Ojo de Dragón en términos iguales, ambos con espadas en la mano, no como prisionero.

—El único *gaijin* bueno es el *gaijin* muerto —escupió un tercer hombre a la izquierda de Jack.

Las tablas de madera del suelo crujieron cuando alguien se acercó. Colocaron una fría hoja de acero contra su garganta. Atado e indefenso, Jack no podía evitar su destino.

Inspirando por última vez, cerró los ojos y le rezó a Dios. En esos momentos finales, su mente se llenó de recuerdos de su vida, de su madre y de su padre, de la pequeña Jess, del viaje alrededor del mundo, de su estancia en Japón, de la *Niten Ichi Ryū* y de Masamoto, de Akiko y sus amigos. Comprendió que los iba a dejar a todos y quiso desesperadamente vivir.

—¡Alto! —gritó el hombre de la voz ronca.

La hoja vaciló sobre la piel de Jack.

—Pero el edicto del *daimyo* Kamakura deja claro que todo *gaijin* que sea encontrado en su provincia tiene que ser castigado —dijo el hombre del cuchillo.

—Sí. Pero no estamos en su provincia... todavía. Kioto pertenece a ese blando amante de los cristianos, el *daimyo* Takatomi. Además, este *gaijin* no es un extranjero corriente. ¡Pretende ser samurái! ¿No os parece retorcido? Si se lo entregamos vivo al *daimyo* Kamakura en Edo, nuestra recompensa se multiplicaría por diez. Ya no seríamos *ashigaru* sin amo. ¡Nos nombraría samuráis!

La hoja se retiró y Jack dejó escapar un tembloroso suspiro de alivio. Aunque solo fuera un breve interludio, viviría para ver otro día.

Jack volvió a valorar su situación. Sus captores no eran ninjas. Eran soldados corrientes que buscaban mejorar en la vida. Buscaban la recompensa de la que había hablado Kazuki durante la ceremonia de inauguración de la Sala del Halcón. También supo que estaba todavía en Kioto, así que había una tenue posibilidad de poder escapar antes de que lo trasladaran a Edo.

—Buen argumento —dijo el hombre que se hallaba a la derecha de Jack—. No podemos matarlo. No todavía, al menos.

—Bien, pero el decreto del *daimyo* nos permite castigar a los *gaijin* de otras formas además de la muerte.

El hombre del cuchillo obligó a Jack a ponerse de rodillas.

Jack gimió bajo la tensión, pues las ligaduras se le tensaron dolorosamente en torno a las muñecas.

—Está volviendo en sí. Eso es bueno. Puede oír sus opciones —dijo el hombre con alegría.

Le arrancó el saco de la cabeza. Jack entornó los ojos para protegerse del súbito resplandor. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, vio que estaba retenido en una habitación vacía donde había una alta rendija a modo de ventana. Había polvo y paja en el suelo y el tejado tenía un agujero. Las paredes eran solo burdas tablas de madera y la única puerta que pudo ver estaba justo delante de él.

El hombre del cuchillo se agachó a su lado, sonriendo maliciosamente mientras giraba la hoja ante los ojos de Jack. Tenía un rostro plano y feo y la piel marcada de viruela. Tenía profundos moratones en torno a los ojos y su nariz parecía un champiñón aplastado, los agujeros rodeados de sangre seca. Jack había ejecutado obviamente una patada perfecta en su intento de huida, ya que al hombre le faltaban también los dientes delanteros.

«Me alegra ver que he mejorado tu aspecto», pensó Jack, permitiéndose una sonrisita de satisfacción.

No sonreirás cuando haya terminado contigo, *gaijin* —amenazó Nariz Rota—. Tal vez no pueda matarte. Pero puedes elegir el castigo: marcarte a fuego, cortarte la nariz, amputarte los pies o castración. ¿Qué será?

—No puedes marcarlo —dijo el hombre a la derecha de Jack. Era gordo y calvo, con gruesos brazos musculosos.

—¿Por qué no?

—No tenemos hierro ni fuego, estúpido.

—¿Entonces debería cortarle los pies? —Nariz Rota pasó el cuchillo por el cuerpo de Jack.

—Yo de ti no lo haría —dijo Jack, tratando de no temblar—. Soy el hijo adoptivo de Masamoto-sama.

—¿Y qué? No tengo ni idea de quién es ese Masamoto.

—Es el mejor espadachín de Japón y te cortará en ocho pedazos si me haces daño.

—He oído hablar de él —dijo el hombre de la voz ronca, el cual todavía estaba parado detrás de Jack sin ser visto.

—Es ese samurái que utiliza dos espadas ¿no?

Jack asintió furiosamente con la cabeza. La reputación de Masamoto le había salvado una vez antes de unos borrachos locales y esperaba por Dios que lo hiciera otra vez.

—Dudo que su historia sea verdad. Ningún samurái respetado deshonraría su apellido adoptando a un *gaijin*. Corta su gran nariz —ordenó al hombre con el cuchillo.

—Nariz por nariz. El *daimyo* seguramente lo considerará un castigo justo.

Nariz rota levantó su *tantō* con excitación. Jack intentó apartar la cabeza, pero fue agarrado por el pelo desde atrás y forzado a enfrentar la hoja.

—Estate quieto, *gaijin*. Esto no tardará.

Llamada a las armas

Llamaron a la puerta. El cuchillo tembló sobre el puente de la nariz de Jack.

—Amordázalo —dijo el jefe, entregando a Nariz Rota un sucio trozo de tela—. Y tú, mira a ver quién es.

El soldado calvo se puso en pie y se dirigió a la puerta.

Jack sintió una arcada cuando le metieron en la boca el trapo sucio. Nariz Rota se acercó más, manchando de saliva la cara del muchacho cuando le habló:

—Haz un solo sonido y será tu garganta lo que raje.

Jack le devolvió la mirada, los ojos muy abiertos de pánico. El inesperado visitante era su única posibilidad de huida, pero atado y amordazado como estaba, se sentía indefenso. Solo podía rezar para que quien llamaba echara un vistazo y lo viera.

—Es solo un mendigo ciego —dijo el soldado calvo, abriendo la puerta una rendija.

La esperanza de huir de Jack se desvaneció.

—Dile que no somos un templo. No damos limosna —ordenó el jefe.

—¡Márchate! —gritó el soldado calvo, cerrando la puerta en la cara del mendigo.

Nariz Rota, cuchillo en mano, se volvió hacia Jack. Su sonrisa mellada reveló su ansia por comenzar el castigo.

—Déjale la mordaza puesta —ordenó el jefe—. No queremos que sus gritos atraigan a todo el barrio.

De repente la puerta estalló hacia dentro, y las lascas de madera derribaron al suelo al soldado calvo. Al girar de un salto, Nariz Rota se enfrentó a un hombre alto y barbudo.

El maestro Kano.

Jack habría gritado de alegría de no estar amordazado.

Nariz Rota corrió hacia el maestro de *bō* con el cuchillo. El *sensei* Kano, al oír a su atacante cruzar el suelo de madera, alzó el bastón y lo lanzó alto contra la cara del hombre. Alcanzó a Nariz Rota en la barbilla y el hombre cayó como una piedra.

Mientras tanto, el soldado calvo se había puesto en pie y echó mano a su *katana*. Atacó al *sensei* Kano, pretendiendo atravesarle el cuello. El maestro de *bō* sintió el ataque y se agachó bajo la hoja. Golpeó con el otro extremo de su bastón el cráneo del soldado, que retrocedió tambaleándose y dejó caer su espada. Entonces el *sensei* Kano hundió la punta de su *bō* en la barriga del hombre. El soldado cayó de rodillas, croando en busca de aire. Un tercer golpe lo tiró de espaldas, donde yació inconsciente.

Jack se preguntó dónde estaba el jefe. Al oír un ruido a su izquierda, vio por el rabillo del ojo una *saya* tirada. El *sensei* Kano se volvió para enfrentarse a su

adversario.

Pero el jefe apareció en cambio a la derecha de Jack, acercándose en silencio al samurái ciego. Era la primera vez que Jack veía al hombre. Los ojos rojos, con un bigote que eran dos tiras de denso pelo negro a cada lado de la nariz, tenía todo el aspecto de un demonio... y era tan maligno como uno. Con las sandalias en una mano, se acercó al borde de la habitación cuidando de no hacer crujir las tablas del suelo. Con la otra mano empuñaba una *katana* de hoja mellada y gastada. Tras lanzar una sandalia cerca de donde había caído su *saya*, se acercó aún más al *sensei* Kano.

El *sensei* extendió su bastón en dirección a los ruidos, sin advertir que el hombre se acercaba por detrás.

Tras arrojar su otra sandalia al rincón como última distracción, el soldado descargó su espada contra la espalda del *sensei* Kano. Pero el maestro de *bō* ya se había arrodillado y lanzado simultáneamente su bastón hacia atrás, para golpear la entrepierna de su atacante. El soldado, doblado de agonía, no tuvo ninguna oportunidad mientras el *sensei* Kano se volvía y le descargaba un golpe terrible en la sien con el *bō*. El hombre se desplomó.

Tan concentrado estaba en la tarea que Jack no advirtió que Nariz Rota había recuperado el sentido. El hombre se arrastraba hacia él. Tenía la boca abierta, todo sangre, encías y dientes rotos.

—¡Muere, *gaijin*! —Escupió.

Jack trató de apartarse, pero Nariz Rota estaba junto a sus rodillas y alzaba la hoja para clavársela en el pecho.

De repente un palo de *bō* cruzó la habitación como una lanza, golpeando a Nariz Rota en un lado de la cabeza. Nariz Rota puso los ojos en blanco y cayó de boca contra el suelo de madera. Jack oyó un crujido cuando varios dientes más saltaron de la boca del individuo.

Yamato entró corriendo en la habitación.

—¿Estás bien? —preguntó, quitándole a Jack la mordaza.

—Ahora sí —tosió Jack—. Gracias al *bō* del *sensei* Kano.

—¡Ese era mi *bō*!

—¿Lo has lanzado tú? —preguntó Jack, impresionado por la habilidad de su amigo.

—Un nuevo truco que he aprendido hoy —respondió Yamato, sonriendo con orgullo mientras deshacía las ligaduras de Jack.

—Pero un truco que solo hay que emplear como último recurso, ya que sacrificas tu arma —recordó el *sensei* Kano, arrastrando a los tres soldados inconscientes y amontonándolos unos encima de otros—. Yamato-kun, ata a estos hombres con la cuerda. Masamoto-sama decidirá su destino.

—Tuviste suerte de sobrevivir, *sensei* —dijo Jack, sentándose en el suelo y frotándose las muñecas—. Creí que ese último te había engañado.

—La suerte no tuvo nada que ver —respondió el *sensei* Kano—. Ese hombre no

se ha lavado desde hace un mes. Fui yo quien lo engañó.

—Pero ¿cómo me habéis encontrado?

—Yori corrió de vuelta al Templo de Eikan-Do y nos contó lo que había sucedido —explicó Yamato mientras ataba las manos de los tres hombres—. Al principio fue cuestión de seguir el agua que chorreaba de tu kimono. Pero entonces la pista se secó. Por fortuna el *sensei* Kano pudo olerte cerca.

—Pero si me di un baño ayer —protestó Jack.

—Los extranjeros tienen un olor diferente a los japoneses —explicó el *sensei* Kano, arrugando la nariz y soltando una risotada.

El *sensei* Kano escoltó a Jack, Yamato y los prisioneros de vuelta a la *Niten Ichi Ryū*. En cuanto regresaron, Masamoto convocó a Jack a la Sala del Fénix.

—A pesar de todos mis esfuerzos de parte del *daimyo* Takatomi, la campaña del *daimyo* Kamakura contra los cristianos y extranjeros continúa ganando apoyos —empezó a decir Masamoto solemnemente, sentado con las piernas cruzadas en su dosel.

Una criada trajo una tetera con *sencha* y sirvió a cada uno una taza antes de marcharse. Masamoto jugueteó con la suya, como si estuviera demasiado sumido en sus pensamientos para beber nada.

—Éramos conscientes de que estaba ofreciendo recompensas a quienes impartieran esa supuesta justicia a los cristianos. El *daimyo* Takatomi, convertido recientemente al cristianismo, no está nada contento. Yo, sin embargo, no me preocupé por tu seguridad personal, Jack-kun. Era una ley local. Kioto y todas las demás provincias no quedan afectadas. Pero no había contado con los *ronin*.

—¿Los *ronin*? —preguntó Jack.

—Samuráis sin amo —explicó Masamoto mientras sorbía el té, solo para descubrir que se había enfriado demasiado para su gusto—. Desde que la batalla de Nakasendo puso fin a un conflicto civil hace diez años, muchos soldados han sido liberados del servicio. Los *ronin* buscan un *daimyo* a quien servir, por quien luchar, por quien morir. La causa apenas importa, mientras tengan comida en el estómago y un estandarte que portar.

Masamoto soltó su taza y estudió a Jack. Soltó un suspiro cansado, y se sujetó la barbilla con las manos, como deliberando si revelar algo preocupante o no.

—Ha habido una llamada a las armas —reveló por fin—. El *daimyo* Kamakura está reclutando abiertamente a *ronin*, *ashigaru* y el apoyo de cualquier *daimyo* que simpatice con su misión. Ha dejado claras sus intenciones. Es una situación preocupante.

—¿Estás sugiriendo que debería marcharme? —preguntó Jack, esperanzado y a la vez ansioso por oír la respuesta de su tutor.

Regresar a Inglaterra era su esperanza, su sueño. Solo, no tenía ninguna

posibilidad de hacer el largo viaje hasta el sur a través de Japón hasta llegar al puerto de Nagasaki. Pero, con la ayuda de Masamoto, tendría la ayuda y protección de su tutor. Sin embargo, Jack se sentía ahora indeciso. No estaba preparado para partir. No había dominado la técnica de los Dos Cielos y Ojo de Dragón seguía siendo una amenaza. Lo más importante de todo, aún tenía que recuperar el cuaderno de ruta de su padre, aunque empezaba a perder las esperanzas de encontrarlo alguna vez. Las fuentes de Masamoto aún no habían oído nada.

—¡NO! —gritó Masamoto con vehemencia—. Ese hombre no te expulsará. Eres mi hijo adoptivo. Eres de mi familia. ¡Eres samurái!

Jack se quedó sorprendido ante el apasionado estallido de su tutor. Este era el otro motivo de su creciente reticencia a marcharse. Ahora tenía familia en Japón. Una figura paterna en Masamoto y un hermano en Yamato. También había hecho buena amistad con Yori y Saburo. Y estaba Akiko, que se había convertido en una parte tan grande de su vida que no podía imaginar estar sin ella. Japón se le había metido en la piel, había encontrado un lugar en su corazón, y la idea de marcharse se hacía más difícil cada día.

—Además —continuó su tutor—, sospecho que en la campaña del *daimyo* Kamakura hay mucho más que el simple odio a los extranjeros.

Jack se sintió intrigado. Tras haberlo visto en persona, le sorprendió lo cruel, sádico y ansioso de poder que era el samurái. Jack había sido testigo de cómo decapitó a un viejo mercader de té, simplemente porque el anciano no había oído la orden de inclinarse al paso del *daimyo* Kamakura. ¿Qué otra cosa peor podía estar planeando que el exilio y la muerte de todos los extranjeros?

—Pero haré un anuncio al respecto esta tarde. Primero, debo encargarme de castigar a los tres *ashigaru* que te secuestraron.

Masamoto se puso en pie y cogió sus espadas.

—¿Vas a matarlos? —preguntó Jack, sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

—Lo he pensado seriamente. Pero el *sensei* Yamada me convenció de que serán más útiles como mensajeros. Asegurarán que todo el que encuentren sepa que la provincia de Kioto no tolerará la persecución racial.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Digamos que no podrán contar más allá de ocho... ¡con los dedos de las manos ni con los de los pies!

19

El anuncio

—La guerra asoma en el horizonte como una nube de tormenta —proclamó Masamoto.

El anuncio provocó una oleada de aturrido asombro entre las filas de los jóvenes samuráis arrodillados ante él en el *Chō-no-ma*, el comedor llamado así por las paredes paneladas de mariposas pintadas. Para algunos, fue una sorpresa; para otros, trajo la promesa de honor y gloria. Para Jack, que había sido testigo de primera mano de batallas en el mar contra los barcos de guerra portugueses, significaba días y noches de miedo, dolor y muerte.

Masamoto alzó la mano exigiendo silencio. Llevaba su kimono ceremonial rojo encendido, sus cinco *kamon* con los fénix dorados titilaban a la luz de las lámparas como si fueran una armadura. Su rostro era ceñudo y severo, la cicatriz de un rojo oscuro.

—Todos sois conscientes de la campaña del *daimyo* Kamakura para expulsar de nuestra tierra a los cristianos y los extranjeros. Los considera una amenaza para nuestra nación.

Jack sintió los ojos de sus compañeros estudiantes. La mayoría simpatizaba con su causa, pero varios se mostraban abiertamente hostiles.

—El *daimyo* Takatomi, sin embargo, cree que el camino al futuro es un Japón unificado que dé la bienvenida a invitados de otras tierras. No ve la religión como una barrera entre el deber de los samuráis hacia su emperador. De hecho, se ha convertido al cristianismo. Ha estado, por tanto, buscando una solución pacífica a la situación, confiado en que sus viejos camaradas de armas se den cuenta de que una campaña contra los extranjeros dividirá al Japón, no lo reforzará. Pues si los *daimyo* empiezan a tomar partido, Japón entero podría ser arrastrado hacia otra guerra civil.

Entre los estudiantes se produjo un murmullo ansioso. Jack miró en dirección a Kazuki. Su rival sonreía ante el anuncio, complacido sin duda al oír que la guerra era una posibilidad real. Hasta ahora la Banda del Escorpión de Kazuki solo se había dedicado a acosarlo, pero ahora amenazaba con cumplir el auténtico propósito, «¡Muerte a todos los *gaijin*!» que la banda había jurado durante su ceremonia *irezumi* de iniciación secreta. Jack se estremeció ante la idea.

—Pero no nos dejemos engañar por la cruzada del *daimyo* Kamakura —advirtió Masamoto, descargando su puño contra la mesa—. Su llamada a las armas sugiere que no se trata solo de desterrar de nuestro país a un supuesto enemigo. ¡Ahora tenemos buenos motivos para sospechar que está jugando con los prejuicios para levantar un ejército, no solo para expulsar a nuestros amigos extranjeros, sino también para hacerse con todo Japón y gobernarlo!

Hubo un jadeo colectivo de incredulidad.

Masamoto había informado evidentemente de antemano a sus *senseis*, pues estos no mostraron ninguna sorpresa. Permanecieron sentados impasibles a cada lado de su señor en el dosel de madera, observando a sus estudiantes con la firme determinación de los guerreros dispuestos para la batalla.

—Debemos por tanto estar preparados para la guerra, si llega el caso. Es entonces cuando recurriré a vosotros, mis jóvenes samuráis. Confío en poder contar con vuestro leal servicio.

Hizo una pausa, mirando intensamente a las filas de futuros guerreros.

—Mientras tanto, intensificaremos nuestro entrenamiento de combate y esperaremos la orden del *daimyo* Takatomi.

Desenvainó la *katana* de su *saya*, alzó la brillante hoja y exclamó:

—¡Aprended hoy para que podáis vivir mañana! La escuela respondió como un trueno.

—¡MASAMOTO! ¡MASAMOTO! ¡MASAMOTO!

La conversación durante la cena fue animada. Grupos de estudiantes discutían la perspectiva de la guerra con susurros emocionados, mientras que otros picoteaban en silencio su comida, tratando de digerir la noticia.

Jack estaba sentado entre Akiko y Yamato a tres mesas del dosel donde comían Masamoto y sus *senseis*. Con unos cuantos años más de entrenamiento se ganarían el derecho a sentarse a una mesa directamente delante de los *senseis*. Eso era si tenían unos cuantos años más de entrenamiento. O, ya puestos, de vida.

—¿Creéis que todos tendremos que ir a la guerra? —susurró Yori, que estaba sentado frente a Akiko y Kiku, mordiéndose ansiosamente el labio inferior.

—Probablemente —dijo Yamato—. Hemos nacido para eso.

—Pero un montón de estudiantes no son todavía mayores de edad —recalcó Kiku.

—No creo que los estudiantes más jóvenes tengan que ir —dijo Akiko—. Pero los de la mesa superior sin duda irán.

—¿Y nosotros? —preguntó Saburo, el único que no había perdido el apetito, picoteando con deleite los cuencos de arroz y pescado hervido.

—Tal vez nos den a elegir —dijo Yori, esperanzado.

—En la guerra no hay elección —declaró Jack, los ojos fijos en el grano de arroz que se había quedado pegado en el extremo de su *hashi*—. La guerra nos elige a nosotros.

Reflexionando sobre su propia situación, aplastó el arroz entre las puntas de sus palillos. Estaba capturado entre dos conflictos y no había elegido ninguno. Portugal llevaba en guerra con Inglaterra desde que podía recordar, pero al único portugués que Jack había conocido era el padre Lucius. Sin embargo, seguía siendo su enemigo jurado. Y ahora se encontraba atrapado en el centro de otra lucha por el poder, donde

su raza y religión eran utilizadas como peones en la lucha por el trono de Japón. Jack era consciente de que, siendo uno de los estudiantes de Masamoto, también a él lo llamarían a la lucha. No solo por su supervivencia, sino también por el futuro de Japón, un futuro que tenía un interés velado en conservar.

—Tenías razón, Jack —dijo Kiku—. El *daimyo* Takatomi hablaba de la guerra cuando describió la Sala del Halcón como un faro de luz en tiempos oscuros. Ya debía saber entonces de los planes del *daimyo* Kamakura.

—Pero ¿qué hay del emperador? ¿No gobierna Japón? —preguntó Jack, descubriendo que tenía poco apetito, y soltando sus *hashi*—. Creía que el *daimyo* Kamakura, como señor samurái, tenía que luchar por él, no contra él.

—No le quitaría el poder al emperador —explicó Akiko—. El emperador es la cabeza simbólica de nuestro país. El verdadero poder reside en el Consejo de Regentes.

—¿Y quiénes son los regentes?

—Son los cinco señores samuráis más poderosos de Japón. El *daimyo* Takatomi de la provincia de Kioto, el *daimyo* Yukimura de la provincia de Osaka, el *daimyo* Kamakura de la provincia de Edo...

—Pero si Kamakura ya está al mando —interrumpió Jack—, ¿por qué querría iniciar una guerra?

—El Consejo solo gobierna Japón de parte del gobernante a la espera, Hasegawa Satoshi.

—¿Qué quieres decir con «a la espera»?

—Satoshi no es todavía lo bastante mayor para gobernar. Su padre, que se convirtió en líder de Japón tras la batalla de Nakasendo, murió apenas un año después de la guerra. Satoshi tenía diez años en ese momento. Y nuestro *daimyo* Takatomi, que no quería que Japón volviera a caer en la guerra civil, estableció el Consejo de Regentes. Actuarían como el gobierno de Japón hasta que Satoshi cumpliera la mayoría de edad. Cuando lo haga el año que viene, el Consejo terminará y Satoshi gobernará Japón solo.

—Por eso ahora está preparando un ejército el *daimyo* Kamakura —dijo Yamato—. Pretende hacerse con todo Japón antes de que lo haga Satoshi.

—Entonces, si se llega a la guerra —dijo Jack, bajando la voz y mirando hacia la mesa de Kazuki—, ¿todos aquí lucharían en el bando del *daimyo* Takatomi por Satoshi?

—¡Por supuesto! —dijo Akiko, sorprendida de que Jack hiciera semejante pregunta.

—¿Incluso Kazuki?

—Sí. Todos en esta escuela han jurado fidelidad. Todos somos estudiantes de Masamoto-sama.

—Pero ¿no recordáis lo que os dije de esa Banda del Escorpión?

Akiko suspiró.

—¿Y recuerdas cómo acusaste falsamente a Kazuki de hacer trampas durante el Círculo de Tres?

Jack asintió, reacio.

—Puede que no le gustes a Kazuki, pero no es tan negro como lo pintas. Es un verdadero samurái. Como estudiante de la *Niten Ichi Ryū*, su deber es hacia Masamoto-sama. Está atado a él por el honor. Además, su familia luchó junto a las fuerzas del *daimyo* Takatomi en Nakasendo.

Jack seguía teniendo sus dudas. Al mirar a Kazuki en la mesa opuesta, supo que su rival no era de fiar. A pesar de la afirmación de Akiko sobre la obediencia de Kazuki al código del *bushido*, Jack sabía qué había oído aquella noche en el *Butokuden* cuando Kazuki, siguiendo los pasos de su padre, juró fidelidad a la causa de Kamakura.

Terminada la cena, los jóvenes samuráis salieron del *Chō-no-ma* y se dirigieron a la Sala de los Leones para acostarse. El verano estaba tocando a su fin, así que el aire nocturno era algo frío y pocos estudiantes se quedaron fuera. Jack advirtió que algunos miraban en su dirección. Parecían estar pensando en él mientras pasaban. Jack se preguntó si lo hacían responsable de los crecientes problemas, ya que era el único extranjero de la escuela.

—¡Jack! —llamó Takuan, acercándose—. Creo que deberíamos aumentar el número de nuestras lecciones de equitación. Si va a haber guerra, tendrás que saber cabalgar bien.

—Gracias —dijo Jack, forzando una sonrisa.

Aunque apreciaba la ayuda de Takuan, no tenía ganas de recibir más lecciones. Habían empezado a practicar el trote y Jack tenía mucha dificultad para seguir el ritmo del caballo. Al final de una sesión, tenía los huesos tan molidos que apenas podía andar.

—Por cierto —preguntó Takuan de manera casual—, ¿has visto a Akiko últimamente?

—Ha ido a entrenarse con los ninjas —respondió Jack, solo medio en broma. Takuan le estaba preguntando siempre por Akiko. Eso le irritaba, aunque trataba de no mostrarlo.

—¿De veras? —replicó Takuan, la boca abierta de asombro.

—No —dijo Jack, riendo—. Ve a su sacerdote a esta hora.

—¡Así que es ahí donde va siempre! —Una expresión de perplejidad se formó entonces en el rostro de Takuan—. ¿No te parece un poco extraño? ¿Por qué no en las oraciones matutinas normales?

Jack se encogió de hombros. Aunque sí que era verdad que sus horarios parecían un poco extraños, ahora que lo pensaba.

—Bien, es bueno saber que Akiko es una budista devota —dijo Takuan

alegremente, antes de volverse hacia la *Shishi-no-ma*—. Te veo mañana a la hora habitual.

Solo quedaban ya unos pocos grupitos de estudiantes en el patio. Por amarga experiencia, Jack no quería acabar solo allí fuera. Ya había tenido suficientes problemas en un día.

Mientras se dirigía a la *Shishi-no-ma*, divisó a un chico solitario sentado en los escalones del *Butsuden*. Al acercarse, descubrió que se trataba de Yori.

—¿Te encuentras bien?

Yori asintió, pero no quiso mirarle a los ojos.

—¿Estás seguro? —insistió Jack—. Apenas has dicho nada durante la cena.

Yori simplemente se encogió de hombros y se concentró en doblar con las manos un trozo de papel de *origami*.

—No te fíes mucho de tu guardaespaldas —gritó una voz desde el otro lado del patio.

Jack se dio la vuelta y vio a Kazuki que se dirigía a la Sala de los Leones con Nobu e Hiroto.

—¡He oído que escapó como un ratón al primer signo de peligro! —rio Nobu, remedando una huida llena de pánico—. ¡Oh, socorro! ¡Es un bajo *ashigaru*!

—Tendríamos que darle las gracias por dejar morir al *gaijin* —se mofó Hiroto—. ¡Habría sido una muerte horrible!

—¡Marchaos! —gritó Jack, viendo que Yori agachaba avergonzado la cabeza.

—Eso es lo que deberías hacer tú —dijo Kazuki, deteniéndose junto a la entrada de la Sala de los Leones—. Si te quedas aquí, arderás.

—Lo asarán vivo junto a todos los demás —se burló Hiroto alegremente—. ¿A alguien le apetece *gaijin* para cenar?

Los tres desaparecieron en el interior de la sala, riendo.

—Lo siento, Jack —murmuró Yori, en voz tan baja que Jack tuvo que agacharse para oír a su amigo.

—¿Lo sientes por qué?

—Me avergüenza haberte fallado.

Jack miró a Yori a la cara. Tenía lágrimas en los ojos y estaba temblando.

—No me fallaste. Conseguiste ayuda.

—Pero no pude salvarte —lloriqueó, limpiándose la nariz con la manga del kimono—. Intenté luchar, pero los hombres se rieron de mí. Uno de ellos me partió el bastón y me dio un puñetazo en la cara. Soy un guerrero patético.

—No, no lo eres —insistió Jack—. Si no hubiera sido por tu rápida reacción, el *sensei* Kano no me habría encontrado nunca.

—No importa lo que digas —respondió Yori, haciendo un último pliegue al papel para formar un pequeño ratón *origami*—. Cuando vayamos a la guerra, no tendré ninguna posibilidad.

Cerró el puño en torno a la criatura de papel y arrojó los restos aplastados al

suelo.

20

Kiaijutsu

—¿Cuál es vuestro verdadero rostro, el que teníais antes incluso de que nacieran vuestro padre y vuestra madre? —preguntó el *sensei* Yamada, retorciendo su hirsuta barba gris entre sus huesudos dedos.

Sentado ante la gran estatua de bronce del Buda en el *Butsuden*, el anciano monje reposaba en su cojín *zabuton* como un sapo amistoso. Sonrió con picardía, disfrutando de las expresiones de asombro de sus estudiantes.

—*Mokuso* —instruyó, encendiendo una varita de incienso.

El olor a jazmín flotó en el aire mientras la clase se disponía a hacer su meditación del día. Sentados en la postura del loto, calmaron su respiración y dejaron que sus mentes contemplaran el *koan* del *sensei* Yamada.

La Sala de Buda quedó en silencio mientras reflexionaban.

Jack se agitó incómodo en su cojín, magullado tras sus lecciones de equitación. Nunca le habían parecido fáciles las adivinanzas Zen del maestro, pero esta parecía la más desconcertante de todas. Lo triste era que Jack ya tenía problemas para recordar cómo eran los rostros de sus padres. Cada día que pasaba perdía otro detalle, y su memoria de ellos se desvanecía como la arena con la llegada de la marea.

¿Cómo demonios iba a saber cómo era su verdadero rostro?

Jack se puso a pensar en Jess. La última vez que vio a su hermana, acababa de cumplir cinco años. Bendecida con rizos de cabello rubio y con los mismos ojos celestes que Jack, era una niña bonita, más mariposa de verano que rosa inglesa. Jack se preguntó qué aspecto tendría ahora su hermana. Después de cuatro años fuera de casa, no sería tan pequeña. Y cuando Jack finalmente regresara a Inglaterra, después de otros dos años en el mar, ¿la reconocería siquiera? Jess tendría diez años, camino de los once. Una niña mayor. Jack solo podía imaginar lo diferente que parecería. Pero claro, él tendría que parecer completamente transformado. ¡Qué espectáculo tan extraño sería en Londres, un muchacho inglés vestido de guerrero samurái!

—¡*Mokuso yame!* —anunció el *sensei* Yamada cuando la última ceniza cayó de la barra de incienso. Tras colocarse las manos sobre el regazo, esperó una respuesta a su *koan*.

Todos los estudiantes permanecieron sentados, mudos.

—¿Desea alguien hacer una sugerencia? —preguntó el *sensei* Yamada—. ¿Kiku-chan?

Kiku negó con la cabeza.

—¿Emi-chan, tal vez?

La hija del *daimyo* inclinó la cabeza, a modo de disculpa.

—¿Y tú, Takuan-kun? Es una buena oportunidad para que hagas tu primera contribución a mi clase.

Jack miró por encima del hombro a Takuan, que estaba sentado entre Emi y Akiko. Todas las chicas de la clase lo miraban y prestaban atención, expectantes. Por una vez, Takuan no pareció cómodo con tanta atención.

Tras una larga pausa, finalmente respondió:

*Una copa vacía espera:
llena hasta el borde de ideas,
demasiado llena para beberla.*

Hubo algunos aplausos respetuosos ante la respuesta de Takuan, aunque a muchos les hizo gracia que hubiera respondido al *koan* con un *haiku*.

—Es una forma muy imaginativa de decir que no lo sabes —rió el *sensei* Yamada—. Pero buscaba una respuesta de verdad.

Las chicas dejaron escapar un suspiro de decepción. Jack le ofreció a Takuan un gesto de conmiseración. Desde que charló con Yori, ya no se sentía amenazado por Takuan. Aunque seguía molestándole cada vez que Takuan le preguntaba por Akiko, el muchacho le había ayudado con la equitación. En el último mes, Jack había aprendido a ir a medio galope y pronto, prometió Takuan, estaría galopando. No es que eso causara la menor impresión en su maestra de *kyujutsu*, que seguía insistiendo en que se entrenara en el caballo de madera, para su continua frustración y vergüenza.

—¿No tiene nadie una respuesta? —preguntó el *sensei* Yamada, mirando alrededor, esperanzado.

Como le respondió el silencio, el maestro de Zen se volvió hacia Yori.

—Yori-kun, ¿qué piensas tú?

—¿Y eso qué importa? —replicó Yori, de mal humor.

Los ojos del *sensei* Yamada casi desaparecieron dentro de su cabeza cuando su rostro se arrugó completamente asombrado. El monje no se esperaba que su estudiante más prometedor respondiera con tanta descortesía. Tampoco el resto de la clase, que miraba anonadado a Yori por su actitud.

—¡Vamos a ir a la guerra! ¿Qué sentido tiene responder a un *koan*, o componer un *haiku*? —continuó Yori, tirando furioso de las mangas de su kimono—. ¿No deberíamos estar aprendiendo a luchar?

El *sensei* Yamada inspiró lenta y largamente y unió las manos bajo su barbilla. La clase esperó ansiosa su respuesta.

—Aprecio tus preocupaciones, Yori-kun —dijo, dirigiendo a Yori una mirada de acero—, pero me sorprende que seas tú, de todos mis estudiantes, quien cuestione el propósito de mis clases.

Yori se sintió culpable, tragó saliva y pareció a punto de echarse a llorar.

—Dejemos clara la importancia crucial de estas lecciones. —El tono del maestro de Zen era medido pero severo, como un golpe en los nudillos—. La *Niten Ichi Ryū* no entrena a matones ignorantes. Estás siguiendo el Camino del Guerrero y eso

implica dominar todas las artes. No eres un mercenario.

No eres un *ashigaru* atontado. Eres samurái. ¡Ahora actúa como tal!

Yori inclinó avergonzado la cabeza, terminada su pequeña rebelión. El *sensei* Yamada volvió su atención al resto de la clase.

—Esto va para toda la clase. ¡Una nación que crea una diferencia demasiado grande entre sus sabios y sus guerreros acabará con su pensamiento realizado por los cobardes y su lucha librada por los idiotas!

El maestro de Zen se levantó y se dirigió a un gran cuenco. Hecho de bronce pulido, el cuenco estaba colocado sobre un pie ornamental lacado de rojo y con un cojín. Cuando se golpeaba, el cuenco resonaba como un gong celestial, su resonancia pura y rica. Jack había oído sus tonos armoniosos durante las celebraciones *Ganjitsu* del Año Nuevo.

—¿Tal vez necesitáis una demostración más práctica de las artes espirituales esotéricas? —dijo el *sensei* Yamada, golpeando el cuenco con un gran palo de madera. Resonó alto y claro, haciendo eco una y otra vez por toda la Sala de Buda—. Tal vez es hora de que os enseñe *kiaijutsu*.

De repente todos los estudiantes empezaron a murmurar. Jack miró alrededor, preguntándose qué ocurría.

Saburo se inclinó hacia delante y susurró, entusiasmado:

—¡Es el arte secreto de los *sohei*!

Los *sohei*, como Jack sabía, eran los legendarios monjes guerreros del Templo Enryakuji. Se rumoreaba que usando el *ki*, su energía espiritual, podían derrotar a sus enemigos sin desenvainar siquiera sus espadas. Los *sohei* se convirtieron en la secta budista más poderosa de Japón, hasta que cuarenta años antes el general samurái Nobunaga reunió un ejército enorme y los destruyó. Se creía que ningún monje guerrero sobrevivió al ataque. Jack, sin embargo, había descubierto que el *sensei* Yamada fue uno de los *sohei*. Pero solo él, Akiko y Saburo lo sabían. Hasta ahora.

Cuando el resonar del cuenco cantarín se desvaneció, también lo hicieron los murmullos de los alumnos. El *sensei* Yamada pareció complacido de tener toda su atención.

—¿Qué propósito tiene el *kiai* en un combate? —le preguntó a la clase.

Varias manos se alzaron, todas ansiosas por responder.

—Es un grito que asusta a tu oponente —dijo Kazuki.

—Un grito de batalla que ayuda a concentrarte y refuerza tu ataque —sugirió Yamato.

—El grito confunde al enemigo —farfulló Saburo.

El *sensei* Yamada señaló a Akiko, que esperaba pacientemente para dar su respuesta.

—Te ayuda a superar tu miedo.

El *sensei* Yamada asintió, haciendo bajar las manos de todos los demás estudiantes.

—Sí, es todo eso. Pero lo que estáis describiendo es simplemente un grito: un *kakegoe*. Un *kiai* es algo más profundo. Es la proyección del espíritu de lucha en la voz.

Toda la clase pareció divertida.

—¿Cómo se hace? —preguntó Saburo ansiosamente. Jack sonrió para sí. Nunca antes había visto a su amigo tan animado durante una de las clases del *sensei* Yamada.

—En esencia, canalizas la energía interna, el *ki*, a través de un grito de batalla, y golpeas la energía espiritual de tu enemigo. Cuando se domina, el *kiaijutsu* puede ser un arma tan devastadora como una *katana*.

Aunque nadie se atrevería a poner en duda al *sensei* Yamada, hubo muchas expresiones de incredulidad y unas cuantas muecas de ironía.

—¿No me creéis? —preguntó el *sensei*, con un brillo malicioso en los ojos.

Tras dirigirse al otro extremo de la sala, el anciano monje se volvió hacia el cuenco cantarín e inspiró profundamente como si se preparara para meditar. Sin ninguna otra advertencia, un grito emergió de él. Fue tan potente e inesperado, que varios estudiantes chillaron.

Al otro lado de la sala, el cuenco resonó como golpeado por una maza.

La clase se quedó en silencio, aturdida.

—Los *sohei* desarrollaron mantras secretos para los *kiai* más peligrosos —explicó el *sensei* Yamada—. Os enseñaré esas palabras de poder, pero nunca deben ser utilizadas excepto en batalla. Con un *kiai*, atacaréis directamente al espíritu de vuestro oponente y a su voluntad de luchar. El grito literalmente lo empujará a la derrota.

Por experiencia personal, Jack sabía que el *sensei* Yamada era capaz de realizar hazañas de artes marciales increíbles. Después de todo, fue el maestro de Zen quien le enseñó la devastadora patada de mariposa. Pero para el pensamiento occidental de Jack, esto era otra cosa. Una habilidad increíble.

—*Sensei* —dijo Jack, levantando la mano—, una persona es completamente diferente de una campana. ¿Cómo puede defenderte un *kiai* si te atacan con una espada?

—¿Quizá necesitas algo más para convencerte? —dijo el *sensei* Yamada, sonriendo juguetón—. Atácame con tu *bokken*.

Vacilante, Jack se puso en pie y se aproximó al maestro de Zen. Lamentó ahora haber expresado dudas por los poderes de su maestro. Al mirar al monje a los ojos, pudo ver en él el espíritu de los *sohei*.

—Pero ¿no dijiste que un *kiai* solo debería utilizarse en combate?

—Sí, lo dije, pero no te preocupes. He hecho esto muchas veces antes. No te mataré.

—¡Lástima! —murmuró Kazuki entre dientes.

Jack ignoró el comentario, demasiado nervioso por lo que pudiera hacerle el

sensei Yamada.

—El primer *kiai* que se os enseñará es «¡YAH!» —instruyó el *sensei* Yamada mientras Jack desenvainaba su espada y se disponía a atacar—. Esta palabra de poder representa el sonido y la fuerza de una flecha al ser disparada. Con este *kiai*, se penetra en el espíritu del oponente como una flecha.

Le indicó a Jack que comenzara.

—No te contengas. —Jack atacó al *sensei*.

—¡YAH!

Por un momento Jack golpeó con su *bokken*. Al siguiente, voló hacia atrás, vaciado todo el poder de su ataque.

Jack aterrizó en el suelo del templo, aturdido. Era como si alguien le hubiera dado un golpe en el estómago. Sentía el cuerpo tenso y le costaba trabajo respirar. Recordó cuando Ojo de Dragón ejecutó contra él el *Dim Mak*, bloqueando y destruyendo su *ki*. Aquella Caricia de la Muerte había estado a punto de matarlo.

—La sensación de constricción pasará —dijo el *sensei* Yamada, advirtiendo la inquietud de Jack—. Me contuve y no usé un *kiai* completo.

—Ha sido impresionante —dijo Kazuki—. ¿Puedes repetirlo?

—¡No! El riesgo de heridas internas es demasiado grande —explicó el *sensei* Yamada—. Una sola demostración está bien, pero dos ataques como ese podrían matar.

Ayudó a Jack a ponerse en pie.

—Ahora quiero que todos intentéis este *kiai*.

Una mezcla de emoción y preocupación consumió a la clase.

—No os preocupéis —dijo el *sensei*, levantando la mano—. En estas lecciones, solo practicaréis con el cuenco cantarín.

Gruñidos de decepción emanaron de Kazuki y su banda.

—Recordad, esta es una habilidad para emplearla en batalla, contra vuestro enemigo. Ahora poneos en fila, para que cada uno tenga su oportunidad.

Los estudiantes formaron ordenadamente. El primero en la fila fue Saburo. El *sensei* Yamada lo colocó a un paso del cuenco.

—Para realizar este *kiai*, debes actuar como un arco y una flecha. Inhala y expulsa tu *ki* en el *hara* —explicó, indicando la zona justo bajo el estómago de Saburo—. Esta acción es como la del arquero cuando tensa el arco. Luego exhala, tensando el estómago y dejando escapar un «¡YAH!». Eso debe ser como disparar la flecha.

Saburo gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y la cara se le puso rojo brillante por el esfuerzo.

—¡YAAAAH!

El cuenco permaneció testarudamente silencioso.

—Muy bien, Saburo-kun, lleno de intención —alabó el *sensei* Yamada—, pero debes asegurarte de que el sonido no salga forzado de la garganta. El *kiai* debe salir

del *hara* y de esa forma contendrá tu *ki*.

Saburo asintió ansioso y corrió al fondo de la cola para intentarlo de nuevo.

—A medida que vuestra habilidad vaya aumentando, podréis hacer que el cuenco cante. Con la práctica, seguiréis avanzando y podréis derrotar al enemigo a distancia.

El resto de la tarde se llenó de una cacofonía de alaridos, chillidos y gritos de batalla. Cuando le tocó el turno a Jack, gritó tan fuerte como pudo. Pero al igual que con los intentos de todos los demás, el cuenco cantarín permaneció inamovible.

A continuación, Yori se colocó en posición.

Jack vio cómo su amigo inspiraba profundamente... y soltaba un chillidito.

Toda la clase estalló en risas ante el patético grito que produjo. Ni siquiera el *sensei* Yamada pudo dejar de sonreír.

Yori no supo dónde mirar. Encogido de vergüenza, pareció reducirse de tamaño. Como un ratón asustado, salió corriendo por las puertas de la Sala de Buda.

La pared de las armas

—Elige tu arma —ordenó el *sensei* Kyuzo, escogiendo a Jack de entre la fila de estudiantes que ocupaban el *Butokuden*.

El maestro de *taijutsu* se encontraba en el centro del *dojo*, sus diminutos puños duros como piedras plantados firmemente sobre sus caderas. No mucho más grande que un niño, se le veía diminuto junto a las enormes columnas de madera de ciprés que sostenían el inmenso techo abovedado del *Butokuden*. Sin embargo, como todo estudiante de la *Niten Ichi Ryū* sabía, no había que subestimar a este maestro del combate sin armas. Era tan retorcido y peligroso como un nido de víboras.

Los brillantes ojos negros del *sensei* Kyuzo siguieron el avance de Jack por el *dojo* hasta la Pared de las Armas. Jack contempló asombrado la colección de armamentos. Estaban las familiares espadas *bokken* y *katana*, más una buena selección de mortíferos cuchillos *tantō*. Jack divisó también un par de *nodaichi*, con sus *sayas* larguísimas para albergar las enormes hojas. Recordó que Masamoto se enfrentó a una durante el duelo que mantuvo en la playa y cómo su tutor se había visto obligado a emplear un remo para superar el letal alcance del *nodaichi*.

A su izquierda colgaban varios arcos y flechas, junto con numerosos palos de madera de diversa longitud. A su derecha, una ordenada fila de lanzas prometía una multitud de muertes horribles: algunas simplemente tenían picas para embestir; otras tenían bordes afilados para cortar y tajar; y varias tenían puntas de tridente para infringir el mayor daño posible al impactar.

Repartidas por toda la pared había armas más especializadas. A Jack no le sorprendió ver un abanico japonés entre el arsenal. Se había enfrentado a una de estas armas inocentes pero letales cuando una *kunoichi*, una mujer ninja, intentó matarlo con uno: el lomo del *tessen* estaba hecho de metal reforzado. Pero también había cadenas *manriki-gusari*, varias *naginata* de hoja curva, *kama* de forma de guadaña y una gran porra de roble recubierta de hierro con puntas de aspecto fatal.

—¡Vamos! La guerra estallará antes de que te hayas decidido —gruñó el *sensei* Kyuzo, retorciéndose impaciente el bigote.

Jack se decidió por la porra. Si el *sensei* Kyuzo quería un arma, entonces tendría una.

Pero la porra era tan pesada que Jack descubrió que apenas podía levantarla. Cayó con estrépito al suelo, aplastándole el pie. La clase estalló en risas y Jack dio saltitos de agonía.

—¡Necesitas auténticos músculos para empuñar una *kanabō*, *gaijin*! —bufó el *sensei* Kyuzo—. Elige algo más adecuado para tus limitadas capacidades.

Irritado, Jack cogió lo que tenía más cerca. Un *tantō*.

Como de costumbre, el *sensei* Kyuzo lo había escogido para que fuera su *uke*, el

compañero de demostración. Jack, por tanto, sabía que estaba a punto de sufrir los abusos y la humillación acostumbrada de ser arrojado al suelo, pateado, sujetado y golpeado por todo el suelo del *dojo*. Pero esta era la primera vez que usaban armas en una clase de *taijutsu* y a Jack le preocupaban las consecuencias.

—Una opción predecible —dijo el *sensei* Kyuzo—, pero práctica para demostrar cómo desarmar al oponente. Apuñálame en el estómago.

Jack parpadeó sorprendido.

—¡Hazlo! —ordenó el *sensei*.

Jack lanzó la hoja contra la barriga del *sensei*. El maestro de *taijutsu* la esquivó enviándola hacia un lado, golpeó con el puño el dorso de la muñeca de Jack y simultáneamente le dio un golpe en la garganta. El *tantō* cayó al suelo un momento antes de que lo hiciera Jack.

—El primer principio del acto de desarmar es apartarte —explicó el *sensei* Kyuzo mientras Jack jadeaba en el suelo en busca de aire—. Aunque la técnica se ejecute pobremente, habréis evitado el peligro inmediato.

Jack se puso lentamente en pie, frotándose la garganta. Como todavía estaba consciente, eso significaba que el *sensei* Kyuzo había contenido el golpe. Pero desde luego había sido más fuerte de lo necesario.

Vio a Akiko con las manos en la cabeza, consternada por cómo lo trataba el *sensei*.

—Elige otra arma —ordenó el *sensei*, sin darle a Jack tiempo para recuperarse.

Jack se decidió por el *bokken*. Al seleccionar un arma de madera con la que estaba familiarizado y era rápido, podía tener una oportunidad. Jack se volvió hacia su maestro.

—Un samurái que empuña una espada es más difícil de desarmar —explicó el *sensei*, indicando a Jack que comenzara—. La distancia y el tiempo son cruciales.

Con la velocidad del rayo, Jack descargó un golpe contra la cabeza del *sensei* Kyuzo.

Solo porque sabía qué esperar pudo el maestro de *taijutsu* evadir tan fácilmente la espada. Tras dar un paso a la derecha de Jack, bloqueó y agarró el codo y la muñeca del muchacho, ejecutando una presa sobre él.

—El segundo principio es infligir dolor, distraendo y tal vez incluso inutilizando a vuestro oponente —explicó el *sensei* mientras añadía presión a la llave y hacía que la cara de Jack se retorciera de agonía—. En este caso, podéis seguir con la espada y cortar a vuestro oponente por la mitad.

Tras forzar el *bokken* hacia abajo y en redondo, arrancó la espada de las manos de Jack y alzó la hoja entre sus piernas. Toda la clase dio un respingo cuando la *kissaki* del *bokken* subió desde su ingle hasta su pecho. Aunque el contacto era liviano, dolía, y Jack se alegró de no haber seleccionado una *katana* de acero.

—Si podéis ganar el control del arma de vuestro oponente, tanto mejor. Este es el tercer principio —instruyó el *sensei* Kyuzo, ignorando el sufrimiento de Jack—.

Ahora, atácame con una lanza.

Furioso, Jack cogió la letal lanza con punta de tridente y atacó a su *sensei*. Con calma, el maestro de *taijutsu* esquivó las puntas afiladas y dio una patada a Jack en las espinillas. Sujetando la lanza, la retorció para arrancársela al muchacho de las manos y lo golpeó con ella en la barbilla. Jack cayó al suelo por segunda vez.

—¡Levántate! —se mofó el *sensei* Kyuzo, sin mostrar ninguna compasión—. Te daré una última oportunidad para atacarme. A menos que seas demasiado débil.

Sacudiendo la cabeza para despejarla, Jack se puso en pie, tambaleándose. Pudo ver que Akiko se había cubierto ahora los ojos con la mano, incapaz de seguir mirando. Yamato deseaba en silencio que se rindiera mientras tenía la oportunidad.

Aunque Jack sabía que su *sensei* le estaba dando una paliza, le hervía la sangre y no pudo resistir un último intento. Examinó la pared, en busca de un arma que mantuviera a su sádico maestro a raya. Cogió una larga cadena con un peso en el extremo. Eso sería suficiente.

Haciendo girar la *manriki-gusari* por encima de la cabeza, avanzó hacia el maestro de *taijutsu*. A Jack le gustó ver que el *sensei* Kyuzo retrocedía inmediatamente.

—Esa arma es muy difícil de arrebatar —dijo el *sensei*, retirándose más—. No se puede bloquear. No se puede agarrar. No se puede evitar con facilidad.

Jack sonrió. Por primera vez, había acorralado al *sensei* Kyuzo. Le había derrotado. Y ahora le golpearía...

—Vuestra única opción es el *kuki-nage* —gritó el *sensei* Kyuzo, volviéndose hacia Jack—. ¡La proyección en el aire!

Jack hizo girar la cadena lo más rápido que pudo. El *sensei* Kyuzo, con los brazos extendidos, giró dentro de su arco. Su mano adelantada alcanzó a Jack en la cabeza y, usando el impulso del golpe de Jack, lo hizo perder el equilibrio. La otra mano se apoderó de la cadena y empujó a Jack hacia el suelo. Jack voló por el aire y aterrizó con dureza en el suelo del *dojo* por tercera vez, el brazo atrapado en una dolorosa llave.

—La proyección en el aire se basa en el principio de la esfera: una esfera nunca pierde su centro —explicó el *sensei* Kyuzo. Desarmó a Jack de la *manriki-gusari* pero continuó aplicando la llave, a pesar de los golpes de rendición de Jack—. En este caso, no podéis resistir la fuerza. Tenéis que seguir con ella, lanzando a vuestro atacante al aire.

Jack golpeó con más fuerza, pues el dolor en su brazo se hacía insoportable. Pero el *sensei* Kyuzo continuó ignorando sus llamadas a la rendición.

—Ahora habéis visto las cuatro técnicas de desarme con las que vais a trabajar. Os podrán salvar la vida en una batalla. Emparejaos. Elegid un arma. Luego practicad unos contra otros.

Soltó por fin a Jack, descartándolo como a un juguete no deseado.

Frotándose el codo dolorido, Jack se reunió con Akiko y los demás en la Pared de

las Armas.

—¿Por qué dejas que te trate así? —dijo Akiko, mirando a Jack con preocupación mientras sopesaba una lanza.

—Nunca me he presentado voluntario para ser el saco de golpes del *taijutsu* —protestó Jack—. Siempre la tiene jurada conmigo. Pero al menos sé de qué lado estará cuando haya guerra.

—Jack, no digas esas cosas —reprendió ella—. No puedes cuestionar su lealtad a Masamoto-sama. Si el *sensei* Kyuzo te oyera hablar así, te castigaría durante un mes.

Jack se encogió de hombros.

—Me castigaré de todas formas.

—Esto pesa —gruñó Saburo, tratando de levantar la *kanabō*—. ¡Sin duda aplastará un cráneo o dos!

Yamato agitaba la cadena en la mano.

—Elegiste bien el arma, Jack, pero si querías distancia, ¿por qué no elegiste un arco y flechas contra el *sensei* Kyuzo?

—¡Buena idea, nunca habría podido defenderse contra eso! —rezongó Saburo, la porra de hierro en las manos.

—¿Ah, no? —desafió el maestro de *taijutsu*, que apareció de pronto detrás de Saburo.

—Bueno... sin duda eso sería imposible tartamudeó el muchacho, soltando la *kanabō* con un fuerte golpe.

—Es solo cuestión de reflejos.

—Pero ¿cómo podrías detener una flecha? —exclamó Saburo, sorprendido por la actitud indiferente del *sensei*.

—Con las manos.

Saburo hizo una mueca de incredulidad.

El *sensei* Kyuzo lo miró con mala cara por su atrevimiento, pero entonces advirtió que todos los estudiantes se habían acercado. Lo miraban con expectación, queriendo ver esta gran hazaña.

Cogió un arco de la Pared de las Armas.

—Necesito a alguien que sepa disparar bien. Akiko-chan, te ordeno que me dispares al corazón.

El *sensei* Kyuzo se dirigió al otro extremo del *Butokuden*, ignorando las protestas de Akiko.

—¿A qué esperas? —exclamó—. Estamos perdiendo tiempo de clase.

A pesar de la impaciencia del samurái, Jack pensó que su *sensei* estaba aprovechando la oportunidad para mostrar su habilidad con las artes marciales. El hombre era consciente de su diminuto tamaño y le encantaba demostrar que era más fuerte, más rápido y más hábil que nadie.

Akiko preparó una flecha y tensó el arco. Sus manos temblaron ligeramente cuando apuntó.

La tensión flotó en el aire. Nadie se movió.

Todos esperaron a ver qué hacía el *sensei* Kyuzo.

Akiko soltó la cuerda y la flecha voló hacia su maestro.

El *sensei* Kyuzo no movió un músculo.

La flecha pasó junto a su hombro y alcanzó una columna detrás.

—¡Te he dicho que me apuntaras! —gritó enfadado el maestro—. ¡No tiene sentido que intente detener una flecha que no es una amenaza!

Akiko se lamió los labios, nerviosa, y preparó una segunda flecha. Esta vez, apuntó al corazón.

Jack sabía que no fallaría. Estaban a punto de ser testigos de la muerte de su *sensei*.

La flecha voló por el aire, recta y certera.

En el último segundo, el *sensei* Kyuzo la cogió con la mano derecha.

Los estudiantes jadearon de asombro.

El *sensei* Kyuzo dedicó un momento a saborear las expresiones aturdiditas de todos los jóvenes samuráis antes de recorrer triunfal el *dojo* y devolverle a Akiko la flecha.

—¿Alguna pregunta más?

Poesía amorosa

—¿Habéis oído la noticia? —preguntó Saburo al día siguiente, mientras cruzaba el patio corriendo.

Jack, Yamato y los demás se dirigían a la Sala del Halcón para la clase de *haiku*. Se detuvieron mientras Saburo recuperaba el aliento.

—¡Anoche alguien le prendió fuego a la iglesia católica que está junto al palacio imperial!

—La guerra ha empezado, entonces —dijo Kiku, y su rostro palideció un poco.

—No, fue un ataque aislado. Los *senseis* piensan que fue un *ronin* vagabundo que lo hizo camino de Edo. He oído que el *daimyo* Takatomi está furioso.

—¿Ha habido algún herido? —preguntó Jack, vacilante. Saburo asintió solemne con la cabeza.

—Un sacerdote quedó atrapado en el interior.

Todos guardaron silencio. Jack sintió que la soga del *daimyo* Kamakura se tensaba un poco más. Parecía que cada semana había otra nueva noticia de un extranjero o un sacerdote perseguido, pero este era el primer ataque religioso que sucedía en Kioto.

—¿Y qué hay del *ronin*? —preguntó Yamato.

—Nadie lo sabe. Pero parece que la carretera de Tokaido, al norte de Edo, está llena de samuráis y *ashigaru* que responden a la llamada a las armas.

—¿De dónde salen? —dijo Kiku—. El ejército de Kamakura va a ser imparable.

—No olvides que los otros cuatro regentes del Consejo tienen todos ejércitos propios —contestó Akiko, tratando de calmar a su amiga—. Juntos, superarán fácilmente en número a las fuerzas de Kamakura.

Jack estaba a punto de hacer otra pregunta cuando vio a Yori salir de la Sala de Buda.

—¿Dónde te habías metido? —exclamó.

Todos corrieron hacia Yori, que se desplomó en las escalinatas del *Butsuden*, con un pequeño cuenco de latón en el regazo. Los miró y ofreció una sonrisa agotada pero libre de preocupaciones.

Saburo se desplomó junto a Yori.

—Ayer te perdiste una lección de *taijutsu* sorprendente. ¡El *sensei* Kyuzo capturó una flecha con la mano! —dijo, agarrando en el aire una flecha imaginaria.

Yori alzó una ceja cautelosa al captar el entusiasmo de su amigo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Akiko, arrodillándose delante de él—. Nos tenías preocupados desde que te fuiste de la clase del *sensei* Yamada.

—Le he pedido disculpas al *sensei* —respondió Yori en voz baja.

—¿Durante un día? —Kiku intercambió una mirada de preocupación con Akiko.

—El *sensei* Yamada ha tenido unas cuantas palabras conmigo. Un puñado, en realidad. Luego me hizo pulir el Buda de bronce para que tuviera tiempo de pensar en lo que dije.

—¡Pero si esa estatua es enorme! —dijo Jack, inspeccionando las diminutas manos de Yori, llenas de mugre—. Es injusto. Tan solo te marchaste de su clase.

—No, me mostré enormemente irrespetuoso —le recordó Yori—. El *sensei* Yamada hizo bien en castigarme. Además, me siento mejor ahora que me ha explicado las cosas.

—¿Qué te ha dicho, entonces? —preguntó Yamato.

—El *sensei* Yamada dijo que, como samuráis, debemos dedicarnos con igual pasión a la lucha y a las artes creativas. Es nuestro deber asegurar que tenemos una paz por la que merece la pena luchar.

Yori alzó el pequeño cuenco de latón y el cojín que tenía sobre el regazo.

—También me ha dado este cuenco cantarín para que practique. El *kiaijutsu* no trata de lo fuerte que es el grito, sino de lo concentrado que está el *ki* —explicó Yori, los ojos chispeando de determinación—. El *sensei* Yamada dijo que incluso la brisa más pequeña puede crear olas en el océano más grande.

La *sensei* Nakamura le devolvió a Jack su intento de *haiku*. Le dirigió una única y abatida sacudida de cabeza que hizo temblar su cabellera de pelo blanco como la nieve.

—Insistes en meter tu opinión en el poema —dijo, con tono frío como la tumba—. Mar «furioso». «Hermosa» flor. ¿Cuántas veces te he dicho que no uses palabras que impongan tu respuesta personal al momento que estás describiendo? El lector de tu *haiku* puede no tener tu misma reacción.

—*Hai, sensei* —respondió Jack con un suspiro cansado. Seguía sin comprender. Creía que la poesía era cosa de amor, emoción y pasión. Por eso aquel dramaturgo William Shakespeare era tan popular en Inglaterra. «¿Habré de compararte a un día de verano? Eres más hermosa...», o algo por el estilo. Los japoneses, por otro lado, parecían tan apartados de sus emociones que ni siquiera se les permitía expresarlas en un poema.

La *sensei* Nakamura pasó a Yori. Con expresión agria, estudió su página.

—Buen intento. Muestras promesa —empezó a decir.

Yori sonrió esperanzado. Las alabanzas, sin embargo, fueron breves.

—Pero debes evitar decir dos veces lo mismo en tu *haiku*. Aquí empiezas con «frío» amanecer y luego sigues con brisa «helada». No está bien. Has desperdiciado una palabra y no le has dicho más al lector sobre tu tema. Inténtalo de nuevo.

Abatido, Yori recuperó el *haiku* y empezó a reescribirlo.

La *sensei* Nakamura caminó entre los estudiantes, reprendiéndolos por sus diversos errores y muy ocasionalmente ofreciendo débiles alabanzas.

—Kazuki-kun, recita tu *haiku* a la clase. Me gustaría elogiarlo.

De pie, papel en mano, Kazuki leyó orgullosamente en voz alta.

*Coge un par de alas
de una libélula, harías
una pimentera.*

Hubo una generosa salva de aplausos, pero la *sensei* Nakamura los cortó en seco con una expresión severa.

—He dicho que me gustaría elogiarlo. Pero esto no es el espíritu del *haiku*. El niño ha matado a la libélula. Para componer un *haiku*, debes darle vida. Deberías decir:

*Añade un par de alas
a una pimentera, tendrías
una libélula.*

Un zumbido colectivo de comprensión llenó la sala mientras Kazuki se sentaba, su momento de gloria aplastado.

—Esperaba que para el otoño los intentos de esta clase de redactar *haikus* fueran de mayor calidad —suspiró—. Sin embargo, la mayoría son pasables, así que me arriesgaré a organizar una *kukai* para el principio del invierno. Eso debería dar a los que van rezagados en clase tiempo suficiente para mejorar.

Toda la sala miró a la *sensei* Nakamura con expresión perpleja. Ella chasqueó la lengua, los ojos muy abiertos de exasperación por su ignorancia.

—Una *kukai* es una competición de *haikus*. ¡Invitaré al famoso poeta Saigyō-san a presidir la *kukai*, para asegurar que los poemas que presentéis sean solo los de mayor calidad!

Despidió a la clase con un gesto. Después de guardar los tinteros, el papel y los pinceles los estudiantes abandonaron la sala.

—Es muy emocionante, ¿no? —comentó Yori, entusiasmado, mientras se ponían las sandalias en el patio—. ¡Quiero decir, tener al gran Saigyō-san aquí, en nuestra escuela! Es mi poeta favorito.

—Creo que participaré —dijo Saburo, para sorpresa de todos.

—¿Tú? —preguntó Akiko, dirigiéndole una mirada de incredulidad—. No habrá premios a los poemas dedicados a las funciones corporales.

—¡Entonces escribiré uno sobre el amor!

—¿Qué sabes tú del amor? —rio Akiko. Saburo se ruborizó de pronto.

—Tanto como cualquiera de los presentes.

—¡Akiko! —llamó Takuan, indicándole que se acercara.

—Aunque probablemente no tanto como algunos —murmuró Saburo entre dientes, y se marchó en dirección del *Chō-no-ma* para almorzar.

Jack oyó el comentario y miró a Akiko y Takuan, que conversaban.

—Vamos, Jack —dijo Yamato, corriendo tras Saburo—. ¡De lo contrario, no quedará arroz cuando el Poeta del Amor termine!

Mientras buscaba sus sandalias, Jack oyó a Takuan decir:

—Estaba pensando participar en la competición de *haiku*, y valoraría tu opinión.

—Es precioso —dijo Akiko, inclinándose para leer el papel que él sostenía—. La imagen de la montaña es tan clara. Puedo imaginar que estoy allí.

—Puedes quedártelo —ofreció Takuan.

Akiko se ruborizó, e inclinó humildemente la cabeza.

—Pero es tu entrada para la *kukai*.

—Puedo escribir otro —dijo él, colocándole el poema en las manos—. El mayor honor es que tú lo aprecies.

—Gracias —respondió ella, inclinando la cabeza de nuevo y aceptando el *haiku*.

—¡Vamos, Jack! —gritó Yamato impaciente desde el otro extremo del patio.

Jack lo siguió al *Chō-no-ma*, aunque se le había quitado el apetito.

—¿Vas a participar en la *kukai*? —preguntó Jack, asomado a la ventana del diminuto dormitorio de Yori y contemplando las estrellas que titilaban en el cielo nocturno.

—¡Sí! —respondió Yori con un chillidito.

—¿Crees que debería hacerlo yo?

—¡Sí! —repitió Yori.

—¿Me estás escuchando siquiera?

—¡Sí!

Yori estaba de pie en un rincón del cuarto, gritándole a un pequeño cuenco cantarín colocado en una base que había en el otro. Estaba decidido a hacerlo sonar. Desde su conversación con el *sensei* Yamada, estaba convencido de que el *kiaijutsu* era su talento por descubrir y que ese arte marcial le salvaría en la guerra inminente. Hasta ahora, el cuenco había guardado silencio.

Jack captó movimiento en el patio. Divisó a Akiko saliendo de la *Niten Ichi Ryū* por la puerta trasera. Sin duda iba a visitar al monje del Templo del Dragón Pacífico.

—Lo siento, Jack. ¿Qué decías? —jadeó Yori, tratando de recuperar el aliento.

—Decía que si vas a participar en la *kukai*.

—Supongo, si puedo componer un poema digno de Saigyō-san. Esperaré algo especial. ¿Y tú?

—No tiene mucho sentido, ¿no? Soy inútil con los *haikus*.

Al contrario que Takuan.

Yori miró a Jack de reojo.

—No estoy celoso —insistió Jack, volviéndose—. Es que he visto a Takuan darle un *haiku* a Akiko.

—Si tan desesperado estás por un poema, te escribiré uno —dijo Yori, conteniendo una sonrisa.

—Sabes que no me refiero a eso —contestó Jack, picajoso—. ¿No tiene eso

ningún significado en Japón? En Inglaterra, sería considerado poesía amorosa.

—No con Takuan —aseguró Yori—. Le vi componer un *haiku* para Emi el otro día. Probablemente ha escrito uno para cada chica. A ellas les gustan esos gestos galantes. Es uno de los motivos por los que es tan popular. Si te molesta, ¿por qué no le escribes a Akiko un *haiku*?

—Sabes que no me salen bien. Ella tan solo se reiría.

—No, nada de eso. Te ayudaré —dijo Yori amablemente, cogiendo un papel de un montón.

Reacio, Jack cogió el papel.

—Pero esto no es un poema de amor, ¿no?

Sintió que las mejillas le ardían y esperó que Yori no se diera cuenta.

—No, por supuesto que no —dijo Yori, su rostro la viva imagen de la inocencia—. Es solo una práctica para el *kukai*.

A pesar de que negaba estar celoso, Jack advirtió que sus sentimientos hacia Akiko eran algo más que simple amistad. Si era sincero consigo mismo, ella era el motivo por el que tenía dudas respecto a dejar Japón.

El golpe Hoja de Otoño

—*Hajime* —ordenó Masamoto, dando comienzo a la *kata* de los Dos Cielos entre Jack y Taro.

Los dos se acercaron con cautela el uno al otro desde lados opuestos del *dojo* de la Sala del Fénix, hasta que las puntas de sus *katanas* se tocaron, las *wakizashi* en guardia baja.

De repente Taro se lanzó hacia delante. Sin alzar la espada, hizo correr su hoja por toda la longitud de la *katana* de Jack, apartándola y lanzándose hacia el corazón del muchacho. Taro mostró un control perfecto del ataque, y Jack solo sintió la levisima presión de la *kissaki* golpeando su pecho.

—Excelente, Taro-kun. Un impecable golpe de Pedernal y Chispa —alabó Masamoto—. Tu turno, Jack-kun.

Manteniendo contacto con la espada de Taro, Jack lanzó ahora la punta de su *katana* hacia el corazón de su oponente. Pero el extremo de la hoja de Taro se clavó en el estómago de Jack antes de que pudiera alcanzar su objetivo. No había desviado lo suficiente la espada de Taro.

—Si hubiera sido una hoja de acero, la *katana* de Taro te habría cortado en dos —dijo Masamoto, con expresión sombría en su rostro marcado por la cicatriz—. Jack-kun, debes ejecutar este golpe con total seguridad. Pon más fuerza en tus pies, tu cuerpo y tus manos, y golpea rápidamente con todo a la vez.

—*Hai*, Masamoto-sama —respondió abatido Jack, arrodillándose de nuevo con el resto, de los estudiantes. Había sido el único de la clase que no había conseguido el golpe del Pedernal y Chispa.

—Pasaremos al golpe Hoja de Otoño —anunció Masamoto—. Una apropiada técnica de los Dos Cielos para la estación, creo. El centro de este ataque es golpear la hoja principal del oponente, desarmándola y cogiéndola uno mismo. Observad con atención.

Masamoto y el *sensei* Hosokawa desenvainaron sus espadas. Mientras el *sensei* Hosokawa se disponía a atacar, Masamoto se lanzó hacia delante, golpeando dos veces en rápida sucesión la *katana* del maestro con su *kissaki*. La espada cayó al suelo.

—Esta técnica solo funcionará si no vaciláis ni un segundo durante el ataque —explicó, instando a la clase a tomar posiciones en el *dojo*—. Practicad hasta que lo hayáis dominado.

Alegre de escapar a la presión del entrenamiento en el *dojo* con Masamoto, Jack se encontraba solo en el porche del Jardín Zen del Sur. Contemplaba pensativo un largo

rectángulo de arena blanca, rastrillado para formar ondas en miniatura. Formaba la característica central de un jardín decorado con grandes piedras de granito y setos meticulosamente recortados. En un lejano rincón, como un anciano frágil, crecía un viejo pino, las ramas tan retorcidas y batidas por los elementos que su tronco tenía que estar sujeto por un soporte de madera.

Jack inspiró profundamente, esperando que la tranquilidad del lugar animara su espíritu.

Al final del entrenamiento de la mañana, todavía estaba luchando con el golpe Hoja de Otoño. ¿Por qué no podía hacerlo? Era bastante hábil con una sola espada. Pero cuando empuñaba dos, perdía el control y la precisión. Le frustraba que después de tres meses entrenándose en los Dos Cielos, pareciera empeorar en vez de mejorar.

Jack estaba seguro de que la sencillez de la forma ocultaba un secreto interior más profundo. Un secreto que Masamoto no había revelado todavía. O que él había pasado completamente por alto. Fuera lo que fuese, no podía rendirse. Con la posibilidad de la guerra y Ojo de Dragón ahí fuera, los Dos Cielos eran la clave de su supervivencia.

Taro salió de la Sala del Fénix y al divisar a Jack en el porche se reunió con él en el Jardín Zen del Sur.

—No te descorazones por tu falta de progreso —dijo Taro—. Los Dos Cielos es el estilo de lucha más difícil de Japón. Aprenderlo es como escalar una montaña con las manos y los pies atados.

—Pero tú puedes hacerlo —dijo Jack—. ¿Cuál es el secreto?

—Una vez se lo pregunté a Masamoto-sama —respondió Taro, riendo—. El secreto es que no hay ningún secreto.

—No comprendo. Tiene que haberlo.

—Eso dije yo exactamente. Él tan solo me contestó: «El maestro es una aguja, el estudiante el hilo. Como estudiante, debes practicar sin fin». Supongo que ese es el secreto. Entrenamiento continuo y duro.

Señaló el jardín Zen con un gesto de la mano.

—Los Dos Cielos es como este jardín. No tengo ni idea de cómo lo creó el jardinero. Parece hermoso, perfecto, y, al mismo tiempo, tan simple. Pero estoy seguro de que se invirtió mucho tiempo, pensamiento y habilidad para conseguirlo.

—¿Cuánto tiempo tardaste tú en dominar la técnica? —preguntó Jack.

Taro se rio ante la idea.

—Apenas soy un principiante. Para dominar los Dos Cielos hace falta toda una vida.

Jack se sintió desfallecer.

—Pero yo no tengo toda una vida. Se avecina una guerra. Taro asintió con gravedad. Tras estudiar a Jack por el rabillo del ojo, dijo:

—Veo que eres decidido, como yo. Si quieres practicar más, estaría dispuesto a entrenar contigo fuera de las clases.

—¿Cuándo? —dijo Jack, inclinando la cabeza para mostrar su agradecimiento.

—Si que eres ansioso. ¿Esta noche?

Jack asintió con entusiasmo.

—Te veré después de cenar —dijo Taro, e inclinó la cabeza y se marchó en dirección a la *Shishi-no-ma*.

Jack se quedó en el jardín. Con Taro como compañero de entrenamiento, ya se sentía mucho más optimista. Podría aprender de los errores del muchacho y aprender a ritmo más rápido. Al oír descorrerse una *shoji*, se dio la vuelta. Sachiko, Mizuki y Akiko salían ahora de la Sala del Fénix.

—¡Akiko! —llamó Jack, corriendo hacia ella.

Akiko se inclinó mientras se acercaba.

—Ha sido una lección difícil, ¿verdad? El golpe Hoja de Otoño es casi imposible.

—Sí —coincidió Jack—. Pero Taro se ha ofrecido a darme clases extra de los Dos Cielos esta noche. ¿Te gustaría unirme a nosotros?

—Gracias, Jack —respondió Akiko—. Eres muy amable, pero Takuan se ha ofrecido a ayudarme con mi *haiku* para la competición. Tal vez en otra ocasión.

—Comprendo —respondió él, tratando de ocultar su decepción.

—Magnífico. Te veré luego en el almuerzo —dijo ella, sonriendo amablemente—. Será mejor que me vaya. Sachiko y Mizuki me están esperando.

Tras regresar al jardín, Jack se sentó en el porche con las manos en la cabeza. Podía oír la voz de Yori, diciéndole que Takuan ayudaba a un montón de gente, incluyendo al propio Jack. Así que no tenía motivos para sentirse molesto. ¿Por qué, entonces, le parecía que de pronto se había hundido en el fondo del mar?

—Pareces triste, *gaijin* —dijo Kazuki, apoyado indiferente contra una de las columnas del porche—. ¿Celoso porque Akiko tiene otra cita?

—¡No! —replicó Jack—. Takuan tan solo la está ayudando con su *haiku*.

Kazuki sonrió, dándose cuenta de que su comentario había afectado a Jack.

—Puedo comprender lo que ve Akiko en Takuan. Es guapo, inteligente, no un gran luchador pero sí un buen jinete. Y, por supuesto, es japonés. ¿Estás seguro de que lo que le interesa es solo su *haiku*?

—¿Qué quieres decir con eso? —Jack se puso en pie, la mano en la espada.

—Dispuesto a defender su honor. ¡Qué noble! —se mofó Kazuki—. Si tantas ganas tienes de pelear, ¿y si hacemos una práctica extra con los Dos Cielos?

Kazuki desenvainó la *katana* y la *wakizashi* de la *saya* negra y dorada. Eran las *daishō* que le había dado su padre por entrar en el Círculo de Tres. Sus hojas brillaron malignas a la luz.

Jack llevaba también sus *daishō* de acero, un privilegio permitido a todos los que se entrenaban en la técnica de los Dos Cielos. En clase, sin embargo, estas espadas se utilizaban solamente para *katas* de práctica en solitario. Los entrenamientos se hacían siempre con espadas de madera por seguridad. Jack no se sentía todavía lo bastante confiado con ambas espadas para responder al desafío de Kazuki.

—¿O tal vez careces de agallas? —Pinchó Kazuki, al verlo vacilar—. Verás, esa es la diferencia entre Yamato y tú. Él tiene honor y valor. No tiene miedo de correr riesgos. ¡Eso es lo que le convierte en samurái y a ti no!

La mano de Jack se tensó en torno a la empuñadura de su espada, pero se negó a responder.

—Te falta valor. No le reprocho a Akiko que quiera estar con un auténtico samurái.

A su pesar, Jack cayó en la trampa de Kazuki.

—¡Retira eso! —exclamó, desenvainando sus espadas.

—Pero es la verdad. Es obvio que prefiere a Takuan antes que a ti.

Jack no pudo soportarlo más. Atacó, lanzándose hacia la cabeza de Kazuki.

Kazuki estaba preparado. Bloqueó la espada de Jack con su *wakizashi* y al mismo tiempo se lanzó adelante con la punta de su *katana*. Era la más básica de las técnicas de los Dos Cielos, una simple «parada y golpe», pero funcionó.

Jack apenas evitó la hoja y se habría ensartado en la *katana* si Kazuki no hubiera abierto demasiado su ángulo. Se retiró antes de que Kazuki insistiera.

—¿Es eso lo mejor que sabes hacer? —escupió Kazuki.

Inflamado, dominado de nuevo por sus emociones, Jack pasó de nuevo a la ofensiva. Las *katanas* entrechocaron en el aire. Antes de que Jack pudiera reaccionar, Kazuki se lanzó hacia delante, golpeando dos veces con su hoja la parte posterior del arma de Jack. La *katana* escapó de su mano y cayó al suelo de madera. Kazuki mantuvo la punta de su espada sobre el cuello de Jack.

—¿Quieres creerlo? —se burló—. ¡El golpe Hoja de Otoño funciona!

Jack aún tenía su *wakizashi*, pero no había nada que pudiera hacer para salvarse. Un simple gesto de Kazuki acabaría con su vida. Su rival estaba a punto de reclamar su premio por haber derrotado a Yamato.

Kazuki obligó a Jack a retroceder por el porche, hasta una de las piedras erguidas.

—Siempre te derrotaré con los Dos Cielos —dijo Kazuki, saboreando el pánico de los ojos de Jack.

—¡No te atreverías! —jadeó Jack.

—De nuevo, esa es la diferencia entre un verdadero samurái y un *gaijin* como tú. Sin duda, lo haría —dijo Kazuki, presionando hasta que una gota de sangre apareció en la piel de Jack.

Jack hizo una mueca, sintiendo el acero afilado como una navaja arañar su piel. Se echó hacia atrás, pero no tenía ningún sitio al que ir. Kazuki sonrió vengativo, con los ojos cargados de crueldad.

—Pero te perdonaré, por esta vez —dijo, retirando la hoja.

Jack dejó escapar un tembloroso suspiro de alivio, y luego se sentó cuando la *katana* de acero de Kazuki destelló ante sus ojos. Pasó ante su nariz, y la hoja le cortó la mejilla izquierda.

—¡Eso, sin embargo, servirá como recordatorio de lo que te espera!

Kazuki dejó a Jack en el jardín, la sangre chorreándole por la cara y marcando de gotas rojas la arena blanca y pura.

24

El espía

—Tu corte vuelve a sangrar —dijo Takuan la tarde siguiente, mientras Jack y él llevaban a sus caballos de vuelta a los establos de la escuela—. Debe de habésete abierto durante el último galope.

Jack se dirigió la mano a la mejilla, donde una fea línea roja le marcaba ahora la piel.

—Tendrás una buena cicatriz cuando se cure —observó Takuan—. Aunque aún no me has dicho cómo te la hiciste.

—Entrenándome en los Dos Cielos —respondió Jack, sin aclarar nada más.

—¡Me alegro de no estar en esa clase!

—¿Qué quieres decir?

—Akiko se lastimó también durante una de esas lecciones.

Jack miró a Takuan, sin comprender.

—¿No te has dado cuenta del vendaje que lleva en el brazo?

Jack negó con la cabeza. Por lo que sabía, nadie había resultado herido durante la práctica de los Dos Cielos. Aunque él no había revelado toda la verdad sobre su herida, ¿por qué mentiría Akiko sobre la suya? ¿Y cómo se la habría hecho en primer lugar?

—Tengo que irme —dijo Takuan, entregándole a Jack las riendas de su caballo—. No te importa llevarlos al establo, ¿verdad? Tengo que ayudar a Akiko con sus *haikus*.

—No, por supuesto que no —respondió Jack, forzando una sonrisa.

—Gracias. La próxima vez trabajaremos para mejorar tu posición en la silla.

Tras inclinar la cabeza, Takuan regresó a la escuela.

Había oscurecido ya cuando Jack terminó de quitar las sillas a los caballos y meterlos en sus establos. Tendría que darse prisa. Taro le estaría esperando en el *Butokuden* para iniciar sus prácticas extra de los Dos Cielos. Jack lo prefería a montar a caballo. Su primera sesión juntos había resultado ser muy útil y al final Jack casi dominaba ya el golpe de Pedernal y Chispa. Taro era un maestro nato, así que acordaron reunirse todas las noches para abundar en su éxito inicial. Por la mañana, en el desayuno, le habló entusiasmado a Akiko de Taro con la esperanza de que se uniera a ellos, pero no sirvió de nada. Ella estaba ya ocupada. Ahora sabía por qué: Takuan.

Mientras echaba más paja a los abrevaderos de los caballos, Jack oyó abrirse la puerta trasera del establo.

—¿Qué has averiguado? —preguntó una ronca voz de muchacha.

—Mi padre me ha dicho que el *daimyo* Kamakura tiene ya cincuenta mil hombres a su mando.

Jack reconoció al instante la voz de Kazuki.

—¡Cincuenta mil! —exclamó la chica, entusiasmada.

Jack se arrastró hasta un establo adyacente que estaba vacío y se asomó a través de una grieta en la madera. Kazuki estaba sentado junto a Moriko, cuyo pálido rostro parecía el de un fantasma en la oscuridad. El suelo había sido barrido hacía poco y como todos los establos japoneses estaba immaculadamente limpio.

—Así que nuestro señor está preparado para atacar —dijo con ansiosa expectación—. ¡Podremos acabar con el *gaijin*! ¡Exterminarlo como a una rata!

—Todavía no.

El rostro de Moriko reflejó su decepción.

—No te preocupes. Ya llegará su hora. Le hice una cicatriz para que no olvidara su destino. —Kazuki sonrió mientras se pasaba un dedo por la mejilla izquierda.

Los ojos de Moriko se encendieron de sádica alegría.

—¡Ahora debe parecer aún más feo!

Jack sintió que el corte le latía mientras los dos se reían a su costa. «¡Vaya valor tiene Moriko al llamarme feo! —pensó—. ¡Ella tiene los dientes negros!».

—Pero ¿cuándo atacará el *daimyo* Kamakura? ¿Cuándo podrá la Banda del Escorpión comenzar su trabajo?

—Paciencia, mi Moriko —dijo Kazuki, apoyando una mano en su rodilla—. Nuestro señor está esperando que más samuráis se unan a su bando. Mi padre me ha dicho que el *daimyo* Satake de la provincia de Dewa se ha unido recientemente a sus filas. Pero el *daimyo* Kamakura necesita que todos los señores del norte le juren fidelidad.

—¿Por qué? Ya tiene suficientes samuráis para expulsar a todos los *gaijin* de nuestro país.

—Pero no los suficientes para apoderarse del país.

—¿Entonces los rumores son ciertos? —susurró ella. Kazuki asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre es uno de los samuráis de más confianza del *daimyo* Kamakura. —Kazuki se inclinó para acercarse a Moriko, y bajó la voz en tono conspirador—. Me han pedido que realice una misión especial. Por orden del mismísimo Kamakura.

Moriko se quedó boquiabierta.

—¿Qué tienes que hacer?

—El halcón astuto oculta sus garras —respondió él.

—No comprendo —dijo ella, torciendo el rostro con gesto de asombro.

—Significa que ningún gran guerrero revela su verdadera fuerza hasta que llega el momento oportuno. Pero el *daimyo* Kamakura me recompensará por mi servicio cuando lo haga.

—¿Con qué?

—¡Con mi propio castillo!

Moriko apenas pudo contener su entusiasmo.

—¡Te nombrará *daimyo*! —aduló ella.

Jack ya había oído lo suficiente. Dijera lo que dijese Akiko sobre la familia Oda y su fidelidad al *daimyo* Takatomi, ya no era cierto. Tenía que decírselo a Masamoto.

Tras escabullirse del establo sin ser visto, corrió de regreso a la escuela.

Mientras cruzaba corriendo el patio, Jack divisó a su tutor que entraba en el *Butsuden* con el *sensei* Yamada. Subió los escalones de dos en dos y los encontró de pie ante el gran Buda de bronce, conversando. Atravesó las puertas y corrió hacia ellos.

—He oído a Kazuki... hablando en los establos... —farfulló Jack, entre bocanadas de aire—. Su padre está de parte del *daimyo* Kamakura...

—Lo sabemos —interrumpió Masamoto, alzando una mano.

Jack se quedó en silencio, aturdido.

Los dos samuráis se miraron el uno al otro gravemente durante un momento, antes de que el *sensei* Yamada dijera:

—Creo que no tenemos más remedio que decírselo. Masamoto se volvió hacia Jack.

—Vamos a confiarte un secreto de gran importancia. ¿Entendido?

Jack inclinó la cabeza para demostrar que comprendía la gravedad de las palabras de su tutor.

—Oda-san está en realidad de nuestro lado. Nos mantiene informados de los planes del *daimyo* Kamakura —explicó Masamoto.

—¿El padre de Kazuki es un espía?

Masamoto asintió.

—Para que Kamakura no sospechara nada, toda la familia de Oda-san ha tenido que jurar fidelidad, incluido Kazuki-kun. Ni siquiera ellos lo saben.

Jack advirtió que Kazuki estaba totalmente convencido por la aña gaza. Peligrosamente.

—No te preocupes por Kazuki-kun —dijo Masamoto, viendo la preocupación en el rostro de Jack—. Oda-san le dirá la verdad a su hijo cuando llegue el momento. Pero, hasta entonces, no debes decirle ni una palabra de esto a nadie. Si el *daimyo* Kamakura llegara a descubrirlo, Oda-san y su familia morirían al instante.

—Prometo que no diré nada —respondió Jack, comprendiendo la seriedad del asunto—. Pero si sabéis que el *daimyo* Kamakura pretende hacerse con el poder, ¿por qué no lo detiene ya el Consejo?

—No es tan sencillo —dijo Masamoto—. Aunque sabemos que este conflicto es inminente no es solo una cuestión de fe, en público el *daimyo* Kamakura insiste en que solo le interesa expulsar a los cristianos y extranjeros. Como miembro clave del Consejo, dice actuar en el mejor interés de Satoshi. Defiende Japón contra la supuesta amenaza de los *gaijin* y lucha en nombre del emperador.

—Pero está matando a gente inocente. ¿No es suficiente justificación? —imploró Jack.

Masamoto sacudió tristemente la cabeza.

—Por desgracia no —suspiró—. El *daimyo* Kamakura es astuto como un jugador de ajedrez. Hasta que dirija sus fuerzas contra un *daimyo* japonés, nadie podrá actuar contra él. De lo contrario, el Consejo se convertirá en agresor. Si empezamos el conflicto, seremos nosotros los enemigos del emperador.

—Así que la guerra es inevitable —dijo Jack.

—No necesariamente. Depende de que el *daimyo* Kamakura obtenga el apoyo que necesita. Aunque su ejército es grande, sigue sin suponer ninguna amenaza contra las fuerzas combinadas del Consejo.

A pesar de la seguridad de Masamoto, Jack seguía sin estar convencido.

Una cosa era segura: la inminente guerra no ayudaría a Jack en su búsqueda del cuaderno de ruta. Y el libro no sería una prioridad para Masamoto, cuyas investigaciones aún no habían desembocado en nada. Pero había poco que pudiera hacer al respecto. Tendría que esperar que el libro no hubiera sido descifrado todavía. Mientras tanto, su prioridad era aprender los Dos Cielos. Tenía que prepararse para el futuro, por incierto que fuera.

El último samurái en pie

Jack estaba montado en su caballo de madera, entre las hojas marrones marchitas.

El otoño había terminado y los árboles que flanqueaban la pista de *Yabusame* del altar Kamigamo estaban casi pelados. La amenaza de la guerra, antes tan aguda y aterradora, había amainado y ahora flotaba sobre el horizonte como una tormenta lejana. Aunque continuaban llegando noticias de persecuciones a los extranjeros y *ronin* que viajaban al norte, el *daimyo* Kamakura aún tenía que atacar a algún señor japonés y el conflicto no se había materializado todavía. Muchos estudiantes consideraban que el peligro había pasado. Jack se daba cuenta de que semejante complacencia era peligrosa con un hombre tan sibilino como Kamakura. Pero incluso él empezaba a esperar que la cruzada del *daimyo* hubiera perdido su impulso y que el señor samurái no hubiera obtenido el apoyo que necesitaba.

—*In-yo, In-yo* —dijo Jack, sin demasiada pasión, mientras ejecutaba los movimientos de sacar una flecha, colocarla en el arco y disparar al blanco de madera.

Ahora podía hacerlo con los ojos cerrados. Sabía la altura exacta del blanco. Podía alcanzarlo desde cualquier distancia y cualquier ángulo. Sabía exactamente cuánto tiempo tardaría en colocar una flecha, dispararla y prepararse para el siguiente disparo. Y sabía que las flechas *jindou* con su punta roma de madera tenían cierta tendencia a caer levemente durante el vuelo.

Pero seguía sin tener ni idea de si podría hacerlo en un caballo al galope.

Jack vio con envidia que el resto de la clase recorría ruidosamente la pista *Yabusame* en sus corceles. Emi pasó, alcanzó los dos primeros blancos pero falló el tercero. A pesar de los meses de entrenamiento, nadie, excepto Takuan, había alcanzado los tres blancos en una sola cabalgada. De vez en cuando, un estudiante mordía el polvo, pero la *sensei* Yosa no lo relegaba a entrenarse permanentemente en un caballo de madera, como había hecho con Jack.

—Takuan me dice que tu habilidad a caballo ha mejorado mucho este último mes —dijo la *sensei* Yosa, sobresaltando a Jack, pues se acercó a él por atrás.

—¿De verdad? —respondió él, agarrándose a este atisbo de esperanza. Aunque se sorprendió al oír esto, considerando que Takuan se pasaba más tiempo mirando la habilidad de Akiko que observando sus capacidades como jinete.

—Dice que ahora estás preparado para aprender a montar sin usar las riendas —le dijo la *sensei*, palmeando afectuosamente la cabeza del caballo de madera—. Si haces buenos progresos, montarás un caballo de verdad en el *Yabusame* en primavera. Ahora ven a la pista. Tengo que hacer un anuncio.

Jack suspiró ante la idea de seguir montado en su caballo de madera otros tres meses más. Desmontó y le dio una patada en el trasero inmóvil antes de correr detrás de la *sensei* Yosa.

—¿Cómo va tu poderoso corcel? —preguntó Saburo mientras Jack se arrodillaba entre Yamato y él—. ¿Sigue comiendo serrín?

—Muy gracioso, Saburo.

—¿Entonces cuándo vas a unirte a nosotros en un caballo de verdad? —preguntó Yamato.

—¡No hasta la primavera!

—¡Pero es dentro de una eternidad! —exclamó Yamato. Jack asintió, abatido. Al menos alguien se tomaba su situación en serio.

—¡Llevarás montado tanto tiempo en ese caballo de madera que te saldrán astillas! —dijo Yamato, con una sonrisa.

Al ver el aspecto divertido, Jack se rio también. La *sensei* Yosa levantó una mano pidiendo silencio y los tres sofocaron la risa.

—Estoy muy contenta con el progreso de todo el mundo. Por tanto, he propuesto una *Kyosha* contra dos de las escuelas samuráis locales, la *Yagyū Ryū* y la *Yoshioka Ryū*. Esta competición de tiro tendrá lugar cuando los primeros capullos se formen en los árboles *sakura*. Mientras tanto, evaluaré las habilidades de todos y seleccionaré a tres jinetes para que compitan por el honor de la *Niten Ichi Ryū*.

Los estudiantes parlotearon emocionados mientras dejaban el altar Kamigamo y regresaban a la escuela.

—Me pregunto quiénes serán elegidos —dijo Kiku.

—Takuan lo será —respondió Akiko—. Es el mejor arquero y jinete.

—Eres muy amable al decirlo, pero hay otros buenos jinetes en la escuela —contestó Takuan, sonriéndole cálidamente—. Yo te elegiría a ti.

Saburo se volvió a mirar a Jack, que intentó ignorar la conversación, pero no pudo evitar darse cuenta de que Akiko se ruborizaba como respuesta al cumplido de Takuan. Jack advirtió que Kazuki tenía razón. Estaba claro que Akiko sentía algo por Takuan.

—También considero que tú tienes posibilidades, Jack, con toda esa práctica de blanco que has hecho —añadió Takuan, volviéndose a mirarlo por encima del hombro.

—Bueno, a menos que haya una categoría para caballos de madera, no seré yo —contestó Jack, haciendo todo lo posible por ocultar su orgullo herido—. La *sensei* Yosa dijo que tendría que esperar a la primavera para hacer *Yabusame* en un caballo de verdad.

—Tienes suerte —dijo Takuan—. ¿Conozco a un estudiante de mi antigua escuela que tuvo que entrenar en un caballo de madera durante tres años antes de que se le permitiera cabalgar uno de verdad!

Jack lo creyó. Juzgando por su experiencia con el *sensei* Kyuzo, estaba claro que había algunos *senseis* muy crueles en Japón.

—No te preocupes, Jack —dijo Yori, trotando a su lado—. Cuando te montes en un caballo de verdad, tu técnica *Yabusame* será tan superior que seguro que te eligen

para el equipo.

—Yo no me emocionaría tanto con la *Kyosha* —interrumpió Kazuki desde atrás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yori.

—Para entonces habrá guerra. Yori pareció sorprendido.

—Pero... casi es invierno y no ha sucedido nada. Sin duda la amenaza ha pasado. Kazuki negó con la cabeza.

—Hace falta tiempo para reunir un ejército. Mi padre dice que es solo la calma antes de la tempestad.

—Pero ¿por qué planearía la *sensei* Yosa una competición entre escuelas para la primavera, o la *sensei* Nakamura una *kukai*, si fuera a haber todavía guerra? —dijo Yori, con cierto tono de desesperación en la voz.

—Las competiciones mantienen alta la moral y a nuestras mentes apartadas del conflicto venidero.

Kazuki le dirigió a Jack una dura mirada.

—Bonita cicatriz —dijo, antes de continuar su camino.

El cuchillo destelló hacia el estómago de Jack. Lo desvió limpiamente hacia la guardia exterior de Kazuki, le golpeó el dorso de la muñeca y lo desarmó. Pero antes de que Jack pudiera saborear la victoria, un *bokken* se deslizó hacia su cabeza.

Jack evadió el arco de la espada, se volvió hacia su segundo atacante, Goro, y le agarró el brazo. Aplicó una llave dolorosa y desarmó a su enemigo y alzó la hoja entre sus piernas.

Alertado por un grito desde atrás, Jack se volvió para ver una lanza dispuesta a atravesarle el pecho. Evitó a duras penas la afilada punta de acero y dio una patada en las espinillas a su tercer atacante, Nobu, y agarró el asta de la lanza. Un rápido movimiento de torsión, y el extremo le golpeó en la cara.

Jack se volvió para enfrentarse a su último adversario. Pero antes de que tuviera la más mínima esperanza de ejecutar un empujón en el aire, Hiroto soltó al *manriki-gusari* y la cadena se enroscó en su cuerpo. Un momento después, Jack cayó derribado al suelo.

—Y lo estabas haciendo tan bien hasta ahora —comentó sarcásticamente el *sensei* Kyuzo—. ¡Fracaso!

Jack se zafó de la cadena, se puso en pie y se inclinó ante sus cuatro atacantes. Aunque no se había roto ningún hueso, podía sentir ya un doloroso cardenal donde el peso de la cadena le había golpeado la espalda. Como era el último combatiente en el ejercicio de desarme, devolvió la *manriki-gusari* a la Pared de las Armas y se reunió con el resto de los estudiantes arrodillados en hilera. Habían pasado toda la mañana haciendo ejercicios de *taijutsu*, calibrando su forma, su técnica de lucha, las habilidades de agarrada, los métodos de desarme y la habilidad para quebrar la defensa contraria, todo en preparativo de la posibilidad de una guerra.

—Algunos de vosotros habéis demostrado ser excepcionales en vuestro entrenamiento *taijutsu* —dijo el *sensei* Kyuzo, mirando en dirección a Kazuki—.

Unos cuantos sois decepcionantes, por decirlo de alguna forma.

Jack sintió los brillantes ojos del *sensei* Kyuzo fijos en él.

—Sin embargo, considero que todos estáis preparados para la última prueba de vuestras habilidades de lucha cuerpo a cuerpo... el Último Samurái en pie.

El severo rostro del *sensei* Kyuzo mostró una sonrisa perversa.

—Todos en pie.

Hubo un murmullo inquieto entre la clase mientras se incorporaban. El *sensei* Kyuzo estaba sonriendo. Esto no podía ser bueno.

26

Zanshin

Era un caos total.

El *dojo* se convirtió en un campo de batalla cuando los combates se iniciaron por todo el *Butokuden*. Los estudiantes empezaron a golpear a su vecino más cercano. Todo el mundo era ahora un enemigo potencial.

El *sensei* Kyuzo había establecido un desafío sencillo pero brutal. Una lucha entre todos los samuráis del *dojo*. Se consideraba derrota cuando caías o te derribaban al suelo. La única regla era que no se podían utilizar armas.

Jack se agachó cuando un puñetazo de gancho salió de la nada. Contraatacó con un codazo en el estómago y dejó sin aliento a su atacante. Entonces agarró el brazo del otro y ejecutó un *seoi nage*. El golpe con el hombro lanzó al suelo a su oponente.

La muchacha gritó cuando se quedó sin aire.

—Lo siento —dijo Jack, advirtiéndole que acababa de derribar a Cho, una de las mejores amigas de Emi. Pero claro, ella había intentado arrancarle la cabeza.

Jack vio a Akiko en el otro extremo del *dojo*, despachando sin esfuerzo a todos los que la desafiaban. Giró en el aire, ejecutando una patada trasera que envió a Renzo, uno de los jóvenes samuráis más duros de la clase, volando contra una columna. De repente, Jack sintió a alguien tras él. Se volvió y se enfrentó a Yori, que parecía aterrorizado.

—No te preocupes —dijo Jack, bajando la guardia—. No lucharé contigo.

—Por favor, tírame —suplicó Yori, mirando temeroso en dirección a Kazuki y su banda—. Al menos sé que tú no me harás daño.

Los cuatro se estaban abriendo paso entre sus oponentes y no se contenían. Usando su masa en su provecho, Nobu agarraba a un estudiante, y entonces Kazuki e Hiroto le golpeaban y lo derribaban al suelo mientras Goro les cubría las espaldas.

Jack comprendió. Cogió a Yori por la muñeca, ejecutando una *ogoshi*, y suavemente empujó con la cadera para arrojar al suelo a su pequeño amigo.

—Gracias —susurró Yori, fingiendo estar sin aliento para que el *sensei* Kyuzo no sospechara que había eludido la prueba.

Jack le hizo un guiño a su amigo y se preparó para el siguiente reto. A su lado, Yamato estaba enzarzado con la otra amiga de Emi, Kai. En cuanto vio a Jack, Kai se desentendió de Yamato y lo atacó a él.

Lo hizo con una cegadora combinación de patadas. Una patada frontal seguida de una circular, y luego una patada trasera, para acabar con una brutal patada lateral a las costillas. Jack se retiró rápidamente bajo el ataque. Pero, cuando Kai se dispuso a lanzar una patada lateral en gancho contra su cabeza, Jack se agachó. Reflejando el giro de la muchacha, ejecutó un barrido hacia el tobillo y Kai se desplomó al suelo.

—¡Kai te la tenía jurada! —dijo Yamato, la boca abierta de asombro ante su feroz

ataque—. ¿Qué has hecho para molestarla?

—No lo sé —jadeó Jack—, pero tenemos que mantenernos unidos. De lo contrario, la banda de Kazuki ganará.

Al otro lado del *dojo*, Kazuki, Hiroto y Goro avanzaban hacia Akiko. Acababan de enfrentarse a Saburo y Kiku. Esquivando a los demás estudiantes, Jack y Yamato corrieron para igualar la lucha. Al aproximarse, Jack vio a Nobu localizar a Takuan. Nobu había advertido que el muchacho nuevo no se hallaba en su elemento y estaba a punto de agarrarlo por atrás. Jack se sintió obligado a salvar a Takuan, a cambio de todas sus lecciones de equitación.

—¡Cuidado! —gritó, cargando ante Takuan y dando una patada frontal a Nobu en el estómago.

Nobu se apartó tambaleándose, aunque permaneció en pie.

—Gracias —dijo Takuan, inseguros ahora los dos sobre si deberían combatir el uno al otro o no.

Pero no tuvieron tiempo para pensárselo. Jack, distraído por su rescate, fue atacado inmediatamente por detrás.

El puñetazo en los riñones casi acabó con él en ese mismo instante, pero de algún modo consiguió permanecer en pie. Tambaleándose, alzó la guardia, pero una patada cegadora atravesó sus defensas y lo alcanzó de pleno en la cara. Casi sin sentido, Jack cayó de espaldas. Quien lo había atacado no se había contenido.

—¡Eso por utilizarme para entrar en el castillo de mi padre! —exclamó Emi.

—Y-yo... dije que lo sentía —tartamudeó Jack.

Permaneció allí sentado, aturdido, la vergüenza de su pasado intento por proteger el cuaderno de ruta volvía una vez más para acosarlo. No era extraño que Cho y Kai hubieran estado tan ansiosas por luchar con él. La hija del *daimyo* le guardaba un fuerte rencor. El incidente había sido hacía más de un año.

—Y yo que creí que te gustaba —dijo ella con un ronco susurro.

Emi vio a Takuan y le dirigió una sonrisa tímida. Takuan se quedó tan cautivado por ella que no reparó en Hiroto hasta que fue demasiado tarde. El muchacho le dio una patada en el estómago, haciéndolo doblarse. Un golpe con el antebrazo en la nuca lo hizo caer en el regazo de Jack.

Emi se enfadó.

—¡Deja a Takuan en paz! —gritó, golpeando a Hiroto en el pecho con la palma de la mano.

Sorprendido por lo súbito del ataque, Hiroto no estaba preparado para la *tamoe nage*, la llave de sacrificio al estómago. Emi lo agarró por las solapas de su *gi* y rodó hacia atrás. Jack y Takuan solo pudieron quedarse boquiabiertos mientras Emi lanzaba a Hiroto al aire y lo enviaba con estrépito al suelo del *dojo*.

Jack dio un respingo de compasión por Hiroto. El pie de Emi no se había plantado en el estómago de Hiroto, sino mucho, mucho más bajo. Hiroto se quedó rodando en el suelo, las manos entre las piernas, gimiendo con voz aguda.

Jack advirtió que había tenido suerte de escapar con una patada en la cara.

Emi se puso en pie de un salto y le dirigió a Takuan otra sonrisa recatada. Un momento después, fue derribada por Nobu, que cargó contra ella.

Jack, derrotado ya, contempló la sala para ver quién quedaba en pie. Akiko acababa de zancadillear a Goro, rematándolo con un puñetazo en el estómago. Mientras tanto, Nobu buscaba a su siguiente víctima. Los otros únicos samuráis que quedaban en pie eran Yamato y Kazuki, que combatían en el centro del *dojo*.

Yamato presentaba una fuerte defensa, pero durante dos años Kazuki había recibido muchas más clases adicionales de *taijutsu* por parte del *sensei* Kyuzo y nadie más en la clase podía rivalizar con él. Jack solo pudo ver cómo Kazuki demolía sistemáticamente la guardia de su amigo. Una patada circular al muslo hizo caer a Yamato sobre una rodilla. Solo un bloqueo en el último segundo impidió que Yamato acabara con la mandíbula rota, pero la fuerza del golpe lo hizo retroceder por todo el *dojo* y acabar en el suelo.

Nobu, sudando copiosamente por el esfuerzo, rodeaba ahora a Akiko. Se mantenía a distancia, fingiendo de vez en cuando un ataque para mantener su atención en él, mientras Kazuki avanzaba hacia ella por su punto ciego.

Jack, junto con el resto de la clase, contuvo la respiración mientras todos esperaban el resultado de este encuentro. Sabía que Nobu no era el mejor luchador, pero su inmenso tamaño le había salvado de ser derribado hasta ahora. También había ganado masa muscular en los últimos meses y por eso podía absorber cualquier golpe que antes lo habría derribado.

A pesar de los rigores de la batalla y la amenaza que suponía Nobu, Akiko parecía tranquila y controlada. Para ella, el verdadero peligro era Kazuki.

Por mucho que Jack despreciara a Kazuki por su acoso, no podía negar que el muchacho era un luchador dotado y astuto. Su innato talento en los Dos Cielos le resultaba tan impresionante como molesto. Sus habilidades con el arco y el caballo eran fuertes. Era bueno con el *bō*, letal en combate desarmado y había demostrado su valor conquistando el Círculo de Tres. Kazuki se estaba convirtiendo en un guerrero samurái supremo.

Kazuki asintió sutilmente a Nobu y los dos atacaron a la vez a Akiko. Kazuki se dirigió a la cabeza, Nobu al estómago.

Sin inmutarse, Akiko defendió su terreno. De repente se lanzó hacia arriba, esquivando la patada frontal de Kazuki y el puñetazo circular de Nobu. Alzándose sobre ellos, pataleó simultáneamente con ambos pies y los plantó en los rostros boquiabiertos de Kazuki y Nobu. Pillados completamente por sorpresa por una técnica tan avanzada y ágil, los dos retrocedieron tambaleándose y se desmoronaron en el suelo.

Akiko aterrizó suavemente, en guardia, y escrutó la escena. Estaba de pie sola en un *dojo* cubierto de cuerpos caídos y dolientes. Los que habían estado viendo el último combate saludaron su victoria con un silencio aturdido.

—¿Quién le ha enseñado a Akiko ese movimiento? —le susurró Takuan a Jack, con una expresión incrédula en el rostro.

—Ni idea —respondió Jack, encogiéndose de hombros. «Pero nadie de esta escuela, eso seguro», pensó.

El *sensei* Kyuzo se acercó a ella. Mientras lo hacía, Akiko inclinó la cabeza en señal de respeto. Sin detenerse, el *sensei* Kyuzo la golpeó con fuerza en el pecho y, retorciéndose, la volteó sobre su cadera. Akiko aterrizó aturdida junto a Jack. Todos se quedaron mirando anonadados por este inesperado ataque.

—Este ejercicio no era solamente para probar vuestras habilidades *taijutsu* — justificó el *sensei* Kyuzo, la expresión severa e implacable una vez más—. Era para ver cómo reaccionabais bajo la presión de la batalla. También evalué la *zanshin*, vuestra consciencia de los que os rodean como enemigos. Si queréis tener alguna esperanza de sobrevivir a una guerra, debéis aplicar la *zanshin* en todo momento.

—¡Pero Akiko había vencido! —exclamó Jack, airado por el rencor de su maestro—. Ella fue...

—No —replicó el *sensei* Kyuzo, cortando a Jack con una mirada fulminante—. Ella no fue el Último Samurái en pie. Fui yo.

27

Kukai

La nieve cubría el patio de la *Niten Ichi Ryū*, cuya blanca superficie estaba moteada de huellas que cruzaban desde la *Shishi-no-ma* al *Chō-no-ma* y a la Sala del Halcón. Los tejados inclinados de los edificios estaban cubiertos de nieve y de los aleros colgaban brillantes carámbanos. Incluso el viejo pino del Jardín Zen del Sur se debatía por mantener su forma, y sus ramas caían como una congelada cascada de cataratas en miniatura.

Dentro de la *Taka-no-ma*, los estudiantes temblaban a pesar de los gruesos kimonos de invierno, el aliento nublado en el aire helado. La *sensei* Nakamura estaba sentada con su invitado, el famoso poeta Saigyo, en el estrado de madera pulida más alejado de la puerta. Saigyo era un hombre pequeño y tranquilo de ojos adormilados y grandes orejas redondas. Llevaba un sencillo sombrero redondo y a su lado había un ajado bastón de caña de bambú. Tras tomarse su tiempo para admirar el halcón del techo, se calentó las manos delante de un *hibachi* de barro. Los estudiantes miraron con envidia el pequeño brasero de carbón que la *sensei* Nakamura había reservado para su honorable invitado.

*Brasas brillantes
derriten los carámbanos.
¡Ah! Tengo manos.*

Una serena sonrisa se esparció por el rostro del poeta ante su composición, y su voz era tan ligera y cantarina que el *haiku* pareció flotar en el aire.

La *sensei* Nakamura inició una amable ronda de aplausos, que rápidamente se esparció por toda la sala. Los aplausos eran entusiastas, sobre todo porque proporcionaban una oportunidad para que los estudiantes se calentaran las manos entumecidas.

Comenzaremos la *kukai* —dijo la *sensei* Nakamura con solemne ceremonia—. Los que consideren que tienen un *haiku* de mérito, pueden dar un paso adelante. Cada uno de vosotros presentará por turno su poema a nuestro estimado invitado. Saigyo-san dará su veredicto y anunciará al ganador cuando todos los *haikus* hayan sido escuchados.

Varios estudiantes se pusieron en pie y empezaron a formar una ordenada cola en un lado de la sala.

—¿Vas a venir, Jack? —preguntó Saburo, empuñando un arrugado papel en la mano.

—Tienes que estar bromeando —respondió Jack—. Sabes lo que piensa la *sensei* Nakamura de mis esfuerzos.

Saburo se echó a reír.

—Bueno, deséame suerte. ¡Creo que te gustará el mío! Mientras Saburo se unía ansiosamente a la cola, Yori pasó por el lado de Jack.

—¡Buena suerte! —susurró el muchacho.

—Gracias —respondió Yori con nerviosismo, y se unió a la cola.

Que el primer poeta entregue su *haiku* —anunció Saigyo, frotándose los muslos con ansiosa expectación—. Que sea una gota de rocío en un estanque de otoño.

La *sensei* Nakamura indicó a Akiko que avanzara. Inclinandose profundamente como muestra de respeto, Akiko sacó su *haiku* de la manga del bolsillo de su kimono. Jack pensó que Akiko parecía todavía más nerviosa que cuando le disparó la flecha al *sensei* Kyuzo.

—Mi inspiración fue el invierno —empezó a decir:

*El iris púrpura
bajo la blanca sábana duerme...
¡allí brota la esperanza!*

Después de leer su *haiku*, Akiko volvió a inclinar la cabeza y esperó el veredicto del poeta. Saigyo inspiró profundamente y miró por la ventana los copos de nieve que caían. Akiko miró en dirección a Jack, el ceño fruncido en gesto de preocupación por la falta de respuesta del poeta. Jack le devolvió la sonrisa, tratando de reconfortarla, y entonces advirtió que ella miraba más allá de él, a la fila de muchachos que esperaban para enseñar su *haiku*, donde Takuan asentía firmemente. Akiko pareció tranquilizada. Jack sintió un retortijón de envidia.

—Como la primavera, tu *haiku* es fresco, claro, y promete mucho —acabó por decir Saigyo, para gran alivio de Akiko—. Pero ¿será la mejor flor del día? Lo veremos.

Le dio una amable palmada a Akiko, y luego llamó al siguiente competidor. Akiko se sentó mientras Emi ocupaba su lugar ante el poeta. Saigyo escuchó con atención antes de dar una respuesta igualmente profunda al poema. Se oyeron dos *haikus* más. Entonces le tocó el turno a Saburo.

—Trata del amor —declaró.

*Puede que solo tenga un ojo
pero es bonito,
dice la alcahueta.*

La clase estalló en una carcajada. Jack sonrió ante el verso humorístico de su amigo, mientras que Akiko ponía los ojos en blanco, desesperada. Las risas fueron acalladas por una severa mirada por parte de la *sensei* Nakamura.

—Eso no ha sido un poema apropiado —reprendió, borrando la sonrisa del rostro de Saburo.

—*Sensei* —interrumpió Saigyo amablemente—, el verso puede que haya sido algo burdo, pero nuestro joven poeta es novel. Su poema me ha divertido. Igual que una planta necesita tanto el sol como la lluvia, un poeta necesita tanto la risa como las lágrimas.

La *sensei* Nakamura inclinó la cabeza, reconociendo su valoración. Saburo regresó a su sitio junto a Jack.

—¡Escribirás ese *haiku* al menos dos mil veces! —le susurró Akiko por encima del hombro.

Saburo sonrió como si no le importara.

Jack le hizo un guiño a su amigo.

—A mí me ha parecido magnífico.

Los siguientes poemas resultaron ser menos inspiradores y, en un momento dado, Jack pensó que el anciano poeta se había quedado dormido. Entonces se acercó Yori. Alisó nervioso el papel que tenía en las manos y, con una voz tan baja que incluso Saigyo tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo, dijo:

*Sentada junto al árbol
una vieja rana observa las caras
ocultas en las nubes.*

El rostro del poeta se iluminó como el amanecer, y sus ojos adormilados cobraron vida.

—¡Vaya, merecía la pena esperar por un *haiku* semejante!

¡Mi tema favorito son las ranas!

Yori inclinó la cabeza y susurró, con tono culpable:

—Siempre he admirado tu *haiku* sobre la rana que salta al viejo estanque. Desearía escribir uno como ese.

—Y lo has hecho —dijo Saigyo, sonriéndole—. Tienes espíritu, pequeño poeta. Igual que tu *haiku*.

Yori, aliviado, se sentó junto a Jack.

—Bien hecho —dijo Jack, dándole una palmada en la espalda—. Has ganado.

Emi se inclinó hacia delante y susurró:

—¡Takuan tiene que leer todavía el tuyo!

Takuan se inclinó ante Saigyo y con voz clara y confiada recitó:

*Campana del templo
una nube de flores de cerezo
¿Cielo? ¿Hanami?*

Emi aplaudió con fuerza y el resto de la clase pronto la imitó.

Saigyo asintió apreciativamente, una sonrisa de profunda satisfacción en el rostro.

—Tu estilo es puro como el jade blanco. Sin ornamentos, sin filigranas, vas derecho al corazón del momento. Esto es el *haiku* en su máxima expresión.

Takuan se inclinó agradecido por la alabanza del poeta y regresó a su sitio junto a Emi. La expresión habitualmente sombría de la *sensei* Nakamura se suavizó un momento mientras sonreía con orgullo ante el logro de su hijo.

Una creciente sensación de nerviosismo llenó la sala mientras Saigyo conferenciaba con la *sensei* Nakamura. Unos momentos después, la *sensei* se volvió hacia la clase.

—Saigyo-san ha considerado que el ganador es...

El buen perdedor

—Imposible de decidir —anunció la *sensei* Nakamura.

—Como guisantes en una vaina, tenemos dos poetas de igual valor —explicó Saigyo.

La sala se llenó al instante del murmullo de conversaciones nerviosas sobre quiénes podrían ser los candidatos más probables. Jack esperaba que Yori fuera uno de ellos. Era el tipo de impulso que la confianza de su amigo necesitaba.

Cuando la noticia del empate terminó de calar, Saigyo continuó diciendo:

—Propongo un *maekuzuke* entre los dos mejores participantes.

La *sensei* Nakamura dio un paso al frente para explicar las reglas.

—Nuestro honorable invitado proporcionará un breve poema de dos versos al que los participantes deben añadir un *haiku* propio, y así formar un poema *tanka* completo. El verso nuevo será juzgado por su originalidad y relevancia a la frase dada. Los participantes deben componer su contribución en el acto.

La dificultad del desafío provocó un jadeo de sorpresa entre los estudiantes.

—Yori-kun y Takuan-kun, dad un paso adelante.

Yori se quedó inmóvil, sobresaltado como un conejo pillado al descubierto.

—No te preocupes —le susurró Jack—. Tienes un don natural con las palabras.

Takuan se incorporó de un salto y caminó hacia el frente. La clase esperó pacientemente mientras Yori, tras encontrar sus pies, se unió a él algo reacio.

Saigyo saludó a Yori con una sonrisa tranquilizadora. —Vuestra frase de apertura es un simple dilema:

*Quiero matarlo
no quiero matarlo...*

El rostro de Yori acusó la sorpresa ante la brutal rudeza del verso, pero Jack pudo ver que Takuan componía ya su respuesta.

—Mi amigo aficionado a las ranas —anunció Saigyo—, tú serás el primero.

Yori miró alrededor, lleno de pánico ante todos aquellos rostros expectantes. Jack pensó que estaba a punto de salir corriendo de la Sala del Halcón, pues la presión era demasiada para él. Pero de repente el rostro de Yori se iluminó cuando encontró inspiración. Dijo su *haiku* tan rápido que la lengua casi se le trabó con las palabras.

*Dada la elección:
la venganza puede ser dulce,
pero más aún la piedad.*

Yori dejó escapar un suspiro de alivio por haber conseguido una respuesta.

Saigyo frunció los labios mientras consideraba el *haiku*.

Luego se volvió hacia Takuan.

—¿Cuál es tu siguiente verso para el *maekuzuke*?

Takuan respondió sin vacilación:

Capturé al ladrón

y vi su cara.

¡Era mi hermano!

Con un gesto evasivo con la cabeza, Saigyo contempló las brasas del *hibachi* mientras reflexionaba sobre los dos poemas.

—Una decisión como esta es igual que elegir entre dos tipos de sake. Aunque poseen diferentes sabores, los dos son refrescantes y potentes —explicó, frotándose la barbilla—. Yori-kun, el tuyo resuena con el espíritu del *bushido*, pero carecía de giro poético. Takuan-kun, tu respuesta fue inesperada y memorable, como una rosa roja en invierno. ¡Por tanto, te declaro vencedor!

Hubo un encantado chillidito de deleite por parte de las chicas, seguido de un aplauso entusiasmado por parte de todos los demás. Takuan se acercó para recibir de Saigyo un pergamino donde el poeta había escrito personalmente un *haiku* para él como premio.

Terminada la competición, la *sensei* Nakamura puso fin a la clase y condujo a Saigyo a la Sala del Fénix para una audiencia privada con Masamoto-sama. En el exterior, todos los estudiantes se congregaron en torno a Takuan para felicitarlo por su inspirada respuesta y su bien merecida victoria. Emi y Akiko estaban a su lado, leyendo el *haiku* del premio.

Jack divisó a Yori que se alejaba solo y cruzó la nieve para alcanzarlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jack con ternura, esperando que su amigo no estuviera demasiado molesto.

Yori se dio la vuelta, con una sonrisa feliz en el rostro.

—Pues claro que sí. He quedado segundo. ¿Es muy sorprendente?

—Pero... pero has perdido. ¿No te sientes decepcionado porque Takuan te ha ganado?

—¿Por qué? Nunca esperé ganar, mucho menos ser uno de los dos finalistas. Solo quería conocer al gran poeta Saigyo. ¡Y le gustó mi *haiku* de la rana!

—Sigo sin comprender cómo no estás ni siquiera un poco molesto por haber perdido —continuó Jack esa noche, en el dormitorio de Yori en la *Shishi-no-ma*—. Si fuera yo, me sentiría realmente decepcionado.

—Pero yo no soy tú —respondió Yori, colocando su pequeño cuenco cantarín

para su práctica nocturna de *kiaijutsu*—. Si estuviera comparando mis logros con Takuan, entonces sería un perdedor. Pero los comparo con mi propia ambición de ser el mejor poeta que puedo ser. Por tanto, soy un ganador.

Jack no podía discutir con la sabiduría de su amigo, así que se sentó en un rincón de la habitación y hojeó varios papeles que mostraban sus propios esfuerzos con la poesía. Tras haber oído los otros *haikus* durante la competición, Jack consideraba que ninguno de los suyos era lo suficientemente bueno para regalárselo a Akiko.

—Son terribles —gimió—. Los de Takuan son mucho mejores. Tal vez debería pedirle que me escribiera uno.

—Deja de compararte con Takuan —advirtió Yori mientras empezaba sus ejercicios de respiración *kiai*—. Akiko apreciará más tu *haiku*, simplemente por el esfuerzo que has puesto.

—¿Eso crees?

Yori asintió y le gritó al cuenco cantarín. El chillidito que brotó no afectó nada al cuenco. Hizo una mueca de frustración y lo intentó de nuevo.

Jack se sentó y redobló sus esfuerzos por escribir un *haiku* decente. Una vez más, la sabiduría de Yori le había ayudado a ver las cosas con claridad. Escribiría un poema que significara algo para él, y que significara algo para Akiko. Ella le había regalado una perla negra. Él veía este *haiku* como su regalo personal para ella.

Saburo irrumpió en la habitación.

—¿Habéis oído el anuncio?

Jack y Yori negaron con la cabeza.

—Akiko, Emi y Takuan han sido seleccionados como los jinetes que representarán a nuestra escuela en la próxima competición de *Yabusame*.

—Magnífico —murmuró Jack para sí, soltando su pincel—. Takuan pasará todavía más tiempo con Akiko.

—No sé de qué te quejas —replicó Saburo, de repente a la defensiva—. ¡Tú te pasas casi todo el tiempo entrenándote con mi hermano!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tendrías que escucharte en el desayuno. Taro esto. Taro lo otro. ¡Estoy harto de oírte decir lo grande que es!

—Lo siento —dijo Jack, sorprendido por el súbito estallido de su amigo—. No sabía que estabas... celoso.

Saburo sacudió cansado la cabeza.

—Discúlpame, Jack. Es lo que tengo que soportar de mis padres. «Taro ha hecho esto y ha conseguido aquello. ¿Cuándo vas a hacer algo digno de un samurái, Saburo?». Estoy harto de tener que medirme con mi hermano todo el tiempo.

—No deberías preocuparte por eso. Tienes que dejar de compararte con tu hermano y tener tus propias ambiciones —dijo Jack. Vio que Yori se reía en silencio al oír que repetía su propio consejo—. Taro puede que sea hábil con las dos espadas, pero, si soy sincero, puede ser un poco aburrido. Es de lo único que habla. No es

divertido como tú.

—Gracias —dijo Saburo, y la sonrisa regresó a su rostro mientras cogía un *haiku* descartado—. ¿Qué es esto? Creí que odiabas escribir *haikus*.

—¡Dámelo! —exclamó Jack, lleno de pánico porque Saburo pudiera leer el poema y deducir que era para Akiko.

Arrancó el papel de las manos de Saburo, y casi derribó a su amigo al suelo mientras recogía frenéticamente el resto de los poemas. Saburo se tambaleó hacia atrás, pisando accidentalmente el pie de Yori en el proceso. Yori dejó escapar un agudo alarido.

El cuenco cantarín vibró.

Jack y Saburo miraron sorprendidos a Yori y luego al cuenco.

—Lo logré —susurró Yori, asombrado de sí mismo—. Lo logré de verdad.

—Vaya actividad de guerreros que hay aquí. Parece una colmena —comentó Kazuki, asomando la cabeza a la puerta—. ¿Estamos en el pasillo de las chicas? Riñas, poesía y un *kiai* del que solo se asustaría una mosca. ¡Será mejor que estemos atentos, muchachos, o nos pedirán que nos unamos a su clase de adornos florales!

Hiroto, Goro y Nobu rieron a carcajadas antes de continuar pasillo abajo hacia sus habitaciones. Insultados, Jack y Saburo corrieron a la puerta. Pero incapaces de pensar en una réplica adecuada al abuso de Kazuki, solo pudieron quedárselos mirando.

Yori se quedó donde estaba, transfigurado por el cuenco que vibraba todavía.

29

El fraile

La defensa de Akiko se desmoronó bajo el ataque de Masamoto.

Después de haber perdido su *wakizashi* ante un golpe de Hoja de Otoño, ella trató con valentía de continuar su ataque. Pero la habilidad de Masamoto era imposible de atacar. Él se lanzó hacia delante, arrancando la *katana* de Akiko de su mano y bajando su propia espada hacia su cabeza. En un arrebato de aparente locura, Akiko unió las manos a cada lado de la espada.

Hubo un jadeo de total asombro por parte de los estudiantes de los Dos Cielos que se hallaban a un lado de la Sala del Fénix.

¡Akiko había capturado la hoja de Masamoto con las manos desnudas!

—No es la defensa recomendada para un samurái —dijo Masamoto, extrañamente impertérrito ante la milagrosa habilidad de Akiko—. Podrías perder fácilmente los dedos.

Akiko soltó las manos, súbitamente consciente de su hazaña. Recogió sus espadas y se reunió con Jack en la fila. Jack no podía dar crédito a sus ojos. Bloquear una espada así era una técnica muy superior a su entrenamiento samurái. Pero antes de que pudiera preguntarle a Akiko, Masamoto lo llamó. Inmediatamente el duelo de entrenamiento comenzó.

Jack se esforzó por defenderse contra el doble ataque con las espadas de Masamoto. Bloqueando el golpe a la cabeza con su *wakizashi*, Jack lanzó un contragolpe con su *katana* hacia la garganta de su tutor. Pero Masamoto esquivó sin esfuerzo el ataque, haciéndose a un lado y alzando su propia *katana* en un golpe cortante contra el pecho de Jack.

Las espadas entrechocaron.

Sin pensarlo, Jack golpeó con fuerza la hoja de Masamoto con su *kissaki*. Dos veces.

La espada cayó al suelo del *dojo*.

Todos los estudiantes miraron ahora a Jack con ojos asombrados, menos Taro, que mostraba una sonrisa de orgullo.

Jack tardó un instante en darse cuenta de lo que había hecho.

Había desarmado al legendario maestro espadachín, Masamoto Takeshi.

Había conseguido un golpe de la Hoja de Otoño perfecto.

—¡Lo logré! —jadeó Jack—. He dominado los Dos Cielos. Pero el duelo no había terminado. Masamoto aún tenía su *wakizashi*.

Antes de que Jack pudiera aprovechar su ventaja, Masamoto había cambiado su presa sobre la corta espada de entrenamiento y la lanzó contra Jack. La empuñadura le golpeó con fuerza en el pecho. Al tambalearse hacia atrás, el talón chocó contra el borde del dosel y cayó al suelo.

—Estás muerto —declaró Masamoto, poniendo fin al duelo. Sin aliento y exasperado, Jack trató de protestar.

—Pero eso... no ha sido esgrima. ¡Me la arrojaste!

De la montaña al mar —replicó Masamoto, sin ofrecerle a Jack ninguna simpatía—. Para romper tu doble guardia y vencer, tuve que cambiar de táctica. Tuve que atacar de un modo inesperado. En otras palabras, pasar de la montaña al mar. Aprende de esto, joven samurái.

Jack se puso en pie y le devolvió a Masamoto su *wakizashi*.

—Me satisface ver que has dominado por fin el golpe Hoja de Otoño, pero no confundas las técnicas individuales de espada con el estilo de los Dos Cielos en conjunto —reprendió Masamoto, el rostro severo.

Jack inclinó la cabeza, reconociendo sus palabras. Dominado por su breve éxito, había sido una tontería pensar que de pronto había dominado la técnica.

—El auténtico modo de este estilo no trata solo de empuñar dos espadas —explicó Masamoto, dirigiéndose ahora a la clase entera—. La esencia de los Dos Cielos es el espíritu de la victoria: vencer por cualquier medio y con cualquier arma. Comprended esto y estaréis camino de dominar los Dos Cielos.

Desaparecida ya la nieve, el sol de principios de primavera había animado a la gente a salir a las calles de Kioto. Jack y Yamato llegaban tarde a su clase de *Yabusame* y tuvieron que abrirse paso entre la multitud. En el mercado, Jack advirtió una atmósfera tensa y nerviosa mientras los apurados clientes compraban provisiones. Después de no tener ninguna noticia durante meses, ahora llegaban rumores de que el ejército de Kamakura venía de camino y mucha gente acumulaba víveres en caso de guerra.

—¿Y cómo te va el entrenamiento de los Dos Cielos? —preguntó Yamato.

Jack se sorprendió por lo inesperado de la pregunta. Su amigo solía evitar hablar del tema. A pesar de la habilidad de Yamato en las otras clases, le recordaba su fracaso al no poder cumplir las expectativas de su padre.

—Bien y mal —respondió Jack—. He descubierto que los Dos Cielos tienen tanto que ver con la estrategia de combate como con la habilidad...

De repente una mano salió de un callejón y agarró a Jack por el brazo. Su pensamiento inmediato fue que un *ronin* lo cogía para volver a capturarlo y le gritó a Yamato pidiendo ayuda. Al mismo tiempo, giró la mano por instinto y atenazó al atacante con una dolorosa llave. El hombre cayó de rodillas, pidiendo piedad. En un instante Yamato estuvo al lado de Jack, la espada desenvainada.

—¡No me mates! —suplicó el hombre desde el suelo—. No pretendo haceros ningún daño.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó Yamato.

Sucio y desaliñado, el hombre llevaba una capucha y una saya ajadas, el rostro

era mortecino, con los ojos hundidos y cargados de sangre. Pero lo más notable de todo era que no era japonés.

—Yo... soy fray Juan de Madrid —tartamudeó—. Soy un monje franciscano de la iglesia de San Francisco de Edo. Vi a este muchacho y pensé que podría ayudarme.

—¿Qué puedo hacer? —quiso saber Jack, preguntándose cómo había llegado el monje a semejante estado.

—Eres europeo. Pensé que podrías estar relacionado con un barco español o portugués.

—No. Naufragué aquí. Soy inglés.

—¡Inglés! —exclamó el fraile, anonadado. Jack asintió—. No importa. En estos tiempos terribles, debemos ser aliados, no enemigos. Como decía, vengo desde Edo, al norte, donde he pasado muchos años y tenía una fiel congregación, pero ahora todo se ha perdido... perdido...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ven a la *Niten Ichi Ryū* —sugirió Jack, arrodillándose para tratar de consolar al fraile—. Allí estarás a salvo.

—No. Nadie está a salvo —contestó el fraile—. ¡El ejército del *daimyo* Kamakura ha destruido todas las iglesias cristianas y quemado todas nuestras casas, incluso mientras dormíamos en ellas! Los frailes y sacerdotes jesuitas que no murieron por el incendio fueron pasados por la espada...

El fraile estalló en sollozos mientras revivía el horror de la masacre.

—Pero ¿por qué no te mataron a ti? —preguntó Yamato, la espada todavía preparada.

—No lo sé. De algún modo conseguí escapar. Pero lo he perdido todo, excepto las ropas que llevo. Estoy intentando llegar a Nagasaki. Tengo que marcharme de esta tierra perdida de la mano de Dios —agarró la mano de Jack y exclamó—: ¡El *daimyo* Kamakura y su ejército se dirigen hacia aquí en este mismo momento! No tenemos tiempo que perder. ¡Deberías venir también! Te matará sin ninguna duda.

Mirando alrededor lleno de pánico, trató de ponerse en pie, pero las piernas le fallaron.

—Tienes que descansar —dijo Jack, rodeándolo con un brazo—. Déjanos que te llevemos con el *sensei* Yamada, nuestro maestro de Zen. Él cuidará de ti.

Al día siguiente, por la mañana temprano, el *sensei* Yamada y Jack se despidieron de fray Juan de Madrid.

—Puedes quedarte más tiempo —dijo el *sensei*.

—No, ya habéis sido demasiado amables —respondió el fraile, inclinando amablemente la cabeza—. Gracias por la comida y por la túnica nueva, pero es demasiado peligroso quedarse más tiempo.

Miró a Jack e imploró:

—¿Estás seguro de que no quieres venir conmigo?

—Jack-kun estará aquí a salvo con nosotros —aseguró el *sensei* Yamada.

Con eso, el fraile se marchó camino abajo. Jack lo vio perderse en la distancia, entre las sombras. Con la confirmación de que la guerra del *daimyo* Kamakura había empezado, Jack comprendió que tendría que renunciar a toda esperanza de recuperar el cuaderno de ruta de su padre. Combatir a un solo ninja, incluso a uno tan implacable como Ojo de Dragón, era muy distinto a batallar contra todo un ejército. Su mayor preocupación ahora era su vida. Cada día que pasaba, la amenaza se acercaba aún más.

El fraile desapareció en la esquina sin mirar atrás.

—Tal vez tendría que haberme ido con él —reflexionó Jack. El *sensei* Yamada tan solo negó con la cabeza.

—Estás más seguro en el cubil del león que en un campo de serpientes —respondió el maestro de Zen—. El camino a Nagasaki es duro y peligroso. Dudo que el fraile llegue siquiera a Kōbe, y eso está apenas a tres días de viaje de aquí. En estos tiempos inciertos, habrá pocos que lo acojan y muchos que quieran cortarle la cabeza. Masamoto-sama, sin embargo, puede protegerte, Jack-kun. La *Niten Ichi Ryū* es el lugar más seguro en el que puedes estar.

Kyosha

El tambor *taiko* sonaba al compás de los cascos de los caballos que atronaban el aire mientras los arqueros en competición pasaban al galope. Los estudiantes se colocaron en posición a lo largo del tramo marcado con cuerdas de la pista *Yabusame*, aplaudiendo y animando a sus equipos. Jack, al ver a Akiko, Emi y Takuan pasar veloces, dio un gran grito de ánimo.

La primavera había llegado por fin y con ella las exquisitas flores *sabura* que preludiaban la competición de arco entre las escuelas. Pero en el mes que había pasado desde la inesperada aparición del fraile, muchas más historias de persecuciones y masacres, de marcas a fuego y hogueras públicas habían llegado a Kioto. Hasta ahora, la purga y el ejército de Kamakura habían permanecido dentro de los límites de la provincia de Edo. Pero había una tensión creciente entre los ciudadanos de Kioto a medida que más y más tropas se concentraban en la frontera. Aunque el *daimyo* Kamakura aún tenía que atacar directamente a un señor feudal japonés y su ejército estaba aún a siete días de marcha de la ciudad, esto no calmaba los temores de la gente. El señor de Edo podía golpear en cualquier momento.

Sentados en la alta torre ceremonial de madera, Masamoto y Yoshioka, los jefes de la *Niten Ichi Ryū* y la *Yoshioka Ryū*, supervisaban los procedimientos. Desde su situación privilegiada, podían ver la pista entera. Un tercer cojín *zabuton*, colocado para el jefe de la *Yagyū Ryū*, el *daimyo* Kamakura, permanecía ominosamente vacante.

—¿Quieres un poco de pollo? —preguntó Saburo, ofreciéndole un bocado de su *yakitori*.

Jack lo rechazó. Acababa de almorzar.

—¿Es que nunca paras de comer? —preguntó Taro, dirigiéndole a su hermano una desesperada sacudida con la cabeza—. ¿Qué dirá nuestro padre, cuando no quepas en tu armadura?

Saburo miró a Taro con mala cara.

—Como si fuera a darse cuenta contigo haciendo destellar tus dos espadas...

—¿Queréis por favor dejar de discutir los dos? —interrumpió Kiku—. Emi va a cabalgar la primera por nuestra escuela.

Al principio de la pista, la hija del *daimyo* ya estaba montada en su corcel. Ajustaba ansiosamente su carcaj y sus flechas mientras esperaba la señal para comenzar. La multitud guardó silencio, llena de expectación.

Se había decidido a suertes el orden de los tres jinetes de cada escuela. Competían por dos premios, uno al mejor arquero y el otro a la escuela con mayor número de blancos alcanzados y rotos.

Un árbitro agitó un gran abanico de papel con un sol rojo bordado y Emi partió al

galope por la pista a velocidad mareante. Soltó las riendas y echó mano a su *jindou*. Colocó la flecha de punta de madera, gritó «¡*In-yo!*» y apuntó al primer blanco.

Pero su caballo se desvió levemente al acercarse y Emi tuvo que agarrar las riendas. Hubo un gemido de decepción cuando no alcanzó el blanco. Sin embargo, Jack no dejó de admirar la habilidad de Emi a caballo. Se recuperó rápidamente y se preparó para el segundo blanco. Soltó la flecha y lo alcanzó justo en el centro. La *Niten Ichi Ryū* estalló en una salva de aplausos.

Aprovechando la ocasión, Emi preparó una *jindou* para el último blanco. Pero su caballo galopaba a tal velocidad que pronto alcanzó la marca. Apuntó rápidamente y disparó, y la flecha alcanzó el borde de la tabla de madera, rompiendo la esquina inferior.

La multitud aplaudió su pase. La *sensei* Yosa cogió el caballo de Emi por las riendas y la felicitó. Dos blancos era una buena marca. Masamoto-sama parecía también complacido, e inclinó la cabeza respetuosamente en la dirección de Emi.

A continuación le tocó el turno a un muchacho de la *Yoshioka Ryū*. Parecía más confiado que Emi. El abanico de señalización se alzó y el muchacho espoleó de inmediato a su caballo. Voló por la pista, y alcanzó el primer blanco con la facilidad que da la práctica.

Pero su extrema confianza pudo con él. De pie en la silla, perdió el equilibrio antes de la segunda marca. Su caballo tropezó levemente y el muchacho cayó al suelo, y rebotó un par de veces en tierra antes de rodar y detenerse.

Hubo un momento de incómodo silencio mientras la multitud esperaba a ver si había sobrevivido a la pesada caída. Entonces, con la ayuda de un par de árbitros, el muchacho se puso en pie y se dirigió cojeando fuera de la pista. Todos los estudiantes le dirigieron un compasivo aplauso, pero Yoshioka-san, en la torre, parecía enormemente insatisfecho con la actuación de su arquero. Cerró su abanico de papel tan violentamente que el lomo se rompió. Jack advirtió que Masamoto se inclinaba para ofrecer palabras de condolencia, pero el samurái lo ignoró.

—¿Sabías que Masamoto-sama y Yoshioka-san se batieron una vez en duelo? —susurró furtivamente Taro al oído de Jack.

—No.

Saburo le dio un codazo y puso los ojos en blanco ante la perspectiva de oír otra de las historias de espadachines de su hermano. Continuó mordisqueando su *yakitori*, mientras un muchacho de la *Yagyū Ryū* ocupaba su puesto en el principio de la pista.

—Cuando Masamoto-sama llegó a Tokio, era un espadachín desconocido —explicó Taro—. Para hacerse un nombre, decidió desafiar a la escuela más renombrada de Kioto, la *Yoshioka Ryū*.

Hubo aplausos cuando el arquero de la *Yagyū Ryū* alcanzó el primer blanco.

—¡Para sorpresa de todos, Masamoto-sama derrotó al jefe de la escuela, Yoshioka-san, con solo un *bokken!* —dijo Taro, sacudiendo la cabeza asombrado ante semejante logro.

Un gemido llenó el aire, pues el muchacho había fallado el segundo blanco.

—Esto fue tan humillante para la escuela que el hermano menor de Yoshioka-san desafió a Masamoto-sama a un duelo. Una vez más, Masamoto-sama venció, hiriendo gravemente a su oponente esta vez.

Estallaron aplausos cuando el muchacho de la *Yagyū* completó su circuito. Había alcanzado dos de tres blancos.

—Enfurecido por su fracaso, Yoshioka-san ordenó a su hijo que recuperara el honor familiar —continuó Taro, sin prestar atención a la competición del *Yabusame*—. A pesar de ser solo un muchacho, el hijo accedió y formalizó un último desafío en el templo Kodai-ji. Pero era traicionero. Preparó una trampa para Masamoto-sama. Vestido con armadura de batalla, llegó con un grupo de criados bien armados decididos a matarlo.

Jack escuchó mientras el siguiente competidor de la *Yoshioka Ryū* alineaba a su caballo.

—Masamoto-sama, sin embargo, fue astuto. Tras haberse presentado tarde en los dos primeros duelos, llegó temprano esta vez. Al descubrir que se trataba de una emboscada, se ocultó. Justo cuando estaban preparando la trampa, Masamoto se abrió paso entre los criados y rompió el hombro del muchacho con su primer ataque. El hijo de Yoshioka-san no ha podido empuñar una espada desde entonces.

La muchacha de la *Yoshioka Ryū* recorrió veloz la pista y mejoró la suerte de su equipo haciendo dos blancos y marcando el tercero, aunque no llegó a romperlo. Yoshioka aplaudió con fuerza, dirigiendo a Masamoto una mirada arrogante.

—A pesar de los años transcurridos, Yoshioka-san nunca ha superado la vergüenza y sigue negándose a hablar con Masamoto-sama.

—¿Quieres callarte de una vez? —dijo exasperada Kiku—. Le toca el turno a Akiko.

Akiko palmeó el cuello de su corcel blanco, calmándolo antes de la carrera. Jack cruzó los dedos. Sabía que Akiko se había estado entrenando duro para este momento.

El abanico de señalización se alzó.

Akiko espoleó a su caballo.

Jack descubrió que estaba aguantando la respiración mientras ella preparaba la flecha, apuntaba y disparaba su primera *jindou*. Alcanzó el centro mismo del blanco, haciéndolo pedazos. La *Niten Ichi Ryū* aplaudió dándole ánimos.

Al acercarse a la segunda marca, Akiko dirigió al caballo con los muslos preparándose para disparar. La *jindou* voló recta y certera, partiendo el blanco en dos. Una vez más, hubo un aplauso entusiasmado y Jack dio un puñetazo al aire, encantado.

Todos los ojos se volvieron hacia Akiko, que se dirigía a la última marca.

Pero para cuando alzó el arco, su caballo había pasado de largo el último objetivo. Un gemido de decepción brotó entre la multitud, pero Akiko no se había dado por

vencida. Dándose la vuelta en la silla, disparó hacia atrás, destruyendo el último blanco.

La *Niten Ichi Ryū* se volvió loca.

Incapaz de contenerse, Jack corrió a felicitarla. Para cuando llegó, ella había desmontado y caminaba hacia la pista.

—Has estado sorprendente —dijo Jack—. Ese último disparo fue increíble.

—Gracias —respondió Akiko, sonriendo tímidamente—. Pero no puedo aceptar todo el crédito. Takuan me enseñó esa técnica.

Jack podría haber imaginado que Takuan estaría implicado de alguna manera.

—Bueno, será mejor que vayamos a desearle suerte —sugirió, tan galantemente como pudo—. Tiene mucho que igualar después de tu actuación.

Cuando llegaron a la línea de salida, el segundo estudiante de la *Yagyū Ryū* partía. Solo unos aplausos amables saludaron al muchacho cuando llegó al final de la pista. No había sido capaz de alcanzar ni un solo blanco.

—¡Vamos a ganar! —dijo Jack—. La *Yagyū Ryū* solo tiene dos blancos rotos; la *Yoshioka Ryū* cuenta con tres. Nosotros llevamos cinco ya.

—Todavía falta un jinete por cada escuela —le recordó Akiko, señalando con la cabeza en dirección de una muchacha pequeña de la *Yoshioka Ryū* que montaba en su caballo.

—Me sorprendería si puede llegar siquiera al blanco, y mucho menos alcanzarlo —dijo Jack—. Además, tú te vas a llevar el premio al mejor arquero.

La muchacha, aunque más pequeña que la silla en la que se sentaba, tenía una feroz expresión de determinación en su porte. El abanico se alzó y el caballo salió al galope. Mientras recorría la pista, la muchacha apenas pudo alzarse en los estribos. Pero, increíblemente, consiguió colocar una flecha y destrozar el primer blanco. El segundo fue demolido poco después.

Akiko le dirigió a Jack una mirada de inteligencia.

La chica se dirigió a la última marca, pero perdió la flecha, que se le cayó al suelo.

—Te lo dije —dijo Jack, con una expresión de triunfo en el rostro—. Vas a ganar.

—Has olvidado a Takuan, y también a la última jinete de la *Yagyū Ryū*, Puede ser lo suficientemente buena para ganar al mejor arquero —dijo Akiko, con malicia poco característica en ella.

Moriko hacía los últimos ajustes a su silla de montar. La chica había derrotado terriblemente a Akiko durante la competición de la *Taryū-Jiai* dos años antes, un hecho que Akiko no había olvidado. Estaba hablando ansiosamente con Kazuki, que estaba cerca. Desprevenidos por la súbita aparición de Akiko y Jack, los dos parecieron furtivos y cortados por la interrupción.

—Buena suerte —murmuró Kazuki, inclinándose.

—También a ti —respondió Moriko, dirigiéndole una sonrisa negra.

Kazuki pasó ante Jack, ignorándolo. Jack se preguntó si había seguido recibiendo

más noticias de su padre, sin saber que el samurái estaba realmente de parte de Masamoto.

Moriko montó en su negro corcel y se dirigió a la línea de salida de la prueba.

—Bonito truco con el caballo —susurró Moriko, dirigiéndole a Akiko una mirada letal al pasar—. Lástima que no cuente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Akiko, picando el anzuelo.

—Pasaste el final de la pista —se burló Moriko. Se marchó, dejando a Akiko aturdida e incapaz de protestar.

—Ignórala —dijo Jack, viendo la preocupación en los ojos de la muchacha—. El árbitro alzó la bandera. Tiene que haber contado. Además, no importa que haga los tres blancos: todavía tenemos a Takuan. No nos fallará, ¿no?

El jinete caído

El caballo de Moriko recorrió la pista, piafando por el esfuerzo. Pero ella cabalgaba con tranquila confianza, los ojos fijos en el primer blanco. Se puso de pie en la silla y mantuvo un equilibrio perfecto. Sin ningún sentido de la urgencia, Moriko preparó una flecha, tensó el arco, disparó y destruyó la primera marca con brutal eficacia.

El siguiente blanco fue aniquilado también.

Al acercarse a su última marca, Moriko esperó hasta casi estar a su lado antes de soltar su *jindou*. La flecha de punta de madera golpeó el centro y aniquiló el blanco, lanzando lascas de madera en todas direcciones. Un enorme aplauso brotó entre los estudiantes de la *Yagyū Ryū*.

Akiko sacudió la cabeza, anonadada.

—Ha sido impresionante —admitió.

—Pero disparar hacia atrás demuestra sin duda que tú eres la arquera más dotada —dijo Jack.

Ella sonrió amablemente ante la fe que el muchacho tenía en ella.

—Deseemos buena suerte a Takuan. La necesitará después de esa exhibición.

Siguieron el sendero hasta el lugar donde estaban atados los caballos.

—¿Qué pasa? —dijo Akiko, corriendo hacia Takuan, que yacía en el suelo, gimiendo y agarrándose el costado.

—Estaba ensillando mi caballo... —jadeó él, dando un respingo con cada aliento —, cuando di un paso atrás y choqué contra otro caballo. Me dio una coz en las costillas. Creo que están rotas.

—¿Quiere por favor el último jinete de la *Niten Ichi Ryū* acercarse? —anunció un árbitro.

—¿Crees que podrás montar? —preguntó Jack.

Takuan intentó sentarse, pero el esfuerzo fue demasiado. Sacudió la cabeza débilmente.

—Duele una barbaridad. Apenas puedo respirar.

—¡Última llamada para el arquero de la *Niten*! —gritó el árbitro.

—Pero las escuelas están empatadas a puntos —dijo Jack—. Solo tienes que alcanzar un blanco para que ganemos.

—Hazlo tú —gimió Takuan.

—¡Pero si no me he entrenado con un caballo de verdad! —protestó Jack.

—Soltaste las riendas la semana pasada —dijo Takuan, dirigiéndole una sonrisa dolorida.

—¡Y me caí!

—Jack, no te preocupes por eso —dijo Akiko, arrodillándose junto a Takuan—. Es solo una competición. Es más importante que cuidemos de Takuan.

Jack advirtió que la oportunidad de impresionar a Akiko se le estaba escabullendo entre los dedos. Kazuki tenía razón. Akiko quería un samurái de verdad, al que no le asustara correr riesgos.

—No, lo haré —dijo, desatando el caballo de Takuan.

Lo condujo hasta la línea de salida, sin atreverse a mirar atrás por si Akiko veía el miedo en su rostro.

Jack observó la longitud de la pista del *Yabusame* y tragó saliva, nervioso. Parecía extenderse hasta el infinito, y los blancos eran imposiblemente pequeños. Se agitó en la silla, tratando de sujetarse mejor con los muslos. El corcel de Takuan era mucho más grande que su caballito de madera. ¡No solo eso, tenía patas! Era imposible que pudiera lograrlo.

Las caras de cientos de jóvenes samuráis miraban expectantes en su dirección. Jack divisó a Saburo mirándole aturdido, con un trozo de *yakitori* a medio comer colgando de su boca abierta. La *sensei* Yosa se acercó con el pretexto de comprobar la brida del caballo de Jack.

—¿Dónde está Takuan? —susurró, mirándolo ferozmente.

—Un caballo le ha dado una coz.

El árbitro alzó el abanico con el sol rojo, indicando que Jack debía comenzar.

La *sensei* Yosa inspiró profundamente y suspiró.

—Bueno, ya es demasiado tarde. ¡No te rompas el cuello!

Tras dirigirle a la *sensei* una sonrisa incómoda, Jack espoleó a su caballo. El animal cobró rápidamente velocidad y pronto estuvo galopando por la pista. Jack agarraba las riendas y el arco con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Demasiado pronto, el primer blanco apareció a la vista. Deseando no caer, Jack buscó a tientas una de las flechas de Takuan. Sobresaltado por el movimiento del caballo, intentó preparar la *jindou*. En el último segundo, la puso en su sitio y apuntó desesperado al objetivo.

Jack quedó tan lejos de la marca que casi alcanzó a uno de los árbitros. Captó el sonido de las risas al pasar. Advirtió que tendría que alzarse en los estribos para tener alguna esperanza de mantenerse a caballo lo suficiente para alcanzar un blanco.

Su caballo continuó adelante. Jack sacó otra flecha del carcaj mientras el segundo blanco se acercaba. Olvidando toda cautela, soltó las riendas y se incorporó. Consiguió igualar el ritmo del caballo y apuntó. Pero una sacudida inesperada lo desequilibró y cayó hacia delante. Lleno de desesperación, se abalanzó hacia el cuello del caballo.

Hubo más risas entre las filas de los jóvenes samuráis cuando el *gaijin* pasó de largo, agarrándose por su vida. Para Jack, fue como si estuviera de regreso a bordo del *Aleandría*, luchando por mantenerse recto en el penol en medio de una temible tormenta.

¡Eso era!, advirtió Jack. Solo necesitaba volver a encontrar su equilibrio mariner.

Imaginando que el caballo era el penol y olvidando su miedo, Jack se alzó en los estribos. Permitted que su cuerpo se doblara y botara, absorbiendo los movimientos del corcel al galope como si fueran olas.

Solo quedaba ya un blanco. Jack solo tenía unos instantes para prepararse. Sin embargo, todo el entrenamiento a lomos del caballo de madera tuvo ahora su fruto. Recordando lo que la *sensei* Yosa le había enseñado un año antes («Cuando el arquero no piensa en el blanco, entonces puede desplegar el Camino del Arco»), dejó de concentrarse en el último objetivo. Simplemente dejó ir su cuerpo con los movimientos de preparar, tensar y disparar la flecha. En el caballo de madera, sabía que podía alcanzar el blanco siempre, incluso con los ojos cerrados. Jack tenía que confiar en sus instintos.

Dejó volar la flecha.

Su caballo continuó al galope, pasando de largo el final de la pista mientras Jack buscaba en vano las riendas bajo su cuello. La primera indicación de que había alcanzado el blanco del *Yabusame* se produjo cuando oyó un lejano aplauso. Pero para entonces Jack estaba ya dentro del bosque.

—Fuiste divertidísimo —dijo más tarde Saburo, en la celebración de la escuela en la *Chō-no-ma*—. ¡Estuviste a punto de matar a un árbitro, estrangulaste a tu caballo, y luego cabalgaste hasta la provincia vecina!

—Pero con todo rompió el blanco —recordó Takuan, que estaba sentado frente a Jack, las costillas fuertemente vendadas, y rodeado de varias chicas preocupadas.

—Fue un esfuerzo de equipo —dijo Jack, brindando con Takuan con una taza de *sencha* que Akiko acababa de servirle—. No podría haberlo hecho sin ti.

—Modesto al fin —dijo Yamato—. ¡Suele llevarse toda la gloria!

Yamato le dio a Jack un amistoso codazo en las costillas para hacerle ver que estaba bromeando.

—¿Cómo te encuentras, Takuan? —preguntó Emi.

—Mucho mejor —respondió él, inclinando la cabeza ante ella mientras la muchacha se unía a ellos en la mesa—. El *sensei* Yamada dice que probablemente solo sea una fisura en la costilla. El hematoma se está aclarando ya gracias al ungüento de hierbas que me diste.

Emi sonrió tímidamente.

—Solo es algo que mi ama tenía a mano.

Saburo miró a Jack, y luego le susurró al oído:

—¿Cómo lo hace? ¡Incluso la hija del *daimyo* va tras él!

Conteniendo una sonrisa, Jack tomó otro sorbo de té verde.

—¡*Kohaia!* —llamó Masamoto desde el otro extremo de la Sala de las Mariposas. Los estudiantes interrumpieron sus charlas y se volvieron hacia la mesa principal.

—Una vez más, jóvenes samuráis, me habéis hecho sentirme orgulloso. ¡Triunfar

contra la *Yagyū Ryū* y la *Yoshioka Ryū* demuestra que somos la mejor escuela de samuráis de Kioto!

Los estudiantes prorrumpieron en un poderoso aplauso.

—Somos doblemente afortunados por tener a la mejor arquera *Yabusame* de Kioto —añadió, inclinando la cabeza en la dirección de Akiko.

Akiko inclinó la cabeza humildemente y Jack le sonrió con orgullo. Los árbitros del *Yabusame* le habían concedido el premio ante su excepcional disparo hacia atrás. Era la primera vez que ningún estudiante ejecutaba una técnica así en la *Kyōsha* entre escuelas. Moriko se irritó ante la decisión y más tarde Jack la vio rompiendo sus flechas en un arrebato temperamental mientras Kazuki trataba de consolarla.

—Según dicta la tradición —dijo Masamoto, alzando su copa de *sencha* para iniciar un brindis—, ganar la *Kyōsha* traerá buena suerte a la *Niten Ichi Ryū* durante el resto del año. Que dure. ¡*Kampai!*

—¡*Kampai!* —replicaron los estudiantes, respondiendo al brindis.

De repente, las puertas de la *Chō-no-ma* se abrieron de golpe. Una muchacha entró corriendo.

—¡La Sala del Halcón está ardiendo! —gritó.

El fuego del Halcón

La magnífica *Taka-no-ma* estaba iluminada como una hoguera contra el cielo nocturno. Los estudiantes formaron una fila desde el pozo de la escuela hasta la sala en llamas, pasándose frenéticamente cubos de agua unos a otros. En la parte delantera, Jack apagaba las llamas en el porche. El calor era tan intenso que los vellos del dorso de sus manos estaban todos chamuscados, y tenía que protegerse los ojos del fuego. El humo giraba a su alrededor y Jack empezó a ahogarse.

—¡Jack-kun, apártate de ahí! —ordenó la *sensei* Yosa.

Jack se retiró del porche, tosiendo y escupiendo. Se agachó en medio del patio, aspirando grandes bocanadas de aire limpio mientras los otros estudiantes seguían combatiendo las llamas.

Mientras el humo le irritaba los ojos, Jack advirtió movimiento cerca de las puertas de la escuela. Una sombra enorme, distorsionada por el aletear de las llamas, se deslizaba por la pared exterior. Se redujo a la nada cuando una figura se acercó a la entrada y recorrió los cerrojos. Jack se frotó los ojos. Entornándolos, vio más sombras entrar por la puerta abierta.

«¡Ninjas!», pensó Jack. Ojo de Dragón había venido por fin.

Pero entonces Jack vio las espadas samuráis, brillando a la luz del fuego. Qué estúpido era al pensar en Ojo de Dragón. El ninja sería más sibilino en su misión. Esto solo podía ser el ejército del *daimyo* Kamakura. Pero ¿cómo había logrado que sus fuerzas llegaran tan rápidamente? Se suponía que aún estaban acampadas en las fronteras de Edo, a varios días de marcha.

Fuera lo que fuese, Jack sabía que el fuego era una distracción y que la *Niten Ichi Ryū* estaba sufriendo un ataque.

—¡ENEMIGOS! —gritó Jack con toda la fuerza de sus roncos pulmones.

Pero el fuego del Halcón rugía tanto que pocos lo oyeron.

Jack corrió hacia la *sensei* Yosa, le tiró del brazo y señaló la horda invasora. Los agudos ojos de la maestra divisaron el peligro inmediatamente.

—Coged vuestras armas! —ordenó, antes de correr a informar a Masamoto y los demás *senseis*. Como estaban asistiendo a las celebraciones formales, ninguno de los estudiantes llevaba espada.

Jack alcanzó a Saburo y Yori.

—¡Nos atacan! Decidle a todo el mundo que se arme.

Jack corrió hacia la *Shishi-no-ma* para recuperar sus *daishō*. Al llegar a la entrada, descubrió que las puertas estaban atascadas y no podía entrar. Dio una fuerte patada, pero los gruesos paneles de madera no cedían. ¿Qué estaba pasando? Estas puertas no se cerraban nunca.

Con creciente espanto, Jack comprendió que el enemigo había planeado el ataque

con antelación. Seguros de que la *Niten Ichi Ryū* no podría defenderse, iba a ser una masacre.

Al buscar otra entrada, Jack encontró una ventana sin postigos, pero estaba demasiado alta y era demasiado pequeña para que pudiera colarse por ella. Escrutó el patio y divisó a Yori que intentaba alertar a los otros estudiantes del ataque. Muchos seguían combatiendo el fuego, inconscientes del peligro.

—¡Yori! —gritó Jack, llamándolo.

El pequeño samurái llegó corriendo, la cara negra de humo y los ojos muy abiertos de temor.

Jack le explicó a toda prisa la situación.

—Te auparé. Métete por la ventana y abre la puerta desde el otro lado.

Yori asintió obediente y Jack lo aupó hasta que quedó de pie sobre sus hombros. Tras estirarse hasta el alféizar, Yori se coló por la abertura y desapareció en el interior.

Jack corrió de vuelta hacia la entrada y esperó durante lo que pareció una eternidad. Masamoto y sus *senseis* estaban ahora enzarzados en duro combate con los intrusos, tratando de abrirse paso entre sus filas para que el resto de la escuela pudiera llegar a la Pared de las Armas del *Butokuden*. Sin embargo, muchos estudiantes se habían visto obligados a luchar cuerpo a cuerpo, confiando solamente en su entrenamiento *taijutsu* para sobrevivir.

La puerta se abrió y el rostro de Yori se asomó. Jack entró, haciéndolo a un lado para recuperar sus armas. Pero al mirar al pasillo de las chicas, captó una figura que entraba en una habitación al fondo. Una llama aleteó en la oscuridad.

—Yori —susurró Jack—. ¡Trae a Yamato, y luego coge tantas armas como puedas!

Yori, aterrado por el súbito giro de los acontecimientos, solo pudo asentir.

—¡Vamos! —instó Jack, y empujó a su amigo hacia la puerta.

Jack recorrió en silencio el pasillo de las chicas. Cuando se acercaba a la última habitación, redujo el paso y se asomó a la puerta. Dentro, una figura en sombras estaba inclinada sobre una lámpara de aceite, a punto de prender fuego a las paredes de papel. Jack había descubierto al culpable. Disponiéndose a atacar, se acercó, pero el intruso se dio media vuelta.

—¡Llegas demasiado tarde, *gaijin*! —rugió Kazuki—. Los Escorpiones han golpeado.

Jack se detuvo en seco y se quedó mirando boquiabierto a su rival.

—¿Kazuki? ¿Qué...? ¿Por qué quemas tu propia escuela? —exclamó Jack.

—Como dijo el *daimyo* Takatomi, la Sala del Halcón debería ser un faro de luz en tiempos oscuros —se burló Kazuki, imitando a su señor—. ¡Ya es la hora del *daimyo* Kamakura!

—¡Pero tu padre está de nuestra parte! —urgió Jack.

Kazuki se echó a reír.

—Eso es lo que se cree Takatomi, pero mi padre ha servido siempre al *daimyo* Kamakura.

Jack se sintió inflamar por la traición.

—¿Qué hay de tu lealtad a Masamoto-sama?

—Perdió mi respeto el día que te adoptó —escupió Kazuki, incorporándose para enfrentarse a él—. Pero sigue siendo el mejor espadachín de Japón, así que mi padre me ordenó que me quedara para aprender el secreto de los Dos Cielos.

Sonriendo, Kazuki alzó la lámpara de aceite.

—Ahora ya lo sé. ¡La clase ha terminado!

—¡NO! —gritó Jack, saltando para detenerlo.

Chocó con Kazuki, pero la lámpara volaba ya hacia la pared. Se rompió, desparramando aceite y llamas por toda la habitación. Jack golpeó con el hombro el pecho de Kazuki. Los dos cayeron al suelo.

Jack, que tenía la ventaja, descargó un fuerte puñetazo en gancho contra la mandíbula de Kazuki. Escupiendo sangre, Kazuki contraatacó con una serie de devastadores golpes al cuerpo. Jack hizo una mueca, tratando de absorber los puñetazos para poder seguir encima. Pero la habilidad de Kazuki con las llaves consiguió librarlo pronto de él.

Los dos se incorporaron en la habitación en llamas. El humo nublaba su visión y Jack no vio la patada circular hasta que fue demasiado tarde. Le alcanzó en las costillas, haciéndole retroceder tambaleándose. Un momento después, Kazuki le dio una patada frontal en el pecho. Jack voló contra la pared de papel ardiente y pasó a la habitación de al lado.

Tras saltar detrás de él, Kazuki pretendió descargarle una aplastante patada en la cabeza. En el último segundo, Jack rodó apartándose. Se volvió y se lanzó contra Kazuki. Agarró la pierna de su rival, la retorció y lo arrastró al suelo. Jack se levantó primero y le dio una patada en la espalda cuando Kazuki intentaba levantarse. Solo entonces se dio cuenta de que la manga de su kimono estaba ardiendo.

Lleno de pánico, Jack golpeó las llamas para apagarlas. Pero la distracción momentánea permitió a Kazuki recuperarse. Se puso en pie de un salto y descargó un revés contra la nariz de Jack. Luego, agarrando el hombro chamuscado de Jack, ejecutó una *seoi nage*, arrojándolo a la pared siguiente.

Jack se quedó allí aturdido, contemplando mareado el techo en llamas. La Sala de los Leones chisporroteaba y crujía ante el avance del fuego. Kazuki atravesó las llamas, los puños cerrados, los ojos ardiendo de odio. Miró a Jack.

—He esperado mucho tiempo para acabar contigo —dijo, pateando a Jack varias veces en rápida sucesión.

Jack se dobló, intentando protegerse, pero una patada en la cabeza lo dejó sin fuerzas. Lisiado de dolor, solo pudo ver que la habitación era consumida por las llamas.

Sonriendo cruelmente, Kazuki le dio una poderosa patada al marco de la puerta,

que se hizo añicos y crujió. La habitación empezó a desmoronarse alrededor de Jack. Una viga cayó del techo y aterrizó sobre su espalda, aplastándolo. Con un grito, intentó levantarse pero la viga era demasiado pesada.

—Arde, *gaijin*, arde —dijo Kazuki, dejando a Jack a su destino.

33

Moriko

Jack quedó inmovilizado bajo la viga.

Las llamas se volvían más intensas y todo el edificio gemía, amenazando con desplomarse a su alrededor.

Sintió una oleada de total desesperación al darse cuenta de que nunca podría despedirse de Akiko, ni de ninguno de sus amigos. Nunca vería de nuevo a su hermana pequeña. Nunca volvería a pisar suelo inglés. Después de todos los esfuerzos realizados, de todas las lecciones que había aprendido y de todos los desafíos que había superado, iba a morir solo. Quemado vivo.

Maldijo a Kazuki, a su Banda del Escorpión y a todo lo que representaba. Jack había tenido razón todo el tiempo respecto al muchacho. Una furia intensa sustituyó ahora a su desesperación. Kazuki no iba a derrotarlo así. Jack luchó con todas sus fuerzas contra la viga.

Pero la viga se negó a ceder. Lo intentó de nuevo.

—¡Jack! —gritó una voz familiar mientras sentía que el peso de la viga remitía.

Se arrastró hacia delante, la espalda rozando la madera.

—¡Rápido! —urgió Yamato—. No puedo aguantar más.

Yamato soltó la viga justo cuando Jack terminaba de sacar las piernas de debajo. Tras ponerse en pie, Jack salió tambaleándose con su amigo al pasillo, ahora lleno de humo.

—¿Dónde se ha metido Kazuki? —jadeó Jack.

—¡Pasó de largo diciéndome que no te había visto!

—¡Kazuki es un traidor! —replicó Jack mientras salían de la *Shishi-no-ma* y corrían al patio.

Fuera, los terrenos de la escuela eran un campo de batalla. Las hojas destellaban a la luz del fuego. Los gritos de batalla de los samuráis y los gemidos de los heridos llenaban el aire. Un grupito de estudiantes de la *Niten Ichi Ryū* luchaba en un tenso círculo junto al *sensei* Hosokawa y la *sensei* Yosa, manteniendo a raya a los intrusos. Toda la escena quedaba infernalmente distorsionada por el brillo rojo sangre de los edificios.

Yamato miró a Jack, sorprendido.

—¿Kazuki? ¿Un traidor?

Jack asintió.

—Sí, y su Banda del Escorpión.

Tras echar un vistazo alrededor, Jack advirtió que muchos de los intrusos eran jóvenes samuráis como ellos mismos. Reconoció a dos de ellos por su enorme tamaño: Raiden y Taro, los gruesos primos de Hokkaido de Kazuki. Jack advirtió ahora la verdad. La *Niten Ichi Ryū* no estaba siendo atacada por el *daimyo* Kamakura

y su ejército, sino por los estudiantes y *sensei* de la *Yagyū Ryū*. Así era como Kamakura había conseguido lanzar un ataque sorpresa sin advertir a Masamoto de su avance. El enemigo había residido en Kioto todo el tiempo.

Akiko, Saburo y Kiku vinieron corriendo.

—¿Dónde está Yori? —preguntó Jack.

—No lo hemos visto —contestó Akiko.

Una terrible sospecha se apoderó de Jack.

—Estaba recogiendo nuestras armas.

Jack se volvió y echó a correr hacia la Sala de los Leones.

—¡NO! —gritó Yamato, sujetándolo—. Es demasiado peligroso.

Como confirmando sus palabras, el tejado de la sección de las chicas de la *Shishino-ma* se desplomó, enviando a la noche una enorme nube de chispas como un enjambre de luciérnagas.

—¡Yori! —gritó Jack, luchando por zafarse de Yamato. Todos contemplaron desesperados que otra sección del techo cedía. Jack se quedó flácido en brazos de Yamato, ya que se dio cuenta de que su amigo no tenía ninguna esperanza de sobrevivir al incendio.

Entonces, un momento más tarde, Yori salió tambaleándose, rodeado de humo y ceniza. A la espalda llevaba un puñado de armas envueltas en el kimono ceremonial de Jack. Jadeando, con los ojos enrojecidos por el humo, Yori dejó caer el montón a sus pies.

—Agarré todo lo que pude —jadeó.

Jack abrazó aliviado a su amigo. Yori, nada acostumbrado a esas muestras de afecto, tensó sorprendido el cuerpo.

—¡Gran trabajo, Yori! —dijo Yamato, cogiendo su palo de *bō*.

Akiko cogió su arco y su carcaj. Jack divisó sus dos espadas entre las armas, el *kamon* del fénix dorado brillando en la oscuridad.

—¡Cuidado! —gritó Saburo, empujando violentamente a Jack a un lado.

Una flecha que apuntaba al corazón del muchacho pasó de largo. Alcanzó en cambio a Saburo, que se desplomó al suelo, la punta de acero perforando su hombro izquierdo.

Kiku se colocó inmediatamente a su lado.

—¡Se está muriendo! —gritó.

—No, solo está sangrando —dijo Yamato, arrancando una tira del kimono y aplicando presión a la herida.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exclamó Akiko.

Jack se volvió y logró ver a Moriko, la muchacha de la *Yagyū Ryū*, de pie junto a la ardiente Sala del Halcón con su arco en la mano. Sin ningún sentido de la urgencia, como si estuviera todavía concursando en una competición *Yabusame*, Moriko echó mano a otra flecha.

Akiko se apresuró en disparar su arco, pero se detuvo a contemplar horrorizada

sus flechas.

—¡Son *jindou*!

—Ese era mi premio del tiro con arco —chilló Moriko por encima del ruido de la batalla. Apuntó a Akiko y disparó.

Akiko se postró sobre una rodilla, tensó su arco y disparó la roma *jindou*. La flecha de Moriko pasó junto a la oreja de Akiko, rozándole un rizo de pelo. La *jindou*, sin embargo, no falló. Golpeó a Moriko en el pecho, derribándola por el impacto.

Akiko sacó otra *jindou*. Moriko, sin aliento pero ilesa, se dispuso a lanzar otra flecha de punta de acero. Jack vio, indefenso, cómo las dos se apresuraban para disparar primero. Akiko terminó de prepararse un segundo antes que Moriko. Soltó su *jindou*, que voló recta y certera, hasta golpear a Moriko directamente en la frente. Aturdida, Moriko retrocedió hacia la ardiente Sala del Halcón antes de desplomarse inconsciente.

—Ahora el premio ha sido mío —dijo Akiko, permitiéndose una sonrisa de satisfacción por su disparo.

Antes de que nadie más los atacara, Jack cogió sus espadas del montón, y luego pasó a Yori, Kiku y Akiko las tres *katanas* restantes.

—Es hora de unirnos a la lucha.

En el fondo del patio, Takuan y Emi estaban rodeados de samuráis enemigos. Takuan, debilitado por su herida, apenas podía levantar la espada que había encontrado. Akiko disparó inmediatamente una *jindou*, derribando al suelo a su atacante.

Yamato, haciendo girar el *bō*, corrió en su ayuda. Akiko los siguió, tensando su arco mientras corría. Jack estaba a punto de hacerlo cuando advirtió que Moriko se ponía en pie. Se tambaleó insegura mientras preparaba una flecha.

Jack corrió a detenerla, pero sabía que no iba a llegar a tiempo.

—¡Muere! —chilló Moriko, apuntando a la espalda de Akiko.

34

Colgado

La Sala del Halcón se rindió finalmente a las llamas. El techo cedió y la estructura de madera se desintegró con un crujido resonante.

Moriko apenas pudo hacer nada.

El edificio se desplomó de repente hacia un lado, consumiéndola en una avalancha de fuego, madera ardiendo y abrasadoras cenizas. Jack vio su pálido rostro llenarse de miedo cuando sus cabellos salieron ardiendo y su boca negra se abrió en un grito mudo. Entonces desapareció bajo las ruinas humeantes, el arco y la flecha todavía en las manos.

Más allá de los restos, Kazuki miró angustiado el lugar donde había caído Moriko. A través de la neblina de humo y fuego, Kazuki y Jack cruzaron una mirada. Con el rostro consumido de odio, Kazuki echó a correr hacia el *Butokuden*.

Jack no estaba dispuesto a permitir que escapara esta vez. Dejó a Yori y Kiku atendiendo a Saburo, rodeó los restos del salón, esquivando varios incendios en marcha mientras se dirigía hacia la entrada trasera del *Butokuden*.

Kazuki estaba en la alcoba ceremonial. Rociaba las paredes con la lámpara de aceite, claramente decidido a arrasar por las llamas la escuela entera.

Desenvainando ambas espadas, Jack entró. Pasó con cuidado por encima de un par de armas abandonadas por los estudiantes en su prisa por llegar a la Pared de las Armas, cruzó el *dojo* y se acercó a Kazuki por atrás.

Ahora era su oportunidad para hacer que Kazuki pagara por todo el acoso y los malos tratos que había sufrido estos tres últimos años. Con solo unos cuantos pasos más, podría atravesar a su rival con su espada.

Pero el recuerdo de las palabras de bienvenida de Masamoto aquel primer día en la *Niten Ichi Ryū* detuvo su mano.

«El Camino del Guerrero significa vivir por el código samurái del honor, el *bushido*, en todo momento. Exijo valor y rectitud en todas vuestras conductas».

Jack advirtió que lo adecuado no era matar a Kazuki por venganza personal. Eso no estaba bien. Jack tenía que llevar al traidor ante la justicia. Masamoto querría tratar con él personalmente.

—Ríndete, Kazuki —dijo Jack, colocando la punta de la *katana* en la espalda de Kazuki.

Kazuki se volvió lentamente y alzó las manos por encima de la cabeza.

Jack no se esperaba que Kazuki fuera a rendirse sin luchar.

Una sonrisa maliciosa se extendió por el rostro de su rival.

Salida de la nada, una cadena cortó el aire y se enroscó en el cuello de Jack, que cayó de espaldas, perdiendo ambas espadas. Oculto tras una columna, Hiroto sostenía el otro extremo de la *manriki-gusari*. Empezó a arrastrar a Jack por el suelo del *dojo*.

—¡Vamos, perrito *gaijin*! —chilló.

Ahogándose con la cadena, Jack trató de meter los dedos entre la cadena y su cuello. Consiguió disminuir un poco la tensión y se puso de rodillas. Pero Hiroto volvió a tirar de la cadena, arrojándolo de cara contra el suelo.

Mientras lo arrastraba en dirección a una viga baja, Jack comprendió que Hiroto pretendía colgarlo. Debatándose con más fuerza, Jack se agarró con desesperación a los pulidos bloques de madera del suelo del *dojo*, pero fue inútil.

Entonces su mano encontró un cuchillo *tantō* tirado en el suelo. Lo agarró. Al menos moriría luchando.

Momentos después, oyó el chasquido de la *manriki-gusari* al pasar por encima de la viga. De repente, su cabeza sufrió un tirón hacia arriba. Jack se atragantó y tuvo que ponerse de puntillas para aliviar la presión. Hiroto, apoyándose contra una columna, lo izó.

Jack ya no pudo seguir tocando el suelo. Quedó allí colgado, las piernas pateando espasmódicamente mientras Hiroto se reía de su tormento. El rostro sonriente del muchacho se tornó borroso y Jack estuvo a punto de perder el sentido. En un último esfuerzo, le lanzó el cuchillo a Hiroto. El *tantō* lo alcanzó en el estómago.

Con un grito, Hiroto soltó la *manriki-gusari*. La cadena se soltó y Jack golpeó el suelo al mismo tiempo que Hiroto. Jack jadeó, intentando llevar aire a sus pulmones ansiosos de oxígeno. Hiroto no dejó de gritar, horrorizado por la sangre que manaba de su herida.

Jack se apartó, arrastrándose, sabiendo que tenía que alcanzar sus espadas antes de que Kazuki viera lo que había sucedido y lo atacara. Pudo oír el pesado sonido de unos pasos acercándose. Solo en el último segundo atisbó Jack la porra recubierta de hierro que volaba hacia su cabeza. Rodó a un lado y el suelo del *dojo* explotó, y las lascas volaron por todas partes.

De pie ante él, Nobu alzó de nuevo la *kanabō*.

—¡Voy a aplastarte, *gaijin*! —rugió.

Jack se apartó mientras la porra se hundía en el suelo una pequeña fracción detrás de él. Necesitaba desesperadamente un arma, pero lo único que tenía a mano era un *tessen*. Cogió el abanico de hierro y se levantó para enfrentarse a su atacante.

Nobu miró la diminuta arma de Jack y luego a su enorme porra.

—¿Qué vas a hacer? ¿Abanicarme hasta la muerte? —dijo, soltando una gran risotada.

Mientras levantaba la porra para descargar otro golpe, Jack cerró el abanico y lanzó el lomo reforzado contra la barriga de Nobu. Sin aire, Nobu soltó la *kanabō*. Con velocidad cegadora, Jack golpeó por segunda vez, alcanzando a Nobu en la sien. El muchacho se desplomó, gimiendo, incapaz de levantarse.

Jack se apartó, respirando con dificultad. Le dolía la garganta, la cabeza le daba vueltas y el cuerpo le dolía por todas las magulladuras.

Pero la lucha distaba mucho de haber terminado.

Yoshioka Ryū

Solo el *zanshin* le salvó la vida a Jack.

Al sentir que lo atacaban por detrás, Jack se agachó. La hoja de la *katana* silbó en el aire, fallando su cabeza por pocos centímetros. Kazuki maldijo lleno de frustración y continuó el ataque con su *wakizashi*. Sin tiempo de esquivar la espada corta, Jack giró sobre sus talones, bloqueando la embestida a su estómago con el dorso de hierro del *tessen*. Paró el golpe, pero el abanico escapó de su mano y cayó castañeando al suelo.

Kazuki lo atacó de nuevo. Jack se apartó, rodando por el *dojo*. Sin armas, tenía pocas posibilidades de defenderse contra dos espadas. Pudo ver que su *katana* y su *wakizashi* yacían tentadoramente en el suelo más allá de Kazuki, pero cada vez que intentaba correr hacia ellas su rival le bloqueaba el paso.

Jack fingió correr desesperado hacia sus espadas. Kazuki saltó en su camino. En el último segundo, Jack cambió de dirección y corrió en cambio hacia la Pared de las Armas. Cogió la única *katana* que quedaba. Ni siquiera tuvo tiempo de desenvainar la espada antes de que la hoja de Kazuki le buscara el cuello.

Jack bloqueó el golpe, y la *saya* de su *katana* se hizo añicos con el impacto. Sacudiendo los restos de la vaina, se retiró apresuradamente y alzó el arma. La espada no podía compararse a la de Masamoto. Era pesada, mal equilibrada, con la hoja mellada y el mango gastado por el uso constante en las prácticas.

Kazuki advirtió la inseguridad en la pose de Jack y atacó.

Un remolino de hojas cortó el aire. Jack trató de defenderse, pero su arma de segunda fila lo ponía en desventaja. Desvió una estocada al estómago y contraatacó con un golpe al cuello, pero Kazuki esquivó fácilmente la hoja. Apartándose a un lado, descargó su arma contra la de Jack, rompiendo la punta de la gastada hoja. Jack miró aturdido su arma rota.

Kazuki avanzó y empujó a Jack con el hombro contra una columna cercana. Jack se derrumbó contra ella mientras la *katana* de Kazuki trazaba un amplio arco para partirlo por la mitad. Desesperado, cruzó su propia arma y las dos espadas entrechocaron y se trabaron. Jack trató de zafarse, pero mientras tiraba Kazuki ejecutó un perfecto golpe Hoja de Otoño, desarmándolo.

—¡Derrotado otra vez! —se burló Kazuki, colocando la *kissaki* de la espada en el cuello de Jack—. ¡De rodillas, *gaijin*!

Sin otra alternativa, Jack hizo lo que le decían. Parecía que Kazuki iba a obligarlo a cometer *seppuku*. La idea lo aterró. ¿Cómo podía nadie abrirse su propio estómago?

Kazuki miró a Hiroto, que seguía gritando en un rincón.

—¿Quieres callarte? No te estás muriendo. Solo es sangre. —Kazuki sacudió la cabeza, irritado—. Nobu, ven aquí.

Nobu se incorporó, frotándose la cabeza. Cuando vio a Jack de rodillas, derrotado y con la hoja de Kazuki en la garganta, su rostro se iluminó de alegría.

Kazuki estudió a Jack un momento, como si estuviera decidiendo si matarlo o no.

—No eres samurái. Los *gaijin* no merecen morir honorablemente por la espada —despreció, apartando la hoja y pasando la *kissaki* por la mejilla derecha de Jack, que hizo una mueca de dolor mientras una fina línea de sangre brotaba hasta la superficie —. Eso debería igualar tus cicatrices, para empezar.

Nobu se acercó, la *kanabō* al hombro, y esperó la orden de Kazuki.

Kazuki envainó sus espadas y agarró a Jack por la garganta.

—¡Mataste a Moriko! —dijo, y el temblor se apoderó de su voz—. Sufrirás por ello.

—Yo no... —protestó Jack, pero Kazuki lo interrumpió.

—Nobu, rómpele las piernas. No queremos que escape esta vez. Quiero que el *gaijin* arda, igual que ella.

Nobu alzó obediente la *kanabō* para destrozar los tobillos de Jack.

—¡Alto! —dijo una tímida voz desde la puerta.

Yori entró corriendo, la espada desenvainada.

—Si le haces daño a Jack, mataré a Kazuki —amenazó, apuntando con su espada al corazón de Kazuki. A pesar del valor de sus palabras, el brazo de Yori temblaba.

—Nobu, haz lo que dice —ordenó Kazuki, inclinando la cabeza, derrotado.

Nobu, con el grueso rostro arrugado de diversión, estaba a punto de bajar su porra cuando Kazuki golpeó. Con la velocidad del rayo, desenvainó su *katana* y arrojó al suelo la espada de Yori.

—Una vez más, tu pequeño guardaespaldas te falla, *gaijin* —se mofó Kazuki, golpeando a Yori en el pecho con el dedo—. Vamos, Yori, corre como haces siempre.

Yori se quedó allí, los labios temblorosos. Sorbía grandes bocanadas de aire y parecía a punto de echarse a llorar.

Kazuki se apartó, riendo fríamente.

—Nobu, después de romperle las piernas al *gaijin*, aplasta al ratón.

Sonriendo, Nobu alzó la *kanabō* por encima de su cabeza. De repente, un *kiai* atronador llenó el *Butokuden*.

—¡YAH!

Nobu se tambaleó hacia atrás, con una expresión confundida en el rostro. Toda su fuerza se evaporó mientras dejaba caer la *kanabō* encima de su cabeza. Sacudiéndose como un muñeco Daruma, se desplomó de nuevo en el suelo, esta vez inconsciente.

Kazuki se dio media vuelta, los ojos muy abiertos por la sorpresa. Desenvainó sus espadas y cargó contra su enemigo.

—¡YAH!

Kazuki se detuvo en seco. Trató de alzar de nuevo su *katana*.

—¡YAH!

Kazuki cayó de rodillas, el rostro ceniciento, gimiendo como si una lanza hubiera

atravesado su cuerpo.

—¡Ya es suficiente! Lo vas a matar —gritó Jack.

Yori, los pulmones llenos para otro ataque, soltó lentamente su aliento. Jack se puso en pie y recuperó sus espadas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, viendo que Yori se estremecía.

Yori parpadeó, como si despertara de un trance, y asintió débilmente. Con voz muy débil, respondió:

—No podía volver a fallarte.

—Y no lo hiciste —dijo Jack, rodeando a Yori con el brazo—. Supongo que el *sensei* Yamada tenía razón, e incluso la brisa más pequeña puede crear olas en el mayor de los océanos.

Jack señaló al inmenso Nobu desplomado inconsciente en el suelo y los dos se rieron por una mezcla combinada de agotamiento y alivio. Pero se detuvieron al darse cuenta de que Kazuki había conseguido arrastrarse hasta la puerta.

Dejando a Hiroto todavía gimiendo en el rincón y a Nobu inconsciente, Yori y Jack corrieron detrás de Kazuki. Para cuando llegaron a la puerta, el traidor había desaparecido entre el caos de la batalla.

Un enorme grito sonó cuando una nueva oleada de jóvenes samuráis irrumpió por las puertas de la *Niten Ichi Ryū*.

A la cabeza de la columna venía Yoshioka.

Masamoto reunió a sus estudiantes delante del Jardín Zen del Sur, cada grupo dirigido por un *sensei*. Jack y Yori corrieron a unirse a las filas para enfrentarse a su nuevo enemigo de la *Yoshioka Ryū*. Cansados, agotados por la batalla y en enorme inferioridad numérica, Jack comprendió que ahora tenían pocas esperanzas.

—¡Lucharemos mientras que el último samurái quede en pie! —gritó el *sensei* Kyuzo, alzando su *katana*.

La *Niten Ichi Ryū* gritó en respuesta, haciendo acopio de valor para el último ataque.

La *Yagyū Ryū*, confiada en su victoria, rugió a su vez. Pero los estudiantes de la *Yoshioka Ryū* no se unieron al grito de batalla. En cambio, desenvainaron sus espadas y atacaron a los estudiantes y *senseis* de la *Yagyū Ryū*.

De repente los invasores pasaron a la defensiva y tuvieron que retroceder. El signo de la batalla había cambiado.

Perdida la ventaja, la *Yagyū Ryū* se replegó apresuradamente.

La *Niten Ichi Ryū* vitoreó a sus inesperados aliados y se unió a ellos para derrotar al enemigo. Pronto el patio quedó despejado y las puertas se cerraron contra nuevos ataques.

Jack y los demás bajaron sus espadas con alivio, alegres de haber sobrevivido a la incursión.

Pero el coste de la victoria había sido alto. *Senseis* y jóvenes samuráis de ambas escuelas yacían sangrando y muriendo en el patio, mientras alrededor la *Niten Ichi*

Ryū continuaba ardiendo.

Consecuencias

El sol del amanecer sangró a través del cielo cargado de humo, manchando las nubes de un rojo acuoso. Un solemne silencio flotaba sobre la *Niten Ichi Ryū* mientras los supervivientes atendían a los heridos y salvaban lo que podían de los edificios calcinados.

Jack dio una patada a las ruinas humeantes de lo que había sido la *Shishi-no-ma*. Su habitación había quedado destruida por completo, su *bokken*, su bonsái y sus ropas consumidos por el fuego. Por una vez se alegró de que Ojo de Dragón tuviera el cuaderno de ruta. De lo contrario, se habría visto reducido a cenizas. Pero ahora no poseía nada excepto el kimono que llevaba puesto y las *daishō* de Masamoto.

Al agacharse, divisó un fragmento chamuscado de papel enterrado en la ceniza. Lo sacó de la ennegrecida cajita *inro* y contempló los restos de un dibujo infantil. El garabato donde su hermana había retratado a su familia. El dibujo había quedado destruido. Jack dejó que el papel cayera a las ascuas moribundas.

Ya no podía tener ninguna esperanza de regresar a casa con Jess. No cuando una guerra amenazaba con consumir Japón. No era solo que las batallas le cerraran el paso. La *Niten Ichi Ryū* había sido atacada y, al haber jurado seguir el Camino del Guerrero, era su deber defender el honor de su escuela. Atado al código del *bushido*, su lealtad hacia Masamoto y sus amigos tenía que tomar prioridad sobre su sueño de regresar a casa.

La *inro* que contenía el dibujo estaba destruida. Arrojó a un lado la caja y la oyó rebotar al tocar el suelo. Volvió a recogerla y encontró dentro la perla de Akiko. Milagrosamente, había sobrevivido al fuego. Permitiéndose una sonrisa cansada, guardó el precioso regalo entre los pliegues de su *obi*. Le serviría como recordatorio de todo lo que era bueno en Japón y por qué debía combatir por protegerlo.

Estaba a punto de regresar con sus amigos cuando advirtió un destello de acero. Apartó las cenizas y descubrió el *tantō* que le había quitado al ninja en el bosque de bambú. La *saya* lacada se había resquebrajado por el calor, pero el cuchillo en sí estaba ileso. De hecho, tan solo parecía haber templado más el acero, pues el dedo meñique de Jack goteaba sangre. Debió de haberse cortado mientras despejaba las cenizas. Con mucho cuidado, Jack se guardó la hoja demonio en el cinturón.

—¡Jack! —llamó Yori, acercándose.

Jack se puso lentamente en pie y saludó a su amigo. Se sentía completamente magullado, los músculos doloridos y el cuello lastimado por la experiencia de haber estado a punto de morir ahorcado. Pero era uno de los afortunados. Al menos podía caminar.

Yori, el rostro manchado de negro por el humo y las lágrimas secas, le tendió un bultito redondo envuelto en un trozo de tela.

—Esto es tuyo —dijo orgullosamente.

Al abrirlo, Jack se encontró con el muñeco Daruma.

—Estaba encima del kimono que usé para recoger las armas —explicó Yori—. Sé que el deseo que contiene significa mucho para ti, así que lo rescaté junto con tus espadas.

—Gracias —respondió Jack, dándole una palmada a su amigo en el hombro—. Pero no creo que este muñeco Daruma funcione. Han pasado casi tres años desde que formulé ese deseo.

—Los deseos Daruma se convierten en realidad. No puedes renunciar a la esperanza, Jack.

Los ojos suplicantes de Yori lo miraron. Jack advirtió que su amigo apenas era capaz de mantenerse en pie. El súbito ataque y la brutalidad de la lucha le habían dejado impresionado y a punto de desmoronarse. Yori buscaba fortaleza en Jack.

—Sobrevivimos, ¿no? —respondió Jack, sonriendo—. Y fue tu lealtad lo que me salvó. Mi madre solía decir: «Donde hay amigos, hay esperanza». Eres un verdadero amigo, Yori.

Conmovido por sus palabras, Yori inclinó la cabeza.

—Es un honor.

Al cruzar el patio, pasaron ante un grupo de estudiantes de la *Yagyū* vigilados por samuráis de la *Yoshioka Ryū*. Atendidas sus heridas, pero con aspecto totalmente derrotado, Nobu e Hiroto se encontraban entre los prisioneros, las cabezas gachas en signo de vergüenza. Jack advirtió que Kazuki no estaba entre ellos: el traidor había escapado en la confusión de la batalla. La noticia de su deserción se había extendido rápidamente entre los estudiantes. Masamoto se enfureció al descubrir la verdad de la traición del padre de Kazuki. Juró castigar a Oda-san y envió una patrulla en busca de su hijo. Pero hasta ahora Kazuki había eludido la captura.

Junto a la puerta principal, los cuerpos de los caídos habían sido agrupados para ser incinerados en diversos templos. Akiko estaba cerca.

—Seguid vosotros, yo iré en breve —le dijo Jack a Yori. Su amigo asintió comprendiendo y se dirigió al interior de la *Chō-no-ma*.

Cuando Jack se acercaba, Akiko alzó la cabeza, los ojos enrojecidos por el llanto.

—Puede que no me cayera bien, pero no se merecía morir así. Akiko contemplaba el cuerpo sin vida de Moriko.

—Todo fue culpa mía —lloró, la voz quebrándose un poco.

—No, no lo fue —insistió Jack, tratando de no mirar al cadáver calcinado—. No sabías que el edificio estaba a punto de desmoronarse. Además, si no la hubieras derribado con tu *Jin-dou*, nos habría matado a ambos.

—Pero ¿es esto lo que realmente significa la guerra? —preguntó Akiko, agitando una mano llena de desesperación ante la pila de cadáveres—. Nada de nuestro entrenamiento nos preparó para esto.

Jack comprendió lo que quería decir. Se habían concentrado tanto en el

entrenamiento que nunca habían pensado realmente en las consecuencias: en lo que significaba tomar la vida de una persona. Pero la llegada de la guerra los había obligado a usar sus habilidades. A partir de este día, tendrían que enfrentarse a sus responsabilidades como samuráis.

—Me dijiste una vez que ser samurái significa «servir» —dijo Jack—. Que nuestro deber es para con nuestro emperador, nuestro *daimyo* y nuestra familia. No lo comprendí entonces, pero ahora sé lo que significa el deber. Como samuráis, puede que tengamos que matar, o morir, si queremos proteger a aquellos a quienes servimos y amamos.

—Tienes razón, Jack —suspiró Akiko—. Pero eso no lo hace más fácil.

—No, pero es una paz por la que merece la pena luchar.

Y con esas palabras Jack advirtió que había ofrecido voluntariamente su vida a Japón y a aquellos a quienes amaba.

Dentro de la *Chō-no-ma*, los jóvenes samuráis heridos yacían sobre las camas rescatadas, y el *sensei* Yamada y el *sensei* Kano atendían sus heridas. Los otros maestros consultaban con Masamoto y Yoshioka en la Sala del Fénix.

—¡Espera a que nuestros padres se enteren de esto! —exclamó Taro, mientras Jack y Akiko se acercaban a sus amigos.

Taro acompañaba a su hermano. Saburo estaba tendido en una mesa, el hombro vendado y todavía sangrando.

—Déjalo en paz, Taro —dijo Jack, corriendo a defender a Saburo—. Ya ha sufrido suficiente.

—Jack, no me entiendes. A ojos de nuestros padres, será un héroe. Saburo se sacrificó por otro samurái.

Saburo sonrió lleno de orgullo.

—¡Y tendré una cicatriz de batalla auténtica!

—Tienes que descansar —insistió Kiku, ayudándole a beber un poco de agua y secándole la frente.

—¿Ha descubierto alguien qué es lo que ha pasado? —preguntó Yori.

Yamato asintió.

—Un estudiante de la *Yoshioka Ryū* me ha dicho que ha habido ataques por sorpresa por toda la ciudad. El *daimyo* Kamakura ha comenzado su rebelión.

—Pero ¿por qué nos ayudó la *Yoshioka Ryū*? —preguntó Jack.

—Yoshioka-san es un súbdito leal del *daimyo* Takatomi —explicó Taro con aire de autoridad—. Su deber hacia su señor es más fuerte que ninguna afrenta personal contra Masamoto-sama. Probablemente le ordenaron que viniera en nuestra ayuda. Además, al rescatarnos, Yoshioka-san ha recuperado el estatus que perdió en sus duelos con Masamoto-sama.

La *shoji* junto a la mesa principal se abrió y Masamoto entró, flanqueado por sus *senseis*. Todos los estudiantes detuvieron lo que estaban haciendo y se arrodillaron. Masamoto ocupó su lugar en el centro del estrado, colocó las espadas a un lado y

dirigió a sus estudiantes una severa mirada. La cicatriz de su rostro latía con un rojo enfurecido y tenía un corte feo sobre el ojo derecho. El *sensei* Hosokawa lo acompañaba, con un torniquete en el bíceps izquierdo. Un tenso silencio cayó sobre la sala.

—La guerra ha sido declarada —dijo Masamoto.

Todavía conmocionados por la batalla, los estudiantes solo pudieron quedarse mirando aturcidos y horrorizados. Yori miró nervioso a Jack. Su peor temor se había hecho realidad.

—El *daimyo* Kamakura ya no se dirige solo contra los extranjeros y los cristianos. Está atacando a cualquier *daimyo* y sus samuráis que no se sometan a su regla, simpaticen con los extranjeros o no. Creemos que el *daimyo* Kamakura ha organizado ataques coordinados por todo Japón. La ciudad de Nagoya ya ha caído, la carretera de Tokaido al norte está bajo su control y su ejército marcha hacia el sur en este mismo momento.

»Hemos recibido noticias de que los samuráis leales al Consejo y Hasegawa Satoshi, nuestro gobernante a la espera, combinan fuerzas en el Castillo de Osaka. Desde allí, pretenden enfrentarse al enemigo del emperador y destruirlo. Por orden del *daimyo* Takatomi, partimos para Osaka hoy.

Era ya mediodía cuando todos los preparativos estuvieron completados. Los caballos se ensillaron, se reunieron los suministros y se armó a los samuráis. No todos los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū* partían. Los más jóvenes fueron enviados de vuelta con sus familias, mientras que los heridos permanecieron en la escuela hasta que pudieran combatir. Los destinados a la batalla formaron ahora en el patio, esperando la orden de ponerse en marcha.

—*Gambatte* —dijo Saburo, deseándoles suerte. A pesar de las protestas de Kiku, había insistido en venir a despedirse de sus amigos. Incluyó la cabeza con dificultad.

Kiku, que se había ofrecido para quedarse a cuidar de los heridos, se secó una lágrima de los ojos y se inclinó también. Akiko, Yamato y Yori devolvieron el saludo. Saburo miró a Jack, y luego lo atrajo y le dio un torpe abrazo. Gimiendo por el dolor en el hombro, Saburo farfulló:

—Mantén la cabeza gacha. No hagas ninguna estupidez. Cuidado con los ninjas. Asegúrate de comer todas tus raciones...

—Yo también te echaré de menos, Saburo —dijo Jack sinceramente, y luego añadió con una sonrisa—: ¡Ahora no tendré a nadie que detenga las flechas por mí!

Saburo se echó a reír. Entonces se dio la vuelta, la sonrisa en su rostro ocultaba su pesar.

—Ten mucho cuidado, amigo mío.

—¡A OSAKA Y LA VICTORIA! —gritó el *sensei* Hosokawa, indicando a la columna de jóvenes samuráis que iniciaran la marcha.

Al echarse la mochila al hombro, Jack se preguntó si volvería alguna vez a la *Niten Ichi Ryū*. Contempló el poderoso *Butokuden* donde había derrotado a la espada

y había sido golpeado todos los días como el *uke* del *sensei* Kyuzo en el *taijutsu*; el hermoso *Chō-no-ma* donde le habían presentado el dudoso placer del hígado de anguila a la plancha y donde había celebrado el Año Nuevo; el Jardín Zen del Sur, su lugar favorito para relajarse y estar a solas con sus pensamientos, y donde había aprendido por primera vez las habilidades arqueras del *kyujutsu* con la *sensei* Yosa; del *Butsuden* donde el *sensei* Yamada había expuesto sus imposibles *koans* y le había mostrado una vez la legendaria patada de la mariposa; y finalmente el calcinado cascarón de la *Shishi-no-ma* que había sido su hogar durante los tres últimos años.

Recordó cómo se asombró el primer día que llegó a la escuela. Lo aterradores e invencibles que le habían parecido los estudiantes. Recordó estar tendido en su *futon* en su diminuto dormitorio, solo en una tierra extraña, presa de un ninja tuerto, y sintiéndose como un cordero que va al matadero.

Ahora iba a la guerra, y no se sentía muy distinto. Excepto que esta vez sabía luchar. Puede que hubiera llegado siendo un niño inglés perdido, pero dejaba la *Niten Ichi Ryū* como un guerrero samurái entrenado.

El castillo de Osaka

Después de tres días de dura marcha, los estudiantes llegaron a Osaka, el centro político y económico de Japón. Jack no sabía qué esperar de esta gran ciudad. Pero, al igual que Kioto, era muy distinta de las realidades de la vida urbana inglesa con su putrefacto olor a estercoleros y curtidurías, sus caminos llenos de agujeros y sus bandas de salteadores y jóvenes salvajes.

Osaka rebosaba de gente que inclinaba amablemente la cabeza al pasar. Las tiendas y casas estaban todas sorprendentemente limpias. Los caminos eran amplios, barridos y libres de basura. Incluso el aire era fresco.

Pero nada podía preparar a Jack para el Castillo de Osaka.

Dominando la línea del cielo había una fortaleza de tamaño inimaginable. La Torre de Londres parecía penosa en comparación, y Jack pensó que varios Hampton Courts podían caber dentro de sus murallas. En el centro del castillo se alzaba un *donjon*, la fortaleza principal, con ocho pisos de altura y murallas pintadas de blanco garza y techos curvos solapados en cada nivel, sus tejas verdes decoradas con brillantes gabletes dorados.

Cuando atravesaron las afueras de la ciudad, la columna de jóvenes samuráis se unió a otras tropas que se dirigían al castillo, hasta que se formó un firme destacamento por toda la arteria principal. Se acercaron a una gigantesca puerta de piedra abierta en una alta muralla de bastiones y almenas entrecruzadas. El rastrillo estaba alzado y la enorme puerta de placas de hierro abierta para darles la bienvenida.

Cientos de pies resonaron al cruzar el largo puente de madera que cubría el ancho foso. Al mirar a la derecha, Jack vio que la muralla defensiva se extendía al menos durante casi un kilómetro y medio antes de girar al norte. Sus paredes cortadas a pico conectaban directamente con las aguas del foso y parecían imposibles de escalar. Cada bloque de piedra de su construcción era más alto y más ancho que él y tenía que pesar tanto como diez cañones combinados. En la parte superior, como la espina dorsal de un dragón, se extendían una serie de torretas que daban a la amplia llanura de Tenno-ji al sur. Cuando atravesaron otra puerta, igualmente formidable, Jack se sorprendió al descubrir que las murallas tenían varios metros de grosor.

En la puerta siguiente, el camino giraba a la derecha y los soldados recorrieron una amplia avenida flanqueada de casas fortificadas. Luego atravesaron otro rastrillo y un segundo foso.

Taro le indicó a Jack que mirara hacia arriba. Mirándolos desde las almenas y parapetos había cientos de soldados. Había más a pie, guardando las puertas, patrullando los caminos y entrenándose en patios abiertos, o atendiendo a los caballos en los establos. Había samuráis por todas partes, a miles.

—Quien controla el Castillo de Osaka, controla el corazón de este país —susurró

Taro.

Jack creyó sus palabras, y su corazón se animó. El castillo parecía inexpugnable y el ejército invencible. Tal vez había esperanza después de todo.

Jack se perdió pronto en el laberinto de escalones y caminos de piedra, y se alegró cuando por fin se detuvieron en un gran patio flanqueado por árboles y con un edificio que recordaba al *Butokuden*. Masamoto ordenó alinearse a sus estudiantes y todos esperaron mientras desaparecía con el *sensei* Hosokawa en dirección al *donjon*.

La fortaleza estaba ahora más cerca, pero parecía hallarse aún a unos diez minutos de marcha. Jack comprendió que habían entrado en las defensas internas del castillo, pero la zona seguía siendo lo bastante grande para contener una pequeña ciudad. A un lado había un jardín cuidadosamente atendido con puentecitos y un arroyo diminuto que corría hacia un estanque. *Sakuras* en flor ofrecían sombra y al otro lado de donde se hallaban los estudiantes había un pequeño pozo. Aparte de la disponibilidad de agua, Jack había advertido por el camino un bosquecillo de ciruelos y numerosos almacenes de arroz, sal, soja y pescado ahumado. Estaba claro que los habitantes del castillo no solo estaban a salvo, sino que eran autosuficientes contra cualquier asedio.

El *sensei* Hosokawa regresó, ordenándoles bruscamente atención. Lo seguía un puñado de guerreros samuráis armados de pies a cabeza. Entre ellos se encontraba el *daimyo* Takatomi, acompañado por Masamoto, varios criados y un muchacho joven.

—¡Arrodillaos! —ordenó el *sensei* Hosokawa, y todos los jóvenes samuráis se hincaron sobre una rodilla e inclinaron la cabeza.

El *daimyo* Takatomi dio un paso adelante para hablar.

—¡Con gran honor os presento a su alteza Hasegawa Satoshi, legítimo heredero de Japón y gobernante a la espera!

El muchacho, rodeado de sirvientes, asintió en reconocimiento a las palabras. Jack se arriesgó a alzar la mirada. Satoshi no parecía mucho mayor que él. Tal vez unos dieciséis años. Tenía la cara fina con los primeros signos de un leve bigote asomando en su labio superior. Llevaba el pelo recogido en un moño y vestía con todos los atributos de un imponente *daimyo*. Lo que más sorprendió a Jack fue la pequeña cruz de plata que colgaba de su cuello.

—Tus jóvenes samuráis son bienvenidos a mi castillo, Masamoto-sama —trino Satoshi—. A cada día que pasa llegan más tropas leales. Nuestro ejército pronto superará los cien mil hombres. Con esa fuerza, aplastaremos al *daimyo* Kamakura y su ilegítima campaña.

Moviéndose con el grácil aire de quien ha sido educado en la nobleza, Satoshi inspeccionó las filas de los jóvenes samuráis. Se detuvo ante Jack.

—¿Y este quién es? —preguntó, sorprendido al ver la inesperada mata de pelo rubio entre las filas de japoneses morenos. Jack hizo una reverencia.

—Jack Fletcher, a vuestro servicio.

Satoshi se rio de buena gana.

—¡Esto sin duda enseñará a nuestro enemigo el temor de Dios! ¡Un samurái extranjero!

Sus acólitos se rieron también. Excepto uno. Detrás del muchacho había un hombre de ascendencia europea, alto y delgado, de piel olivácea y pelo negro brillante. Jack no se había fijado antes en él porque llevaba los mismos atuendos formales que el resto del séquito. Los ojos del hombre parpadearon un instante al ver a Jack, pero luego pareció recuperar la compostura. Una tensa sonrisa se formó en sus finos labios. Susurró algo al oído de Satoshi mientras el séquito continuaba su camino.

Jack deseó poder haber oído lo que decía el hombre. El extranjero tenía claramente alguna influencia sobre Satoshi para formar parte de su séquito privado. Y Jack tendría que haberse sentido reconfortado por la presencia de otro rostro europeo, pero no pudo desprenderse de una inquietante sensación en la boca del estómago.

Tras completar su inspección, Satoshi asintió a Masamoto mostrando su aprobación y se marchó, seguido de sus sirvientes y samuráis. El *daimyo* Takatomi y Masamoto se dirigieron al jardín, sumidos en discusión, y dejaron al *sensei* Hosokawa al mando.

—Estos serán nuestros barracones —anunció el *sensei*, indicando el edificio que tenían detrás—. Dejad ahí vuestro equipo y luego seguidme a la armería.

No había camas dentro, solo una gran sala con una puerta *shoji* al fondo. Jack siguió a Yamato y Yori, mientras que Akiko se dirigía al otro lado de la puerta con el resto de las chicas. Tras encontrar sitio en el rincón, Jack soltó su mochila. Contenía poco aparte de su muñeco Daruma, el *tantō* del ninja y una sábana y un kimono de repuesto que había conseguido traer de la escuela. Sus dos espadas colgaban ahora permanentemente de su cadera.

Los estudiantes ocuparon despacio su lugar, pues su moral era baja después del ataque a la *Niten Ichi Ryū*. El daño que Kazuki había infligido a la escuela estaba demostrando ser más grande que el incendio de unos cuantos edificios. Su traición había golpeado el corazón mismo de la *Niten Ichi Ryū*. La escuela se dividía en grupos, los estudiantes ya no confiaban unos en otros, y una gran sensación de vergüenza flotaba en el aire, pues el deshonor de un samurái convertido en traidor los manchaba a todos.

—¿Te importa si me instalo aquí? —preguntó Takuan, que parecía agotado después de la larga marcha.

—Por supuesto que no —dijo Jack, haciéndole sitio. Cualquier sensación de rivalidad por Akiko parecía irrelevante en tiempo de guerra—. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal —respondió él, haciendo una mueca mientras soltaba su equipo—. La mochila me ha rozado contra las costillas todo el camino...

—¡Aprisa! —gritó el *sensei* Kyuzo desde la puerta.

Una vez fuera, los llevaron a un gran almacén y les suministraron armas. Un soldado de modales bruscos le entregó una coraza hecha de capas superpuestas de

escamas de cuero lacado, dos grandes hombreras rectangulares, un casco de metal con tres placas cruzadas que protegían el cuello, un par de pesados guanteletes para proteger sus manos y, por fin, una fea máscara de metal. Cubría la mitad del rostro de Jack y tenía una larga nariz puntiaguda y un grueso bigote negro.

—¿Para qué es esto? —preguntó Jack.

—Es una *mempō* —gruñó el soldado, irritado—. Te protege la garganta y asusta al enemigo. ¡No es que necesites uno con una cara como la tuya!

Se partió de risa con su propio chiste.

—¡Siguiente!

Jack se reunió en el patio con los demás, que intentaban probarse su nuevo equipo. Jack estudió la composición de la armadura, sin saber por dónde empezar.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Akiko, que ya estaba completamente equipada con una magnífica armadura de color azul turquesa.

—¿Cómo te la has puesto tan rápido?

—Solía ayudar a mi padre con la suya, incluso el día en que partió a la batalla de Nakasendo. Esa fue la última vez que lo vi.

Una expresión de tristeza cruzó el rostro de Akiko. Jack sabía que aún sentía profundamente la muerte de su padre, a pesar de los años transcurridos. Suponía que esa pérdida a tan corta edad era uno de los motivos por los que Akiko estaba tan decidida a convertirse en guerrera. Como no tenía ningún hermano mayor, era su responsabilidad ocupar su lugar y mantener el honor de la familia. Jack podía comprender su pérdida. No pasaba un día en que no pensara en su propio padre. Pero él tenía un motivo distinto para convertirse en samurái: la amenaza de Ojo de Dragón.

Akiko pasó el peto por encima de la cabeza de Jack y estaba a punto de atarlo cuando desde el otro lado del patio sonaron risas. Se dieron la vuelta y vieron a Yori embutido en su armadura. Sus brazos no eran mucho más largos que las hombreras y el peto casi le llegaba a las rodillas. Pero lo que más diversión causaba era su casco. Cuando Yori se lo puso, toda su cabeza desapareció dentro y ahora caminaba a ciegas. Yamato corrió a su rescate.

Una vez ataviados del todo, y después de que Yori cambiara su casco por otro más pequeño que le quedaba igual de mal, guardaron sus armaduras con sus otras pertenencias y se dirigieron a comer a las cocinas comunes. La larga marcha desde Kioto hasta Osaka había dejado a Jack famélico y anhelaba una comida en condiciones. Pero las únicas provisiones fueron varias bolas de arroz frío y sopa de pescado acuosa.

Los estudiantes se reunieron en grupos descontentos a comer. Yori se sentó junto a Jack en el patio, completamente deprimido. Picoteó su arroz, pero no lo comió.

—Sé que no está al nivel de la *Chō-no-ma*, pero al menos tenemos una vista magnífica del castillo —dijo Jack, tratando de arrancar una sonrisa a su amigo.

—Vamos a la guerra de verdad, ¿no? —susurró Yori, contemplando su sopa.

—No te preocupes, Yori —tranquilizó Akiko—. No estaremos en primera línea.

—¿Entonces por qué nos dan armaduras?

—Somos la reserva. Por eso nos estacionan en la muralla interior. Es el lugar más seguro después de la fortaleza.

—Pero ¿y si entra el enemigo?

—Eso no sucederá. Ya has visto las defensas. Ningún ejército puede cruzar dos fosos y escalar estas murallas fortificadas. El Castillo de Osaka no caerá nunca.

Mientras hablaban, cuatro guardias del castillo se acercaron a Jack. El capitán se dirigió a él.

—Jack Fletcher, tienes que acompañarnos a la fortaleza.

El padre Bobadillo

Escoltaron a Jack por un camino estrecho cuyas murallas se cerraban a los lados mientras se acercaban a una enorme puerta de madera y hierro, protegida por soldados con lanzas. Las puertas se abrieron y entraron en un patio interior adornado con ciruelos y *sakura*. La fortaleza estaba ahora mucho más cerca y Jack tuvo que echar la cabeza atrás para ver la planta superior.

Dejaron atrás un jardín de té con un estanque ovalado, luego un pozo central, y cruzaron hasta la entrada principal de la fortaleza. Al acercarse a la gran puerta fortificada de su inmensa base de piedra, los guardias samuráis les dieron el alto, las manos prestas sobre las espadas. El Consejo no corría ningún riesgo con la seguridad de Satoshi. Jack advirtió también una patrulla rodeando el *donjon*. El capitán de la guardia dijo la contraseña y la puerta se abrió.

Una vez dentro, los guardias se quitaron las sandalias y Jack hizo lo mismo. El interior, panelado de madera, estaba oscuro, y los ojos del muchacho tardaron unos instantes en aclimatarse. A un lado, divisó un almacén lleno de pólvora, mosquetes, arcabuces y lanzas. Esperando encontrar escalones de piedra que llevaran a la planta principal, Jack se sorprendió al descubrir que había tres niveles dentro de la base de la fortaleza solamente. Tras subir por varias escaleras de madera, dejaron atrás más guardias e incontables habitaciones, pero solo cuando llegaron a la cuarta planta vieron ventanas.

El sol estaba ahora bajo sobre el horizonte y Jack pudo ver durante kilómetros la llanura de Tenno-ji. Bajo él se alzaban las tres murallas concéntricas del castillo y más allá la ciudad, extendida como una colcha hasta la bahía y el mar, tan burlonamente cerca. «Tal vez —pensó Jack—, cuando todo esto haya terminado, podría encontrar en la bahía un barco japonés con rumbo a Nagasaki, y a partir de ahí regresar a casa».

Su escolta se detuvo bruscamente ante una gran puerta de madera de la quinta planta. Aquí no había guardias y Jack no tenía ni idea de qué esperar. Los samuráis no le habían dicho una palabra desde los barracones, así que no sabía si había sido arrestado o estaba a punto de conocer al gobernante en espera. La incómoda sensación en su estómago regresó cuando la puerta se abrió.

—Entra en mi estudio —dijo una voz, densa y empalagosa como la melaza.

Ante él se encontraba el europeo del séquito de Satoshi, el pelo liso y brillante a la luz de la lámpara. Ya no iba vestido con kimono japonés, sino con la sotana y la capa distintivas de los jesuitas portugueses. Jack trató de contener la sensación de temor que experimentó al descubrir a un enemigo jurado de Inglaterra en un puesto de poder en el castillo.

Entró en el estudio del sacerdote y se sintió momentáneamente desorientado. Era

como si hubiera pasado al otro lado del mundo. La habitación estaba amueblada completamente al estilo europeo. Las paredes y el techo tenían paneles de madera. Una gruesa mesa de roble con patas intrincadamente talladas dominaba la habitación. En su superficie había dos candelabros de plata y una jarra de peltre con agua. Detrás había un gran sillón de madera, donde el sacerdote se sentó, el cabezal decorado con los adornos florales tan populares entre las cortes de Europa. En un rincón había un oscuro arcón de caoba asegurado por un gran candado. En la pared colgaba una pintura al óleo, un retrato de san Ignacio, el fundador de los jesuitas; y en una alacena había un montón de gruesos libros encuadernados en cuero. Los muebles eran tan poco japoneses que Jack experimentó un abrumador retortijón de añoranza.

—Siéntate —ordenó el sacerdote cuando cerraron la puerta. Jack se arrodilló instintivamente en el suelo.

—En la silla —dijo el sacerdote, señalando con un gesto de desesperación la silla de alto respaldo que había detrás de Jack—. Está claro que has olvidado quién eres. No es que te lo reproche. Solo se puede vivir un tiempo determinado entre los japoneses antes de volverse completamente loco. Por eso insistí en tener aquí mi propio pedazo de Portugal. Esta habitación es mi santuario ante todos esos sofocantes rituales, formalidades y etiquetas.

Jack se sentó, todavía anonadado por el aspecto de la habitación.

—¿Me comprendes? —preguntó el sacerdote, pronunciando lentamente las palabras, como si Jack fuera idiota—. ¿O preferirías que hablara... inglés?

Jack se puso inmediatamente en alerta. A pesar de su aparente amistad, había algo serpentino y astuto en los modales del sacerdote. No le había dicho de dónde era, así que el jesuita era bien consciente de cómo había llegado a Japón. Aunque Jack quería desesperadamente hablar en inglés después de todos estos años, tenía que dejar claro que no iban a tomarlo por tonto.

—El japonés está bien. O el portugués, si lo prefiere —respondió, agradeciendo que su madre, maestra, le hubiera enseñado algo del idioma.

El sacerdote mostró una fina sonrisa.

—Es agradable descubrir que tienes educación. Por un momento me preocupó que fueras un pobre grumete. Pero hablaremos en inglés. Estoy seguro de que has echado de menos tu lengua materna.

»Soy el padre Diego Bobadillo, hermano de la Sociedad de Jesús, protectorado de la Iglesia católica y jefe de los misioneros aquí en Japón. También soy consejero de su alteza Hasegawa Satoshi.

Jack advirtió que este era el hombre a quien el padre Lucius, el sacerdote jesuita de Toba, le había pedido que entregara el diccionario japonés-portugués.

—Tenía que buscarlo —interrumpió Jack—. Conocí al padre Lucius.

El sacerdote alzó una ceja, pero por lo demás no pareció sorprendido por la noticia. Era evidente que el padre Lucius había informado a su superior de sus encuentros.

—Su último deseo fue que le entregara su diccionario. Lamento decir que me lo robaron.

—Es una lástima, pero no te preocupes por ello —respondió el sacerdote, descartando el tema con un gesto.

Jack se sintió a la vez aliviado y sorprendido por la indiferencia del sacerdote.

—Pero fue el trabajo de la vida del padre Lucius. Tardó más de diez años. Dijo que era el único que existía...

—Lo perdido, perdido está.

—Pero Ojo de Dragón, el ninja, lo robó.

—No puedo decir que haya oído hablar de ese hombre —respondió el sacerdote, frunciendo el ceño—. Además, ¿para qué querría un ninja un diccionario?

—No iba detrás del diccionario, iba a por...

Jack se detuvo. Este sacerdote era astuto. Tenía un modo de liarlo. Al hablar en inglés, había conseguido que Jack bajara la guardia. Si no tenía cuidado, revelaría demasiado.

—Continúa —instó el padre Bobadillo.

Jack se aferró a la idea de que este influyente jesuita podría poder instigar una búsqueda oficial de Ojo de Dragón, y esto podría conducirlo al cuaderno de ruta.

—Iba a por mí —repitió Jack, corrigiendo su respuesta—. Pero el padre Lucius insistió en que el diccionario era crucial para que la Hermandad extendiera su fe en Japón. ¿De verdad que no quiere recuperarlo?

—Por si no te has dado cuenta, nos enfrentamos a la posibilidad de una guerra —dijo el padre Bobadillo, la voz cargada de sarcasmo—. Un diccionario es la menor de mis preocupaciones. Tú, sin embargo, sí que me preocupas.

—¿Qué quiere usted decir?

—No me equivoco al pensar que el padre Lucius no consiguió persuadirte para que siguieras el camino verdadero, ¿no?

—Ya sigo el camino verdadero —respondió Jack ardientemente.

El padre Bobadillo suspiró.

—No estamos aquí para discutir de semántica ni de causas perdidas. He advertido a su alteza de las traidoras tendencias de los ingleses.

Alzó una mano, advirtiéndole a Jack que no lo interrumpiera.

—Quiero dejar muy claro que tu presencia en este castillo solo es tolerada porque eres hijo adoptivo de Masamoto-sama. Cuando las fuerzas de su alteza ganen esta guerra, la Sociedad de Jesús será la religión del estado y los herejes como tú no serán bienvenidos en estas costas. Nunca jamás.

Jack se preguntó cómo podía el sacerdote estar tan seguro del ascenso al poder de los jesuitas, y entonces recordó la cruz de plata que colgaba alrededor del cuello de Satoshi. El sacerdote debía de haberse congraciado con el círculo interno de Satoshi hasta convertirse en su consejero espiritual.

—No te mentaré, Jack Fletcher. Está claro que estás lleno de recursos para haber

sobrevivido tanto tiempo solo en Japón.

El padre Bobadillo apoyó los codos sobre la mesa, cruzó los dedos y continuó:

—Como inglés y protestante, eres enemigo de mi país y de mi Hermandad. Pero dada tu edad y disposición a luchar por su alteza, quiero hacerte una propuesta. Si no me causas ningún problema, cuando esta guerra haya terminado garantizaré personalmente tu pasaje a salvo para que regreses a Inglaterra. Eso es lo que realmente quieres, ¿no es verdad?

Jack se sorprendió. Le estaba prometiendo aquello que más había deseado por encima de todas las cosas estos últimos tres años. Pero su sueño se lo ofrecía un sacerdote jesuita portugués, el archienemigo de su país.

—¿Cómo puedo confiar en usted?

—Lo juro por la Palabra de Dios. Tengo barcos a mi disposición y sellaré una carta con mi insignia para asegurar tu regreso a salvo.

Jack asintió aturdido ante la propuesta.

—Bien. Está decidido. No le hablarás a nadie de esta conversación y si te encuentras con su alteza, o uno de sus servidores, no discutirás de las religiones en conflicto ni de la política de nuestros países. ¿Entendido? Ahora puedes marcharte.

Aturrullado, Jack se levantó de la silla, inclinó la cabeza y se volvió para marcharse. Al hacerlo, sus ojos se posaron en la estantería y reconoció algo.

Miró de nuevo. Entre los tomos encuadernados en cuero, había una Biblia, una recopilación de sermones y, entre ellos, el diccionario del padre Lucius.

El enemigo

—Estoy seguro de que era el mismo diccionario —dijo Jack, sentado con Akiko y Yamato en la oscuridad cuajada de estrellas del jardín del barracón.

Los tres se habían escabullido de la sala y buscaron un lugar apartado donde charlar. La noche sin luna era silenciosa a excepción del tintineo del arroyo. En la distancia brillaban las linternas de la fortaleza y las siluetas de los soldados que patrullaban por las almenas.

—Solo lo viste de refilón —dijo Akiko—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

Reconocería esa encuadernación en cualquier parte. ¡Es exactamente igual que la del cuaderno de ruta de mi padre!

—Pero ¿no podría tratarse de otro diccionario, recopilado por uno de sus sacerdotes?

—No. El padre Lucius dijo que su libro era único.

—Tal vez Ojo de Dragón, después de robar el libro equivocado, se deshizo del diccionario y el padre Bobadillo lo adquirió por casualidad —sugirió ella.

—¿Entonces por qué no dijo que lo tenía? —replicó Jack—. ¡Al padre Bobadillo no le preocupaba el robo del diccionario porque ya lo tenía! Lo que significa que también debe tener mi cuaderno de ruta.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Yamato—. ¿De verdad estás sugiriendo que un cortesano clave de Hasegawa Satoshi y su consejero espiritual es responsable de contratar a Ojo de Dragón para que robara el cuaderno de tu padre y te asesinara a ti?

—Sí —declaró Jack con énfasis.

—Pero es un sacerdote. ¿No va contra sus votos religiosos robar y matar? Sé que los jesuitas son enemigos de tu país, pero él está de nuestra parte. Incluso has dicho que te prometió ayudarte a regresar a casa. Parece un hombre compasivo, no un ladrón ni un asesino.

Jack suspiró, lleno de exasperación. Todo estaba muy claro para él.

—¿Recuerdas cuando el padre Lucius, en su lecho de muerte, me pidió perdón, diciendo que había sido su deber decírselo a alguien pero que no sabía que estarían dispuestos a matar por él? Debía de estar hablando del cuaderno de ruta y de su superior, el padre Bobadillo.

Akiko miró pensativa al cielo. La luz de las estrellas chispeaba en sus ojos.

—No puedes acusar sin pruebas al consejero de su alteza de robar ni de contratar a un asesino. Necesitamos pruebas. Primero, debemos confirmar que el libro que viste era en verdad el diccionario del padre Lucius...

—¿Qué estás sugiriendo? —interrumpió Yamato, preocupado por el giro que estaba tomando la conversación—. ¿Que vayamos a esa torre fuertemente vigilada, entremos en la habitación del sacerdote y echemos un vistazo?

Akiko sonrió.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Pasó una semana antes de que los tres tuvieran una oportunidad para intentarlo. Una tarde libre para practicar con las armas sin el seguimiento de un tutor. Hasta ese momento los *senseis* de la *Niten Ichi Ryū* habían estado machacando a conciencia a los jóvenes samuráis, enseñándoles formaciones de batalla y haciendo que se acostumbraran a combatir con armadura. El régimen era implacable, pues los *senseis* sabían que las vidas de sus estudiantes dependían de la calidad de su entrenamiento.

A cada día que pasaba, llegaban más y más tropas leales a Satoshi. Traían noticias de escaramuzas por todo el país y de un enorme ejército que avanzaba hacia Osaka. Jack se sorprendió al ver el número de extranjeros y de japoneses convertidos al cristianismo que se reunían ahora dentro de las murallas del castillo. La cruzada del *daimyo* Takatomi había empujado a todos los misioneros a buscar refugio con Satoshi. La presencia de tantos rostros europeos le debería haber resultado gratificante a Jack, pero ninguno parecía inglés ni holandés. Quitando el ocasional mercader o comerciante, todos eran frailes españoles o jesuitas portugueses.

—Esto es un suicidio —susurró Yamato mientras se acercaban al primer grupo de puertas—. Mi padre me desheredará por esto.

Akiko y él, vestidos con armadura completa, y con los rostros cubiertos por las *mempō*, escoltaban a Jack por el estrecho camino que conducía al patio interior.

—Marcha como si tuvieras motivos para entrar y no te detengas —susurró Akiko.

Uno de los soldados, lanza en mano, les cortó el paso. Antes de que pudiera darles el alto, Akiko ordenó:

—¡Abrid las puertas!

El hombre vaciló, sorprendido al oír la voz de una muchacha por dentro de la máscara.

—¡Vamos! Este muchacho es invitado del padre Bobadillo.

Su tono era tan autoritario que el asombrado soldado corrió a la puerta. Todos los guardias se inclinaron y los tres atravesaron la puerta.

—Os dije que no habría problemas —dijo Akiko, con cierta petulancia—. Los *ashigaru* siguen las órdenes. No las cuestionan.

Cruzaron el patio hasta la entrada principal de la fortaleza. Dos guardias samuráis les bloquearon el paso. Jack advirtió que esto sería un asunto completamente distinto. No eran *ashigaru* de baja estofa.

—Contraseña —exigió el de la derecha.

Yamato les dio la respuesta que Jack había oído murmurar a su guardia la semana pasada.

—Esa es una contraseña antigua —declaró el samurái.

Yamato se quedó allí, sin habla, inseguro de qué hacer a continuación. El otro guardia echó mano a su espada. Jack empezó a sudar. Aunque era improbable que su intento de entrar en la fortaleza acabara en una pelea, tendrían que dar algunas serias

explicaciones.

—¡Qué molesto! —se quejó Akiko, quitándose la máscara—. Saburo-san nos ha dado la contraseña equivocada. Apuesto a que lo ha hecho a propósito para ponernos en evidencia.

Los guardias se la quedaron mirando, sorprendidos al descubrir a una muchacha detrás de la *mempō*. Jack y Yamato intercambiaron una mirada de preocupación, tan extrañados como los guardias por la acción de Akiko.

—¡Vamos a ser el hazmerreír de la escuela! —dijo ella, dirigiendo su irritación a Yamato—. ¡Nuestra primera misión como guerreros samuráis para el *daimyo* Takatomi y ni siquiera podemos escoltar a un muchacho y llevarlo con el padre Bobadillo!

Uno de los guardias sonrió ante su angustia. Akiko se volvió hacia él, los ojos suplicantes.

—Por favor, déjenos pasar. Este muchacho ya ha sido convocado a la fortaleza antes. No se puede olvidar una cara como la suya, ¿no?

Haciendo una mueca y arrugando la nariz, señaló la nariz mucho más grande de Jack y los guardias se partieron de risa. Jack no se sintió tan impresionado. Se preguntó si ella realmente pensaba así.

Agitando las pestañas, Akiko le dirigió al hombre una mirada inocente.

—Será tan embarazoso regresar sin haber cumplido una orden tan sencilla...

La decisión del guardia se debilitó bajo su mirada. Miró de nuevo a Jack y gruñó al reconocerlo.

—Quinta planta, pero nada más. Más allá están los guardias personales de su alteza y ellos no son tan comprensivos.

—Gracias —respondió Akiko, inclinando la cabeza y colocándose de nuevo la *mempō*.

Los tres entraron en la fortaleza. Tras quitarse las sandalias, subieron por las escaleras. Yamato iba delante.

—Espero no haberte ofendido —susurró Akiko al oído de Jack.

—No, por supuesto que no —respondió Jack rápidamente, sintiendo que se ruborizaba.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Yamato cuando llegaron a la quinta planta.

—Hum... a la izquierda —dijo Jack, un poco azorado por si su amigo advertía su rostro colorado.

Recorrieron el pasillo principal hacia el estudio del padre Bobadillo. Un par de guardias pasaron ante ellos. Durante un instante Jack pensó que los habían pillado, pero los dos guardias los ignoraron y bajaron por las escaleras. No había más samuráis cerca.

—¿Y si está en su habitación? —preguntó Yamato.

—Solo hay un modo de averiguarlo —dijo Akiko, indicándoles que esperaran en un pasillo lateral.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta.

Akiko los llamó para que se reunieran con ella.

—Montaremos guardia aquí —le dijo a Jack—. Te avisaremos si viene alguien.

Jack asintió y entró en el estudio del padre Bobadillo. La extraña sensación de cruzar el mundo volvió a asaltarlo. De un solo paso, había pasado de Oriente a Occidente.

Unos cuantos rayos del sol de la tarde se filtraban por la ventana cerrada, dando la impresión de que la habitación a oscuras estaba llena de secretos. Se dirigió a la alacena y buscó el diccionario. Fue fácil de localizar. La encuadernación era exactamente como recordaba, gastada por el uso constante y levemente dañada en el filo inferior, ya que una vez se le había caído. Tras abrir las páginas del libro, sus sospechas quedaron confirmadas. El nombre del padre Lucius estaba claramente escrito con tinta negra en la primera página.

Jack tenía todas las pruebas que necesitaba. El padre Bobadillo era el diablo detrás de Ojo de Dragón. ¿Cómo si no podría haber conseguido el diccionario? ¿Por qué negar todo conocimiento del mismo? Una fría comprensión se apoderó de Jack. Si el sacerdote jesuita tenía el diccionario, entonces debía de tener también el cuaderno de ruta. Experimentó un arrebató de furia. Si el padre Bobadillo era responsable de contratar a Ojo de Dragón, entonces era tan culpable del asesinato de su padre como el asesino mismo.

La mano derecha de Jack se cerró sobre el *tantō* ninja que llevaba en el *obi*. Agarró el mango de la hoja demonio con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Pensamientos de venganza latieron como fuego por sus venas.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —dijo una voz ante la habitación.

Jack se quedó helado. Los habían descubierto. Volvió a guardar el diccionario en la estantería.

—Turno de guardia, oficial —respondió Yamato, nervioso.

—Os habéis equivocado de planta. Solicité un cambio de guardia para el invitado del padre Bobadillo en la cuarta planta.

—Pero... —dijo Akiko.

—Nada de discusiones. ¡Seguidme!

—¡*Hai!* —respondieron Akiko y Yamato, y Jack los oyó marcharse.

Soltó el cuchillo. Tenía que pensar con claridad. La venganza no era una opción. El padre Bobadillo tenía demasiadas conexiones poderosas y seguía existiendo la posibilidad de que Jack estuviera equivocado en su suposición. Además, su prioridad era encontrar el cuaderno de ruta. Jack advirtió que era posible que estuviera en esta misma habitación. Rebuscó entre los otros libros, pero sin éxito. Miró en la mesa. Entonces divisó el arcón cerrado en un rincón.

Jack se arrodilló delante del enorme cofre y desenvainó el *tantō*. Insertó con cuidado la punta en el candado e hizo girar la hoja. Cuando su hermana pequeña perdió la llave de su propio arcón en casa, su padre le había enseñado cómo abrir un

candado. Pero este era más fuerte y no cedía. El cuchillo resbaló. Mientras lo intentaba de nuevo, Jack experimentó la enervante sensación de que lo estaban vigilando. Al mirar alrededor, vio los ojos oscuros de un hombre mirándolo de manera acusadora, pero era solo el retrato de san Ignacio.

De repente, el candado cedió y Jack lo soltó de la placa. Alzó la pesada tapa y miró en el interior del arcón. Había papeles, monedas de plata, algunas joyas, una gruesa túnica de terciopelo y tres libros. Jack los cogió, pero ninguno de ellos era el cuaderno de ruta. Rebuscó en las profundidades del arcón. ¿Dónde lo guardaría el padre Bobadillo? ¿Le había dado el libro a alguien para que lo descifrara? ¿Tal vez Ojo de Dragón no se lo había entregado? Al descubrir su verdadero valor, tal vez el ninja se había quedado con el cuaderno de ruta para sus propios propósitos. A través de la bruma de sus apresurados pensamientos, Jack fue consciente de los pasos que sonaban en el pasillo. Se detuvieron directamente ante la puerta del estudio.

—Por favor, dale las gracias al *daimyo* Yukimura por su tiempo hoy —dijo una voz melosa.

Era el padre Bobadillo.

Jack estaba atrapado. Colocó rápidamente en su sitio el contenido del arcón y volvió a echar el candado. Miró a su alrededor, lleno de pánico. No había ningún sitio donde esconderse.

Entonces divisó una rendija de luz que corría por la pared del fondo. Se acercó veloz y descubrió una *shoji* camuflada de panel de madera. La abrió y consiguió franquearla justo cuando el padre Bobadillo abría la puerta principal. Mientras el sacerdote entraba en la habitación, Jack cerró la *shoji* tras él.

Jack descubrió que había entrado en un cuarto de oración. Amueblado al estilo japonés, el suelo estaba ricamente tapizado con esterillas *tatami* y las paredes construidas con papel *washi*. Afortunadamente, la habitación estaba vacía a excepción de un sencillo altar y un crucifijo de madera, junto al cual había una puerta secreta. A su derecha había una *shoji* que conducía al pasillo principal.

Jack oyó al padre Bobadillo abrir los postigos de su habitación. Conteniendo la respiración, acercó un ojo a la grieta de la puerta. El padre Bobadillo no estaba solo.

—Creo que ha salido bastante bien, ¿no le parece? —dijo un hombre pequeño y grueso de origen portugués. Calvo, de ojos oscuros y nariz prominente, llevaba la sotana de los sacerdotes jesuitas.

El padre Bobadillo asintió.

—La amenaza de la guerra a menudo hace que los hombres sean más piadosos. Antes de que esto se termine, espero haber convertido a todos los señores gobernantes.

—Su Santidad le recompensará en el Cielo por tan fiel servicio.

—Espero que sea un poco antes que eso —respondió el padre Bobadillo, con una sonrisa taimada en los labios—. Después de todo, pondré todo Japón bajo su autoridad.

Se sentó en el sillón de alto respaldo, ofreciendo el otro asiento al sacerdote.

—Pero aún tenemos una pequeña espina en el costado que tenemos que tratar.

—Creí que ya había hablado con el muchacho.

—Padre Rodríguez, cada día que ese hereje inglés pasa en este castillo es una amenaza para nuestra sagrada misión. Tenemos que eliminarlo.

—¿Quiere decir asesinarlo? —respondió el padre Rodríguez, los ojos muy abiertos de alarma—. ¡Tenga piedad!

—Claro que no, me pudriría en el infierno —calmó el padre Bobadillo—. Pero su muerte sería conveniente.

—¿Qué daño puede hacernos ese muchacho?

—El daño más grande. Siempre hemos presentado a la Iglesia como unida en fe y doctrina. No podemos consentir que su alteza descubra que hay disidentes entre los cristianos. Imagine que el muchacho le revelara a Satoshi la verdad del asunto. Puede cuestionar su fe en nosotros y en Cristo. El muchacho podría socavar todo lo que hemos conseguido en Japón.

—¿Entonces qué propone usted? —preguntó el padre Rodríguez, agitándose incómodo en su asiento—. ¿No cuestionaría Masamoto-sama la desaparición del muchacho?

—Necesitamos un motivo para desacreditar a Jack Fletcher —respondió el padre Bobadillo, mirando pensativo por la ventana—. Algo que garantice su destierro. Una vez más, la guerra podría resolvernos el problema. Después de todo, es una época peligrosa para ser samurái...

El sacerdote se interrumpió para mirar intrigado la alacena. Jack siguió su mirada y se maldijo en silencio por su estupidez. Había puesto el diccionario en el lugar equivocado. Los ojos del jesuita recorrieron la habitación. Se levantó del sillón y se acercó al arcón y se inclinó para examinar el candado. A la fría luz del día, incluso Jack pudo ver la profunda mella que había causado su *tantō* al resbalar.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre Rodríguez.

Sin responder, el padre Bobadillo se irguió lentamente y se acercó al retrato. Lo estudió, aparentemente sumido en reflexión. De repente se dirigió a la puerta tras la que estaba agazapado Jack.

El muchacho se volvió para echar a correr. Pero sabía que nunca llegaría a la *shoji* a tiempo.

—¡Su Eminencia! —exclamó alguien, aporreando urgentemente a la puerta del estudio del padre Bobadillo.

—¡Sí! ¿Qué sucede? —preguntó el sacerdote, tan cerca que Jack pensó que estaba en la habitación con él.

—¡El enemigo está aquí! Han avistado el ejército del *daimyo* Kamakura. Su alteza exige su presencia inmediata en las almenas.

El padre Bobadillo pareció vacilar al otro lado de la *shoji*.

—No deberíamos hacer esperar a su alteza —le recordó el padre Rodríguez.

Entonces Jack oyó abrirse la puerta del estudio, y luego cerrarse antes de que los pasos se perdieran pasillo abajo. Jack se quedó donde estaba, el corazón martilleándole en el pecho.

El enemigo no estaba solo fuera de las murallas del castillo. También estaba dentro.

40

Asedio

Las balas de cañón caían sobre las murallas del Castillo de Osaka. El bombardeo había sido incesante desde hacía tres días. El ruido de la pólvora al explotar rugía como truenos sobre los complejos del castillo y el acre olor a quemado llenaba el aire. Una bruma de humo flotaba ahora sobre la llanura de Tenno-ji como si fuera la neblina de la mañana, oscureciendo gran parte del enorme campamento del *daimyo* Kamakura. Del tamaño de una ciudad pequeña, sus ordenadas filas de tiendas, pabellones y barracones de lona se extendían en la distancia a lo largo de kilómetros. Masamoto había calculado que unos doscientos mil soldados se congregaban ante las murallas del castillo.

Jack se encontraba en las murallas interiores con los otros jóvenes samuráis. Le sorprendía el furor absoluto del fuego enemigo. ¿Dónde había conseguido Kamakura sus cañones? El Castillo de Osaka no poseía esas armas pesadas y las fuerzas de Satoshi no respondían al fuego. Jack advirtió que si esto hubiera sido un barco, ya los habrían hundido mil veces. Pero aunque un disparo tras otro machacaban las fortificaciones, la robusta piedra demostraba ser invulnerable al bombardeo.

En las pausas entre los bombardeos, las tropas del *daimyo* Kamakura arremetían contra las puertas del castillo. Pero eran expulsadas cada vez. Las catapultas colocadas en las almenas lanzaban grandes rocas y bolas de fuego contra el ejército atacante. Las andanadas de flechas caían como granizo, matando e hiriendo a fila tras fila de *ashigaru*. Si algún batallón lograba abrirse paso se enfrentaba entonces al desafío de cruzar el foso. La mayoría moría al intentar cruzarlo en balsas o intentar rellenarlo para crear un paso. Los pocos samuráis que lograban llegar a las murallas tenían poca esperanza de escalar la empinada inclinación de sus bases. Eran alcanzados con flechas y disparos de arcabuz, los escaldaba el aceite hirviendo, o los aplastaban las rocas lanzadas desde las troneras.

El Castillo de Osaka estaba demostrando ser inexpugnable. Quedó claro que la única opción del *daimyo* Kamakura era plantar un asedio.

—¿Cuánto tiempo podremos aguantar? —preguntó Yori, la voz temblorosa, mientras se asomaba temeroso al parapeto.

—Meses, tal vez incluso un año —respondió Taro, ataviado con armadura completa como el resto de los estudiantes.

—Pero ¿no nos quedaremos sin comida antes? —preguntó Jack. A pesar de los numerosos almacenes, estaba seguro de que cien mil soldados consumirían sus suministros muy rápidamente.

—Yo no me preocuparía. Los *tatami* del castillo están hechos de raíces vegetales. Podemos comérmolos si la situación se vuelve desesperada.

Taro le sonrió a Jack, pero la expresión seria de sus ojos le hizo saber a Jack que

no estaba bromeando.

—Esperemos no tener que llegar a eso —dijo Takuan, que permanecía de pie junto a Emi y Akiko, algo envarado, pues sus costillas heridas aún le causaban problemas—. El *daimyo* Kamakura pronto se dará cuenta de la futilidad de esta batalla y se rendirá.

—¡Pero su ejército nos supera dos a uno! —gimió Yori, agachándose cuando una bala de cañón impactó en una torre cercana.

—Tendría que sacar a nuestras fuerzas a campo abierto para tener alguna oportunidad —respondió Taro, sin preocuparse por la andanada—. Mientras las fortificaciones aguanten, no habrá ningún motivo para que nos enfrentemos en el llano.

—He oído que el *daimyo* Kamakura se está desesperando ya —dijo Emi—. Mi padre me dijo que envió un mensajero esta mañana para sobornar al *daimyo* Yukimura con el ofrecimiento de la provincia de Shinano. Fue rechazado de plano, naturalmente.

—Pero ¿Shinano no la gobierna el padre de Kazuki? —preguntó Takuan.

—Sí —rio Emi—. Por eso sabemos que se está desesperando.

—Bueno, una provincia será lo menos que pierda esa familia de traidores si alguna vez volvemos a encontrarnos con Kazuki —amenazó Yamato, entornando los ojos.

Jack se preguntó qué le había sucedido a Kazuki. Aunque Masamoto había enviado a una partida en su búsqueda, el traidor nunca fue capturado. Su desertión ya no se discutía abiertamente entre los estudiantes. Sin embargo, estaba todavía en la mente de todos, como una astilla infectada bajo la piel.

—¡Bajad! —ordenó el *sensei* Hosokawa, que apareció en los parapetos—. Se os convoca a todos en los barracones.

Los jóvenes samuráis ocuparon sus puestos en el patio, cada unidad dirigida por un *sensei*.

Masamoto se plantó ante ellos, el rostro grave.

—Os he convocado para discutir un asunto muy preocupante.

Jack intercambió una mirada de angustia con Akiko y Yamato. ¿Tenía esto que ver con su incursión? Durante la conmoción creada por la llegada del ejército del *daimyo* Kamakura, los tres habían conseguido regresar a los barracones sin ser descubiertos. Pero el padre Bobadillo continuaba siendo un problema. Sabía que alguien había estado en su habitación y Jack estaba seguro de que el sacerdote sospechaba de él. Era justo la excusa que el padre Bobadillo necesitaba para desacreditarlo. ¿Había hablado con Masamoto?

—Con la guerra ante nuestra puerta, debemos aceptar la perspectiva de que vayamos a entrar en combate.

Yori, al lado de Jack, empezó a temblar como una hoja.

—Debemos ser un ejército unido —declaró, caminando entre las filas de jóvenes

samuráis, la mano en la *saya* de su espada—. Comprometidos sin ninguna sombra de duda. Capaces de confiar unos en otros... con nuestras vidas.

Masamoto se detuvo delante de la fila de Jack. Tras inspirar profundamente, el samurái pareció debatir un momento con sus emociones. Jack empezó a sudar. Comprendió que estaba metido en un buen lío.

—Las traicioneras acciones de uno de nuestros estudiantes han socavado la moral de la *Niten Ichi Ryū*.

Jack soltó un silencioso suspiro de alivio. La convocatoria solo podía referirse a la desertión de Kazuki.

—Es una situación peligrosa para unos guerreros a punto de ir a la guerra. *Sensei Yamada*, por favor, inspira a nuestros jóvenes samuráis con tu sabiduría.

Apoyándose en su bastón, el *sensei Yamada* avanzó y se dirigió a ellos.

—Todo árbol tiene una manzana podrida, pero eso no significa que el árbol en sí esté podrido —retorció entre los dedos la punta de su larga barba gris mientras hablaba, sus amables palabras se elevaban de algún modo por encima del ruido y los truenos de la batalla en curso—. Tiempos de prueba como estos alimentan las mismas raíces de nuestra fuerza como escuela.

»¿Tu carcaj, por favor? —dijo el *sensei*, acercándose a Akiko. Asombrada, Akiko se soltó el carcaj.

El *sensei Yamada* sacó una de las flechas y se la pasó a Yamato.

—Rómpela por la mitad.

Yamato parpadeó sorprendido ante la orden, pero el *sensei* asintió, tranquilizándolo. Todos contemplaron cómo Yamato cogía la vara de madera en las manos y, sin mucho esfuerzo, quebraba la flecha en dos.

El *sensei Yamada* sacó ahora tres flechas del carcaj y se las puso en las manos.

—Rompe las tres a la vez.

Sujetando las varas, Yamato miró con tono de disculpa a Akiko mientras se disponía a destrozar sus preciosas flechas de pluma de halcón. Empezó a hacer fuerza con las manos. Pero las varas de madera se negaron a rendirse... incluso cuando las apoyó contra la rodilla. Por mucho que lo intentaba, las flechas no se rompían. El *sensei Yamada* le indicó que dejara de intentarlo.

—Un samurái solo es como una flecha sola. Mortífero, pero capaz de romperse —explicó, devolviendo el carcaj a Akiko. Alzó ahora las tres flechas.

—Solo uniéndonos como una sola fuerza seguiremos siendo fuertes e inconquistables. Recordad esto, jóvenes samuráis de la *Niten Ichi Ryū*. Por las siete virtudes del *bushido*, estáis unidos para siempre unos a otros.

—¡HAI, *SENSEI!* —rugieron los estudiantes, el fervor de la lealtad explotando en ellos—. ¡LARGA VIDA A LA *NITEN ICHI RYŪ!*

Mientras su grito resonaba en las murallas del patio del castillo, el bombardeo cesó de repente.

Fiesta para ver la luna

—¿*Kachi guri*? —preguntó Yori, su rostro sonriente a la pálida luz blanca de la luna.

Le ofreció un platito de castañas a Jack, que estaba apoyado pensativo en un puente de madera en el jardín de té de la fortaleza, contemplando las carpas doradas nadar pacíficamente en el agua.

—Son castañas secas —explicó Yori, metiéndose una en la boca—. *Kachi* también significa victoria. Por eso su alteza las proporcionó en la fiesta. ¡Hemos ganado, Jack! ¡Hemos ganado sin tener que luchar!

Jack sonrió cálidamente ante el entusiasmado alivio de su amigo y probó una de las castañas. Sabía dulce, como la victoria.

Había pasado una semana desde que cesaron las hostilidades. El *daimyo* Kamakura había enviado un acuerdo de paz confesando su necesidad al intentar capturar el Castillo de Osaka. Inesperadamente arrepentido, prometió que todos los leales a Satoshi no serían atacados, que el reino de su alteza no sería desafiado y que su campaña contra los «invasores extranjeros» terminaría. Incluso había sellado el documento con un *kappan*, un sello de sangre de su propio dedo, lo que convertía el acuerdo en sagrado y vinculante.

Todos en el castillo se sorprendieron ante este giro de los acontecimientos. En particular Masamoto, que no podía creer que el enemigo se hubiera rendido tan fácilmente. El conflicto apenas había empezado. Cautó como siempre, Masamoto insistió en que la *Niten Ichi Ryū* continuara con su entrenamiento para la batalla.

Sin embargo, el *daimyo* Kamakura parecía fiel a su palabra. Al día siguiente su colosal ejército levantó el campamento y empezó a retirarse en dirección a la provincia de Edo. Hubo gran regocijo entre las fuerzas de Satoshi. Habían ganado la guerra sin tener que enzarzarse en combate directo.

Como muestra de su aprecio por el apoyo de sus tropas, Satoshi ordenó que se repartiera sake y raciones extra. Para los *daimyo* y generales samuráis que habían defendido su causa, decidió celebrar una fiesta para ver la luna en su jardín de té. La invitación se extendió a los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū* con quienes sentía cierta afinidad, pues eran de su misma edad.

Satoshi dio la bienvenida a cada *daimyo* en una casa de té al aire libre emplazada en una isla en el corazón del jardín. Los invitados paseaban por los senderos y puentes, charlando amistosamente y apreciando el claro cielo nocturno, donde las estrellas eran brillantes como diamantes.

El padre Bobadillo estaba presente también, aprovechando la oportunidad y circulando entre los miembros clave del Consejo. De vez en cuando miraba en dirección a Jack, los ojos entornados. Jack trató de ignorar al sacerdote y mantuvo la distancia.

Frente a Jack y Yori, al otro lado del estanque ovalado, Takuan estaba sentado rodeado de un grupo de jóvenes samuráis. Akiko y Emi estaban una a cada lado, admirando el reflejo de la luna sobre la tranquila superficie del agua. Inspirado por su etérea belleza, Takuan componía improvisados *haikus* para entretenerlas a todas.

—¿Sabías que en la luna vive un conejo? —dijo Yori, contemplando el cielo nocturno—. Si miras atentamente su superficie, puedes verlo haciendo pasteles de arroz.

El sonido de unos aplausos admirados flotó sobre el estanque. Jack oyó a Akiko reír animada y descubrió que la estaba mirando a ella, no a la luna.

—¡Mira, ahí está! —dijo Yori, señalando alegremente el neblinoso contorno de un conejo.

—Ahora compondré un poema en honor de cada una de vosotras —anunció Takuan, y su voz se oyó claramente en la noche—. Akiko, tú serás mi musa.

Hubo más aplausos encantados y Akiko le dirigió a Takuan una avergonzada inclinación con la cabeza.

Yori le tiró a Jack de la manga.

—¿Puedes verlo, Jack? El conejo tiene un martillo de madera.

—Sufres la locura de la luna —dijo Jack, zafando irritado su brazo—. ¡Todo el mundo sabe que lo que hay en la luna es un hombre, no un conejo!

Sorprendido por la reacción de Jack, Yori dio un paso atrás, la mirada dolorida. Jack se sintió avergonzado de inmediato. Inclino la cabeza ante Yori, murmuró una disculpa y se dirigió hacia la casa del pozo para estar solo.

Tras sentarse en el borde del pozo, miró sombrío a través de la puerta abierta a los invitados que disfrutaban de la fiesta. ¿Por qué le había hablado a Yori de esa forma? Jack ya no podía negar que la creciente intimidad de Akiko con Takuan lo molestaba. Cuanto más tiempo pasaba Akiko con Takuan, más comprendía Jack lo importante que era en su vida. No quería perderla como su mejor y más íntima amiga.

Tampoco ayudaba a su estado de ánimo tener cerca al padre Bobadillo. Se sentía amenazado por la presencia del sacerdote. Después de haber confirmado sus recelos respecto al diccionario, Jack estaba convencido de que el jesuita estaba conchabado con Ojo de Dragón y era responsable de la muerte de su padre.

Terminada la guerra, el padre Bobadillo insistiría en preparar su pasaje de vuelta a Inglaterra, argumentando que era por el bien de Jack. Pero Jack no podía confiar en un hombre así. El sacerdote sin duda planeaba engañarlo: encerrarlo en una prisión portuguesa, o subirlo a un barco para que luego lo arrojaran por la borda, o enviar a Ojo de Dragón a torturarlo y matarlo.

Aunque Jack despreciaba a su antiguo rival Kazuki por sus prejuicios y su acoso, comprendía que el muchacho tenía razón respecto a las corruptas intenciones de algunos extranjeros que querían usurpar el trono de Japón. Jack podía imaginar perfectamente al padre Bobadillo utilizando sus zalamerías con diversos *daimyo*, inclinándose y halagando, pronunciando almibaradas palabras de alabanza y

abriéndose paso para ganarse su confianza. Jesuita dedicado y astuto diplomático, el padre Bobadillo era un hombre peligroso.

Pero esos asuntos políticos estaban muy por encima de la influencia de Jack. Era un simple muchacho y nadie haría caso a sus advertencias. El mayor daño que podía infligir en la causa del padre Bobadillo era recuperar el cuaderno de ruta de su padre. Aunque solo fuera por su memoria, Jack no podía permitir que alguien tan malvado como el padre Bobadillo poseyera semejante conocimiento de los mares y, por tanto, semejante poder.

Pero ¿dónde podría estar el cuaderno de ruta? La apresurada búsqueda en el estudio del sacerdote no había revelado nada, excepto el diccionario. Estaba seguro de que el padre Bobadillo sabía dónde estaba el libro. Pero el jesuita lo estaba vigilando atentamente y Jack no podía arriesgarse a volver por segunda vez.

Yori asomó la cabeza a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó tímidamente.

Jack asintió y Yori se sentó a su lado. Mirando al suelo, Jack buscó las palabras adecuadas para pedir disculpas a su amigo.

—Este lugar se llama el Pozo del Agua Dorada —dijo Yori, tratando de llenar el embarazoso silencio. Mirando al pozo, continuó—: El agua viene del foso interior, pero para mejorar el sabor el padre de Satoshi hundió lingotes de oro en las profundidades del pozo.

Jack se asomó. Una rendija de luz de luna bailaba en las claras aguas.

—No puedo ver ningún oro —respondió Jack, aliviado de que Yori hubiera roto la tensión al hablar primero—. Pero sí que vi tu conejo en la luna. Lamento haber sido descortés contigo.

—No te preocupes —dijo Yori, sonriendo—. Sé que hablaba el tigre, y no tú.

—¿Qué quieres decir? —respondió Jack, sin saber muy bien a qué se refería.

—Vi la cara que pusiste cuando Takuan nombró a Akiko su musa.

—No tiene nada que ver con eso —murmuró Jack, mirando hacia Takuan y su grupo de seguidoras. Paseaban por el jardín, con Emi ahora a su lado.

Yori sonrió sabiamente.

—Deberías enseñarle a Akiko tu *haiku*. Estoy seguro de que le gustará.

—¿Mi *haiku*? —dijo Jack, frunciendo el ceño aturdido—. Pero si fue destruido en el incendio.

—No, no lo fue —respondió Yori, sacando un papel arrugado de la manga de su kimono—. Lo vi cuando rescataba tu muñeco Daruma y guardé el papel en mi *obi*.

—¿En qué estabas pensando? —exclamó Jack, mirando estupefacto a Yori—. ¡Atacaban la escuela, la *Shishi-no-ma* estaba ardiendo, y tú te dedicas a salvar mis poesías!

—¿Recuerdas lo que dijo el *sensei* Yamada? «Nuestro deber es asegurar que tenemos una paz por la que merece la pena luchar». Tu *haiku* es exactamente la paz de la que hablaba el *sensei*. Es, por tanto, tu deber enseñarle este poema a Akiko.

Jack permaneció allí sentado, aturdido por la sugerencia de Yori.

Yori suspiró exasperado. Saltó del pozo y empujó a Jack hacia el jardín.

—Ve —instó, viendo que Akiko se separaba del grupo y se internaba entre los *sakura* que flanqueaban el jardín de té.

Jack sintió que Yori le empujaba por la espalda y avanzó a trompicones hacia Akiko. Cruzó aturdido el puente, el *haiku* en la mano, y la siguió hasta los árboles. Al mirar atrás, vio a Yori sonriendo y asintiendo para darle ánimos.

Akiko había encontrado un tranquilo banco al socaire de la muralla del castillo. No había nadie cerca y estaba bastante oscuro, pero la luna y las estrellas, por causa de esto, eran más brillantes y parecían aún más hermosas. Tenía el rostro vuelto hacia el cielo, contemplándolo pacíficamente. Jack mantuvo la distancia, oculto en las sombras, tratando de hacer acopio de valor para acercarse.

—Simplemente, no me fío de Kamakura —dijo una voz en la oscuridad.

Sobresaltado, Jack se ocultó tras el tronco de un árbol mientras tres *daimyo* pasaban por su lado. Reconoció la voz del padre de Emi, el *daimyo* Takatomi.

—Nos ha puesto una trampa y hemos caído en ella.

—Estoy de acuerdo —dijo otra voz, gravemente—. Mis exploradores me han informado de que su ejército está acampado a menos de un día de marcha. No hay ninguna duda de que pretende regresar.

—Pero el *daimyo* Kamakura está obligado por su propia sangre a cumplir los términos del acuerdo de paz —advirtió el tercer *daimyo*.

—Sí —respondió Takatomi—, pero también eres consciente de que dejó atrás un batallón, demoliendo la pared exterior del castillo y llenando el foso. ¡A la luz del tratado, dijo su capitán, ya no hacía falta que las defensas aguantaran!

—Pero fueron detenidos, ¿no? Ya se está reparando.

—Y esa es la trampa —dijo el padre de Emi con un pesado suspiro—. Al ordenar reconstruir las murallas, su alteza cayó en manos del *daimyo* Kamakura...

Jack se esforzó por oír la conversación mientras los tres *daimyo* rodeaban la esquina.

—Nuestro enemigo proclamará que hemos roto el espíritu de un acuerdo inviolable... Volverá a declarar la guerra, pero con el Castillo de Osaka peligrosamente debilitado ahora...

Jack no pudo dar crédito a sus oídos. Si el padre de Emi tenía razón, entonces esta falsa paz era simplemente la calma antes de la tempestad.

—Espionando, ¿eh? —le susurró una voz al oído.

Soltando sorprendido su *haiku*, Jack se dio media vuelta y se encontró ante el maligno rostro del padre Bobadillo.

—N-no —tartamudeó Jack, tratando de marcharse.

—Es lo que me parece —dijo el sacerdote, agarrando a Jack por el cuello del kimono—. Escondido detrás de un árbol. ¿Tienes por costumbre meter la nariz donde no te llaman?

El padre Bobadillo lo miró a los ojos, buscando un atisbo de culpa. Jack negó con la cabeza.

—¿Sabes que espiar está castigado con la muerte? —murmuró el padre Bobadillo, recalcando con deleite la última palabra. Una fina sonrisa se formó en sus finos labios—. Me temo que tendré que informar de esto.

Jack advirtió que tenía poco que hacer contra el sacerdote. El padre Bobadillo haría todo lo que estuviera en su mano por desacreditarlo, usando la excusa de que espiaba para hacerlo ejecutar o, como mínimo, desterrarlo. Sería su palabra contra un consejero del gobernante a la espera.

—¡Jack! —llamó alegremente una voz.

La sonrisa desapareció del rostro del padre Bobadillo con la interrupción. Por encima del hombro del sacerdote, Jack vio a Takuan que se acercaba entre los árboles. Había dejado a sus amigas en el puente contemplando la carpa en el estanque.

—¡Estás ahí! —exclamó—. ¡Hace un rato que terminamos de jugar al *kakurenbo*! Gracias por encontrarlo, padre. ¡Jack siempre gana al escondite!

El padre Bobadillo miró receloso a Takuan, y luego a Jack.

—Con mucho gusto —murmuró, soltando el kimono de Jack.

El sacerdote se marchó en dirección a la casa de té.

—Gracias —dijo Jack, soltando un suspiro de alivio.

—¿Qué quería ese hombre? Lo vi seguirte hacia los árboles. Me pareció que tenías problemas.

—No es nada —dijo Jack, pues no quería involucrar a Takuan—. Acabamos de tener un conflicto de religiones.

Takuan asintió, comprensivo.

—Bueno, ven y únete a la fiesta. Te estás perdiendo toda la diversión.

Jack miró hacia el lugar donde estaba Akiko, todavía sentada en la oscuridad. Tendría que darle el poema en otra ocasión.

—¿Qué es esto? —preguntó Takuan, agachándose para recoger el papel que había caído a los pies de Jack—. ¡Un *haiku*! Jack echó mano al papel.

Pero Takuan fue más rápido. Se apartó hasta quedar fuera de su alcance y leyó el poema en voz alta:

*En mi propio jardín
rosa inglesa, flor de sakura
crecen juntas.*

—¿Es tuyo? —preguntó Takuan.

—Devuélvemelo —suplicó Jack, avergonzado.

—¡Pero si es maravilloso! No me había dado cuenta de que eras tan buen poeta.

—Yo no... no se parece en nada a tus *haikus*.

—No, este es mejor. Debes de haberte sentido muy inspirado...

Takuan se detuvo a media frase. Había visto a Akiko en el banco. La miró, luego miró el *haiku* y finalmente miró a Jack, y una sonrisa de comprensión se formó en su hermoso rostro.

—¿Rosa? ¿*Sakura*? Esto sois Akiko y tú, ¿verdad?

—No... —protestó Jack débilmente. Se sentía horriblemente avergonzado y descubierto. Sin duda Takuan se burlaría de él y se lo contaría a todo el mundo. Esto era peor que ser capturado por el padre Bobadillo.

—Debo pedirte disculpas, Jack —dijo Takuan, devolviéndole el *haiku* mientras inclinaba la cabeza—. He sido insensible. No tenía ni idea de tus sentimientos hacia Akiko. Si lo hubiera sabido, no habría expresado interés en ella. He actuado deshonorosamente. Debes odiarme.

—En absoluto. Te equivocas... —insistió Jack, advirtiéndole ahora que Takuan era no solo una persona honorable, sino un samurái de gran integridad—. No es lo que piensas. Solo somos amigos.

—Solo amigos —dijo Takuan, arqueando las cejas—. Y ella de lo único que habla es de ti.

—¿De veras? —A su pesar, Jack sintió que su corazón se animaba.

—Creo que debería dejarte para que entregues tu *haiku*... Takuan parecía estar ahogándose. Se desplomó en brazos de Jack.

En su cuello asomaba un pequeño dardo envenenado.

Ataque nocturno

—¡Akiko! —gritó Jack, esforzándose para arrastrar a Takuan y ponerlo a cubierto detrás de un árbol.

Sus ojos buscaron a los ninjas en la oscuridad, pero si había alguno, sus negros *shinobi shozoku* los ocultaban.

Un momento después, Akiko apareció a su lado.

—¿Qué ha pasado? —jadeó mientras ayudaba a Jack a dejar a Takuan en el suelo.

—Un dardo —respondió Jack, arrancando la punta envenenada del cuello de Takuan.

Akiko miró alrededor.

—¡Ahí arriba!

Una sombra volaba como un fantasma por la parte superior de la muralla del castillo.

Al oír una rama quebrarse en el camino, Jack y Akiko se dieron media vuelta.

—Takuan, todas te estamos esperando... ¡TAKUAN! —gritó Emi al verlo desplomado en brazos de Jack.

Corrió a su lado.

—¿Estás bien?

Takuan trató de concentrarse en su rostro. Su respiración era entrecortada y sus labios se habían puesto azules. Intentó hablar, pero su voz fue apenas un graznido. Emi se acercó más y Takuan acarició su mejilla con un beso.

Entonces sus ojos se cerraron y su cabeza cayó hacia un lado. Emi le agarró la mano.

—Quédate conmigo... —sollozó.

Pero Takuan había dejado de respirar.

—Akiko, tienes que alertar a los demás —dijo Jack, depositando con cuidado la cabeza de Takuan sobre el suelo. En la distancia pudieron oír el fuego de mosquetes y Jack comprendió que los recelos del *daimyo* Takatomi eran acertados.

—¡El *daimyo* Kamakura ha regresado con ninjas! Ella asintió y echó a correr entre los árboles. Jack oyó gritar a Masamoto.

—¡Nos atacan! ¡Samuráis de la *Niten Ichi Ryū*, proteged la puerta interior!

Hubo nuevos gritos.

—¡Proteged a su alteza! ¡Todos los *daimyo* a la fortaleza!

Los pies resonaron sobre los puentes de madera y los samuráis fueron llamados a las armas. Jack oyó la voz del *daimyo* Takatomi por encima del clamor.

—¿Emi-chan? ¿Dónde estás?

—Ahora no hay nada que podamos hacer por Takuan —dijo Jack, apartando a la llorosa Emi del cuerpo inerte—. Tienes que ir con tu padre.

Jack la instó a dirigirse al jardín, luego corrió en la dirección opuesta.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—¡A encontrar al asesino de Takuan! —replicó Jack, dirigiéndose a la escalera de piedra que conducía a las murallas interiores del castillo.

Jack subió los escalones de dos en dos. Cuando salió a la pasarela de las almenas, desenvainó su *katana*.

La muralla estaba extrañamente desierta. ¿Dónde se habían metido todos los guardias?

De repente tronó una explosión al este del castillo, seguida de una segunda andanada, como si cientos de cañones hubieran sido disparados a la vez. Por todos los complejos del castillo las luces se apagaron. Al correr hacia el parapeto, Jack tropezó con algo en la oscuridad. Un samurái yacía muerto en el suelo, la garganta abierta. Al menos ahora sabía qué había sucedido con los guardias.

Desde su posición en lo alto de la muralla interior, Jack pudo ver infinitas filas de antorchas encendidas que avanzaban hacia la gran puerta exterior.

El ejército del *daimyo* Kamakura había regresado con plena fuerza.

El ataque había comenzado.

Miles de soldados de Satoshi convergieron en la puerta principal para atender las murallas y defender las barricadas. Pero no advirtieron que el enemigo estaba ya dentro del complejo del castillo.

Un garfio de tres dientes voló por el aire y el *kaginawa* se enganchó en el borde del parapeto donde se encontraba Jack. El muchacho golpeó con su *katana* y cortó la cuerda. El garfio cayó al suelo cuando la cuerda se perdió en la oscuridad.

Al asomarse por el borde de la almena, Jack apenas pudo distinguir nada. Entonces comprendió que eso era exactamente lo que quería el enemigo. El bombardeo había sido una distracción, no solo para atraer a los defensores a la puerta oriental, sino para obligarlos a apagar todas las linternas del castillo para que la fortaleza no se convirtiera en el objetivo de los bombardeos. Los ninjas vestidos de negro eran ahora virtualmente invisibles en la oscuridad.

Jack contempló el vacío y no pudo creer lo que veía. La luz de la luna, reflejada en las aguas del foso interior, revelaba sombras caminando por la superficie. Bajo él, las sombras escalaban las murallas como si fueran arañas.

De repente dos ojos aparecieron en la oscuridad. Un destello de acero silbó en el aire. Jack se lanzó hacia atrás, y el *shuriken* estuvo a punto de alcanzarlo en la garganta. Un ninja franqueó el parapeto.

Sin vacilar, Jack atacó con su *katana*, descargando un tajo contra las piernas del asesino. Pero el ninja saltó al aire y dio una voltereta por encima de su cabeza. Aterrizó detrás de Jack para darle una patada en los riñones. Jack se desplomó contra el parapeto mientras el dolor le quemaba el costado. Oyó un sonido sibilante y por instinto rodó a un lado. Un pesado filo de plomo quebró la piedra donde acababa de estar su cabeza, lanzando al aire fragmentos de roca.

Jack se apartó, con la espada preparada para defenderse. El ninja empuñaba una guadaña y una cadena y giraba el extremo con el peso de plomo sobre la cabeza. La soltó y la cadena chasqueó buscando a Jack. Sin ningún sitio donde ir en la estrecha pasarela, Jack bloqueó la cadena con su espada. La cadena se enroscó en la hoja y el ninja la arrancó de un tirón de la mano de Jack.

El ninja siseó. Dejando la espada donde había caído, avanzó hacia él, la cadena girando una vez más sobre su cabeza. En la otra mano, el asesino empuñaba la hoja curva de la guadaña, dispuesto a matar a Jack en cuanto lo atrapara con la cadena.

Jack retrocedió. Todavía tenía su *wakizashi* y el *tantō* ninja, pero estaría muerto antes de desenvainarlos. El ninja se dispuso a golpear. Jack calculó su movimiento a la perfección, se internó en el arco de la cadena y ejecutó una *kukinage*.

El ninja quedó completamente sorprendido, el empujón en el aire le hizo perder el equilibrio. Tal como le había hecho el *sensei* Kyuzo en innumerables ocasiones, Jack giró ahora en redondo usando el impulso del ataque para lanzar a su enemigo por el aire. El ninja voló por encima de la almena y desapareció en la oscuridad. Sus gritos terminaron en una leve salpicadura cuando golpeó las aguas del foso.

Jack recuperó su *katana*, sin tiempo de apreciar su perfecto *kukinage*. Durante la lucha, varios *kaginawa* más habían aparecido en la muralla. Jack empezó a cortar las cuerdas, pero otros tres ninjas habían rebasado ya el parapeto. No encontraron resistencia, pues todos los guardias yacían muertos por la partida anterior. Usando la cobertura de la oscuridad, los ninjas avanzaron hacia la fortaleza.

Jack comprendió que Satoshi y el Consejo debían ser su objetivo. Con todos los defensores concentrados en las fuerzas del *daimyo* Kamakura al otro lado de la muralla, los ninjas asesinarían en silencio a los dirigentes del Estado en el interior. Por lo que Jack sabía, algunos de los asesinos estaban ya ocultos dentro de la fortaleza esperando la retirada del Consejo.

Tenía que avisar a Masamoto.

Asesinato

Jack bajó corriendo las escaleras. Atravesó el jardín de la puerta interior de la muralla, ahora desierto, donde encontró a Yamato y al resto de los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū* de guardia.

—¿Dónde está tu padre? ¿Dónde está Masamoto? —preguntó Jack, sin aliento.

—Escolta al *daimyo* Takatomi a la fortaleza.

—¡Tenemos que detenerlo! —dijo Jack, tirando de Yamato.

—¡Pero nuestras órdenes son proteger la puerta! —protestó su amigo.

—Los ninjas están en la muralla interior y puede que ya hayan irrumpido en la fortaleza —explicó Jack apresuradamente—. Nuestro deber es proteger a tu padre y al *daimyo* Takatomi. ¿Eres *ashigaru* o samurái? ¡Vamos!

Agarrando su palo de *bō*, Yamato corrió detrás de Jack. Yamato miró el patio iluminado por la luna mientras corrían.

—No puedo ver a ningún ninja. ¿Cómo evitaron a los guardias de la muralla?

—Los guardias están todos muertos.

Cuando se acercaban a la entrada del *dojo*, unos samuráis armados con lanzas corrieron a detenerlos.

—¿Quién va? —preguntó el jefe de la guardia.

—Samuráis de la *Niten Ichi Ryū* —respondió Yamato—. Tenemos que hablar con Masamoto-sama.

—No puede entrar nadie.

—Pero este es el hijo de Masamoto-sama —insistió Jack.

—Nuestras órdenes son no dejar pasar a nadie. —La mano del guardia se dirigió a su espada.

—¡Pero puede que ya haya ninjas dentro!

—Imposible. El enemigo ni siquiera ha franqueado las murallas exteriores.

—¿Qué está pasando? —exigió una voz. Era el *sensei* Hosokawa.

—¡Sensei! —exclamó Jack, llamando frenéticamente a su maestro de esgrima.

—Dejadlos pasar —ordenó el maestro, y los guardias retrocedieron, reacios.

Jack y Yamato atravesaron las puertas y subieron los escalones hasta llegar junto al *sensei* Hosokawa.

—Tienes que advertir a Masamoto-sama. Hay... Masamoto bajaba las escaleras en ese mismo momento.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos? —preguntó—. ¿Por qué no estáis en vuestro puesto?

—El ataque ahí fuera es una distracción —farfulló Jack—. El *daimyo* Kamakura ha contratado ninjas para asesinar al Consejo.

—Lógico que Kamakura recurra a esas tácticas —gruñó Masamoto—. *Sensei*

Hosokawa, informa a todas las patrullas y apostea un centinela en cada ventana. Dobla la guardia del Consejo en la sexta planta y...

—Es demasiado tarde para eso —dijo Jack—. Creo que ya están dentro.

—¿Estás seguro? —preguntó Masamoto, entornando los ojos.

Jack asintió furiosamente.

—Vi a varios ninjas y todos los guardias del parapeto estaban ya muertos antes de que pudieran dar la alarma. Masamoto no esperó a oír más.

—¡Vamos!

Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Jack y Yamato corrieron tras él, mientras el *sensei* Hosokawa ladraba órdenes a los guardias. Recorrieron el pasillo, subieron otra escalera, dejaron atrás patrullas de samuráis y subieron hasta la sexta planta. Cuando los dos muchachos alcanzaron a Masamoto, ya estaba hablando con el jefe de los guardias.

—No, Masamoto-sama, todo está tranquilo —respondió el samurái—. Los *daimyo* y su alteza están a salvo en sus aposentos. He colocado guardias ante cada puerta.

—Organiza una búsqueda inmediata. Comenzad con la planta de su alteza Satoshi.

El guardia inclinó la cabeza y echó a correr.

—Empezaremos por este nivel —dijo Masamoto, dirigiéndose a Jack y Yamato—. El *daimyo* Takatomi es nuestra prioridad.

Corrieron por el pasillo y giraron a la derecha. El pasillo estaba oscuro y en sombras. Con todas las antorchas apagadas, la única luz procedía del suave resplandor de las velas que se filtraba por los ventanucos de la torre. El peligro parecía acechar en cada esquina oscura. Masamoto abrió la marcha.

—Permaneced alerta —susurró—. La habitación del *daimyo* Takatomi está al fondo del pasillo siguiente.

Mientras corrían por el pasillo, una campana de alarma resonó en la cabeza de Jack. ¿No había dicho el samurái que había puesto guardias en cada puerta?

De repente, Jack resbaló en el suelo de madera pulida y aterrizó con un golpe. Masamoto giró sobre sus talones, las dos espadas preparadas.

—¡Te dije que estuvieras alerta! —susurró Masamoto, fulminándolo con la mirada.

Sin molestarse a esperar, siguió corriendo, seguido de cerca por Yamato. Mientras Jack se ponía en pie, su mano tocó algo húmedo y pegajoso. La palma se le había llenado de sangre. Siguió el rastro, brillante a la luz de la luna, hasta una pequeña puerta de madera. Cuando abrió el pestillo, cayó el cuerpo de un guardia, la garganta cortada exactamente igual que los centinelas de la muralla.

—¡Aquí atrás! —gritó Jack, tratando de controlar la sorpresa.

Masamoto y Yamato se dieron la vuelta en el acto y vieron el cadáver que colgaba de la puerta de la alacena. Regresaron corriendo por el pasillo mientras Jack deslizaba

la *shoji* y entraba en otra habitación. Un hombre yacía en el suelo cubierto de *tatami*, con un gran charco de sangre manchando de rojo oscuro la fina paja entretejida.

—¡*Daimyo* Yukimura! —exclamó Masamoto, haciendo a Jack a un lado.

La *shoji* de la habitación contigua estaba entornada. Masamoto la abrió, solo para descubrir a un segundo miembro del Consejo tendido de bruces en el *tatami*, con un garrote en el cuello.

Al oír un grito de ayuda, los tres volvieron al pasillo y corrieron hacia el pasillo del *daimyo* Takatomi. Los dos guardias que estaban apostados ante la puerta yacían muertos. Masamoto irrumpió en la habitación.

Tres ninjas rodeaban al *daimyo* Takatomi, que yacía herido en el suelo, con un corte sangrante en el brazo derecho. Emi estaba a su lado, con un *tantō* en la mano, dispuesta a defender a su padre hasta el último aliento.

Masamoto atacó, abatiendo al primer ninja con su *katana* antes de que los asesinos tuvieran tiempo de reaccionar. El segundo ninja se abalanzó hacia el *daimyo* Takatomi con su espada, pero Masamoto paró el golpe con su *wakizashi*, desviando el ataque a su señor. El ninja retrocedió y atacó a Masamoto. Ambos atravesaron la pared hasta la habitación de al lado.

Aprovechando la oportunidad, el tercer ninja corrió hacia el *daimyo* Takatomi empuñando un *tantō*. Jack estaba demasiado lejos para detenerlo. Pero Yamato aprovechó la extensión de su palo. Cuando el asesino blandía el cuchillo ante el *daimyo*, golpeó rápidamente con el *bō* la muñeca del ninja. Hubo un crujido de hueso y el *tantō* voló de su mano, apenas a un palmo del sorprendido rostro del *daimyo* Takatomi.

La reacción del ninja, sin embargo, fue sorprendentemente rápida. Le dio una patada a Yamato en el pecho, haciéndolo volar hacia atrás. Tras echar mano al que llevaba a la espalda, el asesino corrió a empalar a Yamato con su hoja.

Jack saltó en defensa de su amigo. Al mismo tiempo, Emi enterró su cuchillo en la pierna del asesino.

El ninja gritó de dolor. Herido y en inferioridad numérica, huyó por la puerta.

—¡Tras él! —ordenó Masamoto, mientras atravesaba a su oponente con su *katana*.

Jack persiguió al asesino hasta el pasillo. El ninja dobló la esquina. Pero cuando Jack llegó al pasillo exterior, el asesino había desaparecido.

—¿Dónde ha ido? —dijo Yamato, alcanzando a Jack.

Jack escrutó las sombras, consciente de que el ninja podría estar oculto en cualquier hueco. Yamato entonces divisó una mancha de sangre en el alféizar de la ventana. Una de las planchas de madera de la ventana faltaba.

Jack se coló por la abertura. Más sangre salpicaba las losas del tejado.

—¿Sabes lo alto que estamos? —preguntó Yamato, pálido ante la idea de tener que perseguirlo.

Jack sabía que a su amigo le aterraban las alturas.

—Quédate aquí, por si algún otro ninja intenta escapar por este sitio.

Tras encontrar pie en un saliente, Jack salió al techo curvado. El suelo estaba muy lejos, un mar de negra tinta en la oscuridad. Aunque no temía a las alturas, sabía que un simple error produciría una caída fatal.

Más allá, el ninja avanzaba hacia la cresta donde se unían los tejados de la quinta y la sexta plantas. Agachado, Jack lo siguió. Cuando el ninja llegó al borde, vio que Jack lo seguía. Esta vez el asesino decidió luchar en vez de huir y sacó una cerbatana de su cinturón.

Jack advirtió que tenía unos segundos antes de que el ninja pudiera disparar. Sin otra opción, corrió por el tejado y se abalanzó contra el asesino. Chocaron, lo que obligó al ninja a soltar la cerbatana. Pero los dos empezaron a resbalar hacia los aleros, cada vez más rápido a medida que se acercaban. Jack intentó agarrarse a lo que pudiera. En el último momento, sus dedos encontraron asidero en uno de los remates ornamentales dorados y se aferró a él con todas sus fuerzas.

Pero el ninja continuó cayendo. Su muñeca rota le impedía agarrarse a nada. Resbaló por la pendiente y desapareció. Se produjo un momento de silencio, y luego un golpe lejano cuando el cuerpo alcanzó el suelo.

Tras auparse de nuevo hasta el borde, Jack dejó escapar un suspiro de alivio. En secreto, deseó que hubiera sido el ninja que había matado a Takuan.

De repente, hubo gritos desde arriba.

—¡Asesino!

—¡Salvad a su alteza!

Entonces una fuerte detonación, y de las ventanas superiores salió humo.

Un momento después, una negra figura encapuchada salió al tejado y corrió con la agilidad de un gato. Tras saltar al piso inferior, se abrió paso zigzagueando por los tejados del *dojo*.

Jack se puso en pie, desenvainó su *katana* y esperó. Por una vez, contaba con el elemento sorpresa a su favor. El ninja no esperaba encontrarse con un samurái en el tejado.

Nunca vaciles

El asesino rodeó la esquina del edificio. A través de la rendija de su capucha negra, un único ojo verde destellaba de furia y asombro.

—¡Un samurái que se cree ninja! —siseó Ojo de Dragón, emitiendo una risa cruel.

El brazo armado de Jack tembló. No esperaba encontrarse con su archienemigo.

El ninja avanzó un paso hacia él.

—¡Quédate donde estás! —ordenó Jack, sujetando con más fuerza su *katana*.

—Me has pillado desprevenido —admitió Ojo de Dragón, todavía acercándose—. Mi sorpresa por tu aparición solo rivaliza con mi asombro por tu continua capacidad para sobrevivir. Confío en que tu amigo no tardará mucho en morir.

—¡Tú mataste a Takuan!

—He matado a incontables samuráis —replicó Ojo de Dragón—. Pero no me paro a preguntarles su nombre.

Jack sintió que su furia aumentaba ante la frialdad del ninja.

—Pero ¿por qué asesinarlo? ¿Qué significaba para ti?

—Nada. El objetivo eras tú, pero tu amigo se interpuso. Tú eres el motivo de su muerte.

Jack luchó con su conciencia. ¿Era culpa suya que hubiera puesto las vidas de sus amigos en mortal peligro? Sin duda no. Este ataque no tenía nada que ver con él. La misión de los ninjas era asesinar al Consejo y a Satoshi.

—¿No trabajas para el padre Bobadillo? ¿Por qué atacas al bando que te paga?

—No trabajo para nadie —escupió Ojo de Dragón—. Pero mato por quien paga.

Un destello de acero brotó de la cadera del ninja. Por instinto, Jack descargó su espada, que se topó de frente con un *shuriken*. La mortífera estrella se perdió en la noche. Ojo de Dragón corrió hacia él, pero Jack alzó su espada, deteniendo al ninja. Jack le acercó la *kissaki* a la garganta.

—Sigues impresionándome, *gaijin* —dijo Ojo de Dragón, al parecer sin que su situación le preocupara lo más mínimo—. Una espada larga no sería el arma que yo elegiría para pelear en un tejado, pero la manejas bien. Tus talentos como samurái son un desperdicio. Podría enseñarte mucho más si fueras un ninja.

—Solo dime dónde está el cuaderno de ruta.

—No lo tengo. Pero sabes quién lo tiene. Pregúntale tú.

—¿Entonces el padre Bobadillo te contrató?

Ojo de Dragón asintió imperceptiblemente.

—No solo para robar el cuaderno, sino para matarte. Jack sintió que se le helaba la sangre al ver sus sospechas confirmadas.

—Menudo sacerdote es —rio Ojo de Dragón—. La cuestión es, ¿tienes lo que

hace falta para matarme?

Al mirar el ojo del asesino, Jack no percibió ningún temor, ninguna culpa, ningún remordimiento en el alma del hombre. Este era el ninja responsable del asesinato de su padre, estrangulado ante sus propios ojos. De haber matado a la inocente criada Chiro y de asesinar a Tenno, el hermano de Yamato. Ojo de Dragón había destruido no solo su vida, sino también la de sus amigos. Todo el dolor, sufrimiento y pérdida que había experimentado desde que llegó a Japón se acumuló en su interior, amenazando con explotar en un estallido de furia asesina.

Este era el momento para el que se había estado entrenando.

—Sí lo tengo —susurró Jack, presionando la punta de la espada contra la mejilla del ninja.

—No te creo —se burló Ojo de Dragón—. Si lo tuvieras, ya lo habrías hecho. ¡Te lo dije una vez: nunca vaciles!

De la nada se materializó un ninja que agarró a Jack por detrás. Lo alzó en vilo y lo arrojó al otro lado del tejado. Jack soltó la *katana* y el arma cayó por la pendiente y desapareció en la nada.

Jack clavó los talones en las tejas, consiguiendo de algún modo detener su caída. Un momento después, el ninja saltó tras él y aterrizó en el estrecho alféizar entre la pared y el tejado. Jack se incorporó y se puso en guardia. Pero, de pie en la pendiente, se hallaba en peligrosa desventaja.

Ojo de Dragón apareció en la pendiente, sobre él. Recortado contra la luna llena, parecía más aterrador que nunca. Un fantasma negro en la noche.

—Ha llegado tu hora, *gaijin* —susurró, la hoja de un *tantō* brillando en su mano—. No tienes ningún sitio adonde huir. Jack se asomó a los aleros. Era una larga caída.

—¡Ahí arriba! —se oyó gritar.

Una andanada de flechas voló hacia ellos. Jack se zambulló a cubierto, mientras las flechas de punta de acero chocaban contra las paredes y tejados de la fortaleza. Cuando volvió a mirar, Ojo de Dragón había desaparecido.

El otro ninja huía por el saliente.

Jack persiguió al asesino mientras más flechas le apuntaban por error. El ninja saltó al siguiente nivel, deslizándose por el aire como un murciélago. Solo cuando llegó a los aleros advirtió Jack lo lejos que estaba el otro tejado. Pero era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Saltó y aterrizó pesadamente. Las tejas se rompieron por el impacto y Jack perdió pie. Cayó por la pendiente, dejando atrás al ninja, dirigiéndose al borde.

El ninja saltó hacia él, agarrándole el brazo.

Jack colgó del alero, agitándose en el vacío. Bajo él, atisbó a Ojo de Dragón saltando del nivel inferior del *dojo* hasta un edificio cercano. La distancia parecía imposible, pero el asesino aterrizó con sigilo y desapareció en la noche. Jack no sería tan afortunado si caía desde esta altura.

Con el corazón martilleándole en el pecho, alzó la mirada y vio una mano enguantada que sujetaba con fuerza su muñeca. Mientras se balanceaba en la oscuridad, dos ojos lo miraron a través de la rendija de la capucha del ninja. Hubo un momento de reconocimiento.

Entonces el ninja lo soltó.

45

Doble vida

Jack voló por los aires, gritando de terror mientras lo azotaba el viento. Un segundo más tarde se estrelló, pero no en el suelo, sino en un tejado inferior de la fortaleza.

Se quedó allí tendido un instante, demasiado conmocionado para moverse.

Mientras se recuperaba de la caída, advirtió un destello de acero a su lado. Su *katana* se había quedado atascada entre dos filas de tejas. Con cautela, se acercó al borde y agarró el mango. Con la espada en la mano, sintió que sus fuerzas regresaban.

Jack se puso en pie y envainó la *katana*. Ahora tenía que volver a escalar hasta la sexta planta a través del laberinto de tejados interconectados. Avanzó por el borde del saliente hasta la esquina de la fortaleza. Al asomarse, vio que el ninja venía hacia él. Sin que lo viera, Jack se agachó, escondido en las sombras de los aleros superiores. Desenvainó su *tantō* y esperó para emboscar al asesino. Cuando el ninja dobló la esquina, Jack saltó. Lo aplastó contra la pared, acercando el cuchillo a su garganta. La hoja demonio brilló blanca a la pálida luz de la luna, hambrienta de sangre.

—¡No! —gritó una voz femenina.

Aturdido, Jack contempló los ojos del ninja, negros como el ébano.

—¿Akiko? —susurró, casi demasiado asustado para murmurar su nombre.

El ninja asintió una vez. Cuando se quitó la capucha, el largo cabello negro de Akiko le cayó sobre los hombros.

—Y-yo... puedo explicarlo —tartamudeó ella, mirando temerosa el cuchillo aún sujeto contra su garganta.

—Eres una traidora... ¡como Kazuki! —dijo Jack, la mano temblando de sorpresa.

—¡No, no! Estoy de tu parte.

—¿Entonces por qué te vestes como un ninja? ¿Por qué salvas a Ojo de Dragón?

—No, te he salvado a ti —insistió Akiko—. Ojo de Dragón tenía el *tantō* en la manga. Estaba a punto de matarte.

—Pero yo tenía mi espada en su garganta. ¡Y tú me atacaste! ¿Por qué debería creerte? ¡Me dejaste caer del tejado! Akiko negó vigorosamente con la cabeza.

—Si quisiera que hubieras muerto, simplemente te habría dejado caer. En cambio, te balanceé hasta un lugar seguro —explicó ella, suplicándole con los ojos para que la creyera—. ¿Recuerdas la emboscada en el bosque de bambú? Yo era el tercer ninja que te salvó.

Jack sintió su corazón dividido en dos. Quería creerla con todas sus fuerzas, pero sus ojos no podían negar la verdad. Akiko era una ninja. El enemigo.

—¿Por qué no me advertiste de que Ojo de Dragón tenía un cuchillo?

Akiko apartó la mirada, incapaz de enfrentarse a sus ojos.

—No podía dejar que lo mataras.

La cabeza de Jack daba vueltas. Ella era no solo un ninja, sino que protegía a Ojo de Dragón, el asesino de su padre. Jack sintió una puñalada de rabia y la hoja demonio en su mano pareció suplicarle que pasara su afilado filo por la garganta de la muchacha.

—Por favor, retira ese cuchillo diabólico —susurró ella, aterrada por la expresión de sus ojos—. Te lo explicaré todo.

Jack fue súbitamente consciente de lo que estaba haciendo. Esta era Akiko. Su mejor amiga. Tenía que confiar en ella. Como si un hechizo se hubiera roto, sintió que su furia menguaba.

—No puedes matar a Dokugan Ryu —dijo, mientras Jack bajaba lentamente la hoja y la retiraba—. Es la única persona que sabe dónde está mi hermano.

—Pero si Jiro está en Toba —desafió Jack.

—Estoy hablando de mi hermano menor, Kiyoshi.

—Me dijiste que estaba muerto.

—Dije que ya no estaba con nosotros —corrigió Akiko.

—Pero rezas por él en el Templo del Dragón Pacífico.

—Sí, rezo por que regrese a salvo. Ojo de Dragón lo secuestró la misma noche que mató a Tenno.

Hubo gritos abajo y los dos se agacharon en las sombras para evitar ser localizados por los arqueros.

—Mi familia estaba visitando a Masamoto-sama en Tokio en ese momento. Me despertó un ruido en el jardín y abrí la *shoji* y vi a un ninja vestido de negro alzándose sobre Tenno. Tenía un *tantō* en la mano. Yo era solo una niña pequeña entonces. No pude salvarlo. Solo pude ver que el ninja le atravesaba el corazón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar y cerró los puños con frustración. Jack sabía lo que estaba sufriendo, pues había sentido exactamente la misma indefensión. Cada día le dolía recordar cómo había permanecido allí, petrificado por el miedo, mientras Ojo de Dragón estrangulaba a su padre con un garrote de alambre. También él se había sentido impotente para impedir el asesinato.

—Ojo de Dragón me miró, la sangre goteando de su cuchillo. Recuerdo cómo dejó un rastro de manchas rojas como pétalos de rosa en el sendero blanco de piedra. Eché a correr. Sé que no tendría que haber dejado a Kiyoshi solo, pero me asusté. Para cuando desperté a Masamoto-sama, Ojo de Dragón había desaparecido. Y mi hermano también.

—Lo siento mucho —dijo Jack, extendiendo la mano para consolarla—. Pero ¿por qué convertirte en ninja?

—Fue idea de Masamoto.

Jack la miró asombrado.

—¿Él lo sabe?

Akiko asintió.

—Él fue quien me presentó al monje del Templo del Dragón Pacífico. El monje es miembro del clan Koga y un gran maestro ninja. Bueno, lo era hasta que se hizo monje. A cambio de donativos para el templo, estuvo dispuesto a enseñarme las artes secretas de los ninjas.

—¡Siempre sospeché de ese monje! —exclamó Jack, recordando las manos del hombre, tan parecidas a cuchillos—. ¡Y desde luego eso explica todos tus talentos ocultos! Pero no puedo creer que me hayas estado mintiendo todo este tiempo. Podrías haber confiado en mí.

—Confío en ti más que nadie en el mundo, Jack —dijo Akiko, cogiendo su mano—. Y nunca te he mentado. Es solo una versión diferente de la misma verdad. Recibí consuelo espiritual del monje, pero también entrenamiento en *ninjutsu*. Era vital para mi seguridad que nadie supiera que llevaba una doble vida.

—Pero ¿por qué quiso Masamoto-sama que aprendieras el Camino del Ninja?

—Después de que impidiéramos que Ojo de Dragón asesinara al *daimyo* Takatomi hace dos años, Masamoto-sama se dio cuenta de que los tiempos de paz tocaban a su fin. Pensó que para conocer al enemigo hay que convertirse en el enemigo.

»Acepté inmediatamente la oportunidad. Tenía la certeza de que Ojo de Dragón no había matado a Kiyoshi. Y me convencí del todo cuando el monje me contó el rumor de que había un niño de origen samurái que había entrado en un clan ninja en los montes Iga. Pensé que si podía infiltrarme entre los ninjas, podría encontrar a mi hermano.

—Pero ¿cómo podrías reconocerlo después de todo este tiempo?

—Nunca he olvidado a Kiyoshi. Aunque se rape el pelo y se llame por otro nombre, lo reconocería siempre. Además, tiene una marca de nacimiento, como un pétalo de flor de *sakura*, en la parte inferior de la espalda.

Sonrió al recordarlo.

—¿Entonces Masamoto-sama espera que te conviertas en una asesina? —preguntó Jack, vacilante.

Akiko negó con la cabeza.

—Mi única tarea es conseguir información del enemigo. Una flecha rebotó sobre sus cabezas.

—Creo que es hora de irse —dijo ella, volviendo a colocarse la capucha.

Con eso, corrió hasta el borde del tejado y desapareció en la noche.

La bendición

A la mañana siguiente, ataviado con armadura de batalla, Jack se hallaba junto a Yamato y Yori en el patio del Templo Hokoku. Una fina lluvia caía del cielo y se mezclaba con las lágrimas de los jóvenes samuráis congregados ante la pira funeraria de Takuan.

Masamoto-sama y los *sensei* de la *Niten Ichi Ryū* formaban un semicírculo alrededor del cadáver, ahora envuelto en un kimono blanquísimo. El *sensei* Yamada agitaba incienso y cantaba una *sutra* mientras la débil luz del amanecer entraba en el patio. En la distancia, el rumor de los cañonazos continuaba.

Cuando el *sensei* Yamada completó los ritos funerarios, Masamoto se dirigió a la escuela.

—El Camino del Guerrero está basado en la muerte. Takuan fue el primero en caer. No será el último. Pero será recordado siempre.

Jack podía oír sollozar a Emi. También él tenía un nudo en la garganta mientras pensaba en Takuan, su generosidad de espíritu, su amabilidad y, por supuesto, sus *haikus*.

La *sensei* Nakamura dio un paso adelante, el rostro dolorido y pálido como su pelo blanco como el hielo. Miró a su hijo por última vez y entonces, con mano temblorosa, acercó una antorcha a la pira. La madera prendió y las llamas crecieron hasta consumir el cuerpo de Takuan. El humo y la ceniza se alzaron en una nube hacia los cielos.

Todos los estudiantes inclinaron la cabeza en su honor y la lluvia cesó, como si el cielo hubiera llorado todo lo que podía. Los *senseis* los condujeron entonces en una lenta marcha de regreso a los barracones, donde formaron en sus unidades y esperaron la alocución de Masamoto.

—Takuan no murió en vano —anunció Masamoto—. Su muerte nos advirtió del ataque ninja y salvó a su alteza Satoshi de ser asesinado. Es ese sacrificio y esa lealtad lo que puede pedirse de vosotros hoy.

Jack ya sabía que Satoshi había sobrevivido. Después de que Akiko lo dejara, había conseguido regresar a los tejados con Yamato, donde su amigo lo estaba esperando con alivio y le reveló que Ojo de Dragón había fracasado en su misión. La explosión del piso superior había sido solamente una bomba de humo que permitió escapar al ninja. Y aunque dos miembros del Consejo habían sido asesinados, el *daimyo* Takatomi había sobrevivido, pues su herida no era fatal.

—Mis fuentes revelan que el enemigo intentó montar otro ataque a la fortaleza esta noche —dijo Masamoto, mirando en dirección a Akiko, que se encontraba al fondo, después de haberse unido la última a las filas. Había oscuras sombras bajo sus ojos y Jack se preguntó si habría logrado conciliar el sueño.

»Ahora sabemos que los ninjas entraron en el castillo durante el día haciéndose pasar por samuráis del *daimyo* Yukimura, y se ocultaron en un almacén hasta el anochecer. Nos sorprendieron una vez y escaparon, pero no lo harán de nuevo. Las órdenes del Consejo son enfrentarnos al enemigo en campo abierto. Tenemos que ir a combatirlos. Estudiantes de la *Niten Ichi Ryū*, marchamos... ¡HACIA LA GLORIA!

Como una sola voz, la escuela entera coreó:

—¡HACIA LA GLORIA!

El *sensei* Hosokawa ordenó a los estudiantes ponerse firmes. Cada unidad se dirigió entonces al patio, encabezada por sus *senseis*.

—Es un movimiento peligroso —murmuró Taro mientras se ponía el casco y la *mempō*.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jack.

—Las murallas del castillo deben de haber caído para que el Consejo se arriesgue a un combate abierto como este. Espero de todo corazón que sepan lo que están haciendo.

Los cañonazos se hicieron más fuertes cuando cruzaron el foso interior. Mientras se dirigían a las defensas exteriores del castillo, Jack advirtió que las murallas y parapetos estaban engalanados con cientos de banderas y estandartes. Junto con la multitud de blasones familiares pertenecientes a los samuráis que combatían en nombre de Satoshi, los estandartes mostraban imágenes de la Santa Cruz, Jesucristo e incluso Santiago, el patrón de España. Las paredes estaban encaladas con signos cristianos, pintorescos y desafiantes contra la piedra gris de las murallas de Osaka. Jack pudo imaginar lo mucho que se irritaría el *daimyo* Kamakura al ver esas muestras tan patentes de cristianismo.

Al acercarse a la puerta principal, la devastación de la batalla se hizo patente. Al principio, alguna muralla ocasional dañada por los cañonazos, luego unos cuantos samuráis agotados con las armaduras manchadas de sangre. A medida que los estudiantes se fueron uniendo a la vasta columna de soldados que se dirigían a la llanura, dejaron atrás un número cada vez mayor de heridos. Hombres con heridas de espada en la cara, otros con flechas clavadas en los cuerpos, y algunos muriendo lentamente, con miembros de menos o las tripas fuera. Moviéndose entre ellos con solemnidad, varios frailes franciscanos y sacerdotes jesuitas administraban los últimos ritos a aquellos que agonizaban.

Los jóvenes samuráis marcharon ahora por un camino paralelo a la muralla exterior. Sobre ellos, en las almenas, los arqueros enviaban al cielo una andanada de flechas tras otra, mientras los soldados cargaban las catapultas y lanzaban rocas y bolas encendidas al grueso de la batalla. Jack advirtió que no pasaría mucho tiempo antes de que también ellos entraran en acción.

De repente, la llanura de Tenno-ji apareció a través de una brecha abierta en las fortificaciones y Jack atisbó el combate. Una bruma de humo. Un destello de cañonazos. Un bosque en movimiento de espadas de acero y banderas al viento.

Samuráis gritando a millares. Un cadáver flotando en el foso. Entonces la visión infernal desapareció.

Cuando se acercaron a la puerta principal, Masamoto ordenó un alto. Un sacerdote shinto los recibió y ofreció oraciones a Hachiman, el dios de la guerra, pidiendo su divina ayuda para asegurar la victoria y proteger a los jóvenes samuráis.

Junto con el sacerdote shinto, a cada lado de la entrada había varios jesuitas y frailes, bendiciendo a los soldados con oraciones cristianas mientras atravesaban el último puente y salían a la llanura. Jack se sorprendió al ver al padre Bobadillo en la puerta. Al divisar a Masamoto, el sacerdote se acercó inmediatamente a hablar con él.

Jack se preguntó qué estaría tramando ahora aquella serpiente traicionera. Aunque le había contado a Akiko y Yamato los tratos del sacerdote con Ojo de Dragón, no habían tenido oportunidad de advertir a su tutor. El problema era que seguía sin tener pruebas. El hecho de que Ojo de Dragón, un maestro del engaño, se lo hubiera dicho tan solo sería el hazmerreír de la corte. Además, la principal preocupación de Jack era encontrar el cuaderno de ruta.

—Por la voluntad de su alteza Hasegawa Satoshi —anunció Masamoto—, el padre Bobadillo bendecirá personalmente a los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū* antes de que entréis en batalla. Es un gran honor para la escuela que el sacerdote de nuestro señor ejecute el ritual. Por favor, arrodillaos.

Las filas de jóvenes samuráis se postraron sobre una rodilla e inclinaron la cabeza. El padre Bobadillo alcanzó y alzó la cruz de madera que colgaba de su cuello.

—Señor, bendice a estas almas y protégelas con tu amor. Líbralas de todo daño hoy y llévalos a salvo en tus brazos. Amén.

Recorrió entonces las filas, bendiciendo las cabezas de cada uno. Al pasar junto a Jack, subrepticamente lo pasó por alto, dejándolo sin bendecir. Jack lo maldijo. Incluso en los momentos finales de la guerra, no podía extender el amor de Dios a un enemigo jurado de su patria.

Terminada la bendición, Masamoto montó en su caballo, como hizo la *sensei* Yosa, llevando en la mano su poderoso arco. Los demás *senseis* continuaron a pie. La *sensei* Nakamura empuñaba una *naginata* de terrible aspecto, el *sensei* Kano su largo bastón blanco, el *sensei* Hosokawa sus dos espadas, pero el *sensei* Yamada y el *sensei* Kyuzo iban desarmados. El *sensei* Kyuzo confiaba en sus habilidades *taijutsu* para el combate cuerpo a cuerpo, y el *sensei* Yamada, apoyado en su bastón, confiaba serenamente en sí mismo.

—¡Jóvenes samuráis! —gritó Masamoto—. ¿Estáis preparados para enfrentaros al enemigo?

Una vez más, los estudiantes rugieron su compromiso. Excepto Yori, que empezó a temblar dentro de su enorme armadura.

—No te alejes de mí —susurró Jack—, y no pasará nada, te lo prometo.

En realidad no creía en sus propias palabras, aunque parecieron consolar a Yori, que intentó sonreír a través de su *mempō*.

—La máxima de la escuela es aprender hoy para poder vivir mañana —proclamó Masamoto.

Alzó la *katana*, y su hoja de acero chispeó a la luz de la mañana.

—El mañana está aquí. ¡Larga vida a la *Niten Ichi Ryū*!

La batalla de Tenno-ji

Ningún entrenamiento podría haber preparado a los jóvenes samuráis para el caos de la guerra. Miles y miles de samuráis ocupaban la llanura, los dos bandos chocaban como olas monstruosas en un océano revuelto. Todos los samuráis llevaban a la espalda un *sashimono* distintivo. Los pequeños estandartes rectangulares, pintados con el *mon* de sus *daimyo*, se agitaban con los efectos de cada ataque. Los sonidos de la batalla asaltaron los oídos de los estudiantes. Explosiones de cañones, el chasquido del fuego de los arcabuces, el entrec chocar de las espadas y los gritos y alaridos de los samuráis llenaban el aire. El ataque de doscientos mil soldados enemigos decididos a luchar a muerte heló hasta los huesos a los jóvenes samuráis.

Su unidad se encontraba en retaguardia, ante la llanura. Eran parte de la fuerza de reserva, esperando la orden de unirse a la lucha. A su izquierda, en una colina lejana, el general principal de Satoshi daba órdenes, dirigiendo el movimiento de todas sus tropas. Las instrucciones eran transmitidas a los otros generales a través de una combinación de señales con banderas *nirubi*, atronadores mensajes con cuernos y tambores *taiko*, y corredores que llevaban el distintivo *sashimono* dorado de los mensajeros.

Y sin embargo, no se habían convocado a las reservas.

La espera fue lo más duro. La adrenalina que se había apoderado de ellos al salir del castillo se había consumido, dejando solo el sordo latido del miedo constante. Cada estudiante se sentía nervioso, atrapado entre la determinación de luchar y la urgencia de huir.

—¿Estamos ganando? —preguntó Yori, tratando de echar un vistazo entre Jack y Taro.

—La batalla apenas ha comenzado —respondió Taro.

—Pero ¿cómo vamos? No puedo ver nada con este estúpido casco.

—Quítatelo —sugirió Akiko, ayudándole a desatar la correa alrededor de su barbilla—. Va a hacerte más mal que bien. Yori miró atemorizado el cielo gris.

—¿Y si me alcanza una flecha?

—Estamos detrás del *sensei* Kyuzo. ¡Él la cogerá por ti! —bromeó Yamato.

Una risa nerviosa estalló en las filas de los jóvenes samuráis.

—Permaneced concentrados —gruñó el *sensei* Kyuzo, recorriendo las filas.

Taro escrutó la llanura, y comunicó a los demás los progresos de la batalla.

—Es demasiado pronto para decir quién tiene la ventaja. Pero una división de nuestras tropas está atacando el centro de la línea frontal enemiga. ¿Veis los *sashimono* de franjas blancas y negras? Están intentando abrirse paso hasta la guardia personal del *daimyo* Kamakura.

—¿Por qué demonios intentan una cosa así? —dijo Yamato—. Ahí es donde su

ejército está más concentrado.

—Creo que es una distracción. Para arrastrar a sus fuerzas hacia dentro. ¡Mirad! A la izquierda hay un gran movimiento de tropas nuestras. Creo que Satoshi planea golpear desde la retaguardia las filas de Kamakura.

—Entonces... ¿el enemigo va perdiendo? —preguntó Yori, esperanzado.

—No, oponen una fuerte resistencia. Los cañones y arcabuces de Kamakura están masacrando nuestro flanco derecho.

Jack pudo ver que una oleada tras otra de sus *ashigaru* atacaban al enemigo, pero cada avance era diezmado por una andanada de disparos. El *daimyo* Kamakura había entrenado a sus tropas para disparar en filas coordinadas, asegurando que al menos una fila disparara mientras la otra recargaba. Detrás de los artilleros, una inmensa división de samuráis esperaba para lanzar un contraataque.

—Podrían abrirse paso en cualquier momento —dijo Taro. La sonrisa optimista desapareció del rostro de Yori.

La fina lluvia del amanecer regresó y empezó a caer con intensidad a medida que avanzaba la mañana. A mediodía, se había convertido en un aguacero torrencial. Los sonidos de la batalla se perdieron en el diluvio, y el fuego de los cañones y arcabuces se apagó. La llanura se convirtió en un lodazal de barro y sangre que frenaba el avance de ambos ejércitos. Los samuráis no solo tenían que combatir al enemigo, sino también al terreno que chupaba sus pies y los desequilibraba. Mientras tanto, las tropas de reserva, caladas hasta los huesos y temblando de frío, perdían lentamente sus ganas de luchar.

—¿Hemos vencido ya? —preguntó Yori, tirando de la manga de la armadura de Taro.

—No —replicó Taro, irritado—. Deja de incordiarme.

—¿Entonces por qué ha dejado de disparar el enemigo?

—Tiene razón —dijo Yamato, su visión de la llanura oscurecida por la lluvia y el humo—. ¿Se han rendido?

—No lo parece —contestó Taro, señalando un contingente del ejército del *daimyo* Kamakura que luchaba con uñas y dientes contra los samuráis de Satoshi—. Aunque ya no disparan a nuestro flanco derecho.

Jack hizo una mueca. El motivo le quedó claro por su experiencia de cargar el cañón a bordo del *Alejandro*.

—¡La pólvora no prende bien!

—¡Por supuesto! Eso debería darnos ventaja —dijo Taro, dándose con satisfacción un puñetazo contra el peto—. ¡Mirad! Nuestras tropas empiezan a abrirse paso por la línea frontal enemiga.

Jack vio que un batallón de asalto se enfrentaba al ejército personal del *daimyo* Kamakura. Una formación en diamante de *sashimono*s blancos y negros se internaba en un mar de banderas azules y amarillas de Kamakura. Pronto tendrían a su alcance a los guardaespaldas del propio Kamakura.

—¡Podríamos vencer! —murmuró Taro, incrédulo.

Los Diablos Rojos

Del este llegó una visión aterradora.

Como si el horizonte mismo estuviera sangrando, un ejército rojo marchó hacia el campo de batalla. No solo sus *sashimonos* eran de un escarlata brillante, sino que sus cascos, armaduras e incluso los arneses de sus monturas eran del color de la sangre. Temiendo su pérdida inminente, el *daimyo* Kamakura había llamado a su ejército de reserva, su arma secreta.

—Los Diablos Rojos del Li —jadeó Taro, el rostro letalmente pálido.

Jack se volvió en busca de una explicación, aunque su infernal apariencia ya le había hecho experimentar un involuntario escalofrío de temor.

—Son los samuráis más implacables, brutales y sedientos de sangre de todo Japón. Matarán sin piedad hasta el último samurái que quede en pie.

Los Diablos Rojos entraron en la batalla, lanzando un temible contraataque y arrasando a quienes se les enfrentaban. Como si se hubiera abierto una compuerta, los estandartes blancos y negros de las fuerzas de Satoshi fueron barridos por una oleada roja.

El signo de la batalla había cambiado, como si el dios de la guerra Hachiman estuviera ahora de parte de los Diablos Rojos, la lluvia cesó y las andanadas de los cañones y arcabuces empezaron de nuevo.

—¡Samuráis de la *Niten Ichi Ryū*! —gritó Masamoto, cabalgando ante la línea de vanguardia—. ¡Preparaos para la batalla!

Los estudiantes intercambiaron miradas nerviosas y desenvainaron sus espadas. Jack asió la empuñadura de su *katana*, y el mango *menuki* se clavó profundamente en su palma. Vaciló en desenvainar la hoja, temeroso de haber olvidado de pronto todo el entrenamiento. Una mano le agarró el hombro y Jack se volvió para ver a Yamato, su palo plantado firmemente en el suelo ante él.

—Hace cinco años perdí a un hermano —dijo Yamato, mirando gravemente a Jack—. No quiero perder a otro.

El significado de su declaración conmovió profundamente a Jack. Envolvió a Yamato en un fuerte abrazo.

—Nunca tuve un hermano hasta que vine a Japón —respondió, soltando a Yamato—. Y estoy dispuesto a ofrecer mi vida por salvar la tuya.

—Espero que no lleguemos a eso —dijo Akiko.

Estaba junto a ellos, el arco preparado. En la otra mano tenía tres flechas. Sin que les dijeran nada, Yamato y Jack cogieron los astiles a cada lado de su mano extendida.

—Solo unidos permaneceremos fuertes —dijo ella, recordando las palabras del *sensei* Yamada.

Durante un momento Jack creyó que eran invencibles, que el lazo que los unía era irrompible. Yamato soltó las flechas. Pero Jack no quería hacerlo. Comprendía que esta podía ser la última vez que estuvieran juntos. Miró a Akiko a los ojos, la conexión entre ambos más fuerte que nunca, el secreto compartido de su identidad ninja de algún modo los unía aún más.

—Unidos siempre —susurró ella, sonriéndole.

—Unidos siempre —repitió Jack, sintiendo cada palabra. Al sentir un tirón en su armadura, Jack se volvió y vio a Yori, los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Jack, tengo miedo —farfulló—. Sé que soy un samurái, pero somos demasiado jóvenes para morir.

Tratando de consolar a su amigo, Jack solo pudo pensar en repetir de nuevo la frase de su madre.

—Recuerda: donde hay amigos, hay esperanza.

Sus palabras sonaron débiles e insípidas en mitad de la batalla. Pero si había que ser sinceros, él estaba igual de asustado que Yori. Los Diablos Rojos se acercaban cada vez más, dejando un baño de sangre tras su estela. Yori empezó a temblar de un modo incontrolable. El pánico se apoderó de él, soltó la espada y parecía a punto de echar a correr.

—¡Yori-kun! —dijo el *sensei* Yamada, acercándose a ellos—. ¿Has resuelto ya mi *koan*?

Yori parpadeó asombrado, completamente desprevenido por la inesperada pregunta de su *sensei*.

—¿Cuál es tu verdadero rostro, el que tenías antes incluso de que nacieran tu padre y tu madre?

—Lo siento, no lo sé —respondió Yori, negando con la cabeza.

—Pues lo llevas ahora —respondió el *sensei* Yamada, sonriendo amablemente a su protegido—. Cuando se enfrenta a la muerte, se revela el verdadero rostro del samurái. Y veo en ti fuerza, valor y lealtad. Con esas cualidades *bushido*, sobrevivirás a la batalla inminente. Igual que sobreviviste al ataque a nuestra escuela. He oído decir que dominaste el *kiaijutsu*.

Yori asintió.

—Entonces comprenderás lo que quise decir cuando dije que incluso la brisa más pequeña puede crear olas en el océano más grande.

El *sensei* Yamada se marchó, buscando a otros estudiantes a quienes reconfortar en los momentos finales. Yori recogió su espada, encontradas nuevas fuerzas.

49

Sacrificio

—¡Aguantad la línea! —ordenó el *sensei* Hosokawa, mientras los Diablos Rojos cargaban contra ellos.

La *Niten Ichi Ryū* ocupaba su posición en lo alto de un promontorio y su *sensei* estaba decidido a que no perdieran la ventaja entrando demasiado pronto en batalla. Los asesinos samuráis rojos se acercaban cada vez más, abriéndose paso entre las filas de *ashigaru*.

Jack empezó a hiperventilar, su respiración le sonaba fuerte y llena de pánico dentro del casco y la *mempō*. Su corazón latía contra su peto. A pesar de todo su entrenamiento, de los duelos que había ganado, de todos los desafíos a los que se había enfrentado, nunca había estado tan asustado en toda su vida.

Deseó que su padre estuviera todavía con él. Incluso en la más traicionera de las tormentas, se sentía tranquilizado por su presencia. El sentido de la fuerza de su padre y su inquebrantable confianza siempre le habían dado esperanza donde parecía no haber ninguna. Aquí estaba él, enfrentándose a un ejército de guerreros sedientos de sangre, dispuesto a sacrificar su vida por un señor japonés. ¿Qué esperanza tenía?

Hubo un aleteo de movimiento en el cielo y divisó una flecha que volaba hacia él. Como el miedo le había clavado los pies al suelo, solo pudo ver cómo la punta de acero caía directamente hacia su cabeza.

En el último segundo, una mano la agarró en el aire.

El *sensei* Kyuzo miró a Jack con desdén.

—¡No te he entrenado para que mueras antes de que comience el combate, *gaijin*! —dijo con desprecio—. ¡Eres una patética parodia de samurái!

Jack sintió una oleada de furia elevarse ante el insulto de su maestro. Eso rompió su parálisis. Se enfrentó a su *sensei*, *katana* en mano.

—Ese es el espíritu de lucha que estoy buscando —exclamó el *sensei* Kyuzo, viendo la indignación en los ojos del muchacho.

Jack comprendió de pronto que el *sensei* Kyuzo lo había pinchado a propósito. Para impulsarlo a la acción.

—¡LARGA VIDA A LA NITEN ICHI RYŪ! —gritó Masamoto, blandiendo su espada y espoleando a su caballo hacia el grueso del enemigo.

Rugiendo un grito de batalla, los estudiantes y *senseis* cargaron colina abajo contra los Diablos Rojos que avanzaban. Los dos bandos se encontraron de frente, las espadas y las lanzas entorchocaron. Jack se encontró rodeado de samuráis en lucha, montados y a pie. Un *ashigaru* cayó a su lado, la sangre brotando de su boca mientras las puntas afiladas de un tridente le perforaban el pecho.

Detrás del soldado se alzaba un Diablo Rojo. Arrancando el arpón del moribundo, el samurái avanzó hacia Jack. Embistió con el tridente hacia su vientre. El

entrenamiento *taijutsu* de Jack entró en acción y esquivó fácilmente el arma. Pero el Diablo Rojo retiró su lanza demasiado rápidamente para que Jack pudiera agarrarla. El samurái embistió de nuevo contra él. Jack saltó a un lado, descargando un golpe en redondo con la *katana* para cercenar la cabeza del Diablo. El samurái se agachó y golpeó con el hombro a Jack, empujándolo hacia atrás. Jack tropezó con el cuerpo del *ashigaru* moribundo y cayó al suelo.

El Diablo Rojo corrió hacia él, la sangre de sus víctimas anteriores goteaba en su armadura. Su casco tenía dos grandes cuernos dorados y llevaba una terrible *mempo* con feroces dientes serrados. Solo se veían los ojos del samurái, brillando sedientos de sangre mientras alzaba el tridente para clavar a Jack al suelo.

Un palo de madera surgió de la nada, desviando las letales puntas de la lanza hacia la tierra embarrada. Yamato, saltando por encima de Jack, descargó una fuerte patada contra el pecho del samurái. El Diablo Rojo retrocedió tambaleándose y perdió el tridente. Desenvainando una *katana*, atacó ahora a Yamato, pero una flecha lo detuvo en seco. El disparo de Akiko penetró en el peto del samurái.

Pero una sola flecha nunca sería suficiente para un guerrero semejante. Gruñendo de dolor, el Diablo Rojo arrancó el astil y comenzó de nuevo su ataque. Mientras Yamato luchaba con el samurái, Akiko volvió a cargar su arco. Jack se puso en pie de un salto y se unió a la pelea.

El Diablo Rojo, guerrero experimentado, los hizo retroceder a ambos. Sus golpes eran tan violentos que los brazos de Jack temblaban con cada parada. Akiko disparó otra flecha, pero el samurái estaba preparado esta vez y la cortó por la mitad en el aire. Yamato, asombrado por la hazaña, fue derribado al suelo por una patada frontal por sorpresa. Jack lanzó una estocada contra la cabeza del guerrero, pero su golpe fue bloqueado y tuvo que retroceder. El Diablo Rojo, recuperando su tridente, lo alzó para matar al caído Yamato.

De repente, la brillante punta de una espada asomó por el pecho del samurái. El Diablo Rojo se tambaleó, tosió sangre, y se desplomó en el suelo, muerto.

—Será mejor que evitéis esos cuernos dorados —aconsejó el *sensei* Hosokawa—. Son los guerreros de elite.

Regresó entonces a luchar junto a Masamoto, que había desmontado y diezmaba a todos los Diablos Rojos que caían al alcance de su técnica de los Dos Cielos. La *sensei* Yosa, sin embargo, todavía iba a caballo, y cabalgaba entre la batalla eliminando a sus enemigos con sus letales flechas. A la derecha de Jack, el *sensei* Kyuzo se enfrentaba a dos Diablos Rojos a la vez. Con una impresionante exhibición de *taijutsu*, los desarmó a ambos antes de atravesarlos con sus respectivas lanzas. Un aleteo de cabellos blancos como la nieve revelaron dónde luchaba la *sensei* Nakamura, las lágrimas de pena corrían por su rostro mientras se cobraba su venganza en el enemigo, y su *naginata* revoloteaba en el aire como un ave de presa de acero. Cerca, la inmensa forma del *sensei* Kano podía verse haciendo girar su *bō* y abatiendo enemigos a su alrededor como si fueran moscas. El único centro de calma

en medio de este caos era el *sensei* Yamada, que permanecía de pie en medio de un círculo de cuerpos caídos. Jack vio que un Diablo Rojo que atacaba al maestro de Zen caía de pronto de rodillas. Un segundo *kiai* del *sensei* Yamada acabó con el guerrero.

Jack divisó a Yori deambulando ileso entre la batalla, como deslumbrado. Tenía la espada levantada pero nadie se enfrentaba a él. Era simplemente demasiado pequeño para que lo consideraran una amenaza. Un Diablo Rojo chocó contra Yori, vio la diminuta armadura, y luego se echó a reír. Un momento después, la sonrisa se le borró de la cara cuando la *sensei* Yosa le plantó una flecha en la garganta.

Abriéndose paso entre las filas, un puñado de Diablos Rojos a caballo se cernieron sobre los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū*. Yori estaba directamente en su camino y estaba a punto de ser aplastado. Jack gritó una advertencia, pero no pudo hacerse oír por encima del ruido de la batalla. Corrió hacia su amigo, y de un empujón con el hombro lo apartó de debajo de los cascos de los caballos.

Jack arrastró a Yori hasta ponerlo en pie.

—Te dije que te quedaras con nosotros. Yori asintió mansamente.

—Pero nadie quiere luchar conmigo.

—¡Y tú te quejas! —exclamó Jack.

—No, por supuesto que no —dijo Yori, soltando una risita nerviosa.

Sus ojos se ensancharon de pronto de miedo.

—¡Detrás de ti!

Jack se volvió para ver que un Diablo Rojo cargaba contra ellos. Como había dejado caer su *katana* en el barro para sacar a Yori, Jack se dispuso a desenvainar su *wakizashi* pero supo que era demasiado tarde. La espada del samurái caía ya dispuesta a decapitarlo.

—¡YAH!

Los ojos del Diablo Rojo se pusieron en blanco y se desplomó de boca en el barro.

Yori, respirando con dificultad por el esfuerzo de su *kiai*, le sonrió a Jack.

—No me extraña que nadie quiera pelear contigo, Yori. ¡Eres mortífero! —dijo Jack, recogiendo su *katana* antes de que otro samurái pudiera atacarlos.

—Creo que solo lo he dejado inconsciente —respondió Yori, empujando el cuerpo caído con el pie. El Diablo Rojo gimió débilmente.

—¡Jack! —exclamó Akiko, llamándole frenéticamente para que se reuniera con Yamato y con ella.

Los dos echaron a correr, solo para descubrir a Emi tendida en el suelo, con una flecha clavada en el muslo. Estaba pálida, y la sangre manchaba sus calzas y *hakama*.

—Debemos proteger a Emi a toda costa —dijo Akiko, alzando su arco.

Formaron inmediatamente un círculo defensivo en torno a la hija del *daimyo*, repeliendo el avance de los Diablos Rojos. Pero eran demasiados. Las fuerzas del *daimyo* Kamakura se abrían ahora paso entre todas las filas del ejército de Satoshi.

La batalla se había convertido en una masacre.

Rodeada de Diablos Rojos, la *sensei* Nakamura blandía su *naginata* con brutal abandono, el pelo blanco como la nieve agitándose en un mar de rojo. De repente desapareció, engullida por el enemigo.

Un soldado con un *sashimono* dorado corrió hacia ellos.

—¡RETIRADA HACIA EL CASTILLO! —gritó el mensajero.

Un momento después, un Diablo Rojo lo mató por la espalda, y su sangre salpicó el estandarte dorado.

—¡Atrás! —ordenó Masamoto, abriéndose paso entre la masa de soldados enemigos con los *senseis* Hosokawa, Yosa y Kyuzo.

—Dejadme —gimió Emi, incapaz de ponerse en pie—. Salvaos vosotros.

—No —dijo Jack—. Todos estamos unidos, ¿recuerdas?

Envainando sus espadas, la puso en pie. Emi casi se desmayó de dolor.

—¡Tiempo de irse! —dijo Akiko con urgencia, disparando varias flechas.

Los cinco se retiraron en dirección al castillo junto a otros miles de soldados que huían, luchando en una acción defensiva de retaguardia. Pero su progreso se vio obstaculizado no solo por la herida Emi sino por el terreno removido. Los Diablos Rojos se acercaban rápidamente, amenazando con cortar su ruta de escape hacia la puerta principal.

—No lo vamos a conseguir, —dijo Yamato, mientras una escuadra de Diablos Rojos rompía sus líneas y cargaba contra ellos. Tomando el otro brazo de Emi, ayudó a Jack a llevarla, con la esperanza de que juntos pudiesen correr más rápido que el enemigo.

Taro, que ya había alcanzado el puente, les vio pugnando por la seguridad. Corrió hacia atrás, con ambas espadas en alto.

—Seguid corriendo, —dijo—. Los retendré tanto como me sea posible.

Se mantuvo firme mientras la escuadra de Diablos Rojos se abatía sobre él. Su *katana* y su *wakizashi* convertidas en un borrón, la técnica de los Dos Cielos aniquilando a cualquier samurái que se aventuraba cerca. Pero los refuerzos no estaban muy lejos y Taro se hallaba en peligro de ser arrollado antes de que los cinco pudieran alcanzar el puente.

—Taro necesita ayuda, —dijo Yori, echando a correr.

—¡No! —gritó Jack, pero ya era demasiado tarde.

Yori tomó posición al lado de Taro, gritando *kiai* tras *kiai* a la fuerza que avanzaba. Entre los dos frenaron el avance del enemigo lo suficiente para que Jack, Emi, Yamato y Akiko pudieran cruzar el puente.

—¡Yori! ¡Taro, vamos! —gritó Jack.

Se dieron la vuelta y corrieron.

Exhausto y sin aliento por la lucha, las piernitas de Yori no le llevarían lo suficientemente rápido.

El enemigo se le acercaba.

Resbaló y cayó.

Taro se detuvo y, dándose la vuelta, sacó sus espadas.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —exclamó Yamato.

—Se está sacrificando por Yori, —dijo Akiko, con una lágrima resbalando por su mejilla.

Taro estableció su posición final sobre un pequeño montículo.

Los Diablos Rojos cayeron uno tras otro, mientras contenía la marea de samuráis enemigos. Entonces un inmenso Diablo Rojo de cuernos dorados retorcidos lo atravesó con su lanza. Taro se tambaleó bajo el golpe, pero siguió luchando. Consiguió abatir a unos cuantos enemigos más, antes de que el samurái de los cuernos dorados lo derribara de un golpe con la enorme hoja de una espada *nodaichi*. Taro cayó de rodillas. Sin mostrar ninguna piedad, el samurái lo decapitó. Los Diablos Rojos pasaron por encima y avanzaron hacia el castillo.

Jack solo pudo quedarse mirando el lugar donde había caído el hermano de Saburo, aturdido por la súbita y brutal pérdida.

Pero Yori seguía en el campo de batalla, corriendo con todas sus fuerzas.

—¡VAMOS! —gritó Jack.

La idea de que su leal y valiente amigo sufriera una muerte tan horrible era imposible de soportar.

De repente, las enormes puertas de la muralla exterior empezaron a cerrarse.

—¡Esperad! —le suplicó Jack a los guardias—. Yori está todavía ahí fuera.

—Son las órdenes —gruñó el guardián de la puerta.

Yori vacilaba, sus fuerzas agotadas por todos sus ataques *kiai*.

Las puertas siguieron cerrándose.

Jack instó a su amigo a continuar.

A través de la abertura cada vez más estrecha, vio a Yori llegar al puente.

Pero detrás, una avalancha de samuráis rojos amenazó con envolverlo.

Las puertas se cerraron con un chasquido atronador.

—¡NOOOO! —gritó Jack, golpeando con los puños las puertas cerradas.

Grulla de papel

Apartando a los guardias, Jack subió corriendo las escaleras de la torre de la puerta hasta las almenas. Descubrió cientos de soldados disparando arcabuces, lanzando flechas y rocas contra el enemigo. En la llanura, puñados dispersos de samuráis de Satoshi seguían luchando con valentía, mientras las fuerzas del *daimyo* Kamakura continuaban su avance, trayendo sus máquinas de asedio y sus cañones.

Debajo, una rebullente masa de Diablos Rojos lanzaba un asalto a la puerta del castillo. El puente levadizo había sido levantado, pero habían empezado a llenar el foso con los cuerpos de los caídos, apilándolos más y más alto.

Jack miró desesperadamente alrededor, pero no veía a Yori por ninguna parte; el cuerpo de su amigo se había perdido entre los cadáveres.

—Tenemos que irnos —dijo Akiko, apoyando la mano en su hombro—. Masamoto-sama nos ha ordenado que nos reagrupemos en los barracones.

—¿Por qué han cerrado las puertas? —preguntó Jack, airado, golpeando el parapeto con el puño.

—El enemigo estaba a punto de superarnos.

—¡Pero Yori estaba en el puente!

Jack se estremeció de furia, y luego rompió en sollozos.

—¡Prometí que cuidaría de él!

—Y lo hiciste —dijo Akiko, apartándolo de la muralla—. Pero fue decisión de Yori ayudar a Taro. Su sacrificio nos salvó.

Cuando llegaron a los barracones, Jack se sorprendió al ver que apenas la mitad de los estudiantes habían conseguido regresar. Muchos estaban heridos, mientras que otros permanecían sentados con una expresión aturdida y distante en los ojos. Sus pérdidas habían sido grandes. En la batalla no solo había caído la *sensei* Nakamura, sino también los *senseis* Yamada y Kano. Jack se acercó al lugar donde yacía Emi, con la pierna vendada ya. Cho estaba a su lado.

—¿Dónde está Kai? —preguntó, aunque temía la respuesta. Cho negó tristemente con la cabeza y se secó una lágrima.

—Jack —dijo Emi, tratando de incorporarse para saludarlo—. Gracias por salvarme la vida.

—Es lo menos que podía hacer después de haberla puesto en peligro el año pasado.

Emi le sonrió afectuosamente.

—Te perdono también.

—Y yo también —dijo una voz desde atrás.

Jack se volvió para ver al *daimyo* Takatomi, el brazo en cabestrillo, acompañado por dos de sus guardaespaldas.

—Jack-kun, debo darte las gracias a ti y a tus amigos por traer de vuelta a mi hija. Lamento oír la pérdida de Taro y Yori —dijo, inclinando la cabeza con respeto—. Cuando esta batalla haya terminado, por favor únete de nuevo a nosotros en mi castillo para una *cha-no-yu*. Brindaremos por su valentía y los recordaremos.

—Será un honor —dijo Jack, inclinándose profundamente mientras el *daimyo* se marchaba con Emi, escoltado por sus guardaespaldas. Tuvo que contener una sonrisa: solo al *daimyo* Takatomi se le podía ocurrir pensar en celebrar una ceremonia del té en mitad de una guerra.

—Samuráis de la *Niten Ichi Ryū* —dijo Masamoto, con aspecto agotado pero desafiante—. Puede que hayamos sufrido grandes pérdidas. Pero el enemigo no ha roto el espíritu de la *Niten Ichi Ryū*.

Las cicatrices de su cara se avivaron con la emoción de sus palabras.

—Las virtudes del *bushido* que habéis demostrado en el campo de batalla son encomiables. Vuestro valor ante el peligro y la lealtad mostrada por aquellos que han muerto por salvar a sus camaradas serán recordados siempre. Ese heroísmo es la piedra angular de nuestra escuela y por eso nunca seremos derrotados. Recordad las palabras del *sensei* Yamada: solo unidos permaneceremos fuertes.

Jack, Akiko y Yamato se miraron. Aunque todos pensaban en Yori, comprendieron que su continua supervivencia se basaba en que su trinidad permanecía intacta.

—Mientras hablo, el Consejo planea una contraofensiva. Mientras tanto, aseguraos de descansar un poco. Necesitaréis todas vuestras fuerzas para el próximo ataque. ¡Larga vida a la *Niten Ichi Ryū*!

Los estudiantes gritaron su respuesta. Pero como faltaban tantos, el grito de batalla sonó hueco al resonar en las paredes del castillo. Masamoto y los *senseis* restantes salieron al patio en dirección a la fortaleza. Jack siguió a Yamato y Akiko a los barracones.

Tras acomodarse en un rincón, trató de dormir un poco. Pero el distante rugir de los cañones era un recordatorio continuo de que la batalla no había terminado aún. Y la cama vacía entre Yamato y él era la cruel y penosa prueba de que Yori ya no estaba con ellos.

Jack trató de entretener su mente con recuerdos del hogar, pero siempre volvía a Yori. Justo cuando se estaba quedando dormido, advirtió una pequeña grulla blanca de papel asomando en la mochila de Yori. Extendió la mano y la cogió. Sosteniendo el pajarito en la palma, recordó que Yori le había dado uno cuando combatió a Sasaki Bishamon, un arrogante samurái que hacía su peregrinación de guerrero. Ese modelo *origami* era la milésima grulla que Yori hacía. Como dictaba la leyenda, contenía un deseo, y Yori había deseado la protección de Jack durante el duelo. Esperando que esta grulla le trajera la misma buena suerte, Jack guardó el pajarito dentro de su mochila, junto al muñeco Daruma que Yori había rescatado del fuego.

Jack no olvidaría nunca a su leal amigo.

51

La fortaleza

Una gran explosión despertó a Jack.

Yamato no estaba. Ni tampoco Akiko.

Corrió al exterior para ver a todos los estudiantes correr a la parte superior de la muralla interior. Subiendo los escalones de dos en dos, encontró a Akiko y Yamato en las almenas. El sol estaba bajo en el horizonte, el cielo de un rojo sangriento. Jack pudo ver que la Tenno-ji estaba repleta de soldados del *daimyo* Kamakura, mientras sus cañones y máquinas de asedio continuaban bombardeando las defensas.

—Las fuerzas de Kamakura han cruzado el foso —explicó Yamato—. Están haciendo estallar barriles de pólvora para destruir la muralla exterior.

Otra potente explosión sacudió las fortificaciones del castillo. De una de las defensas que se desmoronaban surgió polvo y humo, y pudieron ver a los Diablos Rojos colándose por la abertura.

—¿Entonces se ha acabado? —preguntó Jack.

—Todavía no. Todavía tienen que abrirse paso hasta el complejo del castillo —respondió Akiko—. Recuerda, nadie ha tomado jamás el Castillo de Osaka.

Los estudiantes vieron que el ejército de Kamakura libraba una guerra de desgaste. Feroces combates a espada estallaron entre miles de samuráis en las defensas y sus alrededores, mientras los dos bandos luchaban por conseguir terreno. Los Diablos Rojos estaban empeñados en llegar a la muralla interior, pero su progreso era frenado por los estrechos caminos serpenteantes de las fortificaciones exteriores del castillo. Cada puerta y torre era ganada con dificultad y las pérdidas aumentaban rápidamente.

Para cuando el sol caía tras el horizonte, el avance del *daimyo* Kamakura había llegado a un punto muerto.

—¡Mirad! ¡El castillo está ardiendo! —dijo Cho, señalando el ala oeste de las fortificaciones interiores.

—Pero los Diablos Rojos no han llegado a esa sección —dijo sorprendido Yamato—. Debemos tener un traidor.

—Lo más probable es que sean ninjas —corrigió Akiko, dirigiendo a Jack una mirada de inteligencia.

Las llamas brotaban en la zona de las cocinas del castillo, un ominoso brillo naranja contra el cielo oscurecido. Impulsado por el viento, el fuego se extendió con rapidez, causando confusión y pánico entre las tropas de Satoshi. Los soldados del *daimyo* Kamakura se aprovecharon inmediatamente del caos, abriéndose paso entre las líneas defensivas para llegar a la muralla interior.

De repente el parapeto a la derecha de Jack estalló en una granizada de rocas y pólvora. Los estudiantes se lanzaron todos al suelo cuando otro cañonazo demolió

una gran sección de la almena. Jack puso a Akiko y Yamato en pie y bajaron corriendo las escaleras dañadas. Los jóvenes samuráis estallaron en gritos y chillidos de pánico. Masamoto y sus *senseis* llegaron corriendo al patio, organizando a los estudiantes.

—¡A la fortaleza!

Los jóvenes samuráis recogieron sus armas y mochilas y lo siguieron. Atravesaron la muralla interior hasta su última línea de defensa. Jack miró atrás. Los Diablos Rojos se abrían ya paso por la retaguardia. Mientras los estudiantes corrían por el camino pavimentado, Jack supo que la seguridad que prometía la fortaleza estaba solo unas cuantas curvas más allá. Pero el enemigo se acercaba. Rápido.

—¡Aprisa! —urgió Jack, viendo que Cho se quedaba atrás.

El Diablo Rojo de los cuernos dorados retorcidos abatió a los restantes guardias, la inmensa hoja de su *nodaichi* eliminó a tres de ellos de un solo golpe.

El camino se estrechó cuando los estudiantes se acercaron al patio interior de la fortaleza. Masamoto estaba en la puerta, asegurándose de que todos llegaran a salvo.

Jack se arriesgó a mirar de nuevo por encima del hombro. El Diablo Rojo de los cuernos dorados empuñaba ahora una larga lanza y la lanzó contra los jóvenes samuráis en retirada.

—¡Cuidado! —le gritó Jack a Cho.

La lanza voló hacia ella.

En el último momento, Yamato apartó a Cho de un empujón.

La cruel punta serrada lo alcanzó a él en cambio, y cayó al suelo.

El Diablo Rojo rugió de satisfacción y, empuñando su *nodaichi*, atacó al herido Yamato.

Jack se volvió y corrió hacia su amigo caído.

Yamato se arrastraba desesperadamente hacia él, la lanza todavía asomando en su costado.

Desenvainando sus dos espadas, Jack atacó al enemigo.

El Diablo Rojo lo estaba esperando. Cuando Jack atacó con su *katana*, el samurái dio un tajo hacia arriba al mismo tiempo. Jack apenas logró evitar la letal hoja y consiguió desviarla con su *wakizashi* en el último segundo. Pero perdió la *katana* cuando el antebrazo del Diablo Rojo le golpeó la muñeca. El samurái continuó rápidamente el ataque con su puño acorazado, golpeando a Jack en la cara. Si no hubiera sido por su *mempō*, Jack habría muerto. La máscara se quebró y el casco cayó de su cabeza mientras volaba contra la pared.

Aturdido, Jack temió sentir el duro acero del *nodaichi* cortarle la garganta de un momento a otro.

Pero el Diablo Rojo había detenido su ataque para mirar a Jack.

—¡Un samurái *gaijin*! —exclamó, sorprendido al ver el pelo rubio y los ojos azules del muchacho.

Una flecha atravesó el aire y alcanzó al Diablo Rojo en la abertura entre su casco

y la *mempō*. Retrocedió tambaleándose, la sangre manando de su ojo.

—Nunca vaciles —dijo Jack, empuñando su *katana*.

Pero el samurái no murió.

Gritando con agónica furia, atacó a Jack. Otra flecha se le clavó en el pecho mientras la *sensei* Yosa se reunía con Akiko en la puerta. Pero siguió atacando. Jack esquivó el salvaje manotazo del Diablo Rojo, y un momento después Masamoto apareció a su lado.

—¡Ve! —ordenó Masamoto, atacando al samurái aparentemente indestructible con furia vengativa.

Jack corrió hacia Yamato. Tras arrancar la lanza, lo ayudó a ponerse en pie y se dirigieron hacia la puerta. Tras ellos, cientos de Diablos Rojos venían al asalto. Akiko y la *sensei* Yosa lanzaban flecha tras flecha, tratando de frenar el avance del enemigo.

Masamoto, desarmando al Diablo Rojo con un cegador golpe de Hoja de Otoño, clavó su *wakizashi* en el vientre de su enemigo. El Diablo Rojo gimió y cayó de rodillas.

—¡Eso, por mi hijo! —declaró Masamoto.

Entonces dio un tajo con la *katana*, decapitando al Diablo Rojo de los cuernos dorados. La cabeza del hombre cayó de sus hombros y rebotó por el suelo.

—¡Y eso por Taro!

En cuanto Masamoto entró en el patio, los guardias cerraron las puertas contra la horda de Diablos Rojos. El enemigo empujó desde el otro lado, pero las puertas reforzadas aguantaron.

Por el momento, al menos.

Jack depositó a Yamato en el suelo. Akiko se arrodilló junto a él, el rostro lleno de preocupación.

—Estoy bien —gimió Yamato—. No es profunda.

Akiko lo puso cuidadosamente de lado para inspeccionar la herida.

—¿Cómo está? —preguntó Masamoto.

—Sangra mucho, pero su armadura ha recibido el grueso del golpe.

—¿Puedes incorporarte? —le preguntó Masamoto a su hijo.

Yamato asintió.

—Bien. Llévalo a la fortaleza y vendadlo.

Incluso ahora, la austeridad de Masamoto le impedía mostrar el amor y la aprobación que Yamato necesitaba desesperadamente. Jack comprendió que su tutor probablemente consideraba un signo de debilidad mostrar ninguna emoción delante de sus estudiantes. Pero Jack vio que Yamato bajaba la cabeza cuando no hubo ningún reconocimiento a su valor por haber salvado a Cho.

Cogiendo a Yamato por el brazo, Jack y Akiko lo ayudaron a cruzar el patio.

—Gracias... por salvarme... —dijo Yamato entre espasmos de dolor—. Os debo la vida.

—Es a Akiko a quien tenemos que dar las gracias —respondió Jack—. Si no

fuera por su habilidad con el arco, los dos estaríamos muertos ahora mismo.

—Fue un disparo malísimo —dijo Akiko.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Jack—. ¡Le diste en todo el ojo izquierdo!

—Estaba apuntándole al derecho.

Los tres soltaron una carcajada.

—Basta —gimió Yamato—. Reír duele.

Dentro de la fortaleza, los *ashigaru* corrían, llevando arcabuces y pólvora a los soldados de las murallas interiores. Los tres muchachos se dirigieron al segundo piso. El *daimyo* Takatomi estaba allí, dando órdenes a los generales supervivientes. Se separó del grupo en cuanto vio que el hijo de Masamoto estaba herido.

—Llevad a Yamato-kun a mis aposentos inmediatamente. Lo atenderá mi médico personal.

Mientras subían las escaleras hasta la sexta planta, el sonido de los cañonazos parecía acercarse. A través de una ventana del cuarto piso, Jack pudo ver la batalla. Las tropas del *daimyo* Kamakura llegaban de todas partes, lanzando flechas incendiarias contra las murallas. Las fuerzas de Satoshi, sin embargo, seguían manteniéndolas a raya con una constante descarga de fuego de mosquetes y flechas.

Al llegar a la quinta planta, Yamato se detuvo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jack.

Asintiendo, Yamato susurró:

—¡Mira! La puerta del padre Bobadillo está abierta.

Pasillo abajo, las paredes paneladas de madera del estudio del sacerdote eran visibles; una lámpara de aceite fluctuaba en un rincón.

—Esta podría ser tu única oportunidad —dijo Yamato, mirando significativamente a Jack.

—Pero ¿y tú?

—Estaré bien con la ayuda de Akiko —dijo él, soltando su brazo del hombro de Jack—. Tú encuentra el cuaderno de ruta de tu padre.

Justicia divina

Jack avanzó con sigilo hacia el estudio del padre Bobadillo. A pesar del fragor de la batalla en el exterior, el pasillo estaba extrañamente desierto. La mayor parte de los guardias combatían en las almenas. Colocándose a un lado de la puerta, Jack se asomó e inmediatamente apartó la cabeza.

El padre Bobadillo se hallaba en la habitación.

Pero estaba de espaldas a la puerta.

Jack se arriesgó a echar otro vistazo. El sacerdote vaciaba frenéticamente en una bolsa los más preciados contenidos de su arcón. Tras acercarse a la alacena, sacó los libros del estante y abrió un compartimento oculto en la pared.

Jack estuvo a punto de jadear en voz alta. Ahí tenía que ser donde guardaba el cuaderno de ruta.

Pero el padre Bobadillo solo guardó más joyas y monedas de plata en su bolsa. Tras echarse el botín al hombro, el sacerdote corrió hacia el cuarto de oración.

Jack se disponía a seguirlo cuando el padre Bobadillo se detuvo de repente, como si hubiera olvidado algo.

Se dio la vuelta y observó el retrato de san Ignacio.

«No estará pensando en llevárselo», pensó Jack.

Pero el sacerdote se acercó y lo retiró de la pared. Colocó el retrato a un lado y presionó uno de los paneles de madera. Se oyó un suave chasquido.

Detrás del cuadro había otro compartimento secreto.

El padre Bobadillo rebuscó en el interior y sacó el cuaderno de ruta, todavía envuelto en su hule protector.

Jack, asombrado al volver a verlo, no pudo contener su ira hacia el sacerdote.

—¡Así que era usted! —dijo, entrando en la habitación y desenvainando la espada—. ¡Usted robó el cuaderno de ruta! ¡Usted asesinó a mi padre!

El padre Bobadillo se dio media vuelta, y la sorpresa momentánea en su rostro fue sustituida rápidamente por una mueca de desdén.

—No he robado nada —respondió, ignorando la amenaza que suponía la espada—. Solo cogí lo que era legítimamente nuestro.

El sacerdote se sentó tranquilamente en su sillón y miró a Jack.

—El cuaderno de ruta es propiedad de Portugal —dijo, colocando el libro sobre la mesa—. Antes de que tu padre lo consiguiera con malas artes, perteneció a un piloto portugués. Tu padre no era solo un hereje protestante: también era un ladrón.

—¡Miente! —gritó Jack, la hoja extendida temblaba de furia ante aquella acusación.

—¿Nunca te has preguntado cómo tu padre, un inglés, consiguió un conocimiento tan vasto de los océanos? —dijo el sacerdote, colocando las manos sobre su regazo.

Jack vaciló, incapaz de responder a la pregunta.

—Déjame iluminarte. Tu padre era un pirata. Saqueaba los mares y robó nuestro cuaderno de ruta. Yo no maté a tu padre. Él mismo se condenó. Simplemente, administré justicia por parte de mi país. Como se atrevió a navegar hasta Japón, me pareció adecuado que su verdugo fuera un ninja.

Jack no supo qué pensar. El padre Bobadillo debía estar mintiendo, pero el sacerdote había sembrado una semilla de duda en su mente. Su padre nunca había contado cómo había encontrado el cuaderno de ruta. Solo dijo que el libro había sido conseguido con gran coste de vidas y sangre. Jack había supuesto que se refería a los peligros de la exploración, no a la piratería. De todas formas, no podía recordar una ocasión en que su padre no poseyera el cuaderno de ruta. Tenía que ser suyo.

Al mismo tiempo, sabía que el libro contenía más información de la que podía conseguir un solo hombre durante toda una vida en el mar. Incluso detallaba lugares del océano Pacífico por los que su padre no había navegado nunca.

Cuanto más lo pensaba Jack, más preguntas se planteaba.

—¿Qué vas a hacer entonces, joven samurái? ¿Cortarme en dos? —dijo el padre Bobadillo, disfrutando del juego de emociones y dudas en el rostro de Jack.

Mientras Jack bajaba la espada, el sacerdote sonrió cruelmente.

—O tal vez debería juzgarte por traición. Acusación: intento de asesinato. Veredicto: culpable. Sentencia: muerte.

El padre Bobadillo se levantó de su asiento, con una pistola de chispa en la mano.

Apuntó con el arma al corazón de Jack.

—Ni siquiera un samurái puede esquivar una bala.

Guerrero sombra

Jack se tensó, pero el disparo no se produjo.

El padre Bobadillo miraba más allá de él, con una ceja levantada en gesto de sorpresa.

—Estaba a punto de hacer tu trabajo —dijo, despectivo, bajando el arma—. Pero ahora que estás aquí, puedes terminar lo que te pagué para que hicieras.

Ojo de Dragón surgió de entre las sombras.

Jack sintió un helado escalofrío de temor correrle por la espalda. Estaba atrapado entre sus dos peores enemigos. Sabiendo el dolor que Ojo de Dragón podía infligirle, ahora deseó que el padre Bobadillo le hubiera disparado.

—Así que el cuaderno de ruta ha sido descifrado. ¿En su totalidad? —inquirió el ninja.

—¡Por supuesto! De lo contrario, nunca te habría ordenado que matases al muchacho —exasperado, el padre Bobadillo puso los ojos en blanco.

—Bien —respondió Ojo de Dragón.

Ignorando a Jack, el ninja se acercó al sacerdote.

—Entonces me llevaré el cuaderno de ruta —dijo, extendiendo la mano.

—¿Qué? —exclamó el padre Bobadillo, indignado ahora—. ¿Te has vuelto loco?

El ninja negó con la cabeza.

—El *daimyo* Kamakura lo necesita.

—Pero lo robaste para mí —rugió el padre Bobadillo.

—Y ahora lo vuelvo a robar —respondió Ojo de Dragón. Jack miró al sacerdote. El hombre tenía que haber mentido respecto a su padre. El verdadero ladrón era el padre Bobadillo.

—No puedes. Es mío. Pagué por él —protestó. Luego, señalando a Dokugan Ryu con un dedo acusador, rugió—: También te pagué para que mataras al muchacho.

Jack pudo ver que el padre Bobadillo intentaba recuperar el control de la situación distraendo la atención del ninja de nuevo hacia él.

—Su hora llegará —respondió Ojo de Dragón, dirigiendo a Jack una mirada superficial—. Pero no antes que la tuya.

—Basta —exclamó el padre Bobadillo, los ojos muy abiertos de terror—. Te daré lo que quieras. Dinero, joyas, armas...

El sacerdote arrojó la mochila sobre la mesa y el contenido se esparció por su superficie. Brillantes gemas y monedas de plata cayeron al suelo.

Ojo de Dragón sacudió la cabeza con disgusto, ajeno a las súplicas del sacerdote.

—El *daimyo* Kamakura ofrece mucho más de lo que tú podrías ofrecerme, pobre remedo de sacerdote.

—Sea lo que sea, lo doblaré, lo triplicaré —dijo desesperado el padre Bobadillo.

—Muy improbable, considerando que estás en el bando perdedor —se mofó Ojo de Dragón—. Me ha prometido el Castillo Yamagata y el regreso al poder.

La mente de Jack recordó la historia de la anciana del templo.

—¿Así que eres Hattori Tatsuo? —susurró.

Ojo de Dragón volvió la cabeza, clavando su único ojo verde en Jack.

—¡Deberías ser Ninja, de verdad! —siseó—. Necesito un espía como tú.

—Pero... ¡pero Masamoto-sama te cortó la cabeza! —tartamudeó Jack, mirando incrédulo a Dokugan Ryu.

—Sí, lo hizo —rio cruelmente Ojo de Dragón—. Al menos, creyó que lo hacía. Ese asesino samurái mató a mi sombra.

—¿A tu sombra? —preguntó Jack, completamente aturdido.

—Un *kagemusha*. Un guerrero sombra —explicó Ojo de Dragón, siguiéndole la corriente—. Me encontré con un hombre que era idéntico a mí. Aparte de tener dos ojos, claro. Pero pronto le puse remedio a eso. Estuvo más que dispuesto a convertirse en mi sombra a cambio de salvar la vida de su familia. Así que, ya ves, tu todopoderoso Masamoto mató en realidad a un hombre inocente.

Jack se escandalizó ante la astuta y fría naturaleza del ninja.

—Inteligente, pero fútil —despreció el padre Bobadillo, apuntando ahora a Ojo de Dragón con la pistola.

Cuando disparó, el ninja saltó por instinto a un lado.

La bala se estrelló en el panel de madera de detrás.

Ojo de Dragón atacó al padre Bobadillo, golpeándolo con la punta de los dedos en rápida sucesión.

El sacerdote se quedó inmóvil con una expresión de pánico absoluto, los ojos girando en sus cuencas. Estaba completamente paralizado.

—Puede que los samuráis no puedan esquivar las balas, pero los ninjas sí —susurró Ojo de Dragón al oído de su víctima.

El padre Bobadillo empezó a estremecerse levemente, y un sonido húmedo y asfixiado brotó de sus labios. La respiración se le detuvo en el pecho y su piel se llenó de parches rojos.

—Sin duda reconoces los síntomas, *gaijin*.

Dim Mak. Jack no deseaba la Caricia de la Muerte a nadie, ni siquiera a su peor enemigo. En un encuentro anterior con Ojo de Dragón había experimentado personalmente aquella aplastante agonía. La ardiente sensación que crecía como un incendio forestal en las venas. La sensación del corazón intentando abrirse paso a través de la carne y el hueso. La tensa asfixia cuando los pulmones empezaban a fallar. La presión acumulándose hasta que el corazón de la víctima acababa por estallar dentro del pecho.

—Al contrario que tú, dudo que vaya a sobrevivir —dijo Ojo de Dragón, alzando la cabeza caída del padre Bobadillo por los pelos.

Los ojos del sacerdote estaban ahora hinchados, moteados de rojo oscuro.

Jack oyó un sonido lejano, como una piedra arrojada a un estanque. Un momento después, de la boca del jesuita brotó sangre.

El padre Bobadillo se desplomó al suelo como un muñeco de trapo.

Asqueado por la horrible muerte de su enemigo, Jack se obligó a actuar antes de convertirse en la siguiente víctima del ninja. Cogió el cuaderno de ruta de la mesa y corrió hacia el cuarto de oración.

A su derecha estaba la *shoji* cerrada, y a la izquierda la puerta junto al altar estaba abierta.

Con Ojo de Dragón pisándole los talones, atravesó corriendo la puerta abierta.

Al entrar en un pasillo desierto, Jack advirtió que había descubierto el acceso privado del padre Bobadillo a su alteza Satoshi. El suelo estaba cubierto de finos *tatamis* y las paredes ricamente decoradas. Esta sección estaba también aislada del resto de la fortaleza, con solo un tramo de escaleras que ascendía.

Mientras las subía rápidamente, Jack pudo oír que los suaves pasos del ninja le daban alcance.

54

Venganza

Los cañonazos ululaban por el aire y las balas pasaban volando y casi chamuscaron la piel de Jack cuando salió al balcón que dominaba toda Osaka. Cualquiera otro día la vista desde la torre superior habría sido magnífica, pues llegaba mucho más allá de la ciudad, desde la llanura Tenno-ji hasta el chispeante océano.

Pero esta noche, todo lo que Jack podía ver era devastación y destrucción. Ardían incendios por todos los complejos del castillo. Las almenas en llamas estaban cubiertas de cadáveres. El enemigo rebasaba los parapetos destrozados, disparando cañones y arcabuces contra la fortaleza. Debajo, los Diablos Rojos habían remontado la última puerta y entraban en el patio. Ahora estaban enzarzados en un brutal combate cuerpo a cuerpo, mientras las tropas de Satoshi ofrecían su última resistencia.

Por contraste, la cámara privada de la octava planta del *dojo* era un remanso de paz. La habitación, iluminada por elegantes lámparas de aceite, estaba exquisitamente decorada con pan de oro y enmarcada por oscuras vigas de madera. Un mural con señores feudales samuráis adornaba las paredes, mostrándolos cazando, meditando y tomando té bajo árboles frondosos; todas las escenas recordaban episodios armoniosos de la vida japonesa.

Cuando Jack llegó a la cámara personal de Satoshi en la séptima planta, descubrió que el gobernante en espera y todos sus servidores estaban muertos. No había signos de lucha, pero el *tatami* estaba empapado de sangre y junto a cada uno de ellos yacía una *wakizashi*: al comprender que sus fuerzas se enfrentaban a la derrota, Satoshi había seguido el único curso de acción disponible para un señor samurái derrotado. Había cometido *seppuku*. Unidos por el deber, sus sirvientes le habían seguido a la muerte, abriéndose ritualmente los vientres ellos mismos con sus propias espadas.

—Ha llegado tu hora —dijo Ojo de Dragón, apareciendo en la cámara detrás de Jack—. Entrega el cuaderno de ruta.

—¡No! —dijo Jack, metiendo desafiante el libro en su mochila.

—No quiero decepcionar al *daimyo* Kamakura. ¡Entrégamelo ahora mismo!

—Si eres realmente Tatsuo —desafió Jack—, ¿por qué ayudas al *daimyo* Kamakura? Te traicionó en Nakasendo.

—Es una decisión que lamenta —replicó Ojo de Dragón gravemente—. Pero lo ha compensado librando una guerra por mí.

—¿Por ti? —exclamó Jack, asombrado.

Ojo de Dragón asintió, satisfecho.

—Pero esta guerra es para expulsar a los cristianos y los extranjeros de Japón.

—Lo es para el *daimyo* Kamakura —replicó Ojo de Dragón—. Para mí, es por venganza.

—¿Contra quién?

—Masamoto —dijo el ninja, escupiendo el nombre con odio.

—¡Tienes que estar loco! —dijo Jack, anonadado por la revelación—. ¿Has llevado a Japón a una guerra civil por una venganza personal?

—¡ESE SAMURÁI MATÓ A MI HIJO! —gritó Ojo de Dragón, rota su helada calma por primera vez.

—¡Y tú asesinaste a su hijo Tenno! —replicó Jack.

—Ojo por ojo —contestó el ninja, recuperando la compostura—. Pero no es suficiente. Su señor, su familia, su amada escuela, todo su modo de vida samurái deben ser destruidos. Pero a él no lo mataré. Masamoto debe sufrir el tormento que he tenido que soportar todos estos años. Se pasará el resto de la vida llorando por todo lo que ha perdido. Y yo tendré finalmente mi venganza.

Jack comprendió que el *sensei* Yamada tuvo razón aquella vez en el jardín Zen, dos años atrás, cuando le dijo que la venganza era una autoderrota. Había consumido al ninja hasta que no quedaba más que odio.

—Ahora, dame el cuaderno de ruta —exigió Ojo de Dragón.

—¡Jamás! —replicó Jack, echando mano a su espada. Había decidido plantar cara. No habría más huidas. No más escondites. Era, en efecto, su hora. Jack estaba dispuesto a enfrentarse a su némesis, de una vez por todas.

—No tengo nada contra ti, *gaijin* —dijo el ninja, cambiando súbitamente de táctica—. De hecho, he llegado a admirarte. Así que te daré una última oportunidad. Entrégame el cuaderno de ruta y te dejaré vivir.

A pesar de la propuesta, Ojo de Dragón desenvainó una temible *ninjatō* de la *saya* que llevaba a la espalda.

Kuro Kumo.

Nube Negra. La última y más grande espada forjada por Kunitome. El acero titiló con la luz reflejada de los fuegos del castillo, el *hamon* de su hoja giraba como una concentración de nubes de tormenta.

—Mi oferta final —gruñó—. Únete a mí. Te enseñaré el Camino del Ninja.

—¡Yo nunca me convertiría en ninja! —replicó Jack, casi riéndose ante la idea—. Masamoto no es ningún asesino. Tú sí. Asesinaste a mi padre. Siempre serás mi enemigo.

—Así sea —dijo Ojo de Dragón.

Con velocidad cegadora, *Nube Negra* cortó el aire.

Desenvainando sus dos espadas, Jack impidió que Ojo de Dragón lo cortara de arriba abajo. Bloqueó la *ninjatō* entre las hojas de su *wakizashi* y su *katana*. A la luz fluctuante, el nombre grabado en el acero de sus espadas brilló en desafío directo a *Nube Negra*.

Shizu.

Ojo de Dragón rugió de frustración y le dio una patada a Jack en el pecho. Jack voló hacia atrás y chocó contra la barandilla del balcón. Bajo él, la guerra continuaba.

Ojo de Dragón avanzó hacia él, haciendo girar la *ninjatō* en un arco letal hacia su cuello.

Jack bloqueó el ataque con su *katana*, dejando que la fuerza del golpe girara su propia hoja en un contraataque a la cabeza de Ojo de Dragón. El asesino se agachó, barriendo con la pierna. Alcanzó el tobillo de Jack y lo derribó al suelo. Ojo de Dragón saltó al aire. Jack rodó apartándose mientras el ninja descargaba su espada contra su pecho. *Nube Negra* perforó el suelo como si la madera no fuera más gruesa que el papel.

Jack se puso en pie de un salto y volvió al ataque. Dio un tajo con su *wakizashi*, al mismo tiempo que descargaba su *katana*. Ojo de Dragón dio una voltereta hacia atrás para apartarse del peligro. Pero se vio obligado a retroceder bajo el implacable ataque de Jack. Bloqueando febril el remolino de espadas, cruzó la cámara. Jack casi lo tenía acorralado en un rincón cuando el ninja derribó una lámpara de una patada, desparramando el aceite por el suelo. El *tatami* prendió en un instante y las llamas empezaron a lamer las paredes, destruyendo las pinturas murales.

—Masamoto te ha enseñado bien —se mofó Ojo de Dragón, apartándose de Jack y el fuego—. Pero los Dos Cielos solo prolongarán tu inevitable muerte.

El ninja avanzó y casi atravesó el corazón de Jack, quien detuvo el golpe en el último momento y contraatacó con su *wakizashi*, alcanzando a Ojo de Dragón en el pecho y atravesando las ropas del ninja. Apareció una línea de sangre. Aunque el corte no era profundo, Ojo de Dragón bajó la cabeza, sorprendido por haber sido herido.

Jack, aprovechándose del lapso de desconcentración del ninja, golpeó con su *katana* hacia arriba. Las reacciones de Ojo de Dragón fueron aguzadas como una navaja, y se apartó de la hoja letal inclinándose como un junco al viento.

Pero no fue lo bastante rápido.

La *kissaki* de la espada de Jack cortó la capucha del *shinobi shozoku* del ninja.

Hasta ese momento Ojo de Dragón había sido siempre para Jack una pesadilla tuerta y sin rostro. Ahora el asesino se mostraba ante él, expuesto.

Hattori Tatsuo podría haber sido un hombre guapo, pues poseía una mandíbula fuerte y pómulos bien definidos, dignos de admiración en cualquier corte de Japón. Su rostro, sin embargo, era un espectáculo terrible. Afectado por la viruela en su juventud, la piel estaba horriblemente cubierta de cicatrices con lesiones en las que parecía que la carne se hubiera podrido. Y, donde su ojo afectado por la viruela estuvo una vez, ahora había un agujero negro.

Ojo de Dragón miró a Jack con su restante ojo verde.

—Mirar mi cara es mirar a la misma muerte —rugió—. ¡Muere, joven samurái!

Atacó a Jack con loca ferocidad, blandiendo *Nube Negra* con intención de decapitarlo. Jack cruzó su *katana* para bloquear el golpe.

Las dos espadas entrecocaron.

Nube Negra partió la *Shizu* en dos.

Mientras Jack miraba aturdido el inútil mango de la espada que empuñaba ahora, Ojo de Dragón le dio una patada en el pecho.

Jack cayó al *tatami* ardiente, y gritó cuando su mano tocó las llamas que le obligaron a soltar su *wakizashi*. Rodó apartándose del fuego, pero lo detuvo el filo de una espada.

—Kunitome juró por su vida que esta era la mejor espada que forjó jamás —dijo Ojo de Dragón, inspeccionando *Nube Negra* con sombría satisfacción—. Tenía razón. Ahora arrodíllate, *gaijin*.

Enfrentado a la *kissaki* de la *ninjatō*, Jack se puso de rodillas.

Había fracasado. A pesar de su entrenamiento en los Dos Cielos, Ojo de Dragón había demostrado ser un adversario demasiado poderoso.

Ojo de Dragón alzó a *Nube Negra*, deteniéndose un instante para permitir que una sonrisa maligna se extendiera por su rostro destrozado.

—Voy a sentir un placer inmenso al decapitarte.

Una decisión imposible

Recordando el entrenamiento de los Dos Cielos de Masamoto (obtener la victoria por cualquier medio y con cualquier arma), Jack desenvainó en silencio el *tantō* ninja de la parte posterior de su *obi*.

—Me lo dijiste una vez —dijo Jack, mientras Ojo de Dragón saboreaba su inminente momento de triunfo—. Nunca vaciles.

Jack descargó un tajo de la hoja demonio contra la pierna del ninja.

Gritando de sorpresa y dolor, Ojo de Dragón retrocedió.

Jack se puso en pie de un salto, el cuchillo en la mano. Pero Ojo de Dragón se recuperó más rápido de lo que esperaba. *Nube Negra* destelló como un relámpago de luz hacia su cuello.

De repente la pared a su derecha explotó cuando una bala de cañón atravesó la cámara. La escena de caza quedó destruida y trozos ardientes de pared volaron por los aires, derribando a Jack y Ojo de Dragón.

Jack aterrizó en el balcón devastado, mientras trozos de pan de oro caían a su alrededor como copos de nieve.

Completamente desorientado, la cabeza resonando, Jack contempló el suelo a ocho pisos de distancia. Pudo ver a los Diablos Rojos moviéndose como hormigas por el patio, y sintió una enfermiza oleada de vértigo que lo atraía.

Rodó para apartarse, jadeando, el letal *tantō* todavía en su mano.

A su izquierda yacía Ojo de Dragón, apenas consciente.

Se arrastró hasta él.

—Ahora ha llegado tu hora —dijo Jack, alzando el cuchillo para descargar el golpe final.

Vengaría la muerte de su padre.

Acabaría con las pesadillas.

Mataría al ninja.

La hoja demonio parecía pulsar en su mano como el latido de un corazón.

El nombre grabado en el acero brillaba en rojo con el fuego, llamándolo.

Kunitome. Mata. Mata. ¡Mata!

En el fondo de su mente, Jack oyó la advertencia del propietario de la casa de té.

Esa arma ansía sangre, impulsa a su dueño a cometer asesinatos.

Jack sintió su poder.

El ansia de sangre era casi abrumadora.

Jack alzó el *tantō* por encima de su cabeza.

Pero el recuerdo del *sensei* Yamada la noche en que Jack decidió seguir el Camino del Guerrero detuvo su mano. Su maestro de Zen le había explicado la esencia del *bushido* y lo que significaba ser samurái.

El Camino del Guerrero no era destruir y matar, sino potenciar la vida. Protegerla. Jack comprendió que, por mucho dolor y sufrimiento que le hubiera causado Ojo de Dragón, no podía dejar que la venganza lo gobernara.

No era un asesino como este ninja.

De hecho, salvar la vida del ninja podría salvar otra. El hermano de Akiko, Kiyoshi.

—¡No! —gritó una voz mientras él alzaba el cuchillo.

Jack lanzó la hoja diablo a la noche, y se volvió y encontró a Akiko en lo alto de las escaleras.

—Creí que ibas a matarlo —dijo ella, abriéndose paso entre las ruinas ardientes de la cámara.

Dejando al comatoso Ojo de Dragón donde estaba caído, Jack corrió al encuentro de Akiko, más feliz que nunca de verla.

—Casi he estado a punto de hacerlo —respondió, alegre de librarse de la influencia asesina del *tantō*—. Pero vale más para ti vivo que muerto.

—¿Estás herido? —preguntó ella, los ojos muy abiertos al ver el temible estado en que se hallaba.

Jack se examinó. Negro de ceniza, la armadura chamuscada, un labio partido por el puñetazo del Diablo Rojo, la mano izquierda quemada y el pelo convertido en una maraña de polvo y escombros, tenía que parecer medio muerto.

—Nada serio —contestó, mientras se inspeccionaba la mano.

—Cuando encontramos al padre Bobadillo muerto en su estudio, me preocupó que tú... ¡CUIDADO!

Akiko empujó a Jack al suelo.

De repente, la izaron en vilo y desapareció tras el balcón.

Jack la oyó gritar mientras caía.

—Mi paciencia se ha acabado, *gaijin* —susurró Ojo de Dragón—. Dame el cuaderno de ruta o la suelto.

Ojo de Dragón agarraba una *kaginawa*. La cuerda con gancho, tras haberse enroscado en el cuerpo de Akiko, se tensaba ahora con su peso.

Los ojos de Jack se dirigieron a la espada del ninja, tirada entre los escombros.

—Ni se te ocurra —dijo Ojo de Dragón, dejando que la cuerda se deslizara un poco entre sus dedos—. Ella estará muerta antes de que des el primer paso.

Jack no tuvo otra opción. Abrió la mochila y buscó el cuaderno de ruta.

—Yo de ti me daba prisa —dijo Ojo de Dragón, con una sonrisa sádica retorciendo su boca—. Se me está resbalando. Jack le entregó el cuaderno.

—Ahora dame la cuerda —exigió.

—Por supuesto —dijo Ojo de Dragón, soltándola.

—¡No! —gritó Jack, lanzándose hacia la *kaginawa* que se desenroscaba rápidamente y desaparecía por el borde del balcón.

La agarró, pero la cuerda continuó deslizándose entre sus dedos. Le cortó

profundamente las palmas. Pero había sufrido cosas peores en las jarcias del *Alejandría* y tiró con fuerza, mordiéndose los labios contra el dolor.

Recurriendo a todas sus reservas de energía, consiguió detener la *kaginawa*. Oyó gritar a Akiko.

Al menos supo que todavía estaba viva.

Apoyándose en un poste del balcón, Jack empezó a izarla. Mano sobre mano, tiró de la cuerda, pero sus brazos empezaron a temblar por el esfuerzo y sintió que la cuerda resbalaba una vez más entre sus dedos.

—Tus esfuerzos son heroicos, pero baldíos —dijo Ojo de Dragón, alzándose sobre Jack, el cuaderno de ruta en una mano, *Nube Negra* en la otra.

—¡Tienes el cuaderno! —jadeó Jack, esforzándose por sujetar la cuerda—. ¿Qué más quieres?

—Venganza —respondió el ninja, alzando la espada—. ¿Te mato? ¿O corto primero la cuerda y te veo sufrir?

Hubo un golpe sordo cuando un palo de madera golpeó la nuca del ninja. Retrocediendo por el impacto, Ojo de Dragón dejó caer el cuaderno de ruta y chocó contra la barandilla del balcón antes de caer de cabeza. *Nube Negra* desapareció con él en la noche.

Un vendado Yamato avanzó cojeando hacia Jack.

—¡Creo que el *sensei* Kano consideraría que esto ha sido una situación extrema! —sonrió, recogiendo su *bō*. Contempló la devastación.

—¿Dónde está Akiko?

Jack señaló el borde del balcón con la cabeza, demasiado agotado para hablar, y empezó a izarla de nuevo.

Yamato se asomó nervioso al balcón.

—¡Puedo verla! Está casi en...

Una mano enguantada surgió de la oscuridad, agarrando a Yamato por el cuello. El muchacho se agarró desesperadamente a la barandilla mientras Ojo de Dragón intentaba hacerlo caer. Jack reaccionó con una atronadora patada en el pecho del ninja. Pero sacrificó un palmo de cuerda en el proceso y se esforzó por no perder a Akiko por completo. La patada no hizo soltarse a Ojo de Dragón, pero fue suficiente para obligarlo a soltar a Yamato.

Apartándose del balcón, Yamato agarró su *bō* con ambas manos y se preparó para contraatacar. Ojo de Dragón saltó la barandilla para aterrizar a su lado. Con el costado herido de Yamato como objetivo, Ojo de Dragón le dio una patada en redondo contra el torso. Pero Yamato cruzó su *bō*, bloqueando el ataque.

Implacable, el ninja contraatacó con una patada giratoria a la cabeza. Una vez más, Yamato interpuso su palo ante la pierna de Ojo de Dragón y la detuvo.

Golpeó entonces con el extremo de su *bō*, apuntando a la cabeza del ninja. Pero Ojo de Dragón se agachó y continuó con una voltereta mientras Yamato descargaba un nuevo golpe hacia arriba.

Jack solo pudo ver cómo Yamato luchaba con valentía, haciendo girar el palo en el aire en una serie de ataques devastadores. Pero Ojo de Dragón esquivaba y se agachaba constantemente, esperando a que Yamato se cansara y cometiera un error fatal.

Yamato lanzó la punta de su *bō* contra el pecho de Ojo de Dragón. El ninja, esquivándola, agarró el extremo y al mismo tiempo le dio una patada lateral en las costillas. Yamato se derrumbó con el golpe, y la sangre asomó a través de las vendas cuando sus heridas volvieron a abrirse.

Pero Yamato no se rindió.

Volteó el palo, atrapando la muñeca de Ojo de Dragón con una presa. Soltando un grito de guerra, empujó al ninja hacia el balcón. Ojo de Dragón chocó contra la barandilla ahora debilitada y esta cedió.

Yamato empezó a golpear a Ojo de Dragón con el palo, alcanzándolo en la cabeza y los costados. El ninja trató de esquivar la andanada de golpes, pero caían sobre él desde todas direcciones.

—¡Mataste a mi hermano! —gritó Yamato, la furia y el dolor dando impulso a su ataque.

Mientras era expulsado del balcón, Ojo de Dragón hizo un último ataque hacia Yamato y agarró al muchacho por el tobillo, arrastrando a Yamato por el borde con él. Hubo un agudo crujido cuando el *bō* quedó atrapado entre dos postes rotos. Una grieta apareció en el bastón, quebrándose como hielo por toda la veta de madera.

—¡JACK! —gritó Yamato, aferrándose con desesperación. Pero Jack se enfrentaba a una decisión imposible.

Podía rescatar a Akiko. O salvar a Yamato.

Pero no podía hacer ambas cosas.

La vida de un samurái

—¡Aúpate, Yamato! —instó Jack, izando frenéticamente la cuerda de Akiko.

—No puedo —jadeó Yamato, mientras el palo se quebraba—. ¡Ojo de Dragón está subiendo por mi pierna!

—Aguanta, ya voy —dijo Jack, advirtiéndole que si el ninja llegaba al balcón, nadie sobreviviría.

—¡No, salva a Akiko! —insistió Yamato, mientras una mano enguantada se agarraba a su *obi*.

—Pero morirás...

Yamato, el rostro pálido de pronto resuelto, asintió.

—Pero moriré con honor.

El palo crujió con fuerza, a punto de partirse del todo.

—Dile a mi padre que sé lo que significa ser un Masamoto.

Significa sacrificio. Por tu señor, tu familia y tus amigos.

El malévolos ojo verde de Ojo de Dragón asomó tras el hombro de Yamato.

—Has sido un amigo leal, Jack. *Sayonara*, hermano mío. Con estas palabras, Yamato se soltó, llevándose a Ojo de Dragón consigo a la oscuridad.

Jack recogió en sus brazos a la sollozante Akiko.

Ella lo había visto todo. Ojo de Dragón agarrado a la pierna de Yamato, escalando como una viuda negra, y luego a los dos cayendo a la noche.

—Murió por nosotros —gimió con voz ronca, la piel magullada y despellejada donde la *kaginawa* la había alcanzado.

Jack solo pudo abrazarla, su pena demasiado grande para hablar, el dolor silenciaba su alegría porque ella había sobrevivido.

Masamoto había dicho que el Camino del Dragón se basa en la muerte.

Ahora lo comprendía. Yamato era la misma esencia del *bushido*. Su lealtad inquebrantable les había salvado la vida a ambos. Su decisión de soltarse había requerido un gran valor. Y al luchar hasta el amargo final contra el ninja que había asesinado a su hermano, Yamato había muerto con honor.

Había vivido la vida de un auténtico samurái.

Entre las ruinas de la cámara, Jack divisó la capucha desgarrada del *shinobi shizoku* de Ojo de Dragón agitándose con la brisa.

Le sorprendió no sentir nada por el destino del ninja. Ningún placer. Ninguna satisfacción. Ni siquiera una sensación de alivio. Solo aturdimiento y el vacío siempre doloroso en su corazón por la pérdida de su padre. Ni siquiera la muerte de Ojo de Dragón podría devolvérselo. La herida en su corazón no había sanado. Jack comprendió que probablemente no lo haría nunca.

Akiko, secándose las lágrimas, miró a Jack con tristeza.

Jack sabía que debía estar apenada, no solo por Yamato, sino también por su hermano, pues su esperanza de averiguar su paradero había desaparecido con Ojo de Dragón.

—Unidos siempre —susurró, agarrando la mano de Jack y apretando suavemente.

Él estaba a punto de responder cuando la fortaleza se estremeció, alcanzadas sus murallas por otro cañonazo. La cámara empezó a desplomarse alrededor, enterrando su *wakizashi* y amenazando con hacer lo mismo con ellos.

—Tenemos que irnos —dijo Jack, poniendo a Akiko en pie y guardando de nuevo el cuaderno de ruta en su mochila.

Jack había encontrado el libro, pero había perdido todo lo demás.

Las espadas de Masamoto. Su leal amigo Yori. Un hermano samurái.

Pero no tenía ninguna intención de perder a Akiko. Ahora solo pensaba en escapar.

El *sensei* Kyuzo

Jack y Akiko bajaron corriendo las escaleras, y dejaron atrás los cadáveres de Satoshi y su séquito. Jack cogió dos de las *wakizashi* de los sirvientes y le dio una a Akiko, que había perdido su arco en la caída por el balcón.

En la sexta planta, descubrieron que los ninjas de Kamakura habían entrado ya en el *donjon*. Cuatro samuráis yacían muertos al pie de las escaleras y al fondo del pasillo los ninjas entraban y salían de las sombras, asesinando en silencio a la guardia personal del Consejo.

—¡El *daimyo* Takatomi! —dijo Akiko alarmada—. Fue a su habitación a ver cómo estaba Emi.

Corrió hacia un pasillo lateral, seguida de Jack. Cuando se acercaron a la *shoji*, sus peores temores quedaron confirmados. Los guardaespaldas de Takatomi estaban ya muertos, las gargantas abiertas.

Al asomarse a la *shoji* abierta, Jack vio al *daimyo* Takatomi preparando té. Era una visión extraña entre tanta matanza. Junto a él estaba sentada Emi, la pierna vendada estirada, con una taza en la mano. Los rodeaban cuatro ninjas. Pero no atacaban. De hecho, parecían retenerlos cautivos a ambos. Parecía que el *daimyo* Kamakura tenía planes para su viejo amigo.

Jack miró a Emi a los ojos. Pero ella no parecía preocupada por su situación. Negó suavemente con la cabeza cuando Jack hizo gestos para rescatarla. Sonriendo y alzando su taza, como si se dirigiera a su padre, silabeó:

—*Sayonara*, Jack.

Un guardia samurái irrumpió en el pasillo perseguido por dos ninjas. Jack y Akiko echaron a correr hacia el otro lado, regresaron a la sexta planta y a la escalera privada del padre Bobadillo.

Salieron del estudio y se encontraron con el caos.

Los Diablos Rojos habían atravesado la última puerta de la fortaleza y las fuerzas de Satoshi luchaban ahora con uñas y dientes en un último intento de contener al enemigo. Un Diablo Rojo de aspecto temible divisó a los muchachos y corrió hacia ellos. Su armadura estaba salpicada de sangre y, aunque era más pequeño que la mayoría, parecía feroz como un tigre.

Jack y Akiko estaban a punto de huir cuando el Diablo Rojo alzó su *mempō*.

Era el *sensei* Kyuzo.

Akiko dejó escapar un suspiro de alivio y bajó la espada. Pero a medida que su maestro se acercaba, su expresión se endureció y desenvainó un *tantō* de su *obi*. Al ver la intención criminal en los ojos del hombre, Jack hizo a un lado a Akiko. El *sensei* Kyuzo era un traidor como Kazuki. Estaba de parte del *daimyo* Kamakura, claramente decidido a matarlos.

—¡Jack-kun! —gritó el *sensei* Kyuzo, lanzándole el cuchillo. Atrapado entre ninjas, Diablos Rojos y un *sensei* loco, Jack no tenía ningún sitio adonde huir.

El cuchillo pasó por encima del hombro de Jack, haciendo un ruido carnosos cuando alcanzó a un ninja que se le acercaba por detrás. El asesino se desplomó.

—Los ninjas de Kamakura están por todas partes —murmuró el *sensei* Kyuzo, arrancando el *tantō* y limpiando su hoja en el asesino muerto—. ¿Dónde está Yamato-kun?

—Ha muerto —dijo Akiko, la voz ronca por la emoción. El *sensei* Kyuzo les dirigió una dura mirada antes de volver a ponerse la *mempō*.

—Masamoto-sama está esperando.

Cogió sus espadas y las tiró sin dar explicaciones. Agarrando a ambos por los brazos, el maestro de *taijutsu* los llevó por el pasillo hasta un tramo de escaleras. Cuatro Diablos Rojos corrieron hacia ellos. Jack y Akiko se miraron alarmados.

—¡Continuad! —susurró el *sensei* Kyuzo, empujándolos bruscamente.

El enemigo los ignoró a los tres y pasaron de largo.

Sin detenerse para nadie, el *sensei* Kyuzo escoltó a Jack y Akiko hasta la entrada de la fortaleza, en la planta baja. Casi habían atravesado la puerta cuando un Diablo Rojo de cuernos dorados se interpuso en su camino.

—Traidores para ser ejecutados —ladró el *sensei* Kyuzo, a modo de explicación.

—Será un placer —dijo el Diablo Rojo, echando mano a su espada.

—¡No! —replicó con firmeza el *sensei* Kyuzo. El Diablo Rojo se lo quedó mirando.

—¿Desafías mi autoridad?

—Son para el *daimyo* Kamakura —explicó el *sensei* Kyuzo, inclinando la cabeza respetuosamente—. Nuestro señor ha pedido que le lleven a todos los estudiantes de la *Niten Ichi Ryū*. Desea castigarlos personalmente. En concreto, a este *gaijin*.

El *sensei* Kyuzo sacudió cruelmente a Jack por el brazo. El Diablo Rojo retrocedió, gruñendo de decepción.

—Muy bien —masculló, dejándolos pasar.

El *sensei* Kyuzo no miró atrás mientras los sacaba por la puerta.

Todavía había conatos de lucha por todo el patio. Pero pasó de largo, hasta girar bruscamente a la derecha entre los árboles, dejando atrás a un samurái muerto al que le faltaba la armadura.

—Masamoto-sama contiene al enemigo cerca del jardín de té —susurró, quitándose el casco y la *mempō*—. Por orden del *daimyo* Takatomi, tenemos que sacar del castillo a todos los jóvenes samuráis sobrevivientes...

De repente, desenvainó su *tantō* y lo lanzó contra un árbol. Un segundo después, un ninja cayó de las ramas y se estrelló contra el suelo, muerto.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el *sensei* Kyuzo, escrutando el follaje—. Hay un pasadizo oculto. El *sensei* Kano os guiará...

—¡El *sensei* Kano sigue vivo! —exclamó Jack.

—Sí —replicó el *sensei* Kyuzo, impaciente—. Entró por ese pasadizo. Os encontraremos algunas armas por el camino.

Se detuvo al ver que seis ninjas saltaban de los árboles.

—¡Marchaos! —ordenó el *sensei*, empujándolos en dirección al jardín.

—Pero es un suicidio —dijo Jack, advirtiendo que su *sensei* pretendía combatir a los asesinos a manos limpias.

—No creas que lucho por ti, *gaijin* —escupió el *sensei* Kyuzo—. Mi deber es hacia Masamoto-sama. ¡Ahora os ordeno que os vayáis!

Jack se sorprendió por el sacrificio de su *sensei*. Obligado por el código del *bushido*, el *sensei* Kyuzo no cuestionaba su deber para proteger con su vida a los jóvenes samuráis, a pesar de su odio hacia Jack.

Dirigiendo una última mirada atrás, Jack vio a su maestro de *taijutsu* rodeado por los ninjas, los puños alzados, esperándolos tranquilamente.

La última defensa

Dejando atrás los árboles, Jack y Akiko atravesaron corriendo el jardín de té y se dirigieron a la isla.

Masamoto y el *sensei* Hosokawa protegían el puente al otro lado, las *katanas* y *wakizashi* destellando como estrellas fugaces en la noche mientras abatían a todos los Diablos Rojos que se atrevían a acercarse.

En la isla, la *sensei* Yosa lanzaba flecha tras flecha a los arqueros enemigos de las almenas, mientras los estudiantes supervivientes de la *Niten Ichi Ryū* cruzaban corriendo el puente hacia la casa de té. Dentro, el *sensei* Kano los hacía pasar por una trampilla oculta hasta el pasadizo secreto que había detrás.

Casi todos los jóvenes samuráis habían pasado ya cuando Jack y Akiko cruzaban el puente. Cho, la última de los estudiantes, se dirigía a la trampilla, cuando un ninja desde las murallas lanzó una bola negra del tamaño de un puño hacia la casa de té. La bola aterrizó con fuerza y rodó hasta detenerse junto a Cho. La mecha del explosivo de hierro chisporroteaba y ardía rojo brillante en la oscuridad.

—¡Una bomba! —gritó Cho, los ojos llenos de pánico.

El *sensei* Kano la agarró y la empujó hacia el pasadizo, cerrando la puerta de la trampilla tras ellos.

Un segundo después, el artilugio incendiario explotó y la casa de té saltó hecha pedazos. La *sensei* Yosa voló por los aires. Jack y Akiko se pusieron a cubierto, mientras recibían una lluvia de maderas y piedras.

Masamoto se acercó corriendo, los ojos feroces y alerta.

—¿Estáis heridos?

—Creo que no —respondió Jack, poniéndose en pie con Akiko.

—¿Dónde está Yamato-kun? —preguntó Masamoto.

Sin saber cómo transmitir la temible noticia, Jack inclinó la cabeza, incapaz de mirar a su tutor a los ojos.

—¡No! —dijo Masamoto, la voz tensa como un puño. Sacudió la cabeza como para negar el hecho—. Dime que no es verdad.

—Yamato nos salvó la vida —explicó Jack—. Murió con honor. Llevándose a Ojo de Dragón consigo.

Las cicatrices de Masamoto enrojecieron de inquietud y las espadas le temblaron en las manos.

—Yamato me pidió que te dijera que sabía lo que significa ser un Masamoto. Sacrificio.

—¡No, no es así! —exclamó Masamoto—. Debería ser yo quien me sacrificara por su vida... y por la vuestra. Tal como hizo tu padre.

Los ojos del samurái se llenaron de lágrimas.

—Mi hijo... mi Yamato... mi valiente muchacho. Estoy tan orgulloso de ti.

Masamoto inspiró profundamente y dejó escapar un suspiro estremecedor.

—Su sacrificio no debe ser en vano.

Masamoto contempló la devastada casa de té, donde las vigas y rocas bloqueaban cualquier esperanza de huida. La *sensei* Yosa había vuelto a ponerse en pie, pero un fragmento de hierro le había perforado la pierna. Mientras se acercaba cojeando, el *sensei* Hosokawa cruzó corriendo el puente. Los Diablos Rojos se reagrupaban preparando otro ataque.

—Akiko —dijo Masamoto, volviéndose urgentemente hacia ella—. ¿Hay otra salida?

Ella negó con la cabeza.

—¡Piensa! Tienes que haber oído algo.

—Los ninjas mencionaron una vez un túnel hasta un pozo —dijo ella, frunciendo el ceño mientras trataba de recordar los detalles—. Pero decidieron no emplearlo.

—El Pozo del Agua de Oro —farfulló Jack, recordando la historia de Yori—. Ese túnel lleva al foso interior.

—Eso es —dijo Masamoto—. ¡A la casa del pozo!

Los tres cruzaron el puente para llegar a la parte trasera de la casa de té. La *sensei* Yosa y el *sensei* Hosokawa los seguían de cerca, mientras los Diablos Rojos lanzaban su ataque. Las flechas pasaron junto a Jack, Akiko y Masamoto. Hubo un grito y Jack se volvió para ver a la *sensei* Yosa caída con una flecha en el costado. Los Diablos Rojos se cernieron rápidamente sobre ella.

—Continuad —ordenó Masamoto.

—Pero ¿y la *sensei* Yosa? —exclamó Akiko, haciendo ademán de volverse.

Masamoto la sujetó.

—El *sensei* Hosokawa cuidará de ella. Sabe lo que tiene que hacer.

El *sensei* Hosokawa intercambió una mirada con Masamoto e inclinó respetuosamente la cabeza. Masamoto devolvió el saludo con igual formalidad.

Jack comprendió que con ese breve intercambio habían dicho más de lo que podía expresarse en toda una vida de conversación.

Esta era la despedida final de su maestro de esgrima.

El *sensei* Hosokawa corrió a salvar a la maestra de *kyujutsu* herida. Rugiendo un grito de batalla, desenvainó sus espadas y se abrió paso entre los Diablos Rojos que estaban a punto de rodear a la *sensei* Yosa. Sus espadas resplandecieron en el aire mientras derrotaba a un guerrero tras otro.

Una flecha voló desde las almenas, alcanzando al maestro de esgrima en el hombro, pero Hosokawa mantuvo su posición a pesar del agónico golpe. Otros dos Diablos Rojos cayeron bajo su espada antes de que una segunda flecha lo derribara al suelo.

Pero el *sensei* Hosokawa volvió a ponerse en pie y atravesó con su espada al siguiente samurái. Más flechas lo alcanzaron, pero se negó a rendirse.

Hosokawa defendió a la *sensei* Yosa hasta su último aliento y contuvo a los Diablos Rojos el tiempo suficiente para que Jack, Akiko y Masamoto pudieran llegar a la casa del pozo.

—En otra vida, amigo mío, terminaremos nuestro duelo —murmuró Masamoto. Con eso, instó a pasar a Jack y Akiko, decidido a salvar a sus dos últimos jóvenes samuráis.

—¿Estás segura? —preguntó Masamoto, contemplando la negra oscuridad de las profundidades del pozo.

—No —respondió Akiko—. Pero solo hay una forma de averiguarlo.

Se encaramó al borde del pozo y empezó a descender con la ayuda de la cuerda del cubo.

Los gritos de sus enemigos se acercaban.

—Ahora tú, Jack-kun —insistió Masamoto.

Jack bajó con cuidado hasta encontrar los primeros asideros en la resbaladiza pared de roca.

—¡Por aquí! —gritó una voz ronca en la oscuridad.

Masamoto desenvainó sus espadas y se dirigió a la entrada.

—¿Tú no vienes? —dijo Jack, incrédulo.

—No, Jack-kun. Aquí es donde hago mi última defensa.

—¡Pero vamos a escapar!

—Sí, vosotros sí. Pero yo debo quedarme.

—¿Por qué? —protestó Jack, sus emociones abrumándole de pronto ante la perspectiva de perder otro padre. Su tutor le había dado tanto y le había pedido tan poco a cambio. ¿Cómo podría expresar jamás el amor y la gratitud que le debía a este hombre?

»¡Soy yo quien debe quedarse! ¡Yo debería sacrificar mi vida por la tuya!

—No te preocupes por mí. He vivido mi vida. No temo a la muerte. Pero tú debes vivir para luchar otro día, joven samurái.

—Pero...

—Jack-kun, te he enseñado todo lo que necesitas para vivir esta vida —dijo Masamoto, sonriendo con orgullo paternal—. Es más de lo que ningún maestro, o ningún padre, podría esperar. Ya eres mayor de edad, hijo mío.

Masamoto inclinó la cabeza ante Jack, y entonces desapareció en la noche.

—¡Ahí está! —gritaron en el jardín.

El patio resonó con el ruido de pasos a la carrera.

—¡Larga vida a la *Niten Ichi Ryū*!

Incapaz de soltarse del borde del pozo, Jack tenía que saber el destino de su tutor.

Oyó el entrecocar de espadas y un cuerpo caer al suelo. Pero la lucha no cesó.

El acero de la *katana* y la *wakizashi* cantaba por encima de los gritos de los samuráis moribundos. Masamoto se negaba a rendirse.

—¡ALTO! —gritó una brusca voz—. Todos tus hombres morirán antes de que él

haya derramado su primera gota de sangre.

Jack reconoció la voz. Perteneía al *daimyo* Kamakura.

—¡Dejadme a mí a Masamoto-sama! —ordenó—. Completad vuestra búsqueda.
¡Matad a todos los traidores cristianos!

El pozo

Jack bajó por el pozo lo más rápido que pudo. Pero las paredes eran resbaladizas y costaba trabajo aferrarse a ellas. Debajo, Akiko casi había alcanzado el fondo.

Al oír los gritos de los Diablos Rojos avivó el ritmo. En la penumbra cada vez más profunda, se saltó un asidero y, a pesar de sus años embarcado, sus dedos le fallaron en la roca resbaladiza. Jack cayó al pozo. Trató desesperadamente de salir a flote, pero la armadura pesaba mucho. Luchando contra ella, pataleó por subir a la superficie. Pero no sirvió de nada. Era como si le hubieran atado un ancla a la cintura.

Entonces sintió las manos de Akiko en su armadura, soltando hábilmente las ataduras. En unos instantes quedó libre del pesado peto. Tras desprenderse del resto, subió a la superficie y engulló una gran bocanada de aire.

Mientras recuperaba el aliento, Jack contempló las sólidas paredes del pozo a su alrededor.

—¿Dónde está el túnel? —preguntó lleno de pánico.

—Bajo el agua —replicó Akiko, quitándose los últimos restos de su armadura—. Casi me ahogué buscándote. Debe ser por eso que los ninjas nunca usan esta ruta.

—¿Y cómo vamos a salir ahora?

—Nadando.

—¡Estás loca! —exclamó Jack, mirando anonadado a Akiko—. Nunca lo conseguiremos.

—No puede estar muy lejos —replicó ella seriamente—. La casa del pozo está cerca de la muralla. He nadado mucho más lejos cuando me zambullía con los *ama*.

—Yo no soy pescador de perlas, Akiko —le recordó él, tiritando por lo frío del agua—. Morir ahogado es la peor pesadilla del marino.

—¿Qué otra elección tenemos?

Jack no tenía ninguna respuesta. Entonces advirtió que le faltaba algo.

—¡El cuaderno de ruta! —exclamó—. ¡Mi mochila! Se cayó con la armadura.

—No te preocupes, yo la recuperaré. Tiene que ser mucho más fácil de encontrar que una perla.

Inspirando profundamente, Akiko se zambulló bajo la superficie.

Jack se quedó solo en la oscuridad, con el sonido del agua lamiendo las paredes y los gritos resonantes de los samuráis de arriba por compañía. Pareció que pasaba una eternidad hasta que Akiko volvió a subir, con la mochila y el cuaderno de ruta en las manos.

—¡Lo tengo! —dijo, sonriendo—. Pero ¿no lo habrá estropeado el agua?

—No, el hule que lo envuelve lo protegerá —contestó Jack, cogiendo la mochila.

De repente, una gran roca salpicó entre ellos.

—¡Allí están!

Otra piedra rebotó contra las paredes y estuvo a punto de alcanzar a Jack en la cabeza.

Jack no necesitó más incentivos.

—Al túnel —dijo, preparándose para la larga zambullida.

—Inspira profundamente varias veces y trata de conservar la calma —instruyó Akiko.

Más rocas cayeron al agua mientras se zambullían bajo la superficie. Akiko abría el camino. El túnel estaba completamente oscuro y Jack no podía ver nada mientras continuaba avanzando. Era una experiencia aterradora. No sabía dónde era arriba y dónde abajo. Y no tenía ninguna indicación de hasta dónde tenía que nadar.

Jack avanzó con todas sus fuerzas, tratando de seguir el ritmo de Akiko. Perdió contacto con ella y el pánico se apoderó de él. El temor de morir ahogado envolvió sus fríos y pegajosos dedos alrededor de su garganta. Su corazón latió con más fuerza en sus oídos y la presión aumentaba cada vez más en sus pulmones. Sentía ya la desesperada urgencia por respirar y tragó agua helada.

El mareo empezó a afectarlo. Advirtiéndolo que no iba a llegar al final del túnel, dejó de nadar. Su aliento borboteó. Una pesada sensación de sueño se le clavó en los huesos y perdió toda preocupación. Extrañamente, casi agradeció la idea de ahogarse. Al menos, moriría con el cuaderno de ruta. Podría devolvérselo a su padre. Vería de nuevo a su madre.

Jack se resignó en paz a su destino.

De repente, sintió dos cálidos labios presionar contra los suyos. El aire entró a la fuerza en su boca y sus pulmones agradecieron el oxígeno como si fuera un denso elixir. Jack sintió que su estupor desaparecía y comprendió que había estado a punto de desmayarse, el motivo por el que había estado tan dispuesto a entregarse a la muerte. Pero quería vivir.

Los labios se retiraron y una mano lo agarró por la muñeca, tirando de él.

Momentos después, Jack y Akiko salieron a la superficie del foso.

Jack tragó aire a grandes bocanadas.

—Creí que te había perdido —dijo Akiko con un susurro inquieto.

—Habrá que intentarlo... con más fuerza —respondió Jack, escupiendo agua.

—¡Shhh! —alertó Akiko—. Hay enemigos por todas partes.

En la orilla opuesta Jack vio a cientos de soldados corriendo en la oscuridad y advirtió los incontables cadáveres que flotaban junto a ellos. Se mecían en el agua como leños podridos. Sofocando un grito cuando un cadáver sin cabeza chocó contra él, Jack nadó en silencio detrás de Akiko hasta el otro lado del foso.

Salieron del agua y corrieron a ponerse a cubierto en un edificio cercano. Cuando el camino quedó despejado, se dirigieron a la muralla exterior. Manteniéndose en las sombras, se abrieron paso cuidadosamente a través de los muchos patios y caminos de la muralla exterior. Su avance fue dolorosamente lento, ya que trataban de evitar al enemigo.

De repente, una patrulla de Diablos Rojos apareció ante ellos. Akiko empujó a Jack hacia un establo cercano, sobresaltando a su ocupante. Le acarició amablemente la crin, calmando al caballo hasta que los samuráis pasaron de largo.

—Ha estado cerca —suspiró Jack aliviado.

—Es cada vez más peligroso —susurró Akiko—. Todos están en alerta.

Contempló la oscuridad de la calle.

—Tengo una idea —dijo, saliendo del establo y dejando a Jack solo.

Akiko regresó arrastrando el cadáver de un *ashigaru* enemigo muerto durante el ataque al castillo.

—*Bakemono-jutsu* —dijo, en respuesta a la mirada sobresaltada de Jack—. Es una técnica fantasma ninja.

La montaña al mar

El silencio del amanecer era más un silencio sepulcral que un despertar pacífico. El Castillo de Osaka se había sumido en un sueño inquieto durante la noche a medida que los pocos focos de resistencia eran aplastados y los incendios quedaban bajo control. Cuando los primeros rayos del sol asomaron en el cielo cubierto de humo, las tropas de Kamakura habían caído en un cansado estupor. Derrotado ya el enemigo, muchos habían bajado la guardia y dormitaban entre los parapetos derruidos mientras esperaban nuevas órdenes. En la puerta exterior, sin embargo, todavía había una gruesa presencia de Diablos Rojos.

—Nunca pasaremos ante ellos —susurró Jack, guiando el caballo de Akiko por el camino principal.

—Funcionó para el *sensei* Kyuzo —replicó ella en un susurro—. No te pares.

Jack ajustó su casco y su *mempō*.

—Es demasiado pequeño. Se me resbala —se quejó.

Iba vestido con la armadura azul y amarilla de un *ashigaru* muerto. También llevaba las espadas del hombre. Akiko había conseguido encontrar un arco y flechas con la armadura de un oficial samurái leal al *daimyo* Kamakura. Su casco, adornado con un emblema de media luna para mostrar su estatus, le encajaba a la perfección. Pero el soldado que Akiko había encontrado para Jack poseía evidentemente una cabeza diminuta.

A pesar de sus preocupaciones de que el disfraz no funcionara, los samuráis adormilados apenas levantaron la cabeza cuando pasaron por su lado. Como había otras tropas de Kamakura entrando y saliendo del castillo, los dos no parecieron fuera de lugar. Además, ¿quién iba a imaginar una huida tan osada y descarada como salir directamente por la puerta principal?

Cuando se acercaban, uno de los Diablos Rojos los observó. Akiko inclinó la cabeza en reconocimiento, lo suficientemente baja para mostrar respeto pero lo bastante cortante para indicar su autoridad superior.

El Diablo Rojo bajó los ojos y humildemente devolvió la reverencia. Volvió entonces la mirada hacia Jack, que agachó la cabeza. El Diablo Rojo devolvió el saludo, entornando levemente los ojos al hacerlo.

Más allá del samurái, Jack pudo ver la llanura de Tenno-ji. La libertad estaba solo a una puerta, un rastrillo y un puente levadizo de distancia. Casi contaba los pasos que necesitaban para cruzar.

El Diablo Rojo miró con atención a Jack al pasar.

—¿Ojos azules? —murmuró el samurái, como si no creyera lo que acababa de ver.

Al avivar el paso, Jack sintió que su casco resbalaba. Un mechón de pelo rubio

quedó al descubierto. Los ojos del Diablo Rojo se abrieron asombrados de par en par. Agarró el casco de Jack y lo arrancó, junto con la *mempō*.

—¡*Gaijin!* —gritó, sorprendido por su descubrimiento. Sin vacilación, Jack le dio una patada frontal en el pecho. Akiko ayudó a Jack a montar a lomos de su caballo y espoleó al animal.

—¡Alto! —gritó el Diablo Rojo, recuperándose del golpe.

A trompicones el samurái se puso en pie, asombrado por la súbita aparición de un samurái rubio, pero Jack y Akiko franqueaban ya la puerta.

—¡Tras ellos! —ordenó el airado Diablo Rojo.

Akiko se volvió hacia Jack.

—Coge las riendas.

Agarrando su arco, preparó una flecha, se volvió y apuntó a la cuerda del mecanismo de cierre del rastrillo. Recurriendo a toda su habilidad *Yabusame*, lanzó la flecha.

Rebanó la cuerda. Bajo esa tensión la soga se rompió y el rastrillo cayó. Los samuráis que los perseguían quedaron detenidos en seco y solo pudieron ver a través de los barrotes cómo su presa cruzaba al galope el puente levadizo hacia la libertad.

Jack y Akiko cabalgaron por la llanura, decididos a poner tanta distancia como fuera posible entre el enemigo y ellos. Pero se detuvieron al ver la horrible visión que tenían delante.

Hasta donde alcanzaba la mirada pudieron ver miles y miles de samuráis caídos. Tenno-ji estaba literalmente cubierta de cadáveres. Tras ellos, había tantos cadáveres amontonados en el foso que se podía cruzar sin mojarse. Los cuervos picoteaban sus restos y los gemidos de los pocos desgraciados que aún no habían muerto llenaban el aire.

Jack pensó en el pobre Yori, cuyo cuerpo descansaba en algún lugar de este cementerio del infierno. ¿Cómo podían malgastarse tantas vidas por la voluntad de un solo hombre, el *daimyo* Kamakura?

—Deberíamos dirigirnos al este, a Toba, a la casa de mi madre —sugirió Akiko, quitándose el casco y atando el arco a la silla de montar—. Kioto no será seguro para nosotros.

Jack asintió, tragándose la pena que amenazaba con sofocarlo. Al menos Akiko y él habían escapado a la masacre. Ese pensamiento resultaba un poco reconfortante. El futuro no era completamente negro.

Akiko tiró de las riendas, y entonces dio un respingo en la silla antes de desplomarse con una flecha en el costado.

—¡AKIKO! —gritó Jack, saltando junto a ella.

La flecha le había atravesado la armadura y de la herida manaba sangre. Jack arrancó unas tiras del *sashimono* de un samurái muerto y desesperadamente trató de contener la hemorragia. Akiko gritó cuando aplicó presión.

«¡NO! Esto no puede estar sucediendo —pensó—. Ahora no. No cuando hemos

escapado».

—¡Esa flecha era para ti, *gaijin*!

Un escalofrío le corrió a Jack por las venas al reconocer la voz del samurái.

Jack se volvió para ver a Kazuki avanzar hacia ellos a través del laberinto de guerreros muertos.

Su viejo rival vestía la armadura de un Diablo Rojo.

—El *kyujutsu* no fue nunca mi mejor habilidad, pero es una justicia poética por haber matado a Moriko —dijo, tirando el arco que tenía en la mano—. Ahora sufrirás, como prometí que harías.

—¡Fue el incendio que provocaste lo que mató a Moriko! —replicó Jack.

—No. Tú eres responsable —dijo Kazuki—. Japón era una tierra pura antes de que tu ralea apareciera sin ser invitada. Ahora los *gaijin* han sido desterrados —sonrió sádicamente—. O se enfrentarán al castigo.

Kazuki desenvainó sus espadas, una mancha fresca de sangre claramente visible en la hoja de la *katana*.

—Como leal súbdito del *daimyo* Kamakura y fundador de la Banda del Escorpión, es mi deber, y mi placer, sentenciarte a una muerte deshonrosa, *gaijin*.

Jack, dejando que Akiko atendiera su herida, se incorporó para desenvainar sus espadas mientras Kazuki corría hacia él. Apenas había sacado su *wakizashi* cuando un tajo de la *katana* de Kazuki le cruzó el pecho. Jack desvió la hoja y descargó su espada larga sobre su enemigo. Pero Kazuki la bloqueó con su *wakizashi* y lo hizo retroceder. Le dio una patada a Jack en el estómago, haciéndole tropezar con un cadáver. Mientras se ponía en pie, Jack alzó rápidamente su guardia cuando Kazuki volvió a atacar. Sus espadas entrechocaron y Kazuki hizo resbalar su *katana* por la hoja de Jack, apartándola y buscándole el corazón.

Un golpe perfecto de Pedernal y Chispa.

Un samurái no entrenado en los Dos Cielos habría encontrado su fin. Pero Jack reconoció el ataque mientras sucedía y se hizo a un lado. La *kissaki* de Kazuki resbaló en su peto.

Maldiciendo la habilidad de Jack, Kazuki contraatacó con un atronador golpe doble de espada. Jack lo contuvo con igual fuerza usando sus dos armas. Las hojas opuestas se enzarzaron unas contra otras.

Durante un momento se miraron a los ojos. La batalla se libraba ahora en sus mentes. Jack vio la furia implacable que impulsaba a su rival. Le recordó a la venganza consumida por el odio de Ojo de Dragón. Kazuki no se rendiría nunca hasta que Jack estuviera muerto.

Entonces Kazuki se abalanzó hacia delante, golpeando simultáneamente la *katana* y la *wakizashi* de Jack. Dos veces con el dorso de las hojas. Jack quedó desarmado de ambas espadas en un abrir y cerrar de ojos.

Un golpe doble de Hoja de Otoño.

Jack se quedó anonadado ante la maestría de Kazuki con la espada.

—Dije que te derrotaría siempre con los Dos Cielos —se mofó Kazuki.

Derribó de una patada al indefenso Jack. Entonces, envainando su *wakizashi*, se dispuso a acabar con Jack.

—No mereces una muerte de samurái —dijo Kazuki—. Pero tampoco te mereces conservar la cabeza.

Jack miró desesperadamente en dirección a Akiko. La muchacha pugnaba por ponerse en pie.

—¡Espera! Respóndeme a una pregunta —quiso saber Jack, intentando ganar tiempo—. ¿Por qué me odias tanto?

—Eres *gaijin* —escupió Kazuki—. Eso es más que suficiente.

—¿Qué mal te he hecho?

—¡Mi madre murió por culpa de un *gaijin* como tú! —replicó, la espada temblando de ira en sus manos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Kazuki miró a Jack con odio.

—Por su bondad de corazón, aceptó a uno de vuestros sacerdotes extranjeros. Todo lo que él le dio a cambio fue su enfermedad. Los de tu ralea sois una peste en Japón. Una enfermedad que hay que eliminar.

—Lo siento —suplicó Jack. Yo también perdí a mi madre por una enfermedad. Comprendo cómo te sientes. Furioso. Traicionado. Dolido.

—Eso no cambia nada —dijo Kazuki, su rostro una máscara de odio—. ¡Ahora arrodíllate!

En su débil estado, Akiko solo había conseguido llegar al caballo y pugnaba todavía por tensar una flecha. Mientras se ponía en pie, la mano de Jack encontró el asta rota de una bandera *sashimono*.

La agarró y la blandió instantes antes de que Kazuki descargara un golpe de espada. Jack alcanzó a su rival en la mandíbula y lo derribó al suelo.

Tras ponerse en pie de un salto, apartó la espada de Kazuki de una patada. Alzando el estandarte por encima de su cabeza, apuntó al pecho del sorprendido Kazuki.

—La montaña al mar —dijo Jack, recordando la esencia de los Dos Cielos: obtener la victoria por cualquier medio y con cualquier arma.

Los ojos de Kazuki se abrieron de par en par, llenos de alarma, mientras Jack le clavaba la punta de acero del *sashimono*. Dio un fuerte grito cuando la lanza atravesó su armadura y se enterró profundamente en la tierra.

Su grito se convirtió en un sollozo sorprendido.

—He visto suficiente muerte para toda una vida —dijo Jack, dejando a Kazuki clavado al suelo por su armadura.

Corrió junto a Akiko. Mientras se acercaba, ella alzó temblorosa el arco y soltó su flecha antes de desplomarse en el suelo por el esfuerzo.

Oyó un grito de angustia detrás. Kazuki, todavía clavado, soltó la *wakizashi* que

había estado a punto de lanzarle a Jack. Ahora miraba horrorizado la flecha que le había atravesado la mano.

Akiko respiraba todavía, pero parecía pálida y débil.

—Tenemos que irnos —dijo Jack, divisando a un pelotón de Diablos Rojos que salía del castillo.

Tras montar a Akiko en el caballo, entonó una oración de agradecimiento a Takuan. Necesitaba cabalgar rápido. Más rápido que nunca.

Mientras galopaba con la herida Akiko entre sus brazos, oyó gritar a Kazuki.

—¡Me vengaré, *gaijin*!

61

Shogun

Jack estaba sentado bajo el *sakura*, contemplando los colores siempre cambiantes del cielo mientras el sol se posaba rojo sobre Toba. Al fondo podía oír el tranquilizador tintineo de la cascada que alimentaba el arroyo que serpenteaba por el jardín hasta el estanque de los lirios. Lo rodeaban gloriosas flores y arbustos, todos amorosamente atendidos y recortados a la perfección. El entorno era tan hermoso, tan pacífico, que era imposible creer que Japón fuera otra cosa sino el cielo.

Para Jack, el jardín era la curación que necesitaba su corazón. Tenía que creer que todavía había bien en este mundo, esperanza en su vida. Como diría Yori, una paz por la que merecía la pena luchar.

Sobre su cabeza, enterrada en el tronco del árbol, estaba la flecha que no había alcanzado a Ojo de Dragón tres años antes. «Es para recordarnos que nunca bajemos la guardia».

Jack cogió el astil y arrancó la flecha.

La sombra que lo perseguía había desaparecido.

El asesino que acosaba a Masamoto y su familia no regresaría nunca.

Jack rompió la flecha en dos.

Un refugio como este no era sitio para un arma de guerra. Un anciano de barba gris cruzó el puente para acercarse a Jack, su bastón golpeaba los tablones de madera con cada paso.

—¿Cómo está? —preguntó Jack.

—Akiko se recupera bien —respondió el *sensei* Yamada mientras su mirada recaía sobre la flecha rota en manos de Jack—. Hará falta más de una sola flecha para derrotar a esa joven samurái.

Su maestro de Zen parecía más viejo y más desgastado por la vida de lo que Jack nunca hubiera recordado. Los combates se habían cobrado su peaje en él y los horrores de la batalla parecían grabados en cada arruga en su cara. El *sensei* Yamada gimió de dolor al subirse al banco de piedra al lado del arroyo.

—¿Está bien? —preguntó Jack.

—Lo único que me matará es el tiempo —respondió cáusticamente, frotando sus rodillas con una mano huesuda—. La pregunta es, ¿estás bien?

—Yo he sobrevivido —dijo Jack, sin entusiasmo—. Sé que debería estar agradecido. Tantos de nosotros no lo consiguieron. Pero me siento... vacío por dentro. Culpable también. Culpable de que Yamato, mis amigos y nuestro *sensei* murieran por mí. ¿Y para qué? El *daimyo* Kamakura ganó. ¿Qué esperanza existe para un *gaijin* samurái en Japón ahora?

—Cuando está bastante oscuro, se pueden ver las estrellas —dijo el *sensei* Yamada, mirando hacia el cielo.

Jack sacudió la cabeza perplejo. Aquí estaba él admitiendo su dolor, culpa y preocupación, mientras el *sensei* Yamada miraba las estrellas.

—Siempre hay esperanza, incluso en los peores tiempos —dijo su maestro de Zen, a modo de explicación—. Sí, hemos perdido algunos amigos queridos. Pero debemos recordar que muchos sobrevivieron también, a causa de su sacrificio. El *sensei* Kano guio a nuestros samuráis jóvenes a lugar seguro. La *sensei* Yosa fue perdonada por el enemigo, por respeto a la lealtad y el coraje del *sensei* Hosokawa al defenderla. No sé ni una palabra del destino del *sensei* Kyuzo, pero es una astuta vieja cabra. No me sorprendería que todavía estuviese vivo.

—¿Pero qué pasa con Masamoto-sama? —preguntó Jack, esperando contra toda esperanza.

El *sensei* Yamada sonrió.

—Tengo buenas noticias.

Su sonrisa se desvaneció.

—Y también malas.

Jack contuvo la respiración.

—El *daimyo* Kamakura no mató a Masamoto-sama. Pero tampoco le permitió cometer *seppuku* y morir con honor.

—¿Entonces dónde está?

—Someter a un espadachín tan legendario era una cuestión de orgullo para el *daimyo* Kamakura. Masamoto-sama ha sido desterrado a un templo budista en la cima del monte Iawo. Deberá permanecer allí durante el resto de su vida.

—¿No podemos rescatarlo?

El *sensei* Yamada negó con la cabeza.

—Tengo entendido que ha ido allí por propia elección. Le ofrecieron un puesto al servicio del *daimyo* Kamakura, pero se negó a aceptarlo en deferencia a aquellos que murieron. Masamoto-sama nunca serviría a un tirano.

Jack se sintió aliviado y al mismo tiempo entristecido por la noticia. Su tutor estaba vivo, pero parecía un final vergonzante para un guerrero tan grande y tan noble.

—Estará bien, Jack-kun —dijo el *sensei* Yamada, viendo la decepción en los ojos de Jack—. Masamoto-sama decía a menudo que pretendía vivir sus últimos años dedicado a la contemplación. Siempre ha sido su intención escribir las técnicas de los Dos Cielos para generaciones futuras de espadachines. Puede que esta sea la oportunidad que estaba buscando.

Jack se echó a reír. Era muy propio de su maestro de Zen ver la luz detrás de cada nube.

—¿Averiguaste qué ha sido del *daimyo* Takatomi y de Emi? El *sensei* Yamada asintió.

—Emi-chan está a salvo. El *daimyo* Takatomi es un hombre de gran sabiduría. Aunque el *daimyo* Kamakura es implacable, reconoce la necesidad de contar con un

hombre tan astuto como Takatomi en su nueva visión del Japón.

—¿Quieres decir que el *daimyo* Takatomi se ha puesto a su servicio? ¡Nos ha traicionado! —exclamó Jack.

—Nuestro señor no es ningún traidor —dijo severamente el *sensei* Yamada—. Hemos perdido la guerra. Pero el *daimyo* Takatomi comprende que puede hacer más bien al Japón sirviendo en el nuevo gobierno que como señor feudal exiliado, o muerto.

—Pero ¿no se encamina Japón al desastre? ¿No debería estar organizando una rebelión?

El *sensei* Yamada golpeó el suelo con la punta de su bastón.

—Después de la lluvia, la tierra se endurece.

Jack miró aturdido a su maestro de Zen, deseando que no hablara siempre en acertijos.

—Japón es ahora más fuerte que antes de la guerra. Aunque muchos preferirían a otro, el *daimyo* Kamakura es quien ha unificado finalmente a nuestro país. ¡Nobunaga apiló el arroz, Hasegawa lo amasó, pero es el *daimyo* Kamakura quien se come el pastel!

El *sensei* Yamada se rio al principio de su astuta analogía. Entonces su expresión se volvió grave de nuevo.

—Se ha proclamado Shogun.

—¿Shogun?

—El gobernante supremo de Japón. El *daimyo* Kamakura se ha hecho con todo el poder, reclamando pertenecer al linaje Minamoto. El emperador se convierte en una figura simbólica en nuestra nación. Japón está por completo en manos del *daimyo* Kamakura. Lo cual nos lleva a tu situación, Jack-kun. ¿Has pensado en tu futuro?

—Un poco —admitió Jack—, pero no veo mucha esperanza.

El *sensei* Yamada chasqueó la lengua y agitó un dedo ante Jack.

—Creo que fuiste tú quien le dijo a Yori: «Mientras hay amigos, hay esperanza». Palabras muy sabias.

Miró hacia la casa, donde una *shoji* se abría.

—Hablando de palabras sabias, aquí viene un pequeño pozo de ellas.

Yori cruzó el puente, con una pequeña planta en las manos.

A Jack le sorprendía lo resistente que había demostrado ser su amigo. El día después de que Akiko y él huyeran de la llanura Tenno-ji, se encontraron con el *sensei* Yamada y Yori que se retiraban por la misma carretera. Y justo a tiempo. Con Akiko inconsciente, Jack no sabía qué hacer. El *sensei* Yamada pronto le sacó la flecha y trató con hierbas sus heridas.

Durante su viaje hasta Toba, Yori le contó a Jack cómo había escapado. Casi atrapado por los Diablos Rojos, se tiró desde el puente al foso. Tuvo entonces que ocultarse entre los cadáveres sangrantes y mutilados de los samuráis caídos para evitar ser capturado. Al anochecer cruzó solo la llanura de Tenno-ji hasta que lo

encontró el *sensei* Yamada.

Yori estaba tan contento de que sus amigos estuvieran vivos que su fe en Buda era ahora más fuerte que nunca. Sin embargo, a pesar de su aparente alegría exterior, Jack sabía que Yori sufría terribles pesadillas por su huida. Lo oía llorar de angustia cada noche.

Yori, con una sonrisa valiente en el rostro, se acercó a Jack y le presentó el retoño.

—Uekiya dice que podemos plantar este *sakura* en honor de Yamato —anunció—. Akiko dice que tú deberías elegir el lugar... como hermano suyo.

Conteniendo las lágrimas, Jack recogió el arbolito.

Esa noche, mientras el sol caía tras el horizonte, el *sensei* Yamada, Yori, Akiko y Jack plantaron solemnemente el retoño de *sakura*.

Mientras llenaba con ternura el agujero, Jack dijo una oración.

—Con este árbol, plantamos no solo un recuerdo de nuestro amigo, sino una esperanza para nuestro futuro.

El Camino del Guerrero

Jack volvió a comprobar su mochila.

El cuaderno de ruta estaba guardado a salvo en el fondo, protegido por su hule. A su lado estaba el muñeco Daruma: su ojo único lo miraba a la fluctuante luz de la lámpara de aceite. En la mochila había también una cantimplora con agua, dos recipientes de paja con arroz hervido, un kimono de repuesto y un puñado de monedas. Todo se lo había dado generosamente la madre de Akiko, Hiroko, además del kimono azul que ahora llevaba. Ninguno de los kimonos tenía marcas o *kamon*. Hiroko los había escogido específicamente para que nadie pudiera identificarlo como miembro de ninguna familia que pudiera haber combatido contra el *daimyo* Kamakura.

Terminado el equipaje, Jack sonrió para sí mientras guardaba el regalo de buena suerte de Yori en la caja *inro* de madera asegurada en su *obi*: una grulla *origami* de papel que reposaba encima de la perla negra de Akiko, protegiéndola como si la preciosa gema fuera un huevo.

Estaba a punto de echarse la mochila al hombro cuando recordó el regalo del *sensei* Yamada. Recogió el *omamori* y ató el amuleto budista a la cinta de la mochila. Contenida dentro de su diminuta bolsa de seda roja había una pieza rectangular de madera donde el *sensei* Yamada había inscrito una oración. Su maestro de Zen le había dicho que el *omamori* le garantizaría protección. Le había advertido que no lo abriera, o de lo contrario el amuleto perdería su poder. Pero al colgarse el *omamori* de la mochila, el *sensei* Yamada esperaba que el amuleto convenciera a los lugareños de que Jack era budista, y que como resultado estuvieran más dispuestos a ayudarlo en su viaje.

Tras abrir la *shoji* de su habitación, Jack salió al jardín.

Estaba oscuro, el sol todavía bajo el horizonte. El aire tenía un regusto fresco, como si el mundo aún tuviera que respirar. Jack se puso las sandalias y cruzó el puente de madera en dirección a una puertecita situada en el muro del jardín. Al colocar la mano en el pestillo, recordó la primera vez que había huido de la casa de Hiroko. Se había metido en serios problemas, aunque había aprendido una palabra japonesa muy útil como resultado. *Abunai*. Peligro. Jack sabía que al atravesar ahora la puerta tenía garantizado encontrarse con *abunai*.

—¿Te marchas sin decir adiós? —dijo una voz suave.

Akiko estaba tras él, las manos unidas delante de su *obi*, el pelo perfectamente peinado y con una sencilla trenza a la espalda. Miró a Jack con ojos tristes, casi acusadores.

A él le dolió que lo mirara así.

Pero se había despedido de todos la noche anterior, durante la cena. Akiko había

permanecido extrañamente silenciosa, aunque Jack lo había achacado a su lenta recuperación. Hiroko le había ofrecido quedarse en la casa indefinidamente. El *sensei* Yamada había sugerido que se uniera a Yori y a él cuando se marcharan al Templo Tedai en Iga Ueno. Pero él ya se había decidido.

—Es hora de que vuelva a casa —dijo, el corazón roto por tener que decirle adiós a Akiko.

—Pero tu casa puede estar aquí —respondió ella, con voz temblorosa.

—No puedo quedarme. Si me quedo, tan solo os seguiré poniendo en peligro a tu madre y a ti. Corren rumores de que alojáis a un *gaijin*. No pasará mucho antes de que el *daimyo* Kamakura envíe una patrulla a buscarme.

—Pero yo puedo protegerte...

—No, deja que yo te proteja a ti —insistió Jack—. Es hora de que acepte la responsabilidad de mis acciones. Mi determinación por salvar el cuaderno de ruta a toda costa os puso a ti, a Yamato, a Emi, a Masamoto y al *daimyo* Takatomi en gran peligro. No volveré a hacerlo. Masamoto-sama dijo que ya era mayor de edad. Debo enfrentarme a esos desafíos yo solo.

Akiko lo miró a los ojos y vio el camino que había decidido seguir. Inclino la cabeza aceptando su decisión. Cuando volvió a alzarla, la expresión dolorida de su rostro había sido sustituida por otra de fuerza y determinada independencia, una expresión que Jack conocía muy bien.

—No puedes embarcarte en una peregrinación de guerrero sin espadas —dijo, mirando su cadera desarmada—. ¡Espera!

Mientras Akiko regresaba a la casa, Jack sintió un retortijón de culpabilidad por haber perdido los *daishō* de Masamoto. Había sido una estupidez por su parte no recuperar las espadas del samurái después de su lucha con Kazuki. Pero su prioridad era Akiko.

Una *shoji* se abrió y Akiko regresó con una *katana* y una *wakizashi*.

—Jack, eres samurái. Tienes que llevar las *daishō* —dijo, inclinándose y tendiéndole las espadas.

Jack se sintió anonadado por su gesto. En sus manos había dos magníficas espadas con empuñaduras rojo oscuro. Estaban enfundadas en brillantes *sayas* negras bordadas con madreperla.

—No puedo aceptarlas —protestó—. Pertenecían a tu padre.

—Él habría querido que tú las tuvieras. Yo lo quiero. Nuestra familia se sentiría honrada y estas espadas te servirán en tu viaje.

Se inclinó más profundamente, colocándole las *sayas* en las manos.

Reacio, Jack aceptó las *daishō*. Guardó las espadas en su *obi*. Incapaz de resistirse, desenvainó entonces la *katana*. El sol, que asomaba ya sobre el horizonte, se reflejó en el acero de la hoja. Un solo nombre destelló a la luz de la mañana.

Shizu.

Las espadas tenían una buena alma.

Al envainar la *katana*, Jack comprendió que estaría siempre en deuda con Akiko. Quiso darle algo a cambio, por pequeño que fuera el gesto. Buscó en su mochila y sacó el muñeco Daruma.

—Es todo lo que puedo ofrecerte —dijo, entregándole el pequeño muñeco redondo.

—Pero contiene tu deseo —protestó ella.

—Por eso quiero que lo cuides por mí —respondió él, cerrando las manos alrededor del muñeco—. Eres la única persona a quien confiaría mi deseo.

Akiko lo miró a los ojos, consciente igual que Jack de que sus manos se tocaban.

—Será un honor —susurró—. Pero ¿cómo sabré si se cumple o no?

—Cuando esté en casa, podrás llenar el otro ojo.

Akiko asintió, comprendiendo que no necesitaba preguntar cómo sabría cuándo. Tan solo lo sabría.

Los dos permanecieron cerca el uno del otro, las manos envolviendo el pequeño muñeco. Ninguno parecía querer retirarlas. Había muchas más cosas que necesitaban ser dichas. Pero Jack sabía que las palabras nunca serían suficientes. ¿Cómo podrían expresar todas las experiencias que habían compartido? ¿Todos los desafíos que habían superado juntos? Todo lo que significaban el uno para el otro.

Los recuerdos cruzaron su mente.

Una muchacha misteriosa en un promontorio con un kimono rojo sangre. Lecciones de japonés a la sombra de un árbol *sakura*. Contemplar las estrellas en el Jardín Zen del Sur. Compartir el primer amanecer del año en el monte Hiei. Ser testigo de cómo ella conquistaba a la cascada en el Círculo de Tres. El regalo de la perla negra. Su victoria en el *Yabusame*. Descubrir que era una ninja. El momento bajo el agua cuando ella acercó sus labios a los suyos e insufló vida en sus pulmones.

Pero el mar llamaba. Su hogar y su hermana lo estaban esperando.

Si hacía lo que realmente deseaba su corazón, sabía que no se marcharía nunca.

—Tengo que irme —dijo, retirando la mano—. Debo aprovechar la ventaja.

—Sí —respondió Akiko, sin aliento y algo azorada—. Haces bien al viajar a pie. Un caballo llamará demasiado la atención. No te fíes de nadie y apártate de las carreteras principales.

Jack asintió, abrió la aldaba de la puerta y salió al camino de tierra que se dirigía al valle, serpenteando entre innumerables campos de arroz antes de desaparecer tras un promontorio en dirección a Nagasaki.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Jack se dirigió al camino.

Entonces se volvió.

—Yori nunca me perdonaría si no te doy esto —dijo, buscando un papel en los pliegues de su *obi*.

—¿Qué es esto? —preguntó Akiko.

—Un *haiku*.

—¡Has escrito uno para mí! —dijo ella, asombrada.

—Trata de compartir un momento... para siempre —respondió Jack.

Antes de que Akiko pudiera desplegar el papel, se dio la vuelta y se marchó.

Llegó a la curva del camino antes de oírla llamar su nombre. Akiko estaba allí de pie, de espaldas al sol naciente. Parecía estar secándose una lágrima, o tal vez le decía adiós con la mano. Pero sus palabras flotaron claras y puras sobre la brisa.

—Unidos siempre.

Inclinó la cabeza.

Jack devolvió el saludo.

Cuando volvió a alzar la cabeza, ella se había ido.

Durante unos momentos, Jack contempló el sol naciente. Se preguntó si había tomado la decisión adecuada. Pero sabía en el fondo de su corazón que era su única opción. No podía quedarse. En Japón, el Shogun lo quería muerto. En Inglaterra, su hermana pequeña lo necesitaba.

Volviéndose hacia el largo camino que tenía por delante, Jack dio su primer paso, solo, hacia el Camino del Guerrero y su hogar.

Agradecimientos

Este tercer libro de la serie «*El joven samurái*» trata de lealtad y sacrificio. Las siguientes personas han demostrado una inmensa lealtad hacia mí y muchos han sacrificado su tiempo, energía y reputación por «*El joven samurái*». Me gustaría agradecerles a todos su esfuerzo y dedicación: a Charlie Viney, mi agente, por ser un guerrero valiente y valeroso siempre protegiendo mis derechos y luchando por mi carrera; a Shannon Park, la *daimyo* al mando de edición en Puffin, por el respeto que ha mostrado al corazón de la historia y sus cortes tipo espada; a Wendy Tse por sus ojos de halcón en la verificación de las pruebas; a Louise Heskett, Adele Minchin, Tania Vian-Smith y a todo el equipo de Puffin por ejecutar una campaña de éxito en el campo de batalla editorial; a Francesca Dow; Pippa Le Quesne; Tessa Girvan de ILA por conquistar el mundo con «*El joven samurái*», a la *sensei* Akemi Solloway por su apoyo continuo a la serie (lectores, por favor visiten: www.solloway.org); a Trevor, Paul y Jenny de Autores en el extranjero por sus incansables esfuerzos en la gestión de todos los eventos de mi agenda; al *sensei* David Ansell del *dojo* Shin Ichi Do, un profesor inspirador y un espadachín de gran visión y conocimiento; a Ian, Nikki y Steffi Chapman por hacer correr la voz; a Matt, por su entusiasmo; a mi madre por ser todavía ¡mi fan número uno!; a mi padre por ser el acero contenido en la espada; y a mi esposa, Sarah, para quien sé que este viaje ha sido duro, pero las recompensas durarán toda la vida.

Por último, ofrezco una respetuosa reverencia a todos los bibliotecarios y maestros que han apoyado la serie —¡ya seáis ninja o samurái!— y a todos los lectores de «*El joven samurái*»: gracias por vuestra lealtad a Jack, Akiko y Yamato. Por favor continuar leyendo y enviándome correos electrónicos y cartas. Hace que el trabajo duro valga la pena. *Arigatō gozaimasu*.

Glosario Japonés

Bushido

El Bushido, o «Camino del Guerrero», es un código de conducta japonés similar al concepto de caballería. Los guerreros samuráis tenían que adherirse a siete principios morales en su entrenamiento en artes marciales y en su vida diaria.

Siete principios morales

義

Gi: *Rectitud*

Gi es la habilidad de tomar la decisión adecuada con confianza moral y ser justo y equitativo hacia todas las personas sin que importe el color, la raza, el sexo o la edad.

勇

Yu: *Valor*

Yu es la habilidad para manejar cualquier situación con valor y confianza.

仁

Jin: *Benevolencia*

Jin es una combinación de compasión y generosidad. Esta virtud actúa junto al *Gi* y disuade al samurái de usar sus habilidades con arrogancia o para dominar.

礼

Rei: *Respeto*

Rei es una cuestión de cortesía y conducta adecuada hacia los demás. Esta virtud implica tener respeto por todo.

真

Makoto: *Honradez*

Makoto se basa en ser honrado con uno mismo y con los demás. Significa actuar de formas que sean moralmente adecuadas y hacer siempre las cosas con la mejor habilidad posible.

名誉

Meiyo: *Honor*

Meiyo se busca con una actitud positiva en mente, pero solo se sigue con una conducta correcta. El éxito es un objetivo honorable por el que esforzarse.

忠義

Chungi: *Lealtad*

Chungi es la base de todas las virtudes; sin dedicación y lealtad a la tarea a mano y a los demás, no se puede esperar conseguir el resultado deseado.

Glosario

<i>abunai</i>	peligro
<i>ama</i>	pescadoras (buceadoras) de perlas japonesas
<i>arquebus</i>	arma portátil pesada, un rifle temprano
<i>ashigaru</i>	soldados de a pie, samurái de bajo rango
<i>bakemono-jutsu</i>	técnica «fantasma» ninja
<i>bō</i>	palo de combate de madera
<i>bōjutsu</i>	el Arte del Bō
<i>bokken</i>	espada de madera
<i>bonsai</i>	árbol pequeño
<i>bushido</i>	el Camino del Guerrero – el código samurái
<i>Butokuden</i>	Salón de las virtudes de la guerra
<i>Butsuden</i>	Salón del Buda
<i>cha-no-yu</i>	literalmente, «encuentro del té»
<i>chiburi</i>	quitar la sangre de la hoja
<i>chi sao</i>	manos pegajosas (o «pegando manos»)
<i>Chō-no-ma</i>	Sala de las Mariposas
<i>daimyo</i>	señor feudal
<i>daishō</i>	el par de espadas, <i>wakizashi</i> y <i>katana</i> , que son las armas tradicionales de el samurái
<i>Dim Mak</i>	Caricia de la muerte
<i>dojo</i>	sala de entrenamiento
<i>dokujutsu</i>	el arte del veneno
<i>fudoshin</i>	literalmente «corazón inamovible», un espíritu de calma inquebrantable
<i>futon</i>	cama japonesa: colchón plano colocado directamente sobre el tatami, y plegado durante el día
<i>Gambatte</i>	¡Inténtalo al máximo!
<i>Ganjitsu</i>	Festival del año nuevo japonés
<i>gaijin</i>	extranjero, forastero (término despectivo)
<i>geisha</i>	artista femenina japonesa tradicional
<i>gi</i>	uniforme de entrenamiento
<i>hai</i>	si
<i>haiku</i>	poema corto japonés
<i>hajime</i>	comenzar
<i>hakama</i>	vestido tradicional japonés
<i>hamon</i>	patrón visual en una espada resultante de templar la hoja

<i>Hanami</i>	Fiesta de la primavera (para contemplar los cerezos en flor)
<i>hara</i>	«el centro del ser»
<i>hashi</i>	palillos
<i>hatsuhinode</i>	el primer amanecer del año
<i>hibachi</i>	brasero pequeño de carbón hecho de arcilla
<i>Hō-oh-no-ma</i>	Sala del Fénix
<i>inro</i>	cajita para guardar objetos pequeños
<i>in-yo</i>	una vieja oración samurái simbolizando la oscuridad y la luz
<i>irezumi</i>	una forma de tatuaje
<i>itadakimasu</i>	comamos
<i>jindou</i>	flechas con la punta roma de madera
<i>kachi</i>	victoria
<i>kachi guri</i>	castañas secas
<i>kagemusha</i>	guerrero de las sombras
<i>kaginawa</i>	gancho triple en una cuerda
<i>akegoe</i>	un grito
<i>kakurenbo</i>	versión japonesa del escondite
<i>kama</i>	arma en forma de hoz
<i>kami</i>	espíritus que en la fe shinto están dentro de los objetos
<i>kamon</i>	blasón familiar
<i>Kampai</i>	un brindis, como en «¡Salud!»
<i>Kanabō</i>	garrote grande de roble tachonado con pinchos de hierro o madera
<i>kanji</i>	los caracteres chinos usados en el sistema de escritura japonés
<i>kappan</i>	un sello de sangre que rubrica un documento para hacerlo vinculante
<i>kata</i>	una serie de movimientos prescritos en las artes marciales
<i>katana</i>	espada larga
<i>kenjutsu</i>	el Arte de la Espada
<i>ki</i>	flujo de energía o fuerza vital (en chino: «chi» o «qi»)
<i>kiai</i>	literalmente «espíritu concentrado». Se usa en las artes marciales como grito para enfocar la energía cuando se ejecuta una técnica
<i>kiaijutsu</i>	el Arte del Kiai
<i>kimono</i>	ropa tradicional japonesa
<i>kisha</i>	tiro con arco japonés a caballo
<i>kissaki</i>	punta de la espada
<i>koan</i>	pregunta budista diseñada para estimular la intuición
<i>kukai</i>	concurso de haikus
<i>kuki-nage</i>	lanzamiento de «aire»

<i>kunoichi</i>	ninja femenina
<i>Kyosha</i>	competición de tiro con arco a caballo
<i>kyujutsu</i>	el arte del arco
<i>ma-ai</i>	la distancia entre dos oponentes
<i>maekuzuke</i>	verso de dos líneas, al cual se le añade un tercero estilo haiku
<i>manriki-gusari</i>	arma consistente en una cadena con dos pesos de acero en los extremos
<i>menpō</i>	máscara protectora de metal que cubre la cara total o parcialmente
<i>menuki</i>	aplicaciones metálicas ornamentales en la empuñadura de la espada
<i>metsuke</i>	técnica de mirar a «una montaña lejana»
<i>mokuso</i>	meditación
<i>momiji gari</i>	contemplación de las hojas de arce
<i>mon</i>	blasón familiar
<i>Mugan Ryū</i>	la «Escuela de "No Ojos"»
<i>musha shugyo</i>	peregrinación del guerrero
<i>naginata</i>	arma compuesta por una hoja curva al final de una asta larga
<i>ninja</i>	asesino japonés
<i>ninjatō</i>	espada <i>ninja</i>
<i>ninjutsu</i>	el arte del sigilo
<i>Niten Ichi Ryū</i>	La «escuela de los Dos cielos»
<i>niwa</i>	jardín
<i>nobori</i>	banderola rectangular utilizada para identificar unidades dentro de un ejército
<i>nodaichi</i>	gran espada a dos manos
<i>obi</i>	cinturón
<i>ofuro</i>	baño
<i>o-goshi</i>	proyección de cadera
<i>omamori</i>	amuleto budista para otorgar protección
<i>origami</i>	el arte de doblar papel
<i>rei</i>	llamada para inclinarse en el saludo
<i>ri</i>	unidad de longitud japonesa tradicional, equivalente a 3927,27 metros
<i>ronin</i>	samurái sin amo
<i>Ryōanji</i>	el templo del Dragón pacífico
<i>saké</i>	licor de arroz
<i>sakura</i>	cerezo en flor
<i>samurai</i>	guerrero japonés
<i>sashimono</i>	banderola personal pequeña y rectangular usada por los samurái en

<i>sashimono</i>	batalla
<i>sasori</i>	escorpión
<i>satori</i>	iluminación
<i>saya</i>	vaina
<i>sayonara</i>	adiós
<i>seiza</i>	sentarse/arrodillarse
<i>sencha</i>	té verde
<i>senryu</i>	verso japonés
<i>sensei</i>	maestro
<i>seoi nage</i>	proyección por encima del hombro
<i>seppuku</i>	ritual suicida
<i>shaku</i>	unidad de longitud tradicional, equivalente a 30,3 centímetros
<i>shinobi</i>	la vestimenta del ninja
<i>shozoku</i>	
<i>Shishi-no-ma</i>	Sala de los Leones
<i>Shodo</i>	el Camino de la escritura, caligrafía japonesa
<i>shoji</i>	puerta japonesa deslizante
<i>shuko</i>	garras para escalar
<i>shuriken</i>	estrella arrojadiza de metal
<i>sohei</i>	monjes guerreros
<i>surujin</i>	arma consistente en una cuerda con pesos en cada extremo
<i>sushi</i>	pescado crudo sobre arroz
<i>taijutsu</i>	el Arte del Cuerpo (combate cuerpo a cuerpo)
<i>Taka-no-ma</i>	Sala del Halcón
<i>tanka</i>	poema corto japonés de aproximadamente treinta y una sílabas
<i>tantō</i>	cuchillo
<i>Taryu-Jiai</i>	Competición interescolar de artes marciales
<i>tatami</i>	tapiz acolchado que cubre el suelo
<i>tessen</i>	abanico japonés con los lomos hechos de metal reforzado
<i>tetsu-bishi</i>	abrojo; puntas de hierro afiladas
<i>tomoe nage</i>	proyección circular
<i>tonfa</i>	arma de mano con forma de bastón
<i>torii</i>	puerta japonesa
<i>uke</i>	el compañero de entrenamiento que ataca
<i>wakizashi</i>	espada corta
<i>washi</i>	papel japonés
<i>Yabusame</i>	Tiro con arco a caballo ritual

<i>yakatori</i>	pollo asado en un espetón
<i>yame</i>	¡alto!
<i>zabuton</i>	cojín
<i>zanshin</i>	un estado de conciencia total; iluminado. «Mente calmada»
<i>zazen</i>	meditación
<i>zori</i>	sandalias de paja

Nombres japoneses

Los nombres japoneses normalmente se forman primero con el nombre de la familia (el apellido), seguido por el nombre propio, al contrario que en el mundo occidental, donde el nombre viene antes que el apellido. En el Japón feudal, los nombres reflejaban el estatus social y las creencias espirituales de una persona. Además, para dirigirse a alguien, se añadía «*san*» al apellido de esa persona (o al nombre propio en situaciones menos formales), como signo de cortesía, igual que nosotros usamos señor o señora, y para la gente de estatus superior se usaba «*sama*». En Japón, se suele añadir «*sensei*» tras el nombre de una persona si son maestros, aunque en los libros del Joven Samurái se ha conservado el orden tradicional occidental. A los chicos y las chicas se les menciona usando «*kun*» y «*chan*» respectivamente.



CHRIS BRADFORD (Aylesbury, England, 1974). A los siete años, Chris se unió a un club de Judo y desde entonces ha entrenado en karate, kickboxing, espada samurái y se ha ganado su cinturón negro en Taijutsu, el arte de la lucha de los ninjas. Chris es un estudiante de la *sensei* Akemi Solloway, quien es la hija mayor de una ancestral familia samurái, descendiente de la Karo del Castillo Iwatsuki, cerca de Tokio.

La serie *El Joven Samurái* fue inspirada por la pasión de Chris por las artes marciales y el deseo de compartir la positiva influencia que ha tenido en su vida, así como su amor por la cultura japonesa.

Antes de escribir la serie *El Joven Samurái*, Chris era un músico profesional y compositor. Incluso ha cantado para su Alteza Real la Reina Isabel II (pero sospecha que ella lo encontró un poco ruidoso).

Chris vive en las llanuras del sur de Inglaterra con su esposa, Sarah, y sus dos gatos llamados Tigre y Ruibarbo.